BRANDON Q. MORRIS

CIENCIA FICCIÓN DURA



EL ENIGMA DEL KRILL

EL ENIGMA DEL KRILL

Ciencia ficción dura

BRANDON Q. MORRIS

Traducido por

MIGUEL NÚÑEZ



Índice

El enigma del Krill
Al abrigo de la hoguera
Historia alternativa
Su nombre en este libro
La nueva biografía del krill

El enigma del Krill





Ganímedes, 15 de octubre de 2041

SOLO CIEN SEGUNDOS MÁS.

La sonda comprueba su posición mediante el radar. Los datos coinciden plenamente con el rumbo previsto. El software se permite una sensación de satisfacción. Se la merece. Gex deja por unos instantes de lado el miedo que le ha acompañado durante los últimos tres años; es decir, desde que despegó en la Tierra. Al otro extremo de la conexión por radio hay una persona que está permanentemente atenta a su estado. Y ahora, a punto ya de posarse sobre la superficie, seguramente sean más de una. Eso es al menos lo que le prometieron. Pero ella es la única responsable de las decisiones que toma. Si pasara algo imprevisto, no puede esperar ayuda desde la Tierra. Tardaría demasiado.

Ochenta segundos.

Gex, la Ganymed Explorer, comprueba el propulsor de aterrizaje por decimotercera vez. No es supersticiosa, pero realiza un chequeo adicional, solo por si acaso. Que deba realizar tantas comprobaciones es seguramente culpa de su programador. Gex se enfadó varias veces por los errores hallados en su software. Incluso se quejó ante Mike, pero las actualizaciones parecen ser demasiado complicadas para Control de Misión. Al parecer, los problemas que ella misma encontró no ponían en peligro el estado de la misión. ¡Como si una tendencia a cometer acciones autodestructivas no fuera a poner en peligro la misión! Quejarse ya no sirve de nada. Al contrario; ha demostrado que es posible llegar a esta luna de Júpiter en el mejor estado posible bajo las condiciones dadas.

Sesenta.

Con cada segundo que pasa, el punto de aterrizaje se va llenando de arrugas por el telescopio óptico. Gex no se sorprende. Ha orbitado Ganímedes varias veces para encontrar el punto idóneo para posarse y es allí hacia donde se dirige. Lo tiene más claro que el agua. Ganímedes es una luna con un pasado literalmente muy agitado, masajeada de forma permanente por el gigantesco Júpiter. El hielo en su superficie se rompe y se une de nuevo. Gex quiere aterrizar en uno de esos puntos de rotura. No solo quiere hacerlo; tiene que hacerlo. Los objetivos de la misión así lo establecen y no los puede ignorar.

Cuarenta.

El radar emite una advertencia porque está sobrevolando una pequeña colina, parecida más bien a una placa de hielo sobreelevada. La altura es en ese momento de solo ocho metros. Pero todo ha sido planificado así. Gex no se preocupa. Al menos, intenta convencerse de que no tiene de qué preocuparse. Ese es el principal problema que tiene con su software: el programador creyó que añadirle la capacidad de tener algunas sensaciones le facilitaría el largo viaje. ¡Menuda

estupidez!

Veinte.

Gex tiene la sensación de estar sudando. Pero el programador olvidó simularle el gesto de pasarse el dorso de la mano por la frente. Es como si le picara todo el cuerpo y no se pudiera rascar. ¿Cómo ha podido ser tan cruel? Si al menos fuera una de esas máquinas sin alma que la humanidad enviaba antes de viaje...

El radar comienza a pitar. Gex repasa los datos a toda velocidad. La superficie prevista de aterrizaje ha desaparecido. En su lugar se ha formado un agujero negro. Sí, habría preferido un Agujero Negro, jajaja. Incluso el humor lo tiene mal programado. Gex compara los datos con los preestablecidos para la misión. La superficie del agujero desvela que se trata de agua. Gex puede ver distintas sales y hierro. Su función es analizar el océano que se esconde bajo la superficie de Ganímedes, pero debía acercarse a él con distintos instrumentos. Y ahora resulta que tiene el océano directamente frente a ella. ¿Debería interrumpir el proceso o aterrizar como estaba previsto? El agujero oscuro ha surgido de la nada, así que bien podría desaparecer igual de rápido y habría perdido su oportunidad. Control de Misión le echaría la bronca.

Pero ya es demasiado tarde para tomar una decisión. Algo sale disparado del agujero y se la lleva consigo. Gex solo ve la sombra que proyecta la luz de Júpiter. Sucede demasiado rápido. No puede analizar a fondo la situación. Decide dejar el propulsor de aterrizaje apagado. Gex no se defiende mientras es arrastrada hacia las profundidades.



Control de Misión Gex, 16 de octubre de 2041

—¡FÍJATE EN ESTO, BAVIN!

Alina pulsa el botón de reproducción. En el borde superior de la pantalla aparece una cuenta atrás. Debajo hay varias ventanas que muestran el caudal actual de datos de los distintos instrumentos de la sonda Gex. Seguramente Alina no se da cuenta de cómo le tiembla la mano izquierda, que cuelga junto al cuerpo. Le sabe mal por MOM. Alina, en calidad de Mission Operations Manager, es responsable de la caída, al menos cara al público.

Eso es lo que dicen los medios; pero es que tampoco han visto los últimos veinte segundos que ahora empiezan en la pantalla. En el hielo se abre de repente un agujero. Lo pueden ver tanto por la cámara óptica como por los datos del espectrómetro y del radar.

—Eso no es culpa de nadie —dice Bavin—. ¿Quién podía suponer que el océano estuviera tan cerca de la superficie?

—¡Tú tienes la culpa, Bavin Joshi!

Alina se encara a él. Tiene la frente profundamente arrugada. Huele a sudor. Seguramente haya pasado la noche entera en Control de Misión.

—¿Yo? Pero si...

—Gex habría tenido tiempo suficiente para cancelar la aproximación. Podría haberse posado cien metros más allá. He medido ese agujero varias veces y no es más que más o menos el doble de grande que la sonda.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?

¿Realmente quiere culparle de ese desastre? No esperaba algo así de MOM. Hasta ahora, su jefa de origen alemán se había portado siempre con justicia y ecuanimidad.

—¿Quién ha programado el software de sistema de Gex? —pregunta Alina.

—Un equipo en Kerala, que yo sepa. Siguiendo nuestras especificaciones.

—¿Y quién ideó esas especificaciones?

—Todos nosotros, el equipo entero.

—Eras y eres el responsable —dice Alina.

Bavin respira profundamente. Su cuerpo tiene la mala costumbre de estallar en lágrimas cuando se siente acorralado. Pero no quiere ponerse a llorar delante de Alina. Ya tendrá tiempo para eso luego, en el lavabo.

—Yo ... he ... dirigido ... el ... proyecto —logra decir.

—A eso me refiero. —Alina le pone la mano temblorosa sobre el hombro. Incluso así sigue moviéndose. MOM tampoco lo tiene nada fácil—. Claro que seré yo quien asuma oficialmente toda la responsabilidad. Seguramente sea despedida por ello. El JPL ha dado a entender que está

de mi lado, pero el Congreso está ejerciendo mucha presión y al final la NASA tendrá que demostrar de alguna forma que ha habido consecuencias.

—Lo siento mucho —dice Bavin.

La presión de la mano aumenta, como si buscara apoyo en su hombro. Pero en la cara no se le nota nada. Bavin respira por la boca para evitar ese olor a sudor.

—No tienes por qué. Estoy igualmente con un pie en la jubilación y aguantaré un par de años sentada en un archivo.

—No deberías permitírselo —dice Bavin.

—Cuando la política es la que manda no tenemos nada más que decir. Pero quiero que te ocupes de Gex. Quiero que asumas la responsabilidad de la sonda, aunque Control de Misión sea disuelto.

—¿Crees que nos enviarán primero a casa?

—Si Gex no da señales de vida dentro de las próximas 72 horas, ya no nos necesitarán más. Los datos que ha acumulado en su viaje a Ganímedes están ya de camino al archivo.

—Entonces serán otros los que se ocuparán de analizarlos —dice—. A saber, si aún tendré acceso a ellos.

Alina sonríe y mete la mano en el bolsillo del pantalón.

—Aquí encontrarás todo lo relacionado con Gex.

—¿Los datos?

—Todo. Incluso hay allí una cuenta oculta para acceder a la Deep Space Network. Hace años que la creé por si las moscas. Si Gex diera alguna señal de vida, podrás escucharla a través de la DSN.

—Eso es genial. Crearé un bot para que esté atento a señales de Gex.

—Sabía que pensarías así. —MOM retira la mano de su hombro y se la sujeta con la otra. Sabe que está temblando. ¿Debería preocuparse? Siempre trabajaron bien juntos.

—Pero ten cuidado de que no te pillen. En cuanto envíes algo, detectarán la cuenta oculta y seguramente ya no esté yo allí para poder crear otra.

—¿Qué quieres decir con que no estarás allí?

Alina asiente lentamente.

—De vacaciones. No te preocupes, estoy bien.

Ahora sí que se preocupa, y mucho. Nunca antes había dicho MOM que se encontrara bien. Se quejaba de pequeños males día sí y día también.

—Entiendo —comenta de todas formas. ¿Por qué demonios no se le ha ocurrido algo más inteligente que decir? ¿No debería, al menos, ofrecerle su ayuda?

—Gracias, Bavin, eso me ayuda mucho —dice Alina, como si hubiera adivinado sus pensamientos. Entonces se gira con rapidez y regresa a su puesto en el centro de la última fila.



En Control de Misión reina el silencio durante un rato. La pantalla sobredimensionada en el centro de la pared está apagada. El aire acondicionado sopla con tanta fuerza que cubre incluso los ruidos de los teclados aporreados por el personal aún presente. Ya solo quedan seis personas; todos los demás se han marchado a sus casas para teletrabajar desde allí. Siempre se tarda un par de semanas antes de cerrar del todo una misión de este calibre. Al final constará la destrucción de la sonda. Gex debería haber acabado sus días dentro de Júpiter. Que haya aterrizado sobre Ganímedes, o en su interior como piensan algunos, ha alarmado sobre

todo a los exobiólogos. Se había previsto un aterrizaje, pero si Gex se hubiera destrozado chocando con la superficie, eso podría contaminar el interior de la luna helada.

Bavin repasa una y otra vez las últimas señales de Gex. La sonda estuvo enviando datos hasta el punto previsto de aterrizaje. En ese momento debió haberse desactivado por completo. Bavin quiere ser muy precavido con sus suposiciones. Todo lo que saben es que Gex ha enviado hasta T igual a cero. Pone en pantalla la imagen del agujero. Lamentablemente, los distintos instrumentos no acaban de coincidir en la naturaleza de ese agujero. El radar ha visto una superficie dura, cerrada, aunque con algunas finas elevaciones con forma ondulada. Si se tratara de un líquido, debería ser extremadamente viscoso. También podría tratarse de una estructura de hielo. Con temperaturas de 180 grados bajo cero, cualquier líquido presente allí abajo debería estar congelado.

La cámara óptica solo muestra un agujero. Los contrastes son demasiado elevados como para poder decir más al respecto. Los espectrómetros han detectado trazas de sustancias orgánicas, pero que también pueden detectarse en concentraciones muy bajas en la superficie de Ganímedes. Bavin reproduce de forma repetitiva los últimos veinte segundos. Entonces en comienza a calcular. Treinta segundos antes del aterrizaje no se veía nada. Así que el agujero debió abrirse en solo diez segundos. Con un diámetro de tres metros y una profundidad de aproximadamente un metro sería una cantidad de hielo que en ese brevísimo plazo se calentó de menos 180 a cero grados y se fundió. Eso no lo habrían conseguido ni los propulsores principales de la sonda.

Bavin se baja a su ordenador una copia del software de Gex. Por suerte, aún no la han borrado. Introduce los datos disponibles y comprueba la reacción. ¡Allí está! En lugar de desviarse, la sonda se lanza directa al agujero. Siente frío. MOM tenía razón. ¡Él tiene la culpa del accidente! Fue propuesta suya introducir un sistema de recompensas vinculado con una cierta cantidad de curiosidad. Por eso se lanzó al precipicio. Era evidente que la sonda necesitaba una cierta libertad de decisión, ya que las señales tardan demasiado en recorrer esa distancia; pero también podría haberle programado una cierta cantidad de precaución.

Respira hondo y se levanta. MOM tiene que saber que la responsabilidad no recae en ella. Todos deben saberlo. Se gira hacia ella. Alina nota su mirada y sacude enérgicamente la cabeza. *Quédate donde estás*, le dice con ese gesto. *Eso se queda entre nosotros.* Bavin tiene mala conciencia, pero siente a la vez agradecimiento. Descubrirá qué ha ocurrido realmente con Gex y lo hará por MOM.



UN PAR DE HORAS DESPUÉS ESTÁ SENTADO, SOLO, EN CONTROL DE MISIÓN. MOM NO SE HA despedido. Simplemente se ha marchado. Igual intuía que Bavin se pondría a llorar y quiso ahorrárselo. Alina siempre ha sido una buena jefa. Probablemente pase mucho tiempo antes de que vuelva a verla. Se la veía realmente muy hundida, como si ya hubiera puesto punto final a su actividad. Alguien tiene que asumir la responsabilidad por los miles de millones destruidos ayer por la caída en Ganímedes.

Si es que hubo una caída. Bavin aprovecha que está solo para utilizar la gran pantalla y ver de nuevo el último segundo, a cámara ultralenta. La cámara óptica no sirve para eso. Solo registra 30 imágenes por segundo ya solo por reducir la cantidad de datos. Pero el radar escudriñó el suelo quinientas veces por segundo, incluido ese último segundo, y guardó los tiempos transcurridos de los impulsos. Bavin ha elaborado con ellos proyecciones; imágenes de

cómo ha percibido el radar la superficie reflectante debajo de él.

Se concentra en los últimos treinta milisegundos, mucho menos que un parpadeo. Es en ese momento en que se ha formado el agujero oscuro en el suelo. Se abombó en una superficie que cubre el chorro de masa de reacción del propulsor. Parece como si la sonda hubiera abollado un poco el agujero al posarse. Bavin simula las fuerzas que debieron actuar. El resultado es inequívoco: el suelo no puede haber estado duro como el hielo a 180 grados bajo cero con una dureza equivalente a la del granito en la Tierra. No, Gex debe haberse sumergido en un líquido.

¿Y qué es eso que hay en los bordes? En los últimos milisegundos aparecen allí pequeños puntos. Bavin los ha tomado inicialmente como artefactos y no puede descartar del todo de que realmente sean eso. Pero ¿qué pasa cuando cae una piedra en el agua? Pues que salpica bastante. Esas manchas en la imagen del radar podrían ser salpicaduras levantadas al caer la sonda dentro del líquido.

Y luego está eso otro. Bavin desplaza las mediciones de todos los instrumentos una al lado de la otra en la gran pantalla. Los aparatos fallaron todos exactamente en el mismo instante, en el mismísimo milisegundo. ¿Qué probabilidad hay de que suceda algo así, cuando los instrumentos están instalados en lugares distintos de la sonda? ¿Por qué se desactiva la cámara de popa exactamente al mismo tiempo que el espectrómetro de campo en la proa? El choque, aunque fuera rapidísimo, no puede haber destrozado la sonda entera en el mismo instante. Eso es imposible.

Un momento. ¿Y si lo primero que falló fue la antena de largo alcance? Eso haría que la sonda no pudiera enviar ya más datos. Pero la antena está en la proa y habría sido lo último en destrozarse. ¿Por qué fallaría entonces antes que los demás aparatos? Solo hay una explicación lógica para eso.

—Fuiste desactivada, Gex —susurra Bavin—. No has sido destruida, o al menos no antes de haber sido desactivada expresamente. Ya descubriré quién es el responsable de esto.



MS Geiranger, 17 de octubre de 2041

ISABEL SE QUITA LAS GAFAS Y SE INCLINA SOBRE EL OCULAR.

—No está nada mal —murmura. Tarja, su becaria, ha preparado las muestras. Parece que sabe muy bien lo que hace, pues justo en el centro del campo de visión destaca un ejemplar de nauplius especialmente hermoso. A primera vista, la larva parece una garrapata, pero mide menos de un milímetro. Pero si se mira con más detalle destaca su cuerpo en forma de saco semitransparente. Es como si un niño hubiera dibujado a su alrededor uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis brazos gruesos. El cuerpo no está segmentado, como tampoco lo son sus apéndices. Aún no se ven indicios de ojos, boca u otros elementos destacables.

El nauplius se mueve, despacio, pero de forma claramente perceptible. Isabel lo sigue boquiabierta por el ocular. Habrá visto ya miles de bichitos minúsculos a través del microscopio, pero la fascinación nunca la ha abandonado. ¡Qué poco espacio necesita la naturaleza para crear un ser vivo complejo! En un par de días, esta larva se transformaría en su estadio siguiente si su sonda autónoma no la hubiera recogido a 2500 metros de profundidad. Tarja ha etiquetado incluso el portaobjetos de forma correcta con «Eu. Superba Nauplius I». Ha aprendido mucho. Isabel lo saca para insertar la siguiente muestra bajo el objetivo. Este ejemplar es algo más grande y seguramente está en el siguiente estado larvario. Y Tarja ha anotado en el portaobjetos «Nauplius II». ¡Excelente! Los pasajeros se alegrarán de poder observar en el taller unas muestras tan bonitas.

Se le escapa un gran bostezo. Ayer noche pasó demasiado tiempo charlando con Gustavo. El guía siempre está dispuesto a contar historias divertidas de su Chile natal. En el fondo, podría fiarse ya de Tarja y dejar de lado el resto de muestras que ha preparado. Pero la becaria le ha anunciado que hay dos muestras que contienen algo muy especial, e Isabel es tan curiosa que se mirará todas y cada una de las muestras para no perderse esa sorpresa.

Y la encuentra en el quinto portaobjetos. Aquí no solo hay una larva, sino dos. La más pequeña debería ser un nauplius II, es decir una larva tras su primera muda. El ejemplar de mayor tamaño es, al menos, un calyptopis II, o igual ya III, es decir de una edad de entre treinta y sesenta días. ¿Sabía realmente Tarja lo sorprendente que es este hallazgo? Que dos larvas se encuentren por casualidad en la misma gota de líquido de la muestra no es inusual. En un metro cúbico de agua puede haber miles de ejemplares. Lo que sí resulta muy extraño es la avanzada edad de la segunda larva. Se la mira por todos los lados. Parece haberse desarrollado de forma normal, pero si así fuera ya no debería estar a 2500 metros de profundidad, que es donde la sonda ha tomado las muestras. Pues al final del estado larvario se la espera ver en la superficie, junto con sus hermanas.

Le vibra la pulsera. El símbolo que aparece en ella es del equipo de expedición, que la necesita. Se da un toque con el dedo en la oreja para aceptar la llamada. Al principio solo oye ruido blanco. ¡Otra vez! Este implante le está dando guerra últimamente. Aprieta la oreja con fuerza y de repente le llega la voz de Alan, el jefe del equipo de expedición directamente dentro de su cabeza.

—... molestarte, justo en este momento. Ya sé que estás ahora inmersa en tus estudios en el laboratorio, pero Manfred ha cancelado el desembarco.

—¿Otra vez la espalda? ¿Es que no ha hecho sus ejercicios?

Manfred, un exdirector de zoológico de Suiza, siempre está luchando contra achaques de la edad. Isabel le ha enseñado unos ejercicios que ayudan a superarlos, pero prefiere flirtear con mujeres mayores en lugar de ocuparse de su bienestar. A sus 62 años sigue siendo bastante joven, en comparación con el típico público al que se enfrenta.

—Esta vez dice que es el hombro —dice Alan.

Isabel se sorbe los mocos. Lanza una mirada triste al resto de portaobjetos y asiente al final, aunque Alan no puede ver ese gesto.

—¿Cuándo debo estar allí?

—El equipo de exploración ya está fuera. Creo que podremos enviar al primer grupo a las diez y media.

—¿Saldrán todos?

—Casi. Ya que la excursión de ayer se canceló, parece que nadie quiere perderse de la hoy.

Vaya, ni siquiera se dio cuenta de que el desembarco de ayer no tuvo lugar. Se pasó el día entero dedicada a la recuperación de la sonda. Así que tendrá que ponerse ropa de mucho abrigo. Como bióloga se quedará todo el tiempo en tierra firme para explicar a cada grupo, uno detrás de otro, el comportamiento de los pingüinos papúa.

—Entendido. Pero entonces Tarja deberá quedarse aquí.

La becaria deberá hacerse cargo del taller. Isabel inclina la cabeza hacia un lado. Eso no le gustará ni un pelo. Tarja es una jovencita muy inteligente, aunque también algo tímida. Seguro que se las apaña sin problema. Ya sabe mucho sobre las etapas larvarias del krill.

—Ningún problema. Tampoco la puedo dejar ir sola en una lancha y solo estaría quitándole a alguien una plaza.

—Pues hasta luego, Alan.

—Me alegra tenerte a bordo. De hecho, nos vemos demasiado poco.

Las comisuras de los labios de Isabel se ensanchan para esbozar una sonrisa. Tonterías. Alan solo es simpático. A fin de cuentas, es diez años mayor que él. Cancela la llamada sin más palabras y coloca los portaobjetos ordenados uno junto al otro. Deja la sorpresa de Tarja bajo el objetivo del microscopio. Cuando la becaria venga a recoger los portaobjetos verá en seguida que su jefa ha encontrado la peculiaridad anunciada.

Se levanta, se estira bien la blusa y va hacia la puerta donde le da al interruptor. El laboratorio queda a oscuras porque no tiene ventanas. Están muy abajo en las profundidades de ese crucero. Eso es también signo de la importancia que le da naviera a su investigación. Pero puede darse con un canto en los dientes por disponer, al menos, de un laboratorio. Desde que el Océano Antártico ya no se considera en peligro, apenas hay buques de investigación navegándolo. Ahora, el principal problema es esa gigantesca isla flotante de basura que se pasea por el Atlántico Norte.

En el microscopio parpadea una lucecita roja. Eso dice que algo ha cambiado en el portaobjetos. Mira el reloj de tinta sobre el dorso de la mano. El tatuaje inteligente le dice que

son las diez y diez. Debe darse prisa. El software del microscopio ya grabará lo que pueda llegar a verse.



Control de Misión Gex, 17 de octubre de 2041

HOY SOLO SON TRES EN CONTROL DE MISIÓN. MOM NO ESTÁ, PERO YA SE LO ESPERABA. BAVIN se sienta en el extremo derecho de la primera fila. No es su puesto usual, pero así está lo más alejado posible de Mark y Joanna, sentados juntos en la segunda fila a la izquierda. Joanna suelta risitas de vez en cuando. Parece que están mirándose una película divertida. Seguramente no tengan nada que hacer, pero agotaron ya la cuota de teletrabajo para esta semana.

A Bavin no le importa. Busca en la red posibles explicaciones. La ciénaga en la que debe meterse apesta. Utiliza un identificador de acceso anónimo para que nadie pregunte qué hace un empleado del JPL ojeando ese tipo de ofertas. El accidente en Ganímedes ha desaparecido ya hace tiempo de los medios. Pero aquí sigue ocupando la primera plana. Claro que hay gente a la que ha llamado la atención que la sonda Gex dejara de transmitir justo veinte segundos antes de caer.

«La verdad sale a la luz: los veinte segundos secretos» y otras frases similares dan título a las películas que encuentra Bavin. A veces se ve en seguida que son un montaje. En un vídeo, por ejemplo, aparece una especie de dragón que se traga la sonda. Otros, realizados con IA son bastante más profesionales. Resulta interesante que las películas más chapuceras tengan más espectadores que las profesionales. Parece que la gente tiene más ganas de dragón que de bases secretas americanas en Ganímedes.

Bavin suspira. Ha sido una estupidez buscar por estos lares. ¿Por qué debería enviar el gobierno estadounidense una sonda a Ganímedes para ser destruida antes de que desvele la existencia de una base construida por el mismo gobierno? No tiene ningún sentido, aunque los participantes en el debate lo vean de otra forma.

«Quieren desacreditar nuestro descubrimiento haciendo que parezca improbable o sin sentido», dice un tal *Believer*.

«Tonterías, la base militar la ha construido Deep State», le corrige un tal *KnowsItAll*. «Las áreas civiles del gobierno no tienen nada que ver con eso ni saben de su existencia».

«¿Se me permite preguntar para qué coño sirve entonces esa base?», pregunta *TheSheep*. «¿Tiene algo que ver con los andromedanos?»

«Admin, por favor, expulsa a TheSheep para que no siga difundiendo teorías conspiranoicas», escribe un *Kai The Kai*.

«Allí es donde conservan los cadáveres de alienígenas», responde *KnowsItAll*. «Eso lo sabe todo el mundo. Antes de abrir el Área 51 al público se llevaron todas las pruebas a Ganímedes».

Es agotador seguir esos argumentos. Apoya la cabeza sobre los brazos. ¿Cómo reaccionaría la gente en estos foros si vieran las grabaciones de Gex de esos últimos segundos? Durante un

momento, Bavin está tentado de subirlas; pero lo más probable es que le demostraran que son falsificadas. Deben serlo ya de por sí, por el simple hecho de que en ellas no se ve nada espectacular.

Alguien llama a la puerta doble de acceso a Control de Misión y entra un hombre vestido con un mono azul y provisto de una caja de herramientas a juego. El hombre, de piel clara y espeso bigote, murmura algo. Luego cruza la sala hasta llegar a la rejilla del aire acondicionado. Ya iba siendo hora. El aparato hace tanto ruido que a veces Bavin no llega a oírse ni sus propios pensamientos. ¿No podrían haberlo reparado antes, cuando eran doce en esta sala?

Bavin sacude la cabeza. Debe seguir trabajando, pero entre esta jauría de tarados no encontrará nada útil. ¡Si al menos hubiera una nave espacial cerca que pudiera echar un vistazo al lugar de la caída! Inicialmente, Gex se planificó de forma similar a la legendaria sonda Cassini que fue a Saturno, como misión Orbiter-Lander. Ahora tendrían un satélite en órbita de la luna helada que habría observado a Gex y su caída, así como todo lo que pudiera haber ocurrido después. Pero la NASA quiso ahorrarse 200 millones de dólares, por lo que el módulo orbitador debía ser también el que se posara en la luna.

Pling. Nuevo mensaje. Bavin se incorpora. El correo electrónico contiene una foto. La abre. Podría ser ... pero no. La foto que le pidió a un amigo del telescopio Webb no contiene indicio alguno de una liberación de hielo fuera de lo común, como sería de esperar en un choque de este tipo. Pero Gex también había frenado mucho. Mierda. Será imposible captar algo desde fuera; y si hubiera testigos, no podría interrogarlos.

Un momento. Si hubo algo que abrió una ventana en el hielo justo antes del aterrizaje, ¿no debería haber existido allí ya antes? Gex estuvo escaneando la luna helada durante tres meses en órbita antes de descender para posarse en ella. Ha suministrado tantos datos que los investigadores necesitarán años para poder analizarlos todos. ¿No podría encontrar entre ellos algo que explicara la extraña caída? Los argumentos de los teóricos de la conspiración igual tampoco son tan desacertados: ante las inmensas distancias en el espacio es extremadamente improbable que Ganímedes haya recibido visita de extraterrestres. Más bien son los gobiernos de los distintos bloques de poder en la Tierra los que están en situación de crear algo que nadie más deba ver. Bavin piensa de inmediato en el consorcio ruso RB, que seguramente posea la técnica necesaria para ello.

No. No debe dejarse contagiar por esas ideas tan crudas. ¿En qué podría aprovecharse un consorcio ruso de una presencia secreta en Ganímedes? Bavin no llega a desechar la idea porque se le ocurren de inmediato un par de motivos. Por un lado, RB desarrolla desde hace tiempo su proyecto StarShot, que pretende instalar potentes láseres en todo el sistema solar para propulsar minúsculas naves espaciales en dirección a Próxima Centauri. Y por el otro, RB podría intentar comprobar opciones de minería en Ganímedes, para lo que la empresa seguramente no obtendría jamás una autorización, ya que el convenio de protección de las lunas heladas no lo permite.

No vale la pena pensar más en ello. Bavin tiene amigos que trabajan en RB, pero ninguno ocupa un cargo importante. Se introduce en el servidor que gestiona los datos acumulados por Gex. Son algunos terabytes, como Bavin ya se temía. Descargarse un par de archivos y buscar en ellos algo que llame la atención no funcionará. Tampoco les ha llamado nada la atención durante los muchos meses que han controlado a Gex desde aquí. Así que, si hubiera algún indicio, sería muy sutil; igual solo una variación en el campo magnético de la luna por aquí, o una grieta especialmente profunda por allí.

Pero ¿para qué puñetas es Bavin programador? Escribirá un programa que busque características fuera de lo común. Se pone manos a la obra.



No necesita ni tres horas para el proyecto entero. De hecho, ya había creado un programa similar para Marte. Entonces se trataba de localizar concentraciones subterráneas de masas, para investigar la relación de impactos de asteroides y vulcanismo en la historia temprana del planeta. Ganímedes se lo pone aún más fácil, porque la luna es más pequeña que Marte, aunque deberá incluir datos de bastantes más instrumentos. El programa los descargará automáticamente del servidor. Ya solo queda ponerlo en marcha.

Pero primero se levanta y camina un poco por la sala. ¿Será ese el camino correcto? ¿Y si se encuentra realmente con sucesos extraños? No querría sumarse a la lista de teóricos de la conspiración. Aunque por el otro lado hay de hecho conspiraciones, solo que son muy distintas a las que se imaginan los teóricos.

Bavin se sienta de nuevo y arranca el programa. Lo que está haciendo es ciencia: planetología en estado puro. Igual hasta encuentra algo que pueda mostrar a sus colegas. Necesitará igualmente a alguien experto en la naturaleza de Ganímedes y que sepa decirle si lo que encuentra puede tener relación o no con la desaparición de la sonda.

El programa emite un pitido. La barra de progreso indica que está cargando datos. Un reloj de arena comienza a girar. Entonces aparece un reloj. El programa suministrará los primeros resultados dentro de diecinueve segundos. Eso es perfecto.

Bavin se levanta de su asiento y estira las extremidades. Tiene hambre. En la nevera en casa debería quedar algo del curry que le trajo su madre hace dos días. Mierda, olvidó comprar arroz. Así que tendrá que comérselo con pan. Bavin hace un gesto a Mark y Joanna que no parecen enterarse de nada y se marcha. Cuando cierra la puerta de Control de Misión, el mundo a su alrededor se derrumba de golpe.



MS Geiranger, 18 de octubre de 2041

—Eso no ha estado nada bien —dice Tarja con los puños en las caderas y los brazos en jarras.

Isabel deja de teclear y se gira. Cuando tiene que redactar informes suele alegrarse mucho de cualquier interrupción, pero la becaria parece muy enfadada, y precisamente con ella. Solo le faltaba eso.

—¿De qué estás hablando?

—De la sorpresa que preparé ayer para ti. Se la quise enseñar a las tres damas del taller, pero cuando quise llevármela ya no estaba. ¿Te la llevaste tú?

—No, Tarja. Ayer estuve todo el día en tierra firme manteniendo a la gente alejada de los senderos de pingüinos papúa. ¡Y es que hay algunos que no lo entienden!

Y no solo eso; ahora tiene que escribir un informe de varias páginas destinado a una organización de protección de la Antártida. Todos los cruceros deben demostrar que no suponen peligro alguno para el frágil ecosistema antártico. Isabel entiende la idea que hay detrás, pero escribir informes es molesto y la aparta de su labor investigadora.

—¿Entonces no llegaste a ver mi sorpresa? ¿Quién la habrá robado? Dejé todos los portaobjetos ordenados y clasificados sobre tu mesa.

Isabel se levanta y se acerca a la mesa, próxima a la salida, donde se encuentra el microscopio. Ya se lo temía: El portaobjetos en el que observó a las dos larvas de distinto tamaño aún está dentro del microscopio.

—Si está aquí —dice—. En lugar de buscar bien, mejor echar la culpa a otros..., eso no es muy de recibo, Tarja.

—¿Qué? Si yo ... —Tarja se acerca, enciende el microscopio y mira por el ocular—. No es la muestra que busco. ¡Mira tú misma!

—Vamos, Tarja. En algún momento hay que parar. Hay que saber aceptar cuando se comete un error.

—¡Sí, eso deberías hacer tú!

No conoce así a su becaria. Puede que esté pasando por problemas personales. Suele pasarle a casi todo el mundo en su primer viaje. No vienen como turistas que desembarcan a las dos o tres semanas, sino que se quedan seis meses enteros. Hay parejas que se rompen con estas cosas. El novio de Isabel la dejó tras su primer contrato con Norwegian Expeditions. Isabel le pone la mano sobre hombro a Tarja, pero ella se la quita de encima y señala con dientes apretados hacia el ocular.

Isabel suspira y mira a través de él. Mierda. Tarja tiene razón. Ya solo hay una larva en la

muestra.

—Lo siento mucho —dice Isabel—. Cuando miré ayer, aún eran dos.

—Pero es imposible. No puede ser la muestra que preparé —dice Tarja—. ¿Puede ser que sigas mintiéndome? ¿Por qué? ¿Para que me valoren mal esas damas mayorcitas? ¡No soy tu competencia! En el fondo me caes muy bien.

Tarja la mira con el ceño fruncido. Tiene los ojos húmedos. A Isabel le da pena la chiquilla. Le recuerda su propia infancia. Por aquél entonces tampoco dejaba que personas mayores pero ignorantes impusieran su opinión. Pero la oficina es un entorno profesional. Debería aprender a conservar la calma.

—¿Qué te está pasando? Puede darse el caso de que una larva se coma a otra. La superba es conocida por su canibalismo cuando hay escasez de alimentos. Y la muestra ha estado un día entero por aquí. La larva habrá tenido hambre y no había alternativas. ¡Deberías saberlo!

—Pero Isabel, ¿has mirado bien por el ocular? En esta muestra hay un nauplius II. En la que te di ayer había a su lado un calyptopis III. ¡Mucho más grande! ¿No pretenderás decir que el pequeño se ha comido al grande?

Un momento. Isabel está segurísima de que dejó la muestra con las dos larvas bajo el ocular, para que Tarja viera que había encontrado la sorpresa. Se inclina sobre el ocular. Realmente flota allí una larva en estadio dos. Enciende la tablet de observación. Va integrada en la mesa y muestra lo que ve el microscopio. Coge el marcador digital de su hueco y mide el ejemplar. Es bastante más grande que un típico nauplius II. El cuerpo transparente parece estar presionado dentro de su exoesqueleto. Parece un hombre barrigón con un cinturón demasiado apretado.

—El nauplius II debe estar a punto de mudar la piel —dice Isabel.

—¿No es demasiado pronto? —pregunta Tarja.

—Bueno, eso depende de las condiciones del entorno, que no son precisamente maravillosas en un portaobjetos.

—Ah, ya; estás hablando de la dirección inversa —comenta Tarja.

Isabel asiente. Si la oferta nutritiva para el krill desciende, muchos ejemplares reducen su tamaño. También mudan de piel para adaptarse mejor a sus prendas más estrechas. Cuando era una niña en plena pubertad, a veces deseaba poder reducir el tiempo que le faltaba para ser adulta con una muda de piel.

—Pero sigue faltando un ejemplar —dice Tarja.

Y así es, aunque el más grande podría haberse comido al más pequeño. Isabel recuerda el ojo rojo que se encendió en el microscopio justo cuando salía para la excursión a tierra firme.

—¿Sabes qué? Vamos a mirarnos juntas cómo ha sucedido el cambio.

—¿Quieres decir que la cámara lo habrá grabado?

—Tengo mis sospechas.

—Pues vamos allá.

Isabel pulsa el botón de reproducción en la tablet de observación. El nauplius II salta al lado izquierdo de la pantalla y a la derecha aparece un calyptopis III. La diferencia de tamaño es impresionante. El calyptopis III posee ya varias características de un krill ya adulto.

De repente, el nauplius II avanza y se lanza sobre el calyptopis que no se defiende, sino que parece quedarse congelado. Durante un minuto parecen encontrarse ambos a gusto en ese abrazo. Entonces se abre el cuerpo del calyptopis justo en el lugar en que le ha tocado la larva pequeña. Se introduce en el interior del calyptopis casi por sí sola, donde parece empezar a digerir los órganos de su víctima. Procede con mucha eficiencia y no se detiene ni siquiera ante las estructuras de quitina.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Tarja.

—Eso mismo me pregunto yo. El nauplius II debe producir un ácido especialmente fuerte que se convierte en la perdición de la larva mayor. Ese es un descubrimiento importante. ¡Nadie ha visto antes un comportamiento así en una Eu. Superba!



General-Laplace-Hospital, 18 de octubre de 2041

—Lo siento mucho —dice Alina.

MOM está sentada junto a su cama y sacude la cabeza.

—Pásame ya el espejo, por favor —dice Bavin.

—No tienes por qué mirarte. Dentro de un par de días tendrás un aspecto mucho mejor.

—Estuve en la guerra de Mongolia, Alina. No tuve problemas al ver cadáveres destrozados por bombas.

Le recorre un escalofrío por la espalda. ¿Con qué acaba de compararse? ¡No puede ser tan horrible! MOM hace una mueca.

—Está bien, si te empeñas...

Le da un espejito plegable de su bolso. Bavin se mira la cara y tiene que tragar. Bien. Ahora entiende por qué esta mañana su madre no ha dicho ni mu durante su visita. Excepcionalmente tuvo que ser su padre quien mantuviera la conversación. Luego oyó a una mujer llorando a mares en el parking a través de la ventana abierta, hasta que el coche arrancó y se marchó con neumáticos chirriando.

—No hay ningún problema —dice Bavin—. Los médicos me han dicho que la mayoría son rascadas superficiales y que dentro de un par de días podré salir de la habitación.

—Me alegro por ti.

—¿Siguen ahí fuera?

—Oh, sí, estás muy bien vigilado. A mí me han cacheado a fondo —comenta Alina.

—Ya les he explicado que no era contra mí, pero no han querido escucharme. Mientras no estén seguro de contra quién se ha cometido ese atentado, seguiré bajo protección policial.

Alina sacude la cabeza.

—Tienes razón, seguro que el atentado no iba contra ti. Los perpetradores vienen sin duda alguna del rincón de los conspiradores. Ya he visto lo que pasa por allí. La misión Gex es ahora uno de los temas más importantes.

—Eso ya me lo imagino, precisamente ahora. Pero no me explico por qué alguien recurre a la violencia.

—No es nada nuevo —dice Alina—. La cuestión es que ahora la mayoría de los teóricos de la conspiración cree también que la explosión iba destinada a ocultar los hechos. Así que has sido herido, supuestamente, por el servicio secreto del Deep State.

—Si no fuera algo tan triste, hasta me pondría a reír. ¿Cómo están Mark y Joanna? Estaban aún en la sala cuando salía. ¿Qué habrá pasado con todo el hardware?

Bavin se avergüenza de esa última pregunta. ¡Sus colegas son mucho más importantes! Pero

sí que le gustaría saber qué pasó realmente en Ganímedes. Su programa debería haber finalizado ya todos sus cálculos. Ya que se ejecutaba en el servidor y no en su ordenador personal, debería haber sobrevivido al atentado.

—Mark y Joanna están también aquí ingresados. Tuvieron suerte. Los protegió la cabina de observación. Pero Control de Misión está en ruinas.

—Fue el aire acondicionado, ¿no?

—No, fue una bomba. Un artefacto explosivo, dicen.

—A eso me refiero. Pero estaba puesto en el aire acondicionado, ¿verdad?

—No lo sé. No conozco los detalles.

—Entiendo. Pues entonces guárdate lo que te voy a contar para ti. Seguro que lo considerarían conocimientos de autoría. Hubo un momento en que entró un hombre en Control de Misión con aspecto de técnico de reparaciones. Supuse que iba a arreglar el aire acondicionado.

En ese momento se acuerda: también vio al hombre ese marcharse. Ya no llevaba la caja de herramientas consigo. ¿Por qué no le preguntó? ¿Qué habría pasado si hubiera registrado la caja de herramientas? Entonces, la comparación con los muertos en Mongolia sería seguramente más acertada. Bavin tiembla. Ha escapado de la muerte por los pelos.

Alina le sujeta la mano.

—¿Estás bien de verdad? Debería haber estado yo allí, en tu lugar.

—Tonterías. —Bavin frunce el ceño—. Hemos tenido suerte en la desgracia. En tu puesto de trabajo, la bomba te habría pillado de lleno.

Alina inspira profundamente.

—¿Qué estabas haciendo todo el día en Control de Misión?

—He intentado descubrir lo que realmente pasó.

—¿Y has avanzado algo?

—He escrito un programa que analiza los datos enviados por Gex. Debe haber quedado algún indicio.

—Anda, ¿ese era tu programa? Estaba en marcha a través de la cuenta de Céline.

—Es que me senté en su sitio. Igual aún no había cerrado sesión. ¿Has visto los resultados?

—Incluso los he traído conmigo.

—¿Que has hecho qué? —Alina realmente piensa en todo.

MOM se ríe ante su sorpresa.

—Jolines, Bavin, supe en seguida que el programa debía ser tuyo. Céline es nuestra especialista en radio. —Se levanta de su silla y busca en el bolso que trajo consigo. Entonces le entrega un chip de memoria—. Debería estar todo aquí.

Oh. Bavin ve en seguida que el chip no tiene capacidad para más de un terabyte. Los datos de Gex eran mucho más completos. Y ni siquiera tiene aquí un ordenador.

—¿Por qué tienes esa mirada de tanta decepción? —pregunta Alina.

—No tengo ordenador aquí.

—Pues suerte tienes de que haya traído uno.

Se agacha de nuevo y saca del bolso un rollo que abre por un lado y desenrolla. En la mitad inferior aparece un teclado virtual y en la superior le saluda el sistema operativo.

—¿Te bastará con esto?

Bavin está ya iniciando sesión y asiente.

—Excelente.

MOM dice algo, pero él está ya demasiado concentrado en los mensajes del programa para

poder entenderlos.

—¡Ey! —dice ella.

—¿Sí? —Bavin se gira hacia ella que ya se ha puesto la chaqueta.

—Nada, nada; solo te estaba deseando una muerte alegre —dice ella.

—Jaja, perdona, pero los datos...

—Te entiendo. —Se gira y va hacia la puerta. Detrás parece intercambiar unas palabras con los guardias, pero Bavin no logra entender el contenido de la conversación. Aunque ahora mismo ya no importa. Ha visto los resultados de su programa y son más que evidentes. Si resultan ser ciertos... Bavin ni siquiera se atreve a pensar esa idea hasta el final. No antes de que otra persona confirme sus cálculos.

—¿Hola? ¿Hola, señor?

—¿Qué pasa, señor Joshi? —dice uno de los guardias uniformados que abre un poco la puerta para mirar hacia dentro.

—¿Sigue mi visita ahí fuera?

—No, lo siento —dice el policía—. ¿Quiere que corra tras ella? Igual aún la pillo.

—Gracias, pero no será necesario. Tengo que hablar urgentemente con su superior.

—¿De qué se trata?

—He valorado estadísticamente los datos de la sonda Gex y he descubierto que...

—Perdone, señor Joshi, pero eso no es relevante para nosotros. Yo preferiría que tuviera usted alguna idea de quién instaló el artefacto explosivo en su aire acondicionado.

Bavin no dispone de más información al respecto, pero tiene que hablar con alguien capaz de catalogar correctamente su descubrimiento. Igual el jefe de estos dos policías, y en caso necesario seguro que ese también tendrá su propio jefe.

—Pues sí que la tengo, ahora que lo menciona... Se me ha ocurrido algo más que olvidé por el accidente, pero quiero hablar de ello con su superior, por favor.

—¡Excelente! ¡Pillaremos a ese criminal! Ahora mismo llamo a mi jefe.



MS Geiranger, 19 de octubre de 2041

[MarBio] ¿Alguien ha visto antes algo similar? Isa R., MS Geiranger

[MarBio] ¿Dónde está el enlace? Gordon Brown, Prof., Rice Uni

[MarBio] ¿Olvidó el enlace? Gordon Brown, Prof., Rice Uni

[MarBio] Pues sí, así es. Aquí está. Perdón. Isa R., MS Geiranger

En pantalla se ve cómo el pequeño nauplius devora al más grande. Isabel siente enfado con el Profesor Brown y con ella misma. Ayer se hizo muy tarde y aun así quiso enviar esta pregunta a la lista de correos, y así fue como se olvidó de añadir el anexo.

Ha habido debate por la noche. Repasa las diferentes respuestas. Faltan solo diez minutos hasta el taller, así que solo puede echar un vistazo muy rápido por los correos llegados desde todo el mundo.

[MarBio] ¡Ualaa! Ritter, Anton, Univ. de Viena

[MarBio] ¿En serio? ¿Qué ha pasado allí? Ritter, Anton, Univ. de Viena

[MarBio] ¡FAKE! pero bien hecho. Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] Por favor, apreciada colega, no me malinterprete, pero es que eso es biológicamente imposible. Wolfgang Hack, AWI Kiel

Eso es lo que ella misma había pensado hasta ahora. Pero las cámaras de los microscopios no son capaces de falsificar algo así.

[MarBio] Yo me pongo del lado de Isa. Esa grabación es auténtica, podéis estar seguros. PD: ¿Está Adelaida en vuestra ruta actual? ¡Pásate por aquí si puedes! Ralph Cunnington, MarBio Institute Adelaida

[MarBio] PPD: ¿Podéis analizar secuencias genéticas a bordo? Sería interesante saber si el ejemplar ha aprendido realmente algo nuevo. Ralph Cunnington, MarBio Institute Adelaida

[MarBio] No pretendía ser un reproche, sino más bien una alabanza. Hacer un fake tan convincente no es nada fácil. Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] Es auténtico. La cámara del microscopio es un modelo de Dynagrab con un chip Sony. He comparado la compresión del vídeo con lo que hace nuestro propio ejemplar aquí y es idéntica. Thauer, Alexander, Ocean Science Seattle

[MarBio] Eso sí lo he entendido. Pero ¿no podría ser que se hubiera elegido mal el ángulo de visión? Parece realmente que el pequeño nauplius esté metido en el interior de la larva mayor. Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] ¿Y cómo es que al final solo queda un ejemplar? No tiene nada que ver con el ángulo de observación. Ralph Cunnington, MarBio Institute Adelaida

Faltan cinco minutos para el taller. Esperaba algo más de esos cerebros repartidos por todo el

mundo sobre biología marina y que participan en esta lista de correo. Ya se lo podría haber imaginado. Le fastidia que sea precisamente el famoso Dr. Hack del AWI el que la acuse de fraude. Pero no debería sorprenderla; los biólogos marinos que trabajan en cruceros suelen ser considerados como aficionados por los colegas que trabajan en los institutos de investigación «de verdad». Y eso que con los datos obtenidos a lo largo de las rutas regulares de los cruceros se aporta una información importantísima a la ciencia.

[MarBio] Tienes razón. Retiro mi anterior comentario. Wolfgang Hack, AWI Kiel

¡Gracias, Ralph! Desgraciadamente, Adelaida no está esta vez en la ruta del Geiranger. Podrá visitar a Ralph solo con la nueva temporada de viajes. Está a punto de pulsar el botón de cerrar cuando un vistazo al siguiente correo de Thauer le da nuevas esperanzas.

[MarBio] ¿Podemos centrarnos entonces en el contenido del vídeo? ¿Qué hemos visto allí? Thauer, Alexander, Ocean Science Seattle

[MarBio] Mi versión: Una mutación ha enseñado algo nuevo al pequeñín. Debe tener relación con los jugos gástricos. ¿Habéis visto como el bicho se abre paso incluso a través de la quitina? Ralph Cunnington, MarBio Institute Adelaida

[MarBio] ¿Por qué hay que empezar siempre dando martillazos? ¿Es porque tenéis allí esa nueva y cara máquina que analiza genomas en segundos? Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] ¡Un poquito de por favor, colega! ¿Tienes una idea mejor? Ralph Cunnington, MarBio Institute Adelaida

[MarBio] ¿Ya estamos de nuevo elevando el tono? Por favor, seamos serios y conservemos la sobriedad. Lydia Baas, Uni Rotterdam

[MarBio] El nauplius de mayor tamaño igual ha comido algo que le ha sentado mal. En sentido figurado, quiero decir. Igual ha pasado al preparar la muestra. Una gota de ácido que se ha abierto camino por sus tripas hasta que pareciera que el calyptopis III era devorado. Así, como idea espontánea, sin más. Wolfgang Hack, AWI Kiel

Así que Hack cree que Tarja ha cometido un error. Pero en la preparación de las muestras no hay ácidos ni bases que entren en juego. ¿Por qué tendría que haber vertido una gota sobre el portaobjetos? ¿Para desinfectarlo, quizás? Pero nadie puede haberle enseñado tal cosa a Tarja.

[MarBio] ¿Y cómo es entonces que el ejemplar pequeño está luego tan gordo, que está a punto de una ecdisis? Ralph Cunnington, MarBio Institute Adelaida

[MarBio] No sabemos lo que estamos viendo exactamente. ¿Y si se trata de un calyptopis II que se ha encogido? Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] No leas lo que dicen estos señores mayores, Isa. Seguro que donde has encontrado este ejemplar hay un par más iguales. A más tardar con la segunda filmación, estos señores tendrán que tomarte en serio. Thauer, Alexander, Ocean Science Seattle

[MarBio] Por favor, dejen de lado los ataques ad hominem. Tomo esta grabación muy en serio; si no, no habría respondido a este mensaje. Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] Me uno a la opinión de Alex. Necesitamos más especímenes para poder llegar a una conclusión. Ritter, Anton, Univ. de Viena

[MarBio] Isa, si necesitas cualquier ayuda, escríbeme cuando quieras. Vamos a hacer una expedición por ahí fuera, cerca de la Península Antártica. Estáis navegando por ahí, ¿no es así? Lydia Baas, Uni Rotterdam

Isabel cierra el portátil. Tiene que atender a sus invitados. Más grabaciones, claro. Habla con el capitán que dará entonces media vuelta con el Geiranger para lanzar de nuevo la sonda en el mismo lugar. Jajaja. Las rutas en la Antártida no se fijan con tanta precisión como en otros lugares, porque hay que reaccionar al estado del agua; pero visitar un mismo lugar dos veces es

algo que a los huéspedes no les gustaría nada de nada.



—¿Y SI HABLAMOS CON EL CAPITÁN? —PREGUNTA JELVA.

—Eso sería una buena idea —dice Brunhild.

—Con nosotras no se meterá —dice Maggie.

Las tres mujeres mayores se ríen, pero lo dicen en serio. La danesa, la alemana y la británica viajan solas. Se han conocido a bordo, pero ahora se mueven siempre juntas como si fueran mejores amigas de toda la vida. Ya no están en condiciones de participar en agotadoras excursiones, por lo que participan en prácticamente todos los talleres.

—Jeje, le haremos chantaje —dice Brunhild—. Nunca más volveremos a viajar con Norwegian Expeditions si no lo acepta.

—Y no podrá sentarse más a nuestra mesa en las cenas de capitán —dice Jelva—. ¿Visteis lo agotado que estaba la última vez, porque estuvo obligado a bailar sin parar?

—Yo podría invitar a su barco a nuestro grupo de Bridge —dice Maggie—. Allí hay casi cien mujeres bastante acaudaladas, tan jóvenes como nosotras y que no han dado jamás la vuelta al mundo.

Le cae muy bien ese trío. Igual debería aceptar su oferta. Las tres viajan de polo a polo y son pasajeras VIP de la naviera. Pero el capitán se tomaría muy mal una maniobra de ese calibre. No puede permitirse el lujo de quedar mal con él por una simple y única acción. Jelva, Brunhild y Maggie se bajarán del barco en Ushuaia. Ella, sin embargo, volverá a ir tres veces hasta la Península Antártica y mucho más tarde regresará al hemisferio norte.

—Es muy amable por su parte, pero no me gustaría solucionar el tema de esta forma. Estoy segura de que el capitán Bismo está también abierto a argumentos racionales.

—Ya me gustaría tener tu optimismo, cariño —dice Maggie.

—He estado casada tres veces, señorita, pero jamás he podido convencer a ninguno de mis maridos con argumentos razonables —dice Brunhild—. Y todos eran peces gordos de la política o la economía. Creed a esta vieja mujer. Es un mito eso de que los hombres en cargos de gran responsabilidad piensan de forma racional.

Seguramente tenga razón. Nunca ha intentado imponer un deseo directamente ante el capitán. Deberá buscar otra forma de solucionarlo también en este caso.



CANDO ISABEL CRUZA LA CANTINA AL MEDIODÍA CON SU BANDEJA EN LAS MANOS, VE A ORAPIN que le hace un gesto. Esa sí que es una sorpresa. La directora de atención al cliente es de origen tailandés y tan querida por los pasajeros que no tiene casi nunca tiempo para charlar con ella. Y eso que compartieron juntas una cabina de la tripulación durante aquellos seis meses que fueron para las dos su primera participación en la vida de crucero. ¿Cuánto hará ya de eso? ¿Doce años? ¡Trece! Orapin fue también quien la consoló cuando, poco antes de acabar el viaje, su novio rompió con ella.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunta.

—Pues comer —dice Orapin con una sonrisa—. Sé que puede resultar raro que tenga tiempo para esto, pero hoy parece realmente que 499 de los 500 viajeros han bajado a tierra.

—497. Mi trío de señoras asistió al taller.

—Ah, sí, nuestras VIP. A esas las veo poco.

—Son gente muy espabilada y han estado todo el tiempo contando anécdotas de tiempo atrás. Apenas he podido enseñarles un par de nauplius.

—Seguramente es que ya los hayan visto antes, ¿a que sí?

—Bueno, lo que podía enseñarles seguro que no lo habían visto antes.

—Ahora me contagias a mí la curiosidad.

—Mira, lo tengo en mi móvil.

Isabel saca del bolsillo su móvil de a bordo y se relaja. Con Orapin es todo siempre muy sencillo. Y es capaz de diseminar esa sensación sin esfuerzo alguno. Seguramente sea por eso por lo que ha logrado convertirse en jefa de atención al cliente en el plazo de seis años. Con Isabel, sin embargo, la gente parece tener a menudo la impresión de que todo se vuelve más complicado de lo que es. No tiene ni idea de por qué.

Toca en reproducción y el nauplius pequeño vuelve a comerse al grande.

—¡Alaa! —dice Orapin—. Hasta una aficionada como yo se da cuenta de que eso no tiene nada de normal.

De aficionada nada. Orapin estudió biología como ella. Solo que a ella le gustó mucho más el trato con los pasajeros, así que cambió de profesión.

—Confiesa que lees en secreto revistas especializadas —dice Isabel.

—Sí, pero ante todo sobre psicología. Suele haber por ahí un par de quejicas renitentes...

—¿Ha empeorado la cosa? Ya sabes, si tienes problemas...

—No, no te preocupes. Es solo una minúscula minoría. Puedo con ellos. La mayoría son gente simpática. ¿Qué vas a hacer con tus nauplius?

—Mi trío ya quería extorsionar al capitán para obligarle a volver con el Geiranger.

—Jaja, serían muy capaces. Incluso hasta podrían lograrlo —Orapin se ríe, pero luego se pone seria—. Pero luego tendrías muchos problemas con Jan.

—¿Jan? —Casi nadie menciona al capitán por su nombre de pila. Es de padre noruego y madre americana. Del padre tiene el apellido y las formas algo rígidas de comportarse, y de la madre tiene ese acento tejano tan abierto.

—¿Sabías que estoy acabando unos estudios de psicología? El capitán se me ha ofrecido como conejillo de indias. Con él hago una... No, lo siento, no debería contárselo a nadie.

—Claro, tranquila.

—Pero en lo referente a tus nauplius, ¿has hablado ya con Ginie? Si utilizáis la lancha rápida, podríais tomar muestras también a grandes distancias. Por ahora no se necesita.

Isabel asiente. Esa es una buena idea. ¿Cómo es que no se le había ocurrido antes a ella? Puede que con el frío que hace no sea especialmente divertido ir en la lancha rápida, pero si salen por la mañana antes de que amanezca habrán vuelto por la tarde. Solo faltaría convencer a Ginie.

—Es una idea genial —dice Isabel—. ¡Gracias!

—Un placer. ¿Tienes alguna idea de qué ha causado ese comportamiento tan extraño?

Isabel le cuenta el intercambio de mensajes en la lista de correo.

—Igual están drogados. Ahora estamos estudiando la historia de los psicofármacos. Hace cien años se administraban anfetaminas a animales. Con ello fueron capaces de atacar a enemigos mucho mayores y que normalmente habrían evitado.

—Despacito y sin prisas —le dice Isabel al nauplius.

Bajo el microscopio desplaza una pipeta hacia la larva con la que quiere pescarla. Ya no se mueve, así que estará muerta. Antes de que se descomponga quiere secuenciarle el genoma.

—Ya casi te tengo.

El nauplius está ahora justo frente al orificio de la pipeta. Afloja un poco el bulbo de la pipeta que sujeta con los dedos para que se expanda y succione por el extremo opuesto. El nauplius no protesta y se deja aspirar al interior del tubito de cristal.

Isabel se pone en pie y se acerca al secuenciador. Los pasajeros quedan siempre muy impresionados cuando les explica que, durante la noche, la máquina determina el genoma completo. Y eso que hoy en día ya no es ningún milagro de la ciencia. En Adelaida, el instituto de Ralph Cunnington, hay una máquina capaz de hacerlo en pocos minutos cuando dispone de material suficiente. Una empresa de los Países Bajos trabaja en un aparato parecido a la cesta de una freidora doméstica que se arrastra por el agua y es capaz de descodificar el material genético presente. Con ella esperan revolucionar la biología marina, porque así podrían seguir la pista a especies hasta ahora desconocidas.

Introduce la pipeta entera. El secuenciador ya se ocupará del envoltorio. Pulsa el botón de inicio. Poco después se oye un desagradable ruido de rotura. Debe ser el cristal de la pipeta. La máquina comienza a retumbar, luego chasquea y emite un claro olor a amoníaco. Al final comunica su éxito.

«Material genético aislado en cantidad suficiente», pone en el display.

Confirma el mensaje mediante la tecla correspondiente.

«Atención, material insuficiente para segundo análisis».

También tiene que confirmar ese segundo mensaje. Si la maquina cometiera un error en el descifrado, no podrá solucionarlo. Pues que así sea. Lo importante ahora es conseguir más muestras.

«Tiempo previsto de trabajo: 9:05:46 horas».

Pulsa «Ok» por última vez. Las dos últimas cifras comienzan a descender al ritmo de los segundos.



—¿Está Ginie por aquí? —pregunta Isabel por la puerta semiabierta.

Ha percibido un gemido y, desde que hace un tiempo pilló a dos miembros de la tripulación en plena sesión de sexo, procura ir con mucho cuidado. La gente que se apunta a la naviera para poder remar, nadar y bucear con los pasajeros por el hielo suele ser bastante poco convencional, y son de los que prefieren combinar una afición inusual con un salario fijo. Alan, el jefe del equipo de expedición, fue una vez guía autónomo de montaña en los Andes chilenos y Virginia Gautier, para todos Ginie, trabajó como profesora de surf en Hawái. Ah, no, desde hace poco se apellida otra vez Kern.

—¡Ginie está por aquí! —dice Ginie. En su inglés sigue notándose el origen francés—. Estaba haciendo un par de ejercicios de yoga. ¡Entra, tranquila!

Isabel abre la puerta del todo. Ginie está sentada en el suelo de la sala de recreo y presiona el cuerpo casi totalmente plano sobre las piernas extendidas. Isabel no podrá ser jamás tan elástica como ella.

—No pretendía molestarte —dice Isabel.

—No molestas. Solo pruebo un par de ejercicios para mi primera clase mañana.

—¿Así que ahora das también clases de yoga? ¿No se ocupa de ello el equipo de ocio?

Ginie es la jefa de los guías que llevan los pasajeros en lancha a tierra o dirigen a grupos en excursiones en kayak o con raquetas de nieve. Todos son muy deportistas, pero Ginie los supera porque no solo tiene una gran resistencia, sino también una agilidad y elasticidad extrema.

—No, es para mi gente. He descubierto que Walt y Jorge no llegan a tocar el suelo cuando se agachan. Eso se convertirá algún día en un riesgo de seguridad.

Y la seguridad es el mantra más importante a bordo. Aquí, alejados del mundanal ruido, no hay accidentes sin consecuencias. Hasta que viene un helicóptero a llevarse un herido pueden pasar un par de días, como mínimo.

—Entiendo. Quería preguntarte una cosa.

Ginie también es muy directa. Seguro que ha dicho a Walt y a Jorge lo que no le gusta de ellos. Pero tiene la ventaja de que con ella no hace falta andarse con rodeos mucho tiempo.

—Pues suéltalo.

—Tengo que tomar un par de muestras.

—Ya que me preguntas a mí y no a los técnicos, es que no basta con tirar una sonda por la borda.

—Correcto. Deberíamos desplazarnos unos sesenta kilómetros, justo allí donde estaba ayer el Geiranger.

—Entiendo. Tres horas de ida, tres de vuelta. Eso te da a ti una hora. No me gustaría navegar con la lancha rápida de noche. No hace ninguna gracia chocar contra un pequeño iceberg a doce nudos por hora.

—Una hora bastará.

En esta época disponen de unas ocho horas de luz solar y gran cantidad de hielo sobre el agua. La primavera en la Antártida aún no ha avanzado mucho. Isabel hace sus cálculos con el tiempo. La sonda debe descender a 2500 metros de profundidad. Con una velocidad de descenso de unos cien metros por minuto se necesita ya casi media hora hasta poder empezar a recoger material.

—¿Estás segura? —pregunta Ginie—. Odio las sorpresas. Hasta ahora no he tenido ninguna en esta región que no tuviera el potencial de acabar con mi vida.

—No, no lo estoy. El problema es la profundidad: 2500 metros.

—La sonda puede ascender mientras estemos ya regresando.

—Pero aumentará la resistencia del agua al tener que arrastrarla junto con su cable.

—Lo que importa es que el cable aguante. No te preocupes por el consumo energético. Me llevaré una batería opcional.

Ginie sabe lo que hace. Es tranquilizador no tener que pensar mucho en algunas cosas.

—Estupendo —dice Isabel—. ¿Tendremos que pedir permiso para ello?

—Un cliente ha perdido su gorra en su paseo por tierra —dice Ginie—. Así que tendremos que ir a por ella; si no, puede haber problemas por contaminación de una zona protegida.

—Anda, qué práctico. ¿Entonces tenías que ir allí sí o sí?

—Jeje, no, que va; lo de la gorra me lo acabo de inventar. Pero así no necesitamos permiso alguno. Reservo la Skageflå a partir de las 8:30. Sé puntual.

—¿Y qué hay de tus ejercicios de yoga?

—¿Sabes qué? Me filmas ahora los ejercicios con mi móvil y luego se los envío a mi gente.

ISABEL PRESIONA CON TODAS SUS FUERZAS LA BOCA PARA CERRARLA, PERO SE VUELVE A ABRIR siempre.

—¿Me echas una mano? —pregunta.

Tarja, que está preparando nuevas muestras, gira su silla y se levanta.

—Aprieta por el centro y yo por delante.

La sonda parece una pelota de rugby. Por detrás acaba en punta con motor en su extremo. Delante está la boca. Ya que la construcción debe soportar una presión de media tonelada por centímetro cuadrado, todos los cierres son extremadamente resistentes. Tarja se pone a su lado.

—A la de tres. Uno, dos, tres.

Isabel aprieta la boca hasta que el cierre engarza.

—Funcionó. Gracias.

—A ti. Por lo de ayer..., perdóname. Debería haber sabido que no destruías mis muestras adrede.

Isabel apoya una mano sobre el hombro de Tarja. No necesitaba sus excusas, pero es un gesto muy de agradecer.

—No te preocupes. Fue una auténtica sorpresa.

—Espero que encontréis más de esas.

—Yo también. Pero supone una gran cantidad de trabajo. Deberíamos poner entonces un ejemplar pequeño y otro grande juntos en una misma celdilla.

—Buena idea.

—Pero tú la tuviste primero.

—Fue casualidad.

Algo pita. Isabel levanta la mirada. Es el secuenciador. Desplaza la sonda al centro de la mesa y se acerca a la máquina. ¿Qué tenemos aquí? Toca a pantalla. El aparato parece funcionar bien, aunque en la pantalla aparece bien grande la palabra «Incidente». Nunca le había pasado algo así. ¡Menudo fastidio! Solo podrá repararse en Ushuaia.

Toca la advertencia y la pantalla se llena de texto.

«Cuando el SQSX7001 halla una secuencia de ADN de origen artificial, el dispositivo emite un informe de Incidente que se envía automáticamente al organismo estatal o interestatal competente. En el menú de configuración de la primera puesta en marcha debe constar quién tratará los incidentes. Solo se aceptan direcciones de contacto de organismos acreditados».

Toca el texto y desaparece.



General-Laplace-Hospital, 19 de octubre de 2041

—¿Extraterrestres? ¿Está hablando en serio?

Bavin puede leer los pensamientos del funcionario que tiene frente a su cama en tejanos y camisa blanca y que se retuerce las manos. *¿He venido este largo trecho en coche solo para escuchar las divagaciones fantasiosas de este hombre? ¿Le han revisado los médicos realmente a fondo? ¿No se habrá llevado algún daño cerebral invisible por la explosión? Pobre chico, tendría que darme pena, pero el viaje ha sido jodidamente largo, debería...*

—Señor... ¿Está bien?

Bavin esboza una sonrisa, lo cual no le resulta fácil ya que le duele entonces la barbilla.

—Estoy bien y con mis capacidades mentales en perfecto estado. Los datos lo demuestran claramente: esto tiene relación con un fenómeno extraterrestre.

—Uff. Dicho así ya no suena tan a locura; 'fenómeno extraterrestre' es algo que podemos aceptar mejor. Pero, por favor, no me hable de alienígenas.

Bavin puede entender bien a ese hombre. Hasta ahora, todos los así llamados Fenómenos Extraterrestres Desconocidos demostraron ser algo banal. Sobre la visita de alienígenas en la Tierra solo hablan ya aquellos que también creen que la Tierra es plana.

—Tiene toda la razón. Se trata de algo que no ha pasado en la Tierra, por lo que es no-terrestre.

La cara del funcionario se ilumina algo. ¿Cómo se le ha presentado ese hombre? Bavin intenta recordarlo. Desde el atentado, su memoria a corto plazo es claramente peor que antes. De repente le vuelve el nombre que tenía en la punta de la lengua.

—Señor Brummer, tengo la sensación de que no se trata del atentado de una secta. —Y es que efectivamente se lo ha atribuido una secta supuestamente cristiana que pretende protestar contra el ensuciamiento de las esferas celestiales por el hombre.

—¿No? Pero llámeme Joel.

—Okey, yo soy Bavin. Pues no, Joel. Hay ciertos datos enviados por la sonda en sus últimos segundos que no acaban de cuadrar. Algo así solo podría ser de la mano de un actor estatal...

Brummer abre los ojos de par en par.

—¿Los rusos?

Bavin quiere sacudir la cabeza para negarlo, pero se acuerda a tiempo del dolor que le produce ese movimiento.

—Americanos. Es gente de dentro la que debe haber hecho eso. Si no, no hay explicación posible.

El funcionario suspira.

—¿No sería mejor que lo dejáramos en extraterrestres? Las investigaciones internas son un infierno. ¿Quién participaba en su proyecto? NASA, NSF, DoD, DoE, ¿quién más?

Bavin asiente cuatro veces. Posarse por primera vez en la superficie de un cuerpo celeste que no sea la Tierra no solo supone un acontecimiento para la ciencia; también es importante para la seguridad nacional.

—Eso me temía —dice Brummer—. Ya solo aclarar las competencias y obtener las autorizaciones de seguridad nos costaría semanas.

—¿Y sería más fácil con extraterrestres? —pregunta Bavin.

—Solo tendríamos que contactar con el Departamento de Defensa. Ese está por encima de todos los demás en estas cuestiones.

—¿Sería mejor, entonces?

Brummer se encoge de hombros.

—¿Qué cree que dirán mis superiores cuando vuelva con la historia de extraterrestres? Más bien pedirán que le analicen más a fondo sus capacidades mentales antes de seguir sus indicios.

—Pues tendremos que recorrer el camino más largo.

—¿No podríamos dejarlo con lo de la secta? —pregunta Brummer.

Bavin suspira.

—Sabe tan bien como yo que eso es una tontería. Podrían haber impedido ya el despegue.

—Parece que Control de Misión era un objetivo más fácil que Cabo Cañaveral. Pero mi estómago me dice que tiene usted razón. Ese grupo no había aparecido nunca antes. Y ahora es ya algo demasiado tarde. No se pueden impedir los viajes espaciales. Los cuerpos celestes ya están llenos de nuestra basura. Páseme los datos y veré qué puedo conseguir.



—Gracias, Bavin. En cuanto sepa algo, me pongo en contacto con usted. Entregaré los datos a nuestros especialistas. ¿Se ha guardado una copia de los datos para usted?

Brummer está ya con la manilla de la puerta en la mano. Bavin le hace un gesto de despedida.

—Gracias por su compromiso, Joel. —La pregunta le resulta bastante extraña, por lo que no la contesta.

—Faltaría más. ¡Nos vemos!

Brummer saca una gorra de la NASA del bolsillo trasero del pantalón y abandona la habitación. Bavin espera tres segundos. Entonces pulsa el botón del mando a distancia de su cama para levantar el respaldo. Así puede levantarse con más facilidad. Ya lo ha ejercitado para poder ir al baño. Hasta la ventana son solo dos pasos. Se levanta con gruñidos de dolor. Le duelen todos los huesos, pero los médicos le han asegurado que ha tenido una suerte tremenda y solo se ha roto dos costillas. El resto son magulladuras. Bavin se muerde el labio. Si gime con demasiada fuerza hará que entre uno de los policías. Y eso no le serviría de nada.

Ahí sale. Bavin ha alcanzado la ventana justo a tiempo. Reconoce a Brummer por la gorra de la NASA. El funcionario cruza el aparcamiento en dirección a un gran SUV negro. ¿Es que están en el cine? Del vehículo se bajan dos mujeres trajeadas de negro. Brummer habla con ellas y les entrega algo. Seguro que son sus datos. Entonces se gira y señala hacia arriba, directamente hacia Bavin, que da un paso atrás por el susto, tropieza con el pie del soporte del gotero y casi lo tira todo al suelo. Conserva el equilibrio por casualidad. Vuelve a la ventana con el corazón a mil. El Sol brilla casi en vertical sobre el aparcamiento y él está a la sombra tras la ventana basculante

algo abierta. Nadie puede verle.

—¿Qué hace allí, señor Joshi?

Se asusta de nuevo, pero es solo la enfermera del turno de mediodía, que endereza el soporte del gotero y le ofrece un brazo para llevarlo de regreso a la cama. Bavin mira una última vez por la ventana. El SUV negro está saliendo del aparcamiento, mientras Brummer se sube a un Ford Pickup allí aparcado. ¿Qué está pasando aquí?

—Venga conmigo; lo llevaré a la cama —dice la enfermera, que pensará que Bavin está confuso. Bavin se deja hacer. A fin de cuentas, está aquí para recuperarse.

—Fuera hay alguien del FBI que quiere hablar con usted —dice la enfermera.

—¿Del FBI?

—Dice que pidió a uno de los policías que lo hicieran venir.

Bavin arruga la frente. ¿Y quién es el hombre que se ha presentado como Joel Brummer?

—No se preocupe, señor Joshi. Tras una explosión todo el mundo queda algo confuso —dice la enfermera que le mete con suavidad en la cama.



MS Geiranger, 20 de octubre de 2041

[MarBio] ¿Quién tiene experiencia con el SQSX7001? Isa R., MS Geiranger

[MarBio] Conozco bastante bien el modelo anterior SQSX7000. ¿Serviría? Y perdón de nuevo por lo de ayer. Tenía que despedir a dos doctorandos. Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] Caray, eso es muy desagradable. ¿Has oído hablar alguna vez de un informe de Incident? Me gustaría saber qué significa. Isa R., MS Geiranger

[MarBio] Pues no, lo siento. O mejor dicho, me alegro. Espero que no sea nada grave. Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] ¿Qué tipo de Incident? Especifica, por favor. Gordon Brown, Prof., Rice Uni

[MarBio] Yo sé lo que es. Lo tenemos constantemente. Te escribo en privado. Ralph Cunnington, MarBio Institute Adelaida

[MarBio]¡Gracias, Ralph! Isa R., MS Geiranger

[MarBio] Evitad correspondencia privada por la lista. Gracias. Gordon Brown, Prof., Rice Uni

Imbécil. Cuando te lo encuentras en persona, el profesor Brown es bastante accesible, pero seguramente se dé mucho tono en público. Isabel tiene frío. Acaba de salir de la ducha y solo ha repasado por encima los resultados de su pregunta en la lista de correo. El mail de Cunnington aún no ha llegado. Se pone unas bragas calentitas y se decide por el sujetador blanco. Luego se lo vuelve a quitar. Hoy no tiene contacto con los viajeros, sino que pasará el día en la lancha rápida con Ginie. Así que puede ir cómoda. Se pone primero una camiseta de manga corta y luego una de manga larga por encima, unos leggins gruesos, un pantalón de chándal, dos pares de calcetines y una sudadera sin cuello.

Encima se pondrá luego el estrecho traje térmico que completará con un jersey y una chaqueta a prueba de viento. El abdomen estará bastante protegido sobre el asiento calefactado, pero más arriba puede que haga mucho frío, sobre todo por la velocidad de marcha.

El teléfono le vibra: nuevo mensaje. Lo lee en la pantalla grande del portátil. Es de Ralph Cunnington.

«Querida Isabel», escribe. «A tu pregunta: un Incident significa que la muestra analizada contiene trozos de ADN registrados en una base de datos de modificaciones genéticas artificiales. Igual te acuerdas; el sistema se introdujo tras la gripe de Madrid, cuando científicos españoles querían reducir la infecciosidad de la gripe aviar y solo consiguieron lo contrario.

Isabel se acuerda. El virus dio la vuelta al mundo durante medio año con bastante dureza como Influenza-32 antes de poder pararla con una vacuna de mARN.

«¿Qué significa esto? Pues igual nada. Tu secuenciador ha enviado la sección afectada junto

con su entorno al instituto programado en la configuración. Allí será analizado. Lo tenemos con frecuencia cuando analizamos muestras de depuradoras. El virus Influenza-32 sigue por ahí, solo que ya no llama tanto la atención. Seguramente la muestra estaba contaminada con eso. ¿Alguien de tu entorno ha estado últimamente resfriado?

Isabel piensa, pero no se le ocurre nadie. Incluso con una ligera tos se recibe la orden de aislarse de inmediato. La naviera no quiere bajo ninguna circunstancia un brote de gripe a bordo.

—Si no fuera el Influenza-32, hay muchas otras causas probables. También se dan coincidencias casuales. Pero en ese caso se aclararán. No te preocupes. ¿Tienes ya los resultados?»

Isabel sacude la cabeza. El secuenciador ha completado solo una tercera parte de su labor. O se le han colado dos seres vivos por error en la muestra, o el incidente lo ha retrasado. Consulta online qué es lo que se sabe del genoma del krill. Ups. Esta especie posee 48.000 millones de pares de bases que escriben el libro de la vida con letras. El ADN del ser humano solo tiene tres mil millones de letras.

No es de extrañar que la máquina necesite tanto tiempo. Se acuerda de haber leído algo al respecto cuando estudiaba, pero genética nunca fue su asignatura preferida. Gran parte del ADN del krill debe constar, sin embargo, de secciones sin función alguna. Seguramente se haya acumulado ahí algo de la técnica genética verde.

Un vistazo al reloj. ¡Las ocho menos cinco! Mierda. ¡Debe salir pitando! Lo mejor será pasar rápidamente por la cantina. Allí siempre hay packs preparados para avituallar a los equipos de exploración.



¡CLAVA LA MIRADA EN EL HORIZONTE! —GRITA GINIE.

Isabel va sentada a la popa de la lancha, una RIB, mezcla de lancha hinchable y motora rígida. Pero están en la versión de lujo, llamada a bordo solo «lancha rápida», y que se utiliza principalmente para viajes de mensajería y correo. Su motor es bastante más potente y es capaz también de generar electricidad. Así sería posible transportar, por ejemplo, una nevera en marcha para mantener medicamentos importantes en frío.

Para los planes de Isabel, la toma de corriente es importante. La sonda solo posee una pequeña batería para casos de emergencia. Normalmente obtiene su energía a través de un cable sorprendentemente fino de nanotubos de carbono. El cable está enrollado a sus pies y llena el fondo de la lancha en miles de bucles. A Isabel le cuesta hacerse a la idea de que algo tan fino y ligero pueda ser, también, tan resistente. Un físico le explicó una vez que estas cualidades básicas están ligadas entre sí. Lo que entiende mejor es el origen de la técnica: el cable se inventó cuando unos científicos quisieron construir un ascensor espacial. Para treinta y cinco mil kilómetros de longitud, el cable utilizado debe ser extremadamente ligero y resistente. No llegó jamás a la órbita, pero sí a cinco mil metros de profundidad en el mar.

Hoy solo necesitarán la mitad. Por eso también ha traído solo la mitad del cable, que ahora pisa con los pies. Ginie le ha prestado un cojín grueso. Para reducir el peso total, han renunciado a todo lo innecesario. Isabel se agarra a las cuerdas que rodean el casco inflado del RIB. Ese es su punto débil, como nota al cabo de tres minutos de marcha. Mientras que su cuerpo está casi demasiado abrigado, sus dedos se congelarán en las dos veces tres horas de viaje. Ya que la lancha salta a gran velocidad sobre las olas, no se atreve a soltarse ni un segundo.

—¿Estás bien? —pregunta Ginie—. ¿Te divierte? —La saluda como si ella misma se lo

estuviera pasando en grande. Isabel no se lo puede reprochar. Al menos no necesita acompañar a gente a tierra hoy.

—Más o menos —responde—. Se me congelan los dedos.

—Luego podemos cambiar —dice Ginie—. Los mandos están calefactados.

—¿Que lleve yo la lancha?

—Pues claro, es facilísimo. Cambio automático. Y si ves un iceberg o una placa de hielo, te apartas.



—¡YEEE-HAAA! —GRITA ISABEL. SE SIENTE COMO UNA JINETE. AMORTIGUA CON LAS RODILLAS los movimientos de ascenso y descenso de la lancha que vuela sobre las olas. Al volante ya no se marea. Incluso los dedos los tiene calientes. Pero aquí delante hace más viento. Por eso, Ginie le ha prestado las gafas de esquí.

La cantidad de obstáculos aumenta poco a poco Ahora sabe también por qué el Geiranger ha salido de esta zona y por qué se cancelaron los desembarcos de hace dos días. El viento empuja el hielo a lo largo de la cadena de islotes que se ven al sur de su posición. Isabel tiene que ir evitando los obstáculos, lo cual les supone pérdida de velocidad.

—Deja espacio suficiente entre el hielo y nosotros —dice Ginie—. Deberíamos sobre todo evitar perder la hélice.

Sí, eso sería un gran inconveniente. Se imagina como contactan por radio con el Geiranger. El capitán podría enviarles el helicóptero, pero en ese caso perderían la lancha. Sacude la cabeza. No llegarán a tanto. Isabel mira hacia la derecha, donde el Sol ha alcanzado su posición más alta. Sus rayos son agradablemente cálidos.

Por el lado opuesto, al norte, se ha formado una nubecilla gris en medio del cielo hasta ahora muy azul.

—Eso también me preocupa —dice Ginie.

—¿Por qué? Si es pequeñísima.

—No se quedará así de pequeña. Para mí tiene el aspecto de nube de tormenta.

—Pero el informe meteorológico no avisaba de nada parecido.

—Las tormentas aparecen a veces muy localizadas.

—¿Y crees que esa nubecilla puede resultar peligrosa?

Isabel desea una respuesta muy determinada pero no la obtiene.

—Bajo ciertas circunstancias, sí. ¿Es muy importante lanzar la sonda? —pregunta Ginie.

—El Geiranger se desplazará por la noche unos cien kilómetros más en dirección contraria. Con la lancha rápida ya no podremos conseguirlo.

—Así es. Deberías olvidarte de tus muestras. ¿Crees que vale la pena el riesgo?

—¿Qué opinas tú, Ginie?

—No tengo ni idea de cuán importantes son esas muestras. Así que tampoco puedo valorar la relación de riesgo y beneficio.

Eso es verdad. La decisión la tiene ella. Pero si decide mal igual le cuesta la vida también a Ginie.

—No pienses en mí. Compara el riesgo con los beneficios.

—Okey. Ya que no hay otra forma de acceder a estos datos, continuamos.

—Genial —dice Ginie—. Te prometo que apoyo tu decisión. Pero ahora pisa a fondo.

ERA JUSTO AQUÍ. LA COSTA ESTÁ A SOLO UN PAR DE KILÓMETROS DE DISTANCIA. ESTÁN EN UN golfo muy amplio. El mar se mueve muy poco. La lancha baila sobre las olas. El calor del Sol es agradable, aunque ya se está retirando. A su alrededor flotan bloques de hielo de distintos colores. Algunos son blancos y cubiertos de nieve. Otros son azul claro con manchas azul oscuro que parecen brillar desde dentro. Las placas de hielo color turquesa y azul grisáceo podrían flotar también en un lago.

La nube al norte ha crecido, tal y como previó Ginie. Aunque aún está a unos veinte kilómetros de distancia.

—A la de tres —dice Isabel. Deben lanzar la sonda por la borda. El cable está libre entre ellas. —Uno, dos, ¡tres!

Lanza con todas sus fuerzas la sonda por la borda de la lancha. Cae al agua y salpica tanto que le moja la cara. Ginie ríe. Isabel lame una gota que tiene en el labio superior. El agua tiene un sabor extremadamente salado. El cable silba entre ellas a medida que es arrastrado por la sonda en su camino hacia las profundidades.

—Deberíamos avanzar un poco en dirección norte —dice Isabel—. Allí hay suficiente profundidad.

Ginie señala hacia la nube.

—¿Estás segura?

—La sonda se desplaza igualmente en esa dirección. Recuperarla será más rápido si estamos justo encima de ella.

—Entendido.

Ginie se sienta a los mandos. El motor funciona al ralentí para generar corriente para el motor de la sonda. El impulso que ejerce el cable sobre la lancha basta para arrastrarla lentamente en dirección norte. Ginie mira el reloj.

—Estaría bien que pudiéramos empezar a regresar dentro de veinte minutos.

—Me temo que la sonda no puede conseguirlo en ese tiempo. Ahora está... —controla los datos en una tablet robusta—, ...a ochocientos metros.

—Vaya, sí que va rápido.

—Sí, pero es solo un tercio de la profundidad necesaria.

CUANDO LA TABLET INDICA LOS 2500 METROS, EL CIELO EN EL NORTE ESTÁ YA MUY NUBLADO.

—Deberíamos marcharnos ya —dice Ginie.

—Conduce tú —dice Isabel—. Pero la sonda solo alcanza los ocho nudos.

Sigue el recorrido de esa pelota de rugby sumergible en la tablet. El fondo del océano está a unos 2800 metros. El radar de la sonda muestra el perfil. Más adelante enviará esos datos al instituto oceanográfico. El software de control en la tablet muestra varias barras. La primera está llena y muestra la carga de las baterías. La de debajo está prácticamente vacía. Se refiere al contenido del recipiente de muestras. No hace falta llenarlo del todo, pero sí que le gustaría al menos dos tercios de su capacidad.

La tercera barra indica la integridad estructural de la carcasa. Está llena. Si cambia lo hará rápido. A 2500 metros de profundidad, el océano no tiene piedad y comprimirá la sonda en un

instante al formato de un rodillo fino. Isabel ya perdió así una sonda. Se rascó con la hélice al tirarla por la borda de una lancha. La cuarta barra es sobre el estado del cable. Ahora está bastante suelto, por lo que el símbolo está casi vacío. Y la barra debajo muestra el impulso actual del motor eléctrico. No precisa estar sincronizado a la velocidad relativa medida por el radar con el fondo, ya que suele haber grandes corrientes a medida que se sumerge.

—Ocho nudos es muy poco —dice Ginie.

—La sonda no puede ir más rápido. Y eso que tenemos la suerte de que la corriente ahí abajo vaya en la dirección correcta.

—¿Cuánto tiempo necesitas aún?

Isabel hace zoom en la barra del recipiente de muestras y cuenta hasta veinte. Se llena muy despacio. Demasiado despacio.

—¿Media hora? —pregunta.

—Será muy justo, pero lo intentaremos.



A SU ALREDEDOR HA OSCURECIDO MUCHO CUANDO IMPACTA EL PRIMER RAYO EN EL OCÉANO, Y eso que al Sol le faltan aún tres horas para ponerse. El ojo de la tormenta está a unos cinco kilómetros. Pero aquí fuera no hay lugar donde resguardarse.

—¿Cómo lo ves? —pregunta Ginie.

El recipiente de muestras está al 27 por ciento. Tendrá que ser suficiente. Isabel le da a la sonda por software la orden de emerger.

—Está subiendo —dice.

—¿Puedo acelerar?

—Sí, pero por ahora no más de diez nudos.

Ginie suspira pero levanta un dedo hacia arriba.

—Me temo que eso va más deprisa que nosotros.

Al cabo de cinco minutos ya les alcanzan los primeros golpes de viento. Isabel se cierra más la capucha sobre la cara.

—¿Cuánto falta? —pregunta.

Ginie mira su teléfono.

—54 kilómetros hasta el Geiranger.

El viento es más frío y la oscuridad aumenta a medida que se acercan los rayos. Parece que la tormenta quiera competir con ellos a ver quién llega antes al Geiranger.

—¿Por qué nos persigue? —pregunta Isabel—. ¿Tenemos algún tipo de magnetismo?

—Se mueve paralela a la costa, como nosotros.

Isabel mira en la dirección que señala Ginie. No se ve la costa.

—¿Podríamos resguardarnos allí en caso de emergencia?

—Si no queda más remedio, sí. No tenemos equipo para pasar una noche en tierra firme, pero todas las lanchas poseen un equipo de emergencia.

—Tranquilizador.

—Si llegamos a la costa, claro. Está a diecisiete kilómetros.

—Pero el Geiranger no se aparta tanto de la costa, ¿no es así?

—Así es. Cuando lo alcancemos, la costa no estará tan lejos. Y en ese caso ya no la necesitaremos.

Un fuerte golpe de viento casi le arranca la tablet de las manos. Isabel le echa un vistazo y la

mete dentro de la chaqueta. La sonda está aún a 800 metros de la superficie.

—Dentro de cinco minutos puedes pisar a fondo —dice.

—Genial.

Son los minutos de mayor esfuerzo en toda su vida. Empieza a llover con fuerza.

—¿Lluvia? ¿Aquí? ¿A diez grados bajo cero? —pregunta.

—Eso no es bueno —dice Ginie—. El agua cae tan rápido que las gotas no tienen tiempo de congelarse. En esta tormenta hay muchísima energía.

—Lo siento —dice Isabel.

—¿Por la lluvia? No tienes la culpa de ello. Algunas capas de aire por encima nuestro son bastante más cálidas de lo normal. Dos grados más de media mundial supone de tres a cuatro aquí en la Antártida.

—No, es por haberte metido en este berenjenal.

—Fue mi decisión, Isa. Yo soy aquí la experta en exteriores. Más bien debería pedirte perdón yo a ti.

El siguiente rayo las asusta. El trueno es casi inmediato. No más de quinientos metros. Son el único objetivo en un gran espacio, sin contar un par de icebergs. ¿Y si una descarga alcanza el motor?

La tablet vibra. La saca de la chaqueta. La sonda ha llegado a la superficie.

—Ya ha emergido —dice Isabel.

—Pues ahora, como que no está la cosa para recogerla —dice Ginie—. ¿Podemos llevarla a rastras?

—Sí, aunque me temo que nos frenará.

—Mejor eso que tener que parar ahora.

El siguiente impacto de rayo confirma las palabras de Ginie. Isabel intenta protegerse los oídos del trueno, pero el sonido de la naturaleza llega a su interior a través del estómago. La lancha oscila en todas direcciones mientras salta por encima de un mar curiosamente calmo a pesar del viento que sopla, evitando cada dos por tres obstáculos helados. Ginie es una auténtica maestra al volante.

—¿Cómo es que el mar está tan tranquilo? —grita Isabel para superar el ensordecedor ruido.

—Hace falta una gran cantidad de energía para ponerlo en movimiento. Una tormenta así es como una olla que al hervir se sale por los bordes. Para que hierva, hace falta... pues no se me ocurre ninguna comparación adecuada. El mar es algo lento en esto.

Isabel asiente y comprueba la tablet. Una de las barras está en rojo. Es la que indica el estado del cable.

—¿Ginie? El cable está a punto de sobrecargarse —dice.

Ginie reduce algo la velocidad.

—¿Mejor así?

Efectivamente, la barra pasa a color naranja. Pero la tormenta aumenta en intensidad. Parece desplazarse a unos once nudos. Mientras sean más rápidos evitarán quedar en su centro.

—Para la sonda es mejor, pero ¿y para nosotras? ¿Cuánto falta?

—Unos veinte kilómetros.

Mira las cinco barras. La batería de la sonda está llena. Con una hora de autonomía puede recorrer ella sola unos quince kilómetros escasos. No llegará al barco, pero al menos estará al alcance de los dispositivos de localización. En la posición actual del Geiranger, la profundidad es de máximo quinientos metros. Aunque se hundiera la podrían localizar. Pero normalmente se queda en la superficie.

—¿Ayudará si dejo la sonda sola? —pregunta Isabel.

—Sin duda. Podría ir mucho más rápido que...

—Okey, eso me basta. Un momento. —Isabel coge la tablet y busca en los submenús.

—Pero no quiero que todo esto no haya servido para nada —dice Ginie.

—No te preocupes. La sonda llegará sola hasta cerca del Geiranger. Mañana la sacamos de donde esté.

—Okey.

Isabel ordena a la sonda que se desacople. La tablet confirma el proceso.

—Ya puedes pisar a fondo —dice.

—Pues agárrate —dice Ginie y acelera.

Pero la tormenta no se rinde fácilmente y envía fuertes rachas de viento y rayos.

—No basta —dice Ginie—. El ojo de la tormenta nos alcanzará. Creo que es por el cable.

La lancha arrastra tras de sí dos kilómetros y medio de cable por el agua. Isabel asiente. Sabe lo que tiene que hacer, deja la tablet bajo el asiento y se desplaza hasta la popa. Agarra el cable y tira de él. Pero pesa muchísimo. Lo va recogiendo metro a metro. Sus guantes quedan empapados en pocos segundos. Pero mientras tire, no se le congelarán los dedos. Le duelen los músculos de los brazos. El cable se clava en su piel a través de los gruesos guantes. Que sea tan fino dificulta poder cogerlo bien. Pero sigue tirando.

—¡Lo estás haciendo genial! —grita Ginie—. ¡Ya hemos conseguido medio nudo más!

Isabel tira y tira. Tiene la sensación de que se pasará el resto de su vida tirando de este cable. Y entonces comienza a nevar. Unos gruesos copos revolotean a su alrededor, amortiguando el ruido del mar y trasladándolas a un mundo de maravilla.

—¡Mierda! —grita Ginie.

Isabel se gira hacia ella y pierde por ello un metro de cable. Lo agarra en seguida con fuerza. Ginie no ve más allá de diez o quince metros. El remolino de copos es peor que la niebla, porque clarea una y otra vez en un lugar para cerrarse como una cortina en otro. Es casi imposible calcular distancias. Ginie ha sacado su teléfono y mira la pantalla cada dos por tres. Debe estar vinculado al radar de proa que busca icebergs justo por encima de la superficie del agua. Pero Ginie tiene que reducir velocidad igualmente. Para Isabel tiene el efecto de que ahora puede recoger el cable con más facilidad. Tiene tiempo de echar un vistazo a sus guantes que se han teñido de oscuro en el centro de la palma. Primero toma las manchas como de óxido, pero luego intenta sacar una mano del guante y grita de dolor. No ha sido una buena idea. Mejor será dejarlo estar. Isabel aprieta las mandíbulas y recupera el siguiente metro de cable.

—¿Estás bien? —pregunta Ginie.

—Todo perfecto —responde Isabel.

Es mejor que Ginie se centre en mantener el rumbo. La nieve es cada vez más densa. Hacía meses que no experimentaba algo similar. La Antártida es uno de los lugares más secos de la Tierra, pero parece que esta tormenta no lo sabía. Los copos se arremolinan tanto que, al menos, amortiguan el ruido de los truenos. Suenan mucho más graves, como producidos por las tripas de un gigante que las persigue. Isabel imagina de golpe cómo se debieron crear las leyendas que hablan sobre seres gigantescos.

De repente suena un tono más agudo. Así debieron sonar las trompetas de Jericó. El tono resuena en su estómago cuando se repite. Pero esas trompetas no tienen nada contra su lancha.

—¡Es el Geiranger! ¡Ya casi hemos llegado! —grita Ginie.

La grúa levanta con chirridos la lancha con sus ocupantes dentro hasta la zona de carga. Cuando toca el suelo se oye un fuerte ruido. La lancha se inclina entonces hacia un lado e Isabel casi se cae si no fuera por Alan, que la sujeta.

—Gracias —dice.

—Menuda bienvenida —dice Ginie.

En el espacio de carga está todo el equipo de expedición al completo. La mayoría ya vestidos para una salida, aunque con este tiempo no puede haber desembarcos planificados.

—Estábamos a punto de preparar una misión de búsqueda y rescate —dice Alan.

—Pero si ya sabéis que yo siempre vuelvo —dice Ginie.

—El capitán no pensaba igual. Espero que, al menos, hayáis podido recuperar «la gorra».

—Desgraciadamente la hemos pedido en la tormenta. Pero mejor así que no que se quede en tierra firme.

—El capitán Bismo ha preguntado entre los pasajeros si alguien echa en falta una gorra.

—Oh.

—Una pasajera mayor, una tal Brunhild Meier, dijo que ella.

Ginie lanza una sonrisa a Isabel. Brunhild forma parte del trío que quería extorsionar al capitán.

—Pues todo aclarado, ¿no? —pregunta Ginie.

—Aunque curiosamente esa pasajera no participó en el desembarco.

—Qué raro. ¿Habremos ido por nada? Esto sí que es un fastidio.

—Bueno, habéis encontrado una gorra, así que de algo habrá servido. Y ya sabéis que los pasajeros siempre tienen razón. Incluso el viejo se atiene a esta regla. Pero te recomendaría, Ginie, que la próxima gorra perdida corra a cargo de otra persona.

Ginie mira al suelo. Alan, como jefe del equipo de expedición, es su superior y acaba de criticarla delante de todos los guías. ¡Y eso que solo quería ayudar! A Isabel le da pena.

—En el fondo fue mi... —comienza a decir.

—Déjalo estar, Isa. Somos mayorcitas. Pero ahora deberías enseñarle a Lasse tus manos. La sangre ya ha empapado todo el guante.

¿Qué dice? ¿Sangre? ¿Guante? Gira sus manos hacia arriba, ve las manchas oscuras y se le aflojan las rodillas.

Cuando se despierta en la enfermería, sus manos están ya limpias y vendadas. Isabel se asusta al principio. ¿Cómo va a manejar así el microscopio o una pipeta? Pero luego se da cuenta de que puede mover los dedos individualmente y ni siquiera le duele. Solo cuando junta el pulgar con el meñique.

—Será mejor que te abstengas de hacer eso unos días —dice una voz femenina.

Isabel se incorpora para poder girarse. Es Ina, la doctora sueca.

—¿Me has zurcido tú las heridas? —pregunta Isabel.

Conoce a Ina del karaoke semanal de la tripulación. Ina canta casi de forma profesional. Y a veces confunden sus nombres porque se parecen mucho, ambas tienen el pelo castaño, miden lo mismo y tienen la misma edad.

—No había mucho que zurcir. Solo tuve que sacar el relleno del guante de dentro de tus heridas. Una auténtica marranada. Así que preferí dejarte dormir.

Eso ha sido muy amable. Isabel sonríe agradecida. No puede soportar ver su propia sangre.

Con la de los demás no tiene ningún problema.

—¿Quedará algún tipo de secuela?

—No puedo excluir que te quede alguna cicatriz. Pero por lo demás, dentro de diez días debería haberse curado del todo. Hasta entonces, ten cuidado con las palmas de las manos.

Un par de cicatrices en la palma de la mano, no es nada preocupante.

—Me esforzaré en acordarme.

—No te hará falta.

—¿Qué quieres decir?

—Mañana por la mañana, a más tardar, se te habrá pasado el efecto de los analgésicos que te he inyectado. Entonces, tus manos sabrán cuidarse ellas solitas.

—¿Y no podrías...?

—Si no puedes dormir por la noche, puedes tomarte hasta 800 mg de Paracetamol. Pero durante el día, los dolores ayudan a evitar los movimientos inadecuados y se acelera así la curación.

Isabel suspira. ¡Mañana tiene que ir a por la sonda! ¿Cómo la subirá por la borda con las manos vendadas?

—Tengo que recuperar algo mañana del mar —dice.

—Por mí estarás al menos tres días de baja. Pero no puedo impedir que hagas tonterías.



INA SE LO HA DEJADO CLARÍSIMO. NO PODRÁ RECUPERAR LA SONDA CON SUS PROPIAS MANOS. Tendrá que recurrir a Tarja, aunque eso no sea trabajo para una becaria de dieciocho años. Y no puede pedírselo de nuevo a Ginie. Así que necesitará una lancha. Aunque esta vez no vayan a estar el día entero fuera.

El secuenciador no ha acabado aún. Se pone la chaqueta roja con el logotipo de la naviera y sale de su laboratorio. El pasillo huele a cebolla y ajo. La cantina está en otra planta, pero las chicas filipinas del servicio de habitaciones se cocinan algo a su gusto, ya que la comida estándar del barco les resulta muy aburrida. De todos los empleados tienen el trabajo más duro, ya que tienen que pasarse el día entero, semana tras semana, en las habitaciones climatizadas.

Sube con el ascensor del personal hasta la planta once. Allí hay un balcón al que los pasajeros no tienen acceso y donde los miembros de la tripulación pueden salir a tomar el aire. Suelen reunirse aquí los guías en su tiempo libre. Seguramente sean adictos al aire libre. Isabel, en cambio, se las apaña muy bien con la atmósfera que reina en la panza del barco. No se diferencia mucho del aire en un complejo de laboratorio de salas blancas en tierra firme, solo que aquí hay cierto movimiento por el mar de fondo en pleno océano.

Cuando sale al balcón de paseo, sigue nevando. No está sola: gran parte de la tripulación del sudeste asiático disfruta de los copos de nieve iluminados por los focos de la cubierta, juegan al pilla pilla con ellos, los lamen de las manos, se hacen selfies o lo enseñan a familiares atónitos por videollamada. Cuando por los altavoces se pide voluntarios para recoger la cubierta de pasajeros, casi todos se apuntan y se vacía ese espacio.

Busca un banco en una esquina, limpia la nieve fresca con el antebrazo y se sienta. Está arriba del todo del barco, pero las paredes metálicas montadas a todo su alrededor ocultan la visión del entorno. Por fuera pasa el tramo de jogging para los pasajeros alrededor de la zona de tripulación, pero no hay nadie en ese momento debido a la nevada. Así que abre una de las puertas y la fija con el codo de forma que no se vuelva a cerrar.

Cuando regresa a su banco tiene que volver a limpiar la nieve. La manga de su chaqueta ya está empapada. Por la puerta abierta mira más o menos hacia proa, en dirección de marcha. En las cubiertas inferiores se oyen escobas que frotan el suelo metálico. No hay palas quitanieves, ya que estas nevadas son muy poco frecuentes. Los hombres y mujeres allí abajo chillan y ríen. Se imagina cómo se están tirando bolas de nieve. Ella misma tardó mucho en ver este frío húmedo por primera vez, cuando su madre se fue con ella de México a España. Su madre misma se sorprendió a ver el frío que puede llegar a hacer en la capital española en invierno.

Dos guías salen del ascensor y se encienden un pitillo. Entonces ven a Isabel, sentada medio a la sombra de los focos de la cubierta.

—¿Quieres uno? —pregunta el más joven de los dos. Isabel no recuerda su nombre.

—No fuma —le dice el otro. De él sí que recuerda el nombre: se llama Holger Meyer. Durante un tiempo pensó que era escandinavo, por ser tan alto y rubio, pero es alemán. Su país es un mercado importante para la naviera; un tercio de los pasajeros viene de allí, por lo que entre el servicio de atención al cliente hay muchos alemanes.

—No fumo —dice Isabel, se pone de pie y se les acerca. A veces le gusta mucho el olor del humo de cigarrillos. Igual porque le recuerdan a su padre, que era un fumador empedernido.

—¿Qué te has hecho ahí? —pregunta el joven señalando con el cigarrillo a sus manos.

—¿No te enteraste? Estuvo fuera con Ginie —dice Holger.

El joven asiente al acordarse. Parece que Ginie es conocida por sus ganas de aventura.

—No fue culpa suya —dice Isabel— Solo quería ayudarme.

—Sí, seguro —dice el más joven, y suena como: «conocemos a Ginie. No hace falta que nos cuentes nada». Siempre le sorprende como hay gente capaz de comprimir una frase larga en solo un par de palabras.

—No, en serio. Se empeñaba todo el rato en dar ya media vuelta y yo la retrasé mucho.

—Si tú lo dices... —Holger mueve pensativo la cabeza hacia un lado y el otro.

—Se trataba de una sonda con datos científicos importantes —explica Isabel—. Y hablando de sonda, está flotando en algún lugar por aquí cerca. Necesito que alguien vaya a por ella mañana por la mañana. —Y muestra sus manos vendadas—. Yo no puedo agarrar nada durante unos días; si no, tomaría prestada una lancha.

—Pues va a ser que no —dice Holger—. El capitán quiere recuperar mañana las excursiones a tierra; los pasajeros se nos lanzarán al cuello si no lo hacemos. Dicen que brillará el Sol. Así que podremos abrir nuestro chiringuito de playa.

Chiringuito de playa, jaja. Dos guías se pondrán con toallas en la arena y ofrecerán a los pasajeros un baño en el mar helado. Siempre hay un par de locos que lo intentan.

—Pero ¿dices que esa cosa flota? —pregunta el joven.

—Sí, espera en la superficie a que la recojamos.

—Pues llévate una canoa y tráetela. Con el buen tiempo que habrá mañana seguro que puedes salir unos cinco kilómetros.

Isabel suspira y se mira las manos. ¿Remar con estas heridas?

—Puedes agarrar el remo con las yemas de los dedos —el joven debe haber notado su mirada —. Es incluso mejor así, para no tener luego ampollas.

Dobla los dedos y apenas nota un mínimo dolor. Podría funcionar. Durante los desembarcos no se utilizan las canoas. Habrá un pontón flotando junto al barco, permanentemente atendido. La persona que esté allí bien puede sacar entonces la sonda del agua.

—Gracias, chicos —dice.

—ISABEL RAMÍREZ, POR FAVOR, PERSÓNESE EN EL MOSTRADOR DE ATENCIÓN AL PASAJERO EN EL nivel 5 —ruega el altavoz del ascensor. Ya había pulsado el cero, pero acaban de parar en la planta 7, donde han entrado dos cocineros. Así que presiona el dedo contra el pulsador con un cinco tras el inevitable primer segundo de susto.

Orapin la recibe desde el mostrador con una amplia sonrisa. Isabel respira acelerada. No pasa casi nunca que un miembro de la tripulación sea llamado al servicio de atención al pasajero por los altavoces. A veces, cuando están anclados en puertos, llegan visitas. Entonces pueden llevarlos por las áreas abiertas al público. Las habitaciones son tabú. En principio. El capitán Bismo suele hacer la vista gorda cuando se encuentran parejas tras mucho tiempo en alta mar.

—Gracias por haber venido tan rápido —dice Orapin.

—¿Qué ha pasado?

—Tienes visita.

—¿Qué? ¿Aquí, en medio del océano? ¿Cómo es posible y quién es?

Su madre no puede ser. No puede permitirse ni un vuelo a su hogar natal en México. Isabel le envía siempre parte de su sueldo a Madrid.

—Algo oficial. Tengo que entregarte este mensaje. —Orapin le pasa un sobre cerrado que Isabel abre en seguida. Dentro hay un escrito impreso a bordo. El papel tiene el membrete de la naviera, pero empieza con una dirección de remite de aspecto muy oficial.

«Oficina Federal de Control Genético, Washington D.C.», lee allí.

En la segunda línea pone: «Departamento operativo de investigación» No hay dirección.

«Asunto: Incidente C4543x7.

Distinguida Sra. Ramírez: En el procesamiento de una muestra genética con el dispositivo que opera usted con número de código 100054440055625 se ha dado un incidente según la convención de las Naciones Unidas contra el uso no autorizado de alteraciones técnicas genéticas. Tras una comparación a fondo de los datos no se ha podido aclarar el caso. Según las leyes federales americanas estamos obligados a seguir investigando este asunto hasta excluir una violación del convenio de las Naciones Unidas. Queremos dejar claro que usted no es acusada en este caso, sino solo actúa como testigo. Por ello está obligada a colaborar con nuestro agente. Si se negara, nos veremos obligados a imponer plenamente la ley, lo cual puede suponer penas de privación de libertad. Le agradecemos de antemano su colaboración».

Típico de organismos federales; ni siquiera se les ocurre que alguien pueda ayudar voluntariamente sin ser antes amenazado. A Isabel le apetece realmente ponérselo difícil a este agente. ¿Con qué puede amenazarla aquí fuera? ¿Con encerrarla en su laboratorio?

«El agente que intervendrá en su caso se llama Adrian Ochs y tiene el número de placa CFKK7YHXX. Llegará mañana 19 de octubre de 2041 a su barco. Por favor, tenga entonces a mano toda la documentación relevante y el material genético incriminado. Le recordamos amablemente que está obligada por ley a colaborar con el agente Ochs. Atentamente...»

La firma es ilegible.

—¿Malas noticias? —pregunta Orapin, que debe haber visto la expresión arrugada en la cara de Isabel.

—No precisamente. Trabajo. Bueno, más bien es molesto. Dime, ¿has tenido que reservar una habitación para este agente?

Orapin se inclina hacia delante y le hace un gesto para que se acerque. —No puedo decir nada al respecto, pero a partir de ya y hasta el final del viaje, se ocupará una suite libre con un

nuevo invitado.



Dallas, 20 de octubre de 2041

—Gracias, señora Neko; creo que ya se puede marchar —dice el funcionario del FBI, un hombre bajito y rechoncho de cincuenta y muchos años con bigote y que no para de tocarse el botón superior de la camisa.

Bavin mira hacia la doctora que se ha inclinado por encima de él para tocar sus hombros. Parece que se toma su labor muy en serio, pues lleva más de media hora revisando su estado. Inclina los ojos hacia abajo para no mirarle en el escote y los centra en el rotulito con el nombre. «Manja Neko, MD», pone allí. ¿De dónde será ese nombre? Por su aspecto diría que tiene raíces asiáticas.

—Aún soy yo quien decide siempre cuando acabo de visitar a un paciente —dice la doctora.

Tengo otras citas esta tarde —dice el hombre del FBI.

—Cedric, si no quiere que haga bien mi trabajo, la próxima vez será mejor que se busque a otra persona.

—Claro que quiero, pero...

—Cállese.

Cedric Michel se calla. Seguro que la mujer es veinte años más joven que él, pero emana una autoridad natural irrebatible.

—Incorpórese —dice.

Bavin da un empujón a su torso y echa de menos la cama de hospital, con aquel cómodo mango triangular que colgaba encima y que le ayudaba a incorporarse. Pero Michel se había empeñado en llevárselo a un lugar menos público. En la vivienda que el FBI había alquilado para él no pudieron meter una cama de hospital con tanta rapidez. Y Bavin fue tan tonto como para decir que con una cama normal ya se las apañaría.

Y aquí tiene las consecuencias. Levanta las piernas fuera de la cama. Parecen hinchadas.

—Eso es por falta de movimiento —dice la doctora, que habrá notado su mirada crítica—. Pero no es más que agua. Debería dar un pequeño paseo.

—Eso es por ahora imposible —dice el hombre del FBI—. No puedo correr el riesgo de que alguien lo reconozca.

La doctora asiente. —En efecto, no sería improbable. Pues que camine por dentro del apartamento. ¿Se encargará de que lo haga?

—Oiga, que yo también estoy aquí —dice Bavin.

—Lo sé. Quédese quieto. Debo probar sus reflejos.

Se queda paralizado y cierra la boca.



Bavin se queda algo triste cuando se marcha la doctora. El funcionario del FBI ya le ha dicho que tendrá que pasar un par de días en esta vivienda. No sabe por qué siempre se había imaginado que las famosas casas seguras donde el FBI aloja a testigos son lujosas, con piscina, golf de salón y cine en casa.

Pero este apartamento de dos habitaciones no tiene absolutamente nada de lujoso. Sus guardias ocupan la primera habitación, justo al lado de la entrada. En el sofá puede dormir alguien más. Abierta al salón hay una cocinita con nevera. Pero al lavabo se pasa por su habitación. Tiene la suerte de dormir muy profundamente, por lo que no le molesta que por las noches alguien pase junto a su cama.

Oye cómo se cierra la puerta.

—Esta va a ser, por ahora, su última visita —explica Cedric Michel.

—¿Qué? ¿Qué hay de mis padres? —No les ha dicho aún dónde está. Mañana estarán delante de su cama vacía en el hospital. Su madre se pondrá nerviosísima y su padre le pondrá una mano conciliadora sobre el hombro.

—Yo les diré a sus padres personalmente que puede suponer un peligro que le visiten. Estoy seguro de que su madre lo entenderá.

—¿De qué conoce usted a mi madre?

—También tengo una. Solo podrá dormir tranquila cuando lo haya podido ver. Pero al mismo tiempo se cortaría un brazo si fuera necesario para protegerle.

Michel no conoce a su madre. No sería capaz de lesionarse a sí misma. Pero haría que su marido le cortara el brazo, a pesar de ser el hombre más tierno y tranquilo que existe en el planeta.

—Más o menos —dice Bavin.

Aún no ha asumido que se ha convertido en parte de una historia como hasta ahora solo ha conocido en la televisión. ¡Vive en un apartamento secreto, protegido por el FBI! ¡Y eso que no es más que un programador sin importancia!

—Se lo repetiré una vez más —dice el hombre del FBI—. Se esconde aquí un par de días. La puerta de entrada es tabú. Utilice solo el teléfono y la tarjeta de crédito que le he dado.

—Todavía no me lo puedo creer. ¿Realmente me han traído a una casa segura del FBI?

—Bueno, no es más que un apartamentito normal alquilado. Solo nos tiene que dar algo de tiempo. Hasta que esta transacción aparezca en los datos pasará una semana, y para entonces seguro que ya habremos pillado al responsable.

—¿A quién?

—Pues a los conspiradores que han hecho esto.

Bavin no se siente tan optimista. Sean quienes sean, parecen tener un gran interés en hacer desaparecer cualquier testigo de esos últimos veinte segundos.

—¿Qué hay de los demás? —pregunta.

—¿Los demás?

—Los que trabajaban en Control de Misión. MOM y otros. Yo solo era una ruedecilla en el engranaje completo.

—¿Qué tiene que ver su madre con todo esto?

—MOM es la Mission Operations Manager, la jefa de la misión.

—Ahh, vale. Vigilamos a todos los que estaban presentes el día del atentado. Pero no parece que nadie se intereses por ellos. Usted es el único que ha tenido visita tras el atentado.

—¿Se le ocurre algún motivo para ello?

—Esperaba que fuera usted quien tuviera alguna idea. Debe saber algo que se les ha escapado a los demás.

—Pero solo soy un simple programador.

—No se minusvalore tanto. Usted es el responsable del software de la misión entera. Y eso no es algo que se logre de un día para el otro.

El hombre del FBI tiene razón. Debe estar relacionado con el software de la sonda, o con él mismo. Igual ha sido el único en cometer el error de interesarse por la causa de la caída de la sonda.

—No tengo ni idea —dice.

—Debería esforzarse un poco en ayudarme —dice Cedric y se pasa los dedos por el bigote.

Bavin frunce el ceño. Suena a amenaza.

—No me mire así. Mi jefe no estaba de acuerdo en que nos esforzáramos tanto con usted. ¿Sabe lo que cree? Que igual tiene usted problemas con el crimen organizado y el atentado no iba siquiera destinado a la misión. Tenía que enviarle a su casa bajo vigilancia y ya veríamos entones quién quiere echarle el guante. Si no me ayuda un poco, tendré que seguir su consejo.

Seguramente Bavin habría reaccionado igual que su jefe. No había un motivo razonable para atentar contra el Control de Misión. Así que el problema debe estar en otro lugar. Pero curiosamente sabe con total certeza que no ha tenido jamás problemas con la mafia.

—Me está usted mirando con ojos de besugo —dice Cedric—. Venga, Bavin, dígame ya quién podría estar interesado en su muerte.

—Quizás haya alguien que quiera evitar que averigüe más sobre la caída de la sonda.

—¿Y es usted el único que estaría en situación de conseguirlo? ¿Qué le hace tan especial para que alguien entre en la NASA y haga volar por los aires un centro de control?

Bavin respira profundamente. El hombre del FBI hace las preguntas correctas, pero él no tiene ni la más remota respuesta que darle.

—Puede ser que conozca mejor que nadie el software de Gex —dice Bavin—. Si la supuesta caída está relacionada con ello, seguramente sea el indicado para poder demostrarlo.

De repente se acalora. *El protocolizador.* Bavin ha escrito un pequeño programa, un bot, que supervisa el trabajo del software de mando y que deriva datos de diagnóstico del caudal de datos generados. Estos datos están cifrados en el servidor de Control de Misión. Era un experimento, un nivel adicional de control que incluyó, porque no se fiaba del todo de la simulación de sensaciones. Fue una idea estúpida que le impusieron desde arriba: una sonda que tiene que viajar durante años sola por el universo debería tener sensaciones para poder cumplir así mejor con su función. Solo porque unos estudios habían demostrado que la simulación de sensaciones aumenta la eficiencia. ¡Pero quien está tanto tiempo de viaje, las sensaciones pueden llegar a ser abrumadoras! ¿Por qué fracasó entonces la tercera expedición a Marte? Porque la tripulación no soportó la soledad.

—¿Bavin?

—Calle.

El hombre del FBI le hace perder el hilo de pensamientos. Bavin estaba tan cerca de lograrlo. *El protocolizador*, exacto. Los datos deben estar en algún sitio. Nadie puede leerlos, excepto él. Decidieron no hacer público el siguiente nivel adicional de seguridad. MOM ya advirtió: *No nos darán autorización de despegue.* Alina es la única que lo sabe. No se lo contó a nadie más. Mierda. Bavin odia que traicionen su confianza. Pero solo hay una posibilidad: MOM debe haberle contado a alguien lo del protocolizador. Por eso le están persiguiendo. Pero ¿qué

pretenden? Han intentado hacerle saltar por los aires. Así que no tienen interés en lo que el protocolizador haya registrado. Solo quieren impedir que sus resultados salgan a la luz. Mierda, mierda, mierda. ¿Y ahora qué? No puede fiarse de nadie; ni siquiera de este hombre del FBI.

—¡Hable conmigo de una puñetera vez o lo echo a patadas del apartamento! —grita Cedric.

Tiene un acento ligeramente francés. Igual es canadiense, de Quebec. A Bavin le llaman a veces la atención detalles tan nimios cuando está estrujándose los sesos con un problema irresoluble.

—No, no me eche, por favor. Si lo veo correctamente, se trata de la caída de la sonda y de los motivos que la causaron. Pero no los que se mencionan oficialmente. Parece que alguien cree que soy capaz de descubrir las causas reales. ¡Déjeme que lo intente!

Alguien llama a la puerta. Bavin sacude la cabeza. Eso pasa solo en las películas. Necesita que el hombre del FBI acepte su petición y, justo cuando se supone que va a abrir la boca, alguien llama a la puerta. Y lo que pasa entonces lo cambia todo.

Cedric suspira.

—Está bien... —Más llamadas a la puerta. —¡Adelante!

Entra una mujer joven con falda corta. Parece una pasante de lo más normal. ¿Demasiado normal, quizás?

—¿Señor Michel? Debería ver esto.

La mujer sostiene una tablet a medio desenrollar en las manos. Cedric la coge y la trae a la cama de Bavin donde la abre a tamaño completo A4. Se ve la oferta de uno de los mayores medios de información online.

«Informe de la NASA: ¿Quién ha hecho fracasar una misión de miles de millones?

Debajo aparece un hombre de mediana edad y piel oscura. Bavin necesita un instante para reconocer esa cara. No se parece mucho a la que ve cada día en el espejo del cuarto de baño, pero es él.

«Bavin Joshi, 39, Jefe de Software de la misión Gex», pone debajo.

¿Jefe de Software? No existe puesto alguno con ese nombre en la NASA. ¡Periodistas! Lee el texto.

«Según desvela una nota de prensa del comité de expertos de la NASA para analizar la catástrofe de la misión Gex a la luna de Júpiter, Ganímedes, se ha podido descubrir rápidamente la causa de esta costosa tragedia. Todo indica que el software de mando creado bajo la responsabilidad de Bavin Joshi calculó mal la situación», dice la noticia. ‘Al parecer, la sonda confió casi ciegamente en los datos del radar’, explica la presidenta del comité, Profesora Charlotte Herrmann, a petición de la redacción. ‘Las mediciones del radar quedaron supuestamente falsificadas por las circunstancias de la superficie. Es como si, al aparcar manualmente, se fiara solo de los datos en la pantalla, en lugar de echar alguna mirada por el retrovisor’. Los expertos se sorprenden de que la comisión haga declaraciones tan pronto sobre los sucesos. Seguramente el reciente atentado en las instalaciones de Control de Misión tenga algo que ver con querer aclarar cuanto antes los hechos».

Bavin no puede seguir leyendo. ¡Esa Profesora Charlotte Herrmann no tiene ni puñetera idea! Claro que hay mediciones erróneas del radar. Por eso Gex posee medidores de distancia por láser adicionales. El software lo tiene todo en cuenta. ¿Por qué quieren echarle la soga al cuello precisamente a él? ¿Es que se trata de presentar al público a un culpable en bandeja?

—Siga leyendo —dice Cedric—. La cosa mejora.

Bavin sacude la cabeza, pero el hombre del FBI le mantiene el papel electrónico tan delante que no puede evitar seguir leyendo.

«Alina Deuer (52), directora de la misión como Mission Operations Manager, ve el resultado del comité con escepticismo. ‘Bavin es un programador inteligente y muy cuidadoso. No me imagino que haya podido cometer un error así. No va con él. Por ello rogué al comité que pusiera todos los datos a mi disposición. Los he repasado y debo admitir que las conclusiones a las que ha llegado el comité son, sin duda, acertadas’.

Alina, la que prometió asumir la responsabilidad, ¿ahora también lo condena? A Bavin le cuesta reprimir las lágrimas. Se frota los ojos. ¿Eso es lo que Cedric entiende con ‘la cosa mejora’? Tampoco es que lo condene de forma categórica, pero conoce el software lo suficiente como para saber que las explicaciones no pueden ser tan simples. Traga con dificultad. Ahora tiene que leer el artículo hasta el final.

«En respuesta a las preguntas de la redacción, la NASA insistió en proteger los datos de todos sus empleados. Así que no podemos saber si Joshi perderá o no su empleo. No obstante, la redacción ha podido descubrir que su nombre ha sido eliminado ya de la presencia online de la misión. Una persona de contacto del JPL, cuyo nombre no se nos permite mencionar, nos informó además haber visto con sus propios ojos cómo se desatornillaba el rótulo con su nombre de la puerta de su despacho».

Esa gota colma el vaso. Bavin deja caer la tablet. Se enrolla sola mientras cae al suelo. Cedric la recoge sin protestar. La compasión que ve en los ojos del hombre del FBI le da ya el resto.

—Por favor, salga de mi...

No puede acabar la frase, pero Cedric le entiende y cierra la puerta por fuera.



MS Geiranger, 21 de octubre de 2041

ISABEL SE FROTA LOS OJOS. ¿DÓNDE ESTÁ? ¿QUÉ HA PASADO? ¿POR QUÉ AÚLLA UNA ALARMA? Da un respingo y, cuando se golpea el muslo contra el escritorio se acuerda de que ella misma había programado el ordenador para que la despertara. La secuencia genética ha finalizado. Bajo la tenue luz de los pilotos de los dispositivos técnicos en el laboratorio se abre paso hasta el interruptor. Necesita unos momentos para acostumbrar luego los ojos a tanta luz.

Abre el genoma del pequeño nauplius. La máquina tarda un rato para ello, debido seguramente al ingente tamaño de la estructura, y no al tamaño en sí de los datos. El software está programado para asignar determinadas secuencias a posibles funciones. La naturaleza no suele inventar algo totalmente nuevo. Por ello hay bibliotecas de segmentos conocidos de ADN que el programa consulta en directo. En la máquina solo hay una parte pequeña almacenada. Los demás se los tiene que bajar el software online. El Geiranger cuenta con una conexión rápida por satélite a Internet, que a estas horas no debe estar sobrecargada por los pasajeros; pero consultar 300 bases de datos de ADN en todo el mundo tiene sus límites.

Igual debería haber seguido durmiendo. Ese agente querrá verlo todo por su cuenta de nuevo, y entonces estaría ya más despierta. Pero su curiosidad es mayor. ¿Cómo ha conseguido el nauplius zamparse a su hermano mucho mayor?

Para descubrirlo, Isabel tiene primero que pasar por encima de muchos componentes estándar. El krill ha aprendido mucho de sus ancestros y ha pasado mucho más a sus bisnietos. En las secciones puede ver Isabel en directo cómo ha evolucionado la especie, así como también lo complicada que es la biología de estos bichitos. Algunos de los segmentos de genes se encuentran idénticos también en el ser humano. Una parte de ellos no sirve de nada, pero otras partes siguen cumpliendo la misma función de siempre.

Bosteza. Ha pasado ya una hora y sigue sin saber hasta qué punto su ejemplar se diferencia de sus congéneres. ¿O es que no hay diferencias? Eso significaría que lo ha soñado todo. Incluida, en ese caso, la llegada de un agente. Mira el reloj. La cantina sigue cerrada. Y eso que necesitaría urgentemente un café.

Por fin alcanza el final del archivo. Cunnington estará decepcionado. Pero hay una nota que llama su atención:

«Las partes incriminadas del genoma quedan ocultas. Para poder verlas, contacte con un agente de la Oficina Federal de Control Genético.

Isabel da un golpe sobre la mesa, pero lo lamenta de inmediato, pues la mano le duele horrores. Entonces respira hondo. Parece que el agente Ochs será finalmente útil para algo.

ISABEL SE ESTIRA LA BLUSA Y DESABROCHA LOS DOS BOTONES SUPERIORES. ¿QUÉ TIPO DE hombre será ese Ochs? El nombre le suena algo así como sueco, pero un organismo federal estadounidense no contrataría a un sueco. Llega en helicóptero, así que el capitán ha ordenado despejar la cubierta de la tripulación y quitar los muros delimitadores. Es la primera vez que ve la cubierta sin las horrendas chapas de metal. Está en la cubierta trasera, una planta por debajo. Junto a ella también espera el capitán.

El helicóptero aparece como de la nada. Debe haber llegado por el lado que queda fuera de su vista y el viento sopla en dirección contraria, por lo que tampoco lo ha oído llegar. Es un modelo civil, sorprendentemente pequeño. Un hombre salta del aparato. Luego cierra la puerta detrás de él. Lleva un traje oscuro, un maletín bajo el brazo y una mochila a la espalda. Alguien lo lleva a la sala frente al ascensor de la tripulación. Mientras el helicóptero se eleva se queda, al parecer, esperando allí, pues el capitán se queda paciente al lado de Isabel. Al final se lo lleva una persona y cree ver a Orapin acompañando al hombre hacia la escalera que baja hasta la planta 10.

El hombre se dirige directamente a Isabel e ignora al capitán, a quien se distingue claramente por su uniforme.

—Usted debe ser Isabel Ramírez —dice y le da la mano.

—Esa soy yo. Este es el capitán Bismo —dice Isabel.

Orapin la sonríe agradecida. El recién llegado parece dar bastante menos importancia a la educación que el capitán.

—Un placer, capitán —dice el invitado.

—Le doy la bienvenida al MS Geiranger, también en nombre de la naviera y quisiera invitarle a que...

—Lo lamento, capitán, pero tengo mucho que hacer. Ya sabe, antes el trabajo que el placer.

Nunca había visto Isabel al capitán tan sorprendido. Orapin toma la iniciativa y se lo lleva a un lado.

—Ya le haré saber si necesito algo —dice el hombre.

Isabel lo observa. Parece estar muy convencido de sí mismo, pero al menos no encaja por fuera a la imagen que siempre se ha hecho de un agente. Bajo su camisa se tensa una pequeña barriguita y apenas le queda cabello en la cabeza, además de ser unos cuantos centímetros más bajo que ella.

—¿Podemos ver los datos ahora mismo? Ya he visto que la máquina ha finalizado sus análisis.

Interesante; parece que el secuenciador es un pequeño espía. ¿Pasará lo mismo con todas las máquinas de este tipo?

—Pero la máquina se guarda para sí la parte más emocionante —dice Isabel.

—Para eso estoy aquí. Yo me ocupo de desbloquear esos datos.

—Antes le pediría que me enseñara su acreditación. No vaya a ser que se esté haciendo pasar por otra persona.

—Sí, claro. Ha sido error mío no enseñarle primero mis documentos.

El hombre mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. En una película sacaría ahora un arma y tomaría a Isabel como rehén para secuestrar el Geiranger. Y en realidad saca algo con brillo plateado. ¡Un arma! Isabel se queda paralizada. El hombre sacude la cabeza y sujeta el arma entre las piernas.

—Perdón —dice—. El trasto este siempre está de por medio.

Vuelve a meter la mano en el bolsillo. Ahora saca una tarjeta con chip y se la entrega a Isabel.

«Adrian Ochs, agente, número de servicio: CFKK7YHXX».

No puede recordar el código que constaba en ese escrito, pero sí que empezaba con CFKK. Así que seguramente esté todo correcto.

—Agente, entonces —dice.

El hombre sonríe, lo cual lo hace bastante más simpático. —Me gusta presentarme así: —baja la mandíbula, hincha los mofletes y habla con voz profunda—, mi nombre es Adrian Ochs y soy agente del FOG.

—Ehh..., vale.

—FOG, Oficina Federal de Control Genético. Pero así suena como más misterioso, como si perteneciera a los Vengadores.

—¿Vengadores? —Isabel lo mira de arriba abajo. Debe ser incluso mayor de lo que aparenta. Los Vengadores, eso debe ser alguna peli de superhéroes, moderna cuando ella era una niña.

—¿No le suena a nada? ¿Los Vengadores? ¿Shield?

Isabel sacude la cabeza.

—Pero es que tampoco había oído hablar nunca del FOG.

—El acrónimo es, en el fondo, FOGC. Pero FOG suena mejor. ¿Y qué hay de los Guardianes de la Galaxia?

—Tampoco me dicen nada.

—Ostras, ostras. Pues voy a tener que rellenar esa laguna de conocimientos cuanto antes. Pero primero el trabajo...

—...y luego el placer, ya —completa Isabel la frase.

—Llámame Adrian y tuteémonos.

—Isabel.



Basta con pulsar un botón y meter la tarjeta de Adrian para que en el código genético se revelen las partes peligrosas. Adrian se las mira con la misma curiosidad que Isabel.

—¿No conocías aún las partes modificadas? —pregunta Isabel.

—No. Queremos evitar que se disemine esa información. Una vez metido en el sistema no hay ya quien lo saque. Hay muchos institutos como el nuestro por el mundo. Por eso siempre tiene que viajar un agente hasta la máquina que ha descubierto esas secuencias para mirárselas de cerca in situ.

El sistema, elaborado en su día bajo la dirección de la OMS, parece estar muy bien pensado.

—¿Qué estamos viendo? —pregunta Isabel.

—Muchas cosas. Mucho más de lo que me temía. Alguien ha modificado el material genético a lo bestia. Incluso hay algunas manipulaciones que no podría decir qué causarán. Es un trabajo con el más alto nivel de calidad. A veces un biohacker saca una función determinada de un catálogo y la mete en algún lugar donde haga daño. No hace falta que se haga con mala intención. Igual puede surgir un efecto secundario perjudicial de una intervención hecha con buena voluntad. Pero parece que aquí ha introducido alguien funciones totalmente nuevas.

Así que alguien está jugando con el ADN del krill. Nota un escalofrío bajándole por la espalda cuando se da cuenta del alcance. El krill es la base del ecosistema oceánico. Incluso los experimentos en un laboratorio biológico podrían ser peligrosos. Pero parece que el laboratorio

es aquí el océano antártico mismo.

—¿Excluyes, por lo tanto, que se trate de mutaciones casuales? —pregunta.

—Con este alcance, sí. Mira, a veces puede perderse un ADN extraño en un genoma. Los virus traen a veces este efecto consigo, o algo queda pendiente en la evolución. Precisamente el krill tiene gran cantidad de basura en su ADN. Nosotros, los genetistas, no sabemos aún cómo pasa. Pero los segmentos que ha aislado la máquina no aparecen por ningún otro lado. Que pase algo así por casualidad resulta, para mí, totalmente posible.

—¿Y ahora qué?

—Pues aislamos estas funciones y las analizamos una a una.

—¿No es eso peligroso?

—Ha extraído el material genético de un ser vivo. ¿Resultaba este peligroso de alguna forma?

—Que yo sepa, no. Bueno, sí lo fue para su hermano mayor.

—Hablamos de seres humanos. Pero en serio, una única manipulación genética no puede ser más peligrosa que la combinación de todos los cambios.

Isabel no es genetista, pero como bióloga marina ve la cosa algo distinta. Igual se deba a que tiene el animal entero a la vista. Así que preferiría poder disponer de un laboratorio con nivel de protección 3. Pero en el barco no va a ser posible.

—No comparto del todo tu opinión, Adrian.

El agente se incorpora y centra su mirada en ella.

—No te preocupes, Isabel. Sé lo que me hago. Pero si te tranquiliza, le pediré al capitán que nos improvise un laboratorio. ¿Podrías encargarse de ello? Tú sabes lo que es importante. Aquí tienes mi tarjeta. Con ella obtendrás todo lo que necesites.

¿Todo? Isabel no se lo puede creer. Pero es tranquilizador que Adrian la deje mano libre. Claro que con ello solo pretende tranquilizarla, para poder hacer su trabajo en paz. Isabel asiente, se guarda la tarjeta y sale del laboratorio.



¡Funciona! Bastó con enseñarle a Orapin la tarjeta para conseguirle una cita con el capitán. Ahora está sentada en la minúscula sala de reuniones tras el puente. Frente a ella, sobre la mesa, hay una taza llena de té hasta la mitad. El contenido va oscilando de babor a estribor. Ha aumentado bastante el viento, pero los desembarcos aún están en marcha.

—Isabel, perdone haberla hecho esperar. —El capitán Bismo cierra la puerta y se siente frente a ella en la única silla libre. Se acerca la taza de té—. Dijo que no quería tomar nada, ¿verdad?

Isabel sacude la cabeza. El camarero responsable en el puente le había preguntado también a ella si le apetecía algo.

Bismo toma un trago de té.

—Tengo tantas cosas que hacer, que apenas encuentro un momento para tomarme un té con tranquilidad. Así que gracias por darme la oportunidad.

—Y yo le agradezco su tiempo. Se trata de un laboratorio que tenemos que montar.

—¿Qué le parece ese Ochs, si me permite la pregunta? ¿Nos traerá problemas?

Para el capitán, los problemas siempre están relacionados con los pasajeros de pago, como ha podido aprender ya. El tiempo durante la primavera en la Antártida ya es lo suficientemente inestable, por lo que cualquier factor de inseguridad resulta molesto.

—Creo que, mientras obtenga lo que quiere, se portará bien.

—¿Y al final? Esto es una investigación oficial. ¿Qué podría salir de ella?

¿Qué puede contarle al capitán? Ochs no le ha dado ninguna instrucción al respecto.

—No se me ocurre ningún escenario en el que el Geiranger pueda tener un papel importante —formula con mucha precaución.

Para ir a la caza de alguien que está haciendo malabares con el ADN del krill, este crucero no sirve realmente de mucho.

Bismo respira profundamente.

—Gracias, Isabel; admito que es lo que quería oír. Apoyamos el trabajo de los organismos internacionales con gusto, naturalmente, pero el bienestar de nuestros pasajeros tiene prioridad máxima.

—Eso lo tengo muy claro.

—¿Cómo están sus manos?

Isabel las ha mantenido expresamente escondidas bajo la mesa, pero el capitán está informado, como era de esperar.

—Gracias, solo debo ser un poco paciente. Pero no le dé la culpa a Virginia. Solo quería ayudarme.

La sonda está flotando en algún lugar ahí fuera. ¿Debería pedirle una lancha al capitán? Pero eso sería problemático para el plan de desembarcos. No, no debe exprimir demasiado su disposición a ayudar.

—Entiendo. ¿Qué necesita entonces para nuestro agente del FOG?

Isabel sonríe. Parece que Adrian se ha presentado ante el capitán también con el acrónimo falso. Cuanta vanidad masculina.

—Tenemos que simular un laboratorio. Superficies lavables, fáciles de gasear, una ligera presión negativa, acceso a través de una esclusa, agua corriente y tratamiento por separado de las aguas residuales.

El capital piensa un momento y luego tamborilea sobre la mesa con los dedos.

—Tienen suerte de que falte poco para acabar este viaje. Las neveras para los alimentos frescos me parecen un lugar perfecto para eso. Son estancas al aire y al agua. Apagamos la refrigeración, colocamos una tienda a modo de esclusa delante y succionamos algo de aire. Las aguas residuales tendrán, eso sí, que recogerlas en recipientes. Luego lo desinfectamos con sistemas térmicos. Me encargaré de que se monte. Mañana a más tardar estará todo listo.

—Eso alegrará al agente Ochs.

—Bien. Y si me lo permite..., me necesitan en el puente. ¿O tiene algo más en mente?

Sacude la cabeza. El capital se levanta, toca la visera con un dedo y sale de la habitación. Isabel se queda un momento más sentada. Ha ido bien, demasiado bien para su gusto. Cuando algo va demasiado bien al principio, suele acabar más que fatal.



—¡TEN, EL SEGUNDO REMO! —LE DICE ALAN DESDE EL PONTÓN, FRENTE A LA PUERTA DE LA zona de carga.

Ella se lo coge. La canoa oscila un poco. Adrian no puede hacer nada sin el laboratorio, así que ha decidido acompañarla a recuperar la sonda. Isabel habría preferido ir sola a por la sonda, pero no le parece muy inteligente remar diez kilómetros sola con sus manos aún heridas. Al igual que Adrian, va embutida en un traje de neopreno. Se siente como metida en un gran envoltorio

grueso. Al ponérselo tuvo que colocar a la fuerza cada pequeño michelín de su barriga en la posición correcta y sus pechos protestaron un poco ante tanta estrechez; pero ante el espejo se gustó, pues el traje le deja un buen cuerpo.

—Cuidado, que ahora sube tu compañero —dice Alan.

La canoa se hunde por detrás. Isabel se inclina hacia delante para compensar un poco el movimiento.

—Uffff, mi barriga —protesta Adrian.

La canoa se mueve mucho. ¿Qué puñetas estará haciendo? Isabel no quiere girarse para no añadir aún más inestabilidad.

—Despacito —dice Alan—. No temas, la canoa no volcará. En todo el tiempo que llevo haciendo excursiones en canoa, hasta ahora nadie ha volcado.

—Es que es jodidamente estrecho —dice Adrian.

—Espera, que amplío un poco el hueco —dice Alan—. Inténtalo ahora.

Adrian gime. De golpe, Isabel nota algo duro contra su trasero.

—Ep, que esa soy yo —dice.

—Ups, perdón, ha sido con el pie.

La presión tras ella desaparece.

—Creo que ya estoy dentro —dice Adrian—. ¿Por qué se mueve esto tanto?

—Ten, tu remo —Isabel le pasa el segundo remo y empuja con el suyo por la derecha contra el pontón, para conseguir más espacio.

A su izquierda se oye chapoteo y le salpican algunas gotas en la cara.

—Ve despacio con el remo —le dice—. Limítate a hacer lo mismo que yo, ¿okey?

Isabel ya ha hecho varias excursiones en canoa con Alan para acompañar a los pasajeros. Estas excursiones no suelen llenarse del todo porque exigen bastante esfuerzo corporal, y los participantes se alegran de que alguien se quede para hacerles fotos y que no tengan que quitarse para ello los calientes guantes que hay que llevar.

—¡Si pasa cualquier cosa, utilizad la radio! —les grita Alan mientras se alejan ya despacio del barco—. Siempre tengo una lancha en reserva con la que alguien puede salir a recogeros.

Isabel puede ver cómo Alan salta de un pie sobre el otro. Debe estar helándose. Pero no es de extrañar, ya que en el pontón apenas hay sitio para moverse. Seguramente esté muriéndose de envidia en secreto. Isabel tiene sus dudas. Adrian parece más un jinete de despacho que un agente de películas de acción.



Se distancian ya del barco. Adrian le va cogiendo mejor el truquillo del ritmo, por lo que Isabel puede sacar su remo del agua. Saca la tablet metida en su protector hermético. La sonda está en dirección sudoeste, bastante cerca de la costa. Como primera orientación ha utilizado la popa del Geiranger. Pero ya que ahora está detrás de ellos debe determinar un nuevo rumbo. Se fija en una roca negra que se ve en la orilla. Si se dirigen hacia ella, deberían poder dirigirse sin pérdida de tiempo hacia el pequeño cabo que hay detrás. La sonda les espera en la ensenada que protege el cabo. En su extremo sobresale otra roca más, como si quisiera proteger la ensenada.

El Geiranger se hace rápidamente muy pequeño. Siempre le sorprende que el horizonte, visto desde un kayak, esté tan cerca. Claro que se debe a la altura de los ojos, que en su posición no supera el medio metro sobre el agua. Pero es un barco de gran altura, así que no lo perderán

tampoco de vista. Isabel está segura de que Alan los observará de vez en cuando con los prismáticos.

Al cabo de medio kilómetro llegan al primer campo de bloques de hielo. Adrian deja de remar.

—¿Qué pasa? —pregunta Isabel.

—El hielo... Igual nos raja la canoa.

—No te preocupes por eso. La canoa es estable. ¿Quieres que los rodeemos?

El campo de hielo se extiende bastante, así que sería un desvío de un kilómetro si quisieran evitar cruzarlo.

—De acuerdo, crucémoslo —dice Adrian—. Si no, aún pensarás que soy un cobardica.

No, ella no piensa así de él. La barriga le dice que ese soñador de superhéroe no suele hacer mucho ejercicio. Pero ahora se está esforzando de lo lindo. El hielo tiene una característica desagradable: parece estar en un estado entre fundido y sólido. Isabel tiene que ayudar ahora a Adrian. Hunde el remo en esa espesa sopa, lo arrastra hacia atrás y luego tiene que sacarlo de nuevo fuera del agua.

—¿Alguien necesita cubitos de hielo? ¡Cubitos de hielo en oferta especial! —grita Adrian.

Isabel sonríe. Adrian no es especialmente chistoso, pero al menos lo intenta. Ella misma no tiene nada de humor, pero admira a la gente que posee ese don. Aunque en Adrian suena como si con ello quisiera ahuyentar el miedo.

—No te preocupes —le dice—. Seguro que Alan nos tiene controlados por si nos congelamos aquí. No correremos la misma suerte que el Endurance.

—¿Endurance? ¿Suerte? Mejor no me lo cuentes, si es que estabas a punto de hacerlo.

—Está bien. —Estaba realmente a punto de contarle la historia a Adrian. Alan suele contar esa terrible anécdota una vez por semana en la sala de conferencias. La habrá escuchado ya cinco veces.



Cuando llegan al final del campo de hielo, Isabel ya no siente ningún frío. Pero le queman las palmas, así que recoge el remo.

—Ahora te tocaría a ti seguir... —comienza, pero entonces ve a los pingüinos. —¡Anda, mira! ¡Allí delante!

Unos veinte pingüinos se deslizan juntos como torpedos por el agua. Sus espaldas brillan y saltan entonces como por una señal, vuelan dos o tres metros y se sumergen de nuevo en el océano, sin salpicar ni una gota. Son animales tan fantásticos que Isabel se pondría a llorar nada más verlos.

—¡Qué maravilla! Y no me he traído la cámara a la canoa dice Adrian—. A mi mujer le encantan los pingüinos.

Solo por eso ya le cae bien la señora Ochs. El grupo de pingüinos cambia de dirección. ¡Vienen hacia la canoa! Adrian golpea el agua con el remo.

—¡No lo hagas! Solo tienen curiosidad.

El remo regresa al borde del bote. Esos pájaros realmente se dirigen hacia ellos. Puede que en tierra firme parezcan torpes, pero aquí están en su elemento. Su comportamiento en el agua se parece mucho al de los delfines, y sin duda no son menos elegantes. El mar tiene aquí al menos, unos cien metros de profundidad. Así que no hay motivo alguno para que salten sin parar. Seguramente se estén divirtiendo. A Isabel le encantaría poder meterse ahora en el agua y

acompañarlos, pero, aunque sea una buena nadadora, entre los pingüinos parecería una vaca marina adormilada.

—Ahora sí que es el encargo más bonito que he tenido jamás —dice Adrian cuando los pingüinos se han marchado.

—¿A qué otros sitios suelen enviarte?

—Suele tratarse de depuradoras de aguas residuales. Allí se realizan por rutina tests genéticos, y si hay algo que no acaba de cuadrar, es también secuenciado. Hoy es casi gratis hacerlo, y nos enteramos a tiempo si hay una nueva variante de virus en camino.

Pobre. La vida de un agente del FOG no parece muy glamurosa. Isabel se guarda todo comentario al respecto.

—¿Has encontrado allí alguna vez algo que no fuera de origen biológico?

—Nunca. Hasta ahora siempre han sido trocitos casuales creados por procesos de descomposición. Basura. Y esta vez casi que desearía que acabara igual.

—Pero no es probable.

—Lamentablemente.

—¿No resulta más interesante y entretenido cuando no se trata de basura?

La canoa se mueve. Adrian habrá sacudido la cabeza.

—¿Sabes? Eso de ser agente suena a mucha emoción. Pero no hay nada de James Bond en mí. Y por las modificaciones en la herencia genética que acabo de ver, diría que debe haber una organización muy influyente detrás. Eso debe haber sido desarrollado y probado durante muchos años. No quisiera tener a esa organización como enemigo.

—¿Por qué enemigo?

—Las modificaciones y su liberación son un claro incumplimiento de los convenios internacionales. Quien se atreve a hacer algo así es que no tiene muy buenos propósitos en mente.

En eso tiene que darle la razón a Adrian. Es irresponsable inmiscuirse de esta forma en un sistema tan importante como este.

—Pero el FOGC te ofrecerá todo su apoyo, ¿no? Seguro que hay un grupo de intervención rápida que solo espera tu llamada para asaltar ese laboratorio secreto.

Adrian suelta una carcajada, pero suena más a desesperación que a diversión.

—El equipo de intervención rápida está ahora mismo remando detrás de ti. Tengo autorización para detener a personas, pero si no quieren dejarse detener voluntariamente, no tengo posibilidad alguna. El FBI no puede intervenir aquí fuera.

—Entonces será mejor que descubramos que se trata solo de pura basura —dice Isabel.

Pero con ello solo pretende tranquilizar a Adrian. Si los cambios genéticos dañan al krill, tendrá que actuar ella también. Si no, la vida entera en la Tierra corre peligro.



—Piip, piip, piip, piip, piip, piip…

—¡Allí delante! —dice Adrian.

En efecto, allí hay una mancha marrón. Isabel apaga el programa de búsqueda y la tablet se calla.

—Llévanos allí —dice.

Sus palmas han sufrido ya más que suficiente, por lo que Adrian se ha encargado de remar todo el rato. La canoa se acerca a un montículo de tonos marrones en el agua. Parece un trozo de

roca que sobresale un par de centímetros del agua. Las olas los cubren intermitentemente. ¿Por qué se ha acercado la sonda tanto a la costa? Isabel ha estado consultando las cartas de corrientes, pero no ha encontrado nada. Igual se trata de una corriente localmente delimitada y que aparece solo de vez en cuando. Toma nota de ello. Será interesante para los oceanólogos.

—Tiene un aspecto muy raro —dice Adrian.

Y tiene razón. De cerca, el objeto parece más gris que marrón y tiene muchas manchas blancas. Claro. Es una foca, y ya que tiene la cabeza todo el tiempo bajo el agua es que está muerta.

Isabel tiene que tragar. Conoce el aspecto de animales muertos, pero no ha llegado a acostumbrarse nunca.

—Es una foca de Weddell —dice—. Vamos, tenemos que recuperarla.

Adrian no protesta y rema para acercarse más. Isabel la toca primero con cuidado con el remo. No se mueve. La piel aparece rasgada en varios puntos y se desprende. El animal parece llevar un par de días muerto.

—Oh, mira —dice Adrian, después de que Isabel le diera la vuelta.

La foca tiene heridas profundas en la espalda.

—Habrán sido distintos pájaros —dice ella—. Pero ha muerto por otras causas.

—¿No querrás subirla a la canoa? —pregunta Adrian.

Isabel analiza por fuera el animal de casi dos metros de largo, pero no ve restos de redes de pescador. Igual tiene el estómago lleno de plásticos. Isabel busca por el fondo de la canoa hasta encontrar un gancho largo. Entonces saca la navaja y hace un agujero en la aleta delantera, donde mete el gancho.

—Lo siento, amiga mía —dice, a pesar de no estar segura de si se trata de una hembra, pues los órganos genitales no pueden verse desde el exterior.

La foca no responde. Pero seguramente no tenga nada en contra de que Isabel descubra la causa de su muerte. Podría darse el caso de que hubiera estallado la siguiente epidemia de brucelosis entre las focas. Suerte que a partir de mañana contarán con un laboratorio en condiciones. Los patógenos de la brucelosis pueden afectar también a los humanos.

Isabel corta por la mitad la cuerda que ha traído para la sonda y la fija a la foca por un extremo y a la canoa por el otro. No resulta fácil con los guantes, pero no quiere tocar el animal con las manos desnudas. Luego conecta de nuevo el software de búsqueda en la tablet.

—Piip, piip, piip, piip, piip, piip...

—¡Por allí! —dice y señala hacia un lugar alejado de la orilla. Adrian rema obediente en esa dirección. Tras tres remadas se oye un chapoteo detrás de ellos.

Lo siento, querida, pero tendrás que seguirnos un par de kilómetros.



El pitido se acelera justo en el momento en que se acercan a un iceberg. No es un ejemplar muy grande. Los marineros del Geiranger no lo llamarían ni así; más bien lo calificarían de placa de hielo volcada. Y eso es lo que en realidad es, lo cual supone un problema.

Esta placa debe haberse fundido de forma asimétrica por algún motivo. Igual uno de sus lados estaba cubierto por otra placa. Eso debió hacer que, con el tiempo, perdiera su equilibrio. Luego debió bastar una ola un poco intensa para colocarla en una nueva posición metaestable.

Metaestable: ese es el término decisivo. La placa flota solo estable de lado hasta que reciba

un empujón. Como una ficha de dominó, que solo necesita un golpecito de nada para pasar de su estado metaestable a su estado básico; es decir, tumbada.

Pero la ficha de dominó que tienen delante pesa unos cuantos cientos de toneladas. Asoma unos tres metros por encima del agua, así que en total medirá unos diez metros. Y con sus cuatro de ancho y sus cinco de espesor, supone unos doscientos metros cúbicos de hielo; más o menos su masa en toneladas. Si vuelca formará una ola considerable que seguro que haría volcar su canoa. Y eso que Isabel cuenta con el escenario más ventajoso, que es que la pared de hielo no caiga encima de ellos sino por el lado contrario.

Normalmente, en excursiones con canoas, los guías advierten a los participantes que no se acerquen a un iceberg, Pero la tablet la está llevando hacia allí.

—Para —dice Isabel.

—¿Qué pasa?

—La sonda está ahí delante.

—¿Dónde? No veo nada.

El iceberg les muestra su cara inferior llena de grietas, sobre la que estuvo flotando en algún momento anterior. Se distingue incluso un agujero que seguramente mantuvo abierto alguna foca en su día. A su alrededor, el sol, la lluvia y el agua han cincelado formas curiosas que recuerdan a obras de arte abstracto.

—Debe estar dentro de una de las grietas —dice Isabel; pero, ¿por qué?

Intenta arrancar el motor de la sonda mediante la tablet, pero la batería está demasiado descargada. La sonda debe haber ahorrado toda la energía posible para poder revelarles su posición actual. Es inevitable; no les queda otra que acercarse.

—¿Puedes acercarte muy suavemente al iceberg?

—Soy cinturón negro en suavidad.

Isabel sonríe. Eso la ayuda a bajar el estrés. Adrian no parece saber el peligro en el que se encuentran. ¿No es mejor así? Pero la mala conciencia la obliga a advertirle.

—Que sepas que lo que estamos haciendo es bastante peligroso.

Adrian mete el remo hacia dentro. Pero la canoa sigue avanzando despacito.

—¿Y me lo dices ahora?

—No sabía que la sonda está dentro del iceberg.

—¿Tan importante es?

—Ha recogido material genético fresco. ¿No es importante saber si hay más animales afectados por la manipulación?

Adrian responde a la pregunta remando un poco más.

—No debemos chocar en ningún caso con eso de ahí delante —dice Isabel.

La tablet señala hacia una grieta en la placa, en el lado derecho. Sigue sin verse nada, pero la fuente de la señal no miente y está, sin duda alguna, allí.

—La sonda debe haberse encallado bajo el agua —dice.

Adrian sigue remando con extremo cuidado. El iceberg ya se levanta por encima de ellos. Isabel ha calculado mal. Aquí debe asomar al menos unos cuatro metros. Esa placa pesa el doble de lo que pensaba. La luz se vuelve azulada. Isabel se siente como dentro de una catedral natural. ¡Esos tonos azules! ¡Fascinante! Aguanta la respiración.

—Allí está —susurra Adrian y señala con el remo hacia delante.

Isabel también la ve. El agua es tan transparente que ahora mismo se tiraría al agua para recuperarla con sus manos.

—Para —dice.

Adrian rema en sentido contrario y hace que la canoa se detenga. Entonces oye Isabel un tono grave muy flojito.

—La foca —susurra. El animal, de igual media tonelada de peso ha utilizado su tiempo libre para nadar por debajo de la canoa y ha colisionado con el iceberg. Oscila un poco de un lado al otro. Algo tintinea y cae un carámbano. Con un desagradable sonido de algo quebrándose se forma, a un lado del agujero de la foca, una grieta que asciende y se para al llegar al hielo más grueso.

—Ha habido suerte —dice Isabel.

—Por los pelos.

Ambos susurran como si estuvieran robando un tesoro de un templo antiguo vigilado por los dioses. Y en el fondo así es, solo que ese dios se llama casualidad.

—¿Llegas a la sonda? —pregunta Adrian.

—No. —La proa de la canoa es demasiado larga. Isabel no puede inclinarse por encima para recuperar la sonda.

—Espera. —Adrian coge el remo y gira la canoa para que señale con la popa hacia la sonda. Entonces se estira lateralmente hacia atrás e intenta coger la sonda con el remo.

—La tengo —dice Adrian.

La sonda muestra su panza marrón oscuro. ¡Ya casi lo han conseguido! Pero sigue estando inusualmente muy hundida en el agua.

—Mierda, la hélice se ha enredado con un trozo de red de pescador y cuelga por ella de un saliente de hielo.

Isabel le pasa el cuchillo hacia atrás. —¿Puedes hacer algo con esto?

Adrian coge el cuchillo. —Igual sí. Pero entonces tendré que... ¡Ostras!

Tras ella se oye un chapoteo. Isabel se gira con cuidado y ve a Adrian en el agua hasta más arriba de los codos. La canoa se inclina peligrosamente hacia un lado. Isabel se inclina en dirección contraria, pero así no llegan a ningún lado. Adrian pesa bastante más que ella.

—¡Joder, ¡qué fría que está el agua! —grita. La canoa vuelve a su posición normal porque Adrian se ha vuelto a sentar en su sitio. —Así no conseguiremos nada. Debemos estabilizar el bote. La red está como a un metro de profundidad.

Isabel mira la pared de hielo a no más de metro y medio de distancia. Toca con cuidado el hielo con el remo. Es demasiado largo, pero se trata de un remo de dos piezas, por lo que lo separa por la mitad. Ahora debería funcionar. Aprieta el remo entre la canoa y la pared de hielo. Unos cien kilos contra quinientas toneladas; ¿no harán que el iceberg vuelque?

—Prueba otra vez —dice.

Adrian respira hondo y vuelve a meter el torso en el agua. Isabel vigila que el remo no resbale, ya que está evitando que vuelquen. El hielo cruje. La grieta que antes había parado de crecer sube un poco más.

—¡Lo conseguí! —Adrian se incorpora tan rápido que la canoa oscila hacia el lado contrario y el remo cae al agua. Isabel lanza en seguida la mano y logra recuperarlo. El crujido que procede de la grieta se hace más fuerte. ¿O es el miedo que la está confundiendo? Isabel mira el iceberg. La grieta parece crecer lentamente.

—Pásame el gancho —dice Adrian.

Isabel mete la mano en el bolsillo exterior del traje de neopreno pero solo encuentra la cuerda cortada hasta la mitad. ¡Mierda! Busca por el fondo de la canoa. En su parte más profunda hay agua. ¿Es que la canoa, además, ha perdido estanqueidad? No puede ser. Debe haber sido Adrian el que ha metido el agua dentro. Y allí encuentra también el gancho. Se lo entrega junto con la

cuerda.

—Haz un buen nudo —dice—. Lo mejor es que le hagas un as de guía con dos medias vueltas.

—¿Que qué? Solo sé hacer el nudo con el que me ato los zapatos.

Isabel aprendió los seis nudos marinos más importantes en su primer viaje. Se los enseñó un marinero filipino a cambio de clases de inglés.

—Pues hazlo, pero que sea doble nudo y sin lazo.

—Okey. Listo.

—Suelta la cuerda en el agua y larguémonos cagando leches.

Esta vez, Isabel también coge el remo. Si reman ambos avanzan al doble de velocidad. Ignora el dolor. Solo para cuando están ya a doscientos metros de distancia del iceberg Isabel se gira. Detrás de ellos flotan la sonda y la foca, como si se conocieran de toda la vida.



—¿En serio quiere quedarse a mirar? —pregunta Isabel.

Adrian asiente.

—Hechores y consentidores, de igual pena merecedores.

—Como quiera.

Isabel aparta la lona. La foca muerta ha estado flotando toda la tarde junto al pontón. Ninguno de los pasajeros se ha dado cuenta. El capitán insistió en ello. Ahora están todos cenando, así que aquí fuera están solos y tranquilos.

Isabel se arrodilla. Lleva un mono de usar y tirar con mascarilla y guantes. Adrian va vestido igual. El laboratorio de alta seguridad no está listo aún, pero el capitán Bismo tampoco estaba dispuesto a que se subiera un animal muerto a bordo. Isabel lo entiende. De todas formas, el aire aquí afuera es mucho mejor y aún hay suficiente luz.

Gira la foca para ponerla panza arriba. El vientre es más claro y con manchitas. Realmente es una hembra, como puede descubrir al tacto. Entonces obtiene muestras del morro, de una fosa nasal y del ano. Le pasa las tres probetas de muestras a Adrian.

—¿Puedes llevar esto al analizador en mi laboratorio? —pregunta.

—Pero si yo quería...

—Por favor. Antes de acabar aquí quiero asegurarme de que no se trata de brucelosis. Espera al resultado. Nuestro invitado seguirá abierto cuando regrese.

—Okey.

El pontón oscila cuando Adrian camina por él hacia la zona de carga. Excelente. Ahora sí que está tranquila. Adrian ha sido muy útil en la canoa, pero para ella ha sido un gran esfuerzo pasar dos horas con un desconocido en un espacio tan estrecho.

Isabel apoya el bisturí bajo el torso. Le interesa sobre todo el estómago. Muchas focas mueren por la ingesta de trozos de plástico. Corta profundamente. El animal ya casi ni sangra. Eso significa que lleva bastante tiempo muerto. El estómago no presenta nada extraño. En los restos de alimento no digerido detecta trozos de krill, pero sobre todo restos de peces, que deben ser de bacalao. Sigue con los intestinos y se lleva un susto. Los intestinos están...¿destrozados? No sabe cómo describir correctamente lo que está viendo. Es como si hubieran reventado de dentro hacia afuera. Pero la musculatura que los rodea no se ve dañada. Así que no ha estado bajo presión.

Corta un trozo y lo abre a lo largo para que la mucosa quede como un trapo viejo sobre la

mano. Se inclina un poco más por el borde del pontón y así logra verlo: en la mucosa hay minúsculas larvas de krill. No sería nada extraño, pues las focas de Weddell consumen gran cantidad de krill, aunque no sea su plato predilecto. Aquí, sin embargo, parece como si el krill hubiera digerido la mucosa intestinal y no al revés. Faltan las estructuras finas en las que se esconden las glándulas y donde finos capilares sanguíneos se encargan de absorber las moléculas de nutrientes para llevarlas a su destino.

—¡Qué asco! ¿Eso qué es? —pregunta Adrian.

Isabel se lleva tal susto que la mucosa cae sobre su rodilla.

—No vuelvas a acercarte jamás de forma tan sigilosa —le dice.

—Lo siento. ¿Tan grave es la muestra?

—¿Eso? —dice señalando hacia su rodilla—. No, sólo estoy cortando trocitos. ¿Tiene nuestra amiga aquí brucelosis?

—No, está limpia, excepto por un par de virus de gripe aviar y porcina.

—Esos son normales. No hay exceso vírico, ¿verdad?

—Mínimas cantidades.

—Ya me lo imaginaba, porque nuestra amiga murió de una enfermedad intestinal.

Isabel levanta el trozo de intestino que ha abierto. Adrian retrocede, pero luego se inclina interesado para verlo de cerca.

—Eso es krill, ¿no es así?

—Bien observado.

—Me informé antes un poco. Supuestamente, las focas de Weddell comen krill, ¿no?

—Como casi todos los animales por estos lares. Pero en nuestro caso parece más bien que es el krill el que se ha comido a esta foca.

—¿Cómo dice?

—He dicho, que parece más bien eso, aunque no signifique que se comporte así realmente. Tengo que analizarlo bajo el microscopio. Seguramente se trate de una nueva enfermedad de las mucosas intestinales. Algo así como la enfermedad de Crohn en humanos. Se conoce de otras especies de animales, como IBD o Inflammatory Bowel Disease.

—Pero eso no tiene aspecto de ser una inflamación intestinal.

—No, pero igual es una inflamación en combinación con un potente sistema inmunitario. Los fagocitos eliminan las células inflamadas y entonces...

—Mejor te lo miras bajo el microscopio, Isabel. Yo ya sé lo que tengo que hacer.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer?

—Voy a ver al capitán y le voy a pedir que regresemos al lugar de hallazgo de los nauplius modificados. Aquí me huele claramente que hay algo que no cuadra.

—Igual es la foca pudriéndose —dice Isabel.

Lo que Adrian pretende no le va a gustar ni un pelo al capitán. ¿No se estará sobreestimando un poco este agente del FOGC?

—Sí, sonríe, sonríe tranquila, Isabel. No soy James Bond, pero conozco a la perfección los intríngulis y peligrosos laberintos de la burocracia. Con él consigues vencer a cualquier contrincante.

—¿POR QUÉ NO ME DIJISTE NADA? —CUANDO TARJA PONE MORRITOS PARECE UNA NIÑA DE primaria a pesar de tener ya dieciocho años.

—Pensé que te parecería asqueroso cuando abriera a la foca en canal.

—Bastaba con preguntármelo. En clase de biología ya me encantaba diseccionar animales. ¡Por eso me presenté para estas prácticas y quiero estudiar biología!

Bueno, es una motivación algo dudosa, pero Isabel no comenta nada al respecto. Ella se hizo bióloga porque estaba interesada en cómo funcionan los distintos organismos, a pesar de componerse todos solo de agua y carbono.

—Lo siento mucho, Tarja. La foca también podría haber muerto por una infección. La brucelosis es también peligrosa para el ser humano. Pero la próxima vez estarás presente.

—Está bien.

—Y puedes preparar un par de muestras del trozo de intestino que he extraído.

—¿Intestino? ¡Muy interesante! Sí, dámelo.

—Un momento. Ponte antes el equipo de protección hasta que sepamos con precisión a qué nos enfrentamos.

Tarja es una mujer muy consciente de sí misma. En sus propias prácticas no se habría atrevido nunca a protestar en ese tono. Ella misma se sentía bastante insegura. Y seguramente lo siga siendo. Se sube la máscara frente a la cara, se pone los guantes desechables, saca la bolsa de plástico de la nevera y abre el cierre. Saca entonces la muestra doblada, la coloca sobre una placa metálica y la despliega. Tarja se acerca.

Isabel coge un bisturí y parte la piel en vertical por la mitad.

—Ten, la parte derecha es para ti.

Tarja está a punto de cogerla con los dedos cuando Isabel se lo impide. —Con las pinzas, por favor.

El profesor de biología con el que realizó sus primeras prácticas no habría reaccionado con tanta amabilidad.

—Oh, sí, claro, perdona. —Tarja coge su mitad con las pinzas y se la lleva a su puesto de trabajo con extremo cuidado, como si se tratara de un tesoro. A veces, Isabel ve en Tarja un comportamiento muy infantil, a pesar de que irradia externamente una feminidad muy atractiva. Los guías masculinos revolotean a su alrededor, aunque no parece darse mucha cuenta de ello, o es lo que hace ver.

—Con diez muestras bastará.

—Entendido.

Isabel se pone a su vez también manos a la obra. Esta simple actividad en el laboratorio le sigue suponiendo una gran diversión. Ansía de verdad poder ver luego los resultados a través del microscopio. Es como si envolviera regalos y la mejor parte de todo está en la sorpresa que se llevará, a pesar de haberlos envuelto ella misma.

—¡Acabé! —dice Tarja, que convierte cualquier cosa en una competición.

Isabel acaba de dejar su octava muestra a un lado. Con ello debería bastar.

—Yo también —dice.

—¿Cambiamos? —pregunta Tarja

¿Por qué no? La becaria es ya muy habilidosa en la preparación de objetos para el microscopio. Isabel asiente y Tarja le trae con una sonrisa sus diez portaobjetos ya colocados en un soporte. Isabel se ha limitado a colocar sus ejemplares en un platillo limpio.

—¡Oye, eso solo son ocho! —dice Tarja.

—Privilegios de ser la jefa.

Tarja asiente y se lleva el platillo al microscopio. Se van alternando para mirar por el visor. Empieza Isabel porque tiene diez muestras delante de ella. Ya la primera le llama tremendamente

la atención. Tarja ha pillado un compuesto celular que muestra daños muy similares. Es evidente que no son debidos a causas naturales.

—Okey, ahora tú.

Tarja coloca una de las muestras de Isabel. —Es un nauplius —dice.

—¿Una larva? Eso es imposible.

Imposible puede ser algo exagerado, pero sí es muy improbable. Las focas de Weddell pueden llegar a sumergirse hasta a seiscientos metros de profundidad y allí bien podría haber aún larvas. Pero cuando salen a la superficie, el krill ya es normalmente adulto.

—Veo lo que veo —dice Tarja.

—¿En qué estadio?

—Calyptopis I o II.

Hmm, seguiría siendo una larva muy joven, de máximo treinta días. Esos ejemplares suelen nadar por debajo de los mil metros. Pero Tarja sabe lo suficiente sobre el krill como para poder valorarlo de forma realista.

—Míralo tú misma —dice Tarja.

—Gracias, ya te creo —dice Isabel.

—Oh.

La becaria se ruboriza. ¡Qué mona! Se debe sentir halagada. Isabel quita el portaobjetos e inserta el siguiente. Aquí también hay una larva.

—Furcilia III, diría yo —comenta.

El animal es más o menos el doble de grande que en el estadio de calyptopis y no puede confundirse con él, porque se ve ya más desarrollado.

—¡Se mueve!

Eso es una sorpresa. La foca debería llevar allí encallada ya cierto tiempo. Los intestinos en descomposición de un animal muerto no son precisamente el mejor entorno para larvas de krill.

—¿Se movía también tu nauplius? —pregunta Isabel.

—Un poco, sí —dice Tarja.

—No me digas. Eso es importante. Las larvas son demasiado sensibles como para sobrevivir mucho tiempo en un cadáver.

—Dijiste que la foca estaba en el agua.

Isabel asiente. Así es las larvas podrían haber entrado después en el cuerpo muerto. Pero no debería haber tal cantidad de larvas en la superficie. Isabel se aparta para dejarle el sitio a Tarja.

—¡Caramba, cómo se mueve! —dice Tarja—. ¡Mira!

Isabel se inclina sobre el ocular y se retira sobresaltada. Una furcilia IV de casi ocho milímetros está como picoteando un colgajo de células. Picotear, sí, eso es lo que parece, aunque desde el punto de vista de la larva de krill no tenga sentido. ¿No filtran esos animales su alimento del agua?

—Ese es un comportamiento muy extraño y nada natural —dice Isabel.

—Igual es debido al entorno fuera de lo común —propone Tarja.

Eso tendría sentido. Algunas sustancias que hayan aparecido por la descomposición del cadáver podrían ampliar el repertorio de comportamiento de las larvas de krill.

—Sigamos —dice Isabel e introduce ya el siguiente portaobjetos.



VEINTE MINUTOS MÁS TARDE ESTÁN TARJA E ISABEL SENTADAS JUNTAS EN EL SOFÁ. TARJA ESTÁ

muy animada y elucubra una suposición tras otra sobre cómo podría explicarse ese caos en las muestras. Isabel se siente agotada. Ha sido un día muy largo y ha descubierto gran cantidad de cosas, aunque ninguna de ellas le ha facilitado su función.

¿Función? ¿Qué función? Ha sido empleada por la naviera para que explicara a los pasajeros el ecosistema antártico; esa es su función. Que se ocupe el agente del FOGC de este problema con el ADN. Ella se limitará a su trabajo y punto. Eso estaría bien.

Pero esto no funciona así. No para ella. El caos que ha visto bajo el microscopio podría poner en peligro la vida en la Antártida y, con ello, la del mundo entero. Larvas de krill a profundidades que no les corresponden, que se alimentan de presas demasiado grandes para ellas y que no se asustan ante condiciones que normalmente les resultarían mortales..., eso es algo que no debería pasar. Debe informar a Adrian de todo esto. Está sin duda relacionado con las alteraciones genéticas que ha descubierto la máquina.

¿Qué sentido puede tener todo esto? Esa es la pregunta del millón. Si conocieran el sentido, tendrían el motivo y no faltaría mucho para llegar a la persona a la que pueda atribuirse tal motivo. Isabel nota un escalofrío. *Es solo el permanente frío que reina aquí*, se dice a sí misma. *No, no tiene nada que ver con el miedo. Todo acabará bien.* Se imagina a su padre soltando esa frase mágica, con su pronunciado acento mexicano. Es esto último lo que más recuerda de él.

—Vamos, Tarja, hora de recoger. Ya basta por hoy.

—¿Es que no me escuchas? Te acabo de proponer conservar las muestras a distintas temperaturas.

—Lo siento, Tarja, debía estar demasiado sumergida en mis propios pensamientos. Pero es una buena idea. A ver cómo reaccionan los nauplius. ¿Podrías comprobarlo por mí mañana?

Tarja asiente. Sus mejillas parecen estar ardiendo. —Claro que sí. Y pensaré en un par de circunstancias estresantes más para estas larvas.



ISABEL ABRE LA PUERTA Y MIRA DENTRO DE LA SAUNA. SALE AIRE MUY CALIENTE. NUNCA HABÍA pasado tanto frío como hoy, por lo que ahora anhela un poco de calor, aunque los miembros de la tripulación no tengan permiso para usarla. Pero la sauna está vacía. Los pasajeros están en la cama o en el salón, donde un brasileño guapetón está tocando el piano.

Coloca una toalla sobre la madera y se sienta. Hoy no vendrá nadie más, así que se quita las piezas del bikini, aunque no se trate de una sauna nudista. No le gusta que la tela se llene tanto de sudor. El Geiranger vuelve a navegar. La ventana de suelo a techo muestra tierra firme, así que van hacia el este.

Parece que Adrian lo ha conseguido. Ha convencido al capitán de que dé media vuelta. Eso ya significa algo. El capitán Bismo habrá preguntado a la naviera para asegurarse, antes de seguir esas instrucciones. Por la izquierda le llega una corriente de aire frío. Es la puerta del vestidor de caballeros. Entra un hombrecillo bajito y gordo. Lo reconoce a momento. Es su agente. Isabel agarra la segunda toalla y se cubre con ella.

—Oh, perdón, no sabía que esto es una sauna para ir desnudo —dice Adrian—. Aunque me lo podría haber imaginado. Los europeos, ya se sabe... —y se quita el bañador. Isabel mira hacia el exterior, hacia el mar. No tiene intención de sacarlo de su error y deja a su vez la toalla a un lado.

Algo se mueve de repente en el exterior.

—¿Ve eso?

—¿Qué? —pregunta el agente.

—¡Allí!

Una placa vertical de hielo cae sobre uno de sus lados y choca con fuerza sobre el agua. No se oye nada, pero se siente en el estómago. Una ola se extiende circularmente desde allí.



Dallas, 21 de octubre de 2041

«USUARIO:»

«bavin.joshi»

«Contraseña:»

«SosDaf-Zu4Gig-TokMo1-BrA11D»

De algo tenía que servir que se aprendiera de memoria esa monstruosidad de contraseña en lugar de guardarla en su ordenador. El dispositivo en el que está tecleando se lo ha proporcionado Cedric. Parece totalmente nuevo y limpio, aunque seguramente el FBI este leyendo cualquier palabra que escriba en él. Le da lo mismo. Parece que es el único que no tiene nada que ocultar. El pequeño secreto que pretende extraer de los ordenadores de la NASA podría serle de ayuda.

«Nombre de usuario o contraseña incorrecto.»

«Usuario:»

Mierda. Ya suponía que también le cancelarían el acceso a los sistemas de la NASA. Pero, curiosamente, nadie le ha comunicado hasta ahora que ha sido despedido. Bueno, podría ser porque el FBI lo mantiene escondido. Los papeles del despido estarán seguramente en el buzón de su apartamento.

¿Y ahora qué? Ya no puede acceder a los datos del *protocolizador*. En el fondo, con eso habrán cumplido ya su función aquellos cuyo objetivo es ocultar las causas reales del accidente en Ganímedes; menos él, claro, y quizás Cedric. Pero mientras siga vivo representa un peligro. Al menos, nadie más sabe dónde ha escondido su pequeño bot los datos. Ni siquiera se lo ha dicho a MOM. No porque no se fiara de ella, sino porque simplemente MOM no mostró interés alguno.

Así que tendrá que seguir siendo precavido. Eso por un lado. Por el otro no tiene posibilidad alguna de avanzar desde su escondrijo. Debe entrar a la fuerza en el JPL, robar los datos del servidor para luego..., menuda tontería. Los datos se guardan de forma encriptada. Sin el login correcto no podrá acceder a ellos.

Así que necesita una combinación válida de nombre de usuario y contraseña. Parece que MOM está conchabada con alguien, sea quien sea. Tiene una ligera esperanza de que haya sido obligada a ello. Eso le sentaría mejor que tener que acostumbrarse a la idea de que todo ha sido una traición bien planificada. Pero por otro lado bien poco importa por qué se comporta así. No necesita llamar a su puerta.

Cedric, el hombre del FBI, ya lo rechazó.

—No podemos hacer magia —dijo. Bavin ya se lo podría haber imaginado. Meterse en

ordenadores ajenos no funciona así. Eso lo sabe de sobras.

Debe aplazar el problema. A pesar de su fama, aplazar resulta ahora mejor solución. Algunos problemas se solucionan por sí solos cuando se espera lo suficiente, mientras que para otros, la idea que soluciona el problema tarda un par de días en llegar. Pero hay una cosa a la que puede acceder sin usuario y contraseña: El software de mando completo de Gex lo programaron en un sistema de gestión de versiones de acceso público. Allí encontrará el código completo para poder jugar con él. La NASA deja todo su software con fuente abierta, ya que es financiada con dinero público y, por lo tanto, pertenece a toda la ciudadanía.

Bavin no solo se descarga las fuentes del software de mando y las compila en un programa, sino que se descarga, de paso, el simulador correspondiente. Con ello puede simular que Gex se encuentra entero en su ordenador. Puede comprobar las reacciones de la sonda, lo cual también es el primer paso lógico. Al cabo de media hora sabe que Gex habría cancelado el aterrizaje ante valores de medición del radar diferentes a los del medidor láser de distancia. La versión oficial que ha hecho pública la NASA apesta a kilómetros y no hace falta ser un experto cualificado para darse cuenta.

En el siguiente paso modifica el software de mando en distintos puntos. Quiere descubrir qué es lo que hace falta para hacer caer la sonda. El resultado demuestra la calidad de su trabajo. Del trabajo de todos, porque no ha sido el único que ha programado esto. Tiene que eliminar ocho mecanismos distintos de seguridad antes de que la sonda reaccione en su simulación con una caída ante valores de radar falsificados.

¿Por qué, además, fallaron todos los instrumentos a la vez? Eso tampoco pasa porque sí. Debido a las múltiples modificaciones que ha hecho, Bavin tiene que descargarse el código fuente de nuevo del servidor.

«Error. URL no encontrada.»

¿Qué? Da un puñetazo sobre la colcha de la cama. ¡Menudos cerdos! Alguien más ha tenido la misma idea que él; que la teoría oficial de la NASA es demasiado fácil de tumbar. Suerte que aún tiene los códigos fuente del mando en su ordenador. Las modificaciones que ha realizado pueden hacerse retroactivas. Claro que ahora ya no le creerá nadie de que se trata del mismo software que controló a la sonda real.

Pero le da lo mismo. Ahora ya sabe que no tiene la culpa de la caída y eso ya vale su peso en oro.

Alguien llama a la puerta. Mira el reloj. Será la joven vigilante que pidió una pizza para la una del mediodía. Pero cuando se abre la puerta aparece en su lugar Cedric Michel. El hombre del FBI no parece de buen humor. Su chaqueta está mojada. Parece que fuera está lloviendo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Bavin—. ¿O solo se trata del mal tiempo?

—No, ya iba usted por el camino correcto: traigo malas noticias.

—El FBI suspende la investigación.

—Algo así, Bavin. El FBI ya no cree oficialmente que esté en peligro. Así que no me queda otra que echarle de aquí.

Cedric se acerca a grandes zancadas. Parece como si fuera a darle un puñetazo.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Bavin.

—Nada, nada —dice Cedric, pero sigue acercándose.

Bavin reconoce perlas de sudor en las sienes del hombre. Pero sus cabellos están secos. No ha sido lluvia entonces. Cedric parece extremadamente estresado. No se meterá con él. Ese hombre parece bien entrenado y seguramente vaya armado. Bavin está totalmente a su merced.

—Lo siento mucho —dice el hombre del FBI y le arranca el ordenador de las manos—.

Tengo que hacerlo.

Bavin lo sabía. Le han estado observando y ahora le quitan incluso esos datos. Ya no le queda nada. Y si no tiene suerte, ni siquiera la vida.

—De verdad que lo siento —dice Cedric—. Debe sentirse fatal, puedo entenderlo muy bien. Pero es lo mejor para usted. Eso es, al menos, lo que me han asegurado. Si ahora se marcha tranquilamente a casa y se porta bien, no le pasará nada.



MS Geiranger, 22 de octubre de 2041

—¿Te has enterado ya de lo de la sonda esa, la Gex? —pregunta Kai.

Isabel se ha sentado a la mesa del alemán con el nombre impronunciable de Harbrecht porque normalmente suele leer en su tablet mientras come. Trabaja a bordo como administrador de sistemas y cumple todos los clichés que existen sobre forofos de la tecnología, excepto por una cosa: De todos los hombres a bordo es el que mejor figura tiene porque dedica mucho tiempo libre a practicar deporte, casi siempre con la tablet en las manos o con auriculares por los que escucha audiolibros.

—No, ese nombre no me dice nada —responde ella.

—La sonda de Ganímedes —dice Kai, y parece incluso algo indignado—. ¿En serio no te dice nada?

—Ah, vale, Ganímedes. Ha caído y se ha destruido, ¿no?

Kai sonríe.

—Exacto. Y ahora dicen haber encontrado al culpable del desastre.

—¿Una conversión incorrecta de pulgadas a centímetros? —pregunta Isabel.

—Jajaja, capaces sí que serían; pero no. Dicen que ha sido culpa del programador.

—Vaya. —Kai parece estar personalmente afectado. Nunca lo había visto tan apasionado—. ¿Y eso es incorrecto?

—En primer lugar, estas investigaciones tardan semanas o meses en completarse. En segundo lugar, un sistema tan complicado como este no es responsabilidad de una sola persona. Eso es imposible.

—¿En serio? ¿No podría haber cometido el programador un error en el software que acelerara la sonda en lugar de frenarla?

—Podría, pero entonces habrían fracasado todo su equipo y sus superiores. Cada línea de código es verificada varias veces. Si te interesa, puedo pasarte un libro electrónico de Morris donde lo explica todo de forma muy precisa e inteligible. ¡Es el primer escritor de ciencia ficción que estuvo en el espacio! Fue en 2026, en el problema con el cometa 67P.

Morris..., ese debe ser su autor preferido. La mitad de la biblioteca a bordo del Geiranger está llena de sus obras. Pero, aunque Kai lleva años intentándolo, la naviera no lo ha invitado nunca a una lectura a bordo del barco. Ese hombre debe tener ya más de setenta años.

—¿67P? Eso no me suena a nada —dice Isabel y Kai la mira con ojos inundados de compasión—. ¿Sabes? Yo simplemente me intereso más por la vida en la Tierra. No hay nada en otro lugar que resulte comparable. E incluso si en una misión a Marte encontraran restos de antiguas bacterias, en las profundidades de los océanos tenemos miles de especies aún

desconocidas y, en parte, extremadamente exóticas por descubrir.

—En eso tienes razón, sin duda —dice Kai—. Tienes un trabajo sensacional porque puedes investigar todo eso. Pero también estamos muy cerca de encontrar vida en otros lugares. Cuando despegue la ILSE... ya verás. ¡Encélado es tan prometedor! Me encantaría ir con ellos. Pero la sonda Gex podría habernos enviado datos similares de Ganímedes.

Con este tema, Kai parece otra persona con este tema, y parece estar también informado sobre bastantes más temas que solo de informática, como siempre había pensado.

—¿Y eso por qué?

—Ganímedes tiene, como Encélado, un océano líquido bajo su manto de hielo. En el fondo, donde está en contacto con el núcleo de roca de la luna, podrían darse condiciones igualmente buenas para que surgiera vida como en la Tierra. Y Ganímedes está solo a medio camino. La ILSE llegaría mucho antes allí. Pero ahora ya no sabremos a tiempo si Ganímedes habría podido o no ser un destino más adecuado.

—Eso es una auténtica pérdida —dice ella.

Kai la observa. Parece estar inseguro; igual cree que lo está diciendo con ironía. Isabel asiente para reforzar su opinión.

—¿Lo ves? Por eso considero injusto que le echen toda la culpa al programador.

—Pero ese Joshi es el programador jefe. Debería haber detectado el error —se inmiscuye uno de los guías que se ha sentado al lado de Isabel.

—José, aun así, sigue teniendo un equipo y superiores —insiste Kai—. ¿Quién dirías que tiene la culpa si no aprietas correctamente un nudo y un pasajero cae por ello al agua?

—Pues yo, evidentemente.

—Pero Alan debería haberlo supervisado.

José asiente.

—Alan asumiría la culpa, claro. Pero yo no quiero eso. Así que aprieto todos los nudos bien, como debe ser.

Kai hace un gesto negativo con la mano.

—No se puede hablar con vosotros. No lo entendéis. Pero tú sí, Isabel; tú tienes que creerme. Joshi no es el culpable. Que lo hayan echado como carnaza a la prensa significa más bien que ocultan algo. No soy un seguidor de teorías conspiranoicas, pero para mí es más bien el sacrificio de un peón.

—¿Y el hombre llegó de verdad a la luna? —pregunta José.

—Pues claro. Anda y que te den. —Kai enciende su tablet y se pone demostrativamente a leer.

Al menos, Isabel puede dedicarse ahora a su desayuno. Pero ha sido interesante lo que Kai le ha contado sobre Ganímedes. Nunca sintió gran atracción por la astrobiología. Le parece un campo demasiado especulativo. Solo conocen una forma de vida. ¿Cómo se puede derivar de un ejemplo singular una probable totalidad?

Pero tratándose de océanos se despertó su interés, aunque el tema no tenga nada que ver con su trabajo cotidiano.



—LAMENTO MOLESTARTE. —ADRIAN APOYA LA CARA EN EL RESQUICIO DE LA PUERTA.

—¡Entra, por favor!

Isabel acaba de verificar el estado del secuenciador. Está procesando el material genético de

las nuevas larvas que ha recolectado la sonda. Esta vez no tardará un día entero porque se centrarán en los ámbitos en los que el aparato halló las alteraciones artificiales la vez anterior.

Adrian abre la puerta empujando con su barriga.

—No tengo mucho tiempo, El capitán quiere que le diga qué pretendemos hacer aquí.

—Pues buscar las causas de la manipulación genética, ¿no?

—Ya, pero ¿cómo concretamente? No le parece nada correcto que estemos aquí dentro, al parecer holgazaneando.

Eso es evidente. Los pasajeros han pagado por un crucero, palabra que implica «cruzar», es decir, navegar.

—Fue idea tuya que regresáramos aquí. La investigación necesita su tiempo, ya sabes. Los nuevos datos sobre los genes estarán listos en algún momento al mediodía. Entonces podremos pensar en algo más concreto.

—Pero yo necesito ahora algo, alguna acción. Si no, la FOGC se me lanzará al cuello. La naviera también está presionando. Por la foca muerta podríamos hacer que vinieran del CDC, jeje, pero preferiría no agitar también ese avispero, ¿no se dice algo así? Al final tendré que quedarme en el barco hasta haber solucionado todas las dudas, y con el CDC podría tardar una eternidad.

Una acción, entonces. La ciencia no progresa con acciones y Adrian debería saberlo.

—¿No se te ocurre nada? —pregunta Adrian—. Por favor, Isabel. Lo ideal es que no tomara demasiado tiempo, pero fuera visualmente espectacular.

Ayer le explicó en la sauna sobre el extraño comportamiento de los nauplius. La ocasión se prestó para mantener un tono más íntimo. Isabel no puede tratar como un extraño a una persona a la que ve en pelotas.

—¿Qué tal unos fuegos artificiales? —propone.

—¿Fuegos artificiales? Necesito propuestas serias. ¿O es que lo dices en serio? ¿Podría ayudarnos lanzar fuegos artificiales? Eso sería...

—No, no nos ayudaría en nada —le interrumpe Isabel—. Pero el barco cuenta con un pequeño submarino. Aquí, en la Antártida, el uso con fines turísticos está prohibido, pero si hay motivos científicos... El capitán podría incluso invitar a pasajeros especialmente buenos.

Los pasajeros buenos son, evidentemente, los que pagan bien. El capitán estaría entusiasmado. El submarino tiene asientos para el piloto y seis acompañantes más. Si envía a Tarja como coartada, quedarían cinco plazas libres.

—Esa es una idea genial —dice Adrian—. ¿Cuáles serían los motivos científicos?

—Queremos descubrir por qué las larvas llegan hasta la superficie. Muchas de ellas son inmaduras. Eso dañaría la población a largo plazo.

Es una mentira a medias. Son inmaduras, sí, pero no por ello menos capaces de sobrevivir, lo cual es el misterio en sí por resolver. Además, el submarino baja a máximo mil metros de profundidad. Donde interesaría llegar para que fuera emocionante es a los 2500 metros, pero sería imposible.

—¿Quieres saber también por qué un descenso con el submarino es una idea estúpida? —plantea Isabel.

La pantalla del secuenciador parpadea. ¡Ha acabado! Isabel borra el mensaje.

—No, déjalo. Si me lo creo con ingenuidad, podré vendérselo mejor al capitán.

—Como quieras. Pero luego no me culpes si tienes que bajar personalmente con el submarino.

—¿Yo? Ni harto de vino. Está por encima de mi salario. Soy agente, no solo lo parece. ¡No

hay empleado federal que se dejara convencer a hacer algo así!

—Oye, que se trata de nuestro tema, Adrian. ¿No quieres descubrir lo que está pasando aquí? Capitán feliz, tripulación feliz, pasajeros contentos... ya conoces el dicho.

—No lo había oído nunca, pero vamos allá. Deséame suerte.

La puerta se cierra de nuevo. Por fin puede estudiar el resultado del secuenciador con tranquilidad. Copia los resultados a su ordenador. Desde que Adrian desbloqueó el secuenciador con su tarjeta, tiene acceso a todos los datos. Pero también entiende ahora que tuviera que venir personalmente. Solo por copiar los datos peligrosos se multiplica el peligro por dos.

Se sienta en su silla, el único lujo que se ha permitido. Es bastante ergonómica, ya que está ajustada individualmente a su cuerpo. La hizo traer con el equipaje. Isabel se inclina hacia atrás y cierra los ojos mientras se cargan los datos.

Alí están. Isabel ejecuta un programa Diff para que resalte las diferencias. Hay algunas. Esa es una mala noticia, pues la cantidad es mínima y está dentro del marco de lo que correspondería a la reproducción natural. Al parecer, los organismos genéticamente alterados se han multiplicado, seguramente de forma natural. Habría preferido que todos hubieran salido de un laboratorio. Entonces bastaría con destruir esos ejemplares y el pool genético volvería a ser el anterior. Pero el desarrollo ha avanzado ya demasiado. ¿Era eso lo que pretendía su inventor? Mientras no conozcan la finalidad de la manipulación, no podrán hallar los motivos.

¿No deberían ser las cualidades de los organismos modificados los que le dijeran la finalidad? Son claramente más resistentes, ya desde que son larvas. Además, se alimentan de forma distinta, aunque igual no exclusiva. La obtención activa de albúmina animal podría tener un efecto positivo en los índices de supervivencia. Los cadáveres de animales grandes y pequeños se hunden regularmente al fondo. Si se ha modificado la herencia genética, podrían pretender obtener una población de krill más resistente. Hace tiempo ya que se considera que el cambio climático pone en peligro a estos minúsculos crustáceos. Desde que la humanidad ha pactado medidas conjuntas han mejorado las perspectivas, pero el ecosistema no ha vuelto a ser del todo estable. Cuantas más larvas crecen a su estado adulto, más alimento hay para todos los organismos que hay por encima de la pirámide alimentaria. Estarán mejor las ballenas, los peces, los pájaros, las focas, etcétera.

Pero la foca muerta es un ejemplo de lo contrario. Desde que Isabel ha visto cómo la larva ha devorado los compuestos celulares, sospecha que el krill bien podría haber matado a esa foca. En la naturaleza es normal que muchos organismos pequeños puedan acabar con uno grande; las bacterias son un claro ejemplo de ello. Pero debe proceder con cautela si expresa esta idea ante otros, ya que podrían acabar con titulares como «Krill asesino acaba con el bacalao». Lo mejor será que instruya a Tarja sobre su responsabilidad. Isabel coge el teléfono. En ese momento suena. Desconoce ese número. Suspira y responde.

—Soy yo, Adrian. Te llamo desde el despacho del capitán. Tienes luz verde para utilizar el Nautilus. La primera salida será a la una y media desde el pontón.

—¿Yo? ¿Por qué yo? Tú bien podrías...

—No soy científico. El capitán Bismo insiste en que vayas tú.

—Pero el nuevo laboratorio estará listo hoy. Queremos probar las alteraciones genéticas en el organismo modelo. ¿No puedo enviar a Tarja?

—¿Quién es esa?

—Mi asistente. —Isabel asciende a Tarja porque eso podría mejorar sus posibilidades.

—Bismo dice que es tu becaria. Debes subirte tú al Nautilus, sin posibilidad de discusión. Si quieres el submarino, lo tendrás, dice. El capitán está sentado aquí a mi lado.

Querías venderle el uso del submarino como acción popular. Yo nunca pedí eso. Pero Isabel no quiere traicionar al agente del FOGC. Solo su oficina federal puede ayudarla a aclarar estas extrañas modificaciones, así que le necesita.

—Exprésale mi sincero agradecimiento. Es un auténtico apoyo a la ciencia. Lo mejor sería que bajáramos sin ningún pasajero.

Isabel sonríe. No debe permitir que el capitán descubra fácilmente su distracción. Si vuelven con las manos vacías, podría suscitar dudas.

—Dice que ni hablar de peluquín. Todas las plazas libres deben ser ocupadas por pasajeros.

—De acuerdo. —La llamada se corta e Isabel cuelga el teléfono. Al poco se oye un mensaje por los altavoces del barco.

—¡Queridos pasajeros! Con motivo de las actuales circunstancias, les podemos ofrecer por primera vez en un viaje por la Antártida un descenso con nuestro submarino Nautilus, que tendrá lugar hoy a las 13.30. No se trata de una excursión regular, sino de una misión con trasfondo científico. Solo disponemos de cinco plazas. Pueden apuntarse mediante nuestra App como en las demás excursiones. Las plazas se sortearán entre los interesados. Tengan en cuenta que, en caso de obtener plaza para esta excursión, se les descontará 3000 euros de la cuenta de a bordo. Advertimos que, en esta salida, los motivos científicos tienen prioridad. Nuestro piloto, el ya tan conocido Alan Ryan, no podrá aceptar deseos especiales. Esta salida no requiere estado físico especial. Solo deben ser capaces de subir y bajar con una escalerilla y pasar hasta tres horas dentro de un espacio angosto junto con otros pasajeros. Es imposible suspender una inmersión a medio camino. El Nautilus dispone, además, de mínimas instalaciones sanitaras que no permiten garantizar una privacidad suficiente. Si tiene cualquier otra pregunta, diríjanla, por favor, al mostrador de atención al cliente.



FANTÁSTICO. TRES HORAS ENCERRADA EN UN ESPACIO ESTRECHO CON DESCONOCIDOS. SI TIENE que ir al váter, cosa que suele pasar cuando se pone nerviosa, seguramente se encuentre solo con un cubo tras una cortina. Dos motivos ya por los que no es apta para esta excursión y que el capitán Bismo seguro que rechazaría. ¡Ojalá no se lo hubiera propuesto a Adrian! Podría haber conseguido que fuera él quien bajara en el cacharro ese. Si hubiera querido, claro.

Como era de esperar, Adrian ni siquiera se atreve a pasarse por su despacho antes de la hora de inmersión. Pero sí que aparece Tarja, a pesar de ser hoy su día libre. Nada más entrar se abalanza sobre Isabel para abrazarla. Eso es nuevo para la chica que lleva tan poco tiempo celebrando su mayoría de edad. Pero Isabel recuerda que, a su edad, también tenía fases en las que podía abrazar a todo el mundo, así como otras en las que odiaba a todo cristo por haber decidido que el mundo sucumbiera en una catástrofe climática, o por discutir y pelearse, o... porque sí, por querer estar sola.

—Me das tanta envidia... —dice Tarja—. ¡El Nautilus, es la rehostia!

—Me habría encantado cederte mi plaza —dice Isabel—. Pero el capitán ha insistido en que sea yo quien...

—¿En serio? ¿Lo habrías hecho? ¡Eres la mejor! Me encantaría poder bajar en un submarino.

—Para ser honesta, lo habría hecho por mí. Odio estar metida en una bola tan pequeña.

—No importa por qué me habrías enviado. Son los hechos los que cuentan.

A Tarja se le ilumina la cara con una sonrisa. Con esta postura tan pragmática, la vida resulta bastante más llevadera. Cuando tenía su edad también le importaba saber por qué alguien le

hacía un favor.

—Pero el Nautilus tampoco alcanza grandes profundidades—dice Isabel—. Está pensado para viajes sobre la placa continental, con profundidades de unos doscientos metros. Las aguas abisales comienzan a partir de los mil metros.

—No hace falta que sea con el Nautilus. Pero ya verás como algún día lo consigo.

—Estoy plenamente convencida de ello, Tarja. Pero ahora tienes que hacerme un favor.

Sería una pena que desperdiciaran el tiempo que perderá en este descenso inútil.

—¡Claro que sí! ¿Qué debo hacer?

Isabel piensa. ¿Puede dejar una investigación de este alcance en manos de una chiquilla de dieciocho años? Pero hasta ahora ha realizado siempre un buen trabajo, y lo que quiere encargarle tampoco es tan difícil.

—Deberías ir al nuevo laboratorio y preparar dos muestras lo más parecidas posibles de la cosecha fresca obtenida con la sonda. Es decir, larvas del mismo tamaño, pero siempre una sola. Entonces las metes en entornos distintos; una vez en agua de mar a distintas temperaturas, luego en agua con contenido de sal distinto, igual un ácido diluido...

—Entiendo. Quieres comprobar hasta qué punto sobreviven bajo distintas condiciones ambientales. Las que mejor estén serán las que han sido genéticamente manipuladas.

Isabel queda honestamente sorprendida. Tarja ha deducido su tesis a la perfección por la disposición del ensayo.

—Excelente, Tarja. Creo que nuestro misterioso desconocido ha adaptado estos crustáceos para un posible futuro de la Tierra: con océanos ácidos y con menos oxígeno. Esto se nos habría ocurrido a todos, si no hubiéramos logrado dominar la catástrofe.

—Pero entonces es que algo ha salido mal y estos organismos se le han escapado —dice Tarja.

—Exacto. Lo descubriremos con este ensayo. Lo descubrirás, vaya. Es un trabajo increíblemente importante, Tarja, distinto a esta estúpida excursión en submarino que no aportará nada.

Tarja sonríe.

—Lo has dicho muy bien, Isa. Me recuerdas un poco a mi madre. Siempre me justificada de forma complicada por qué mi especial papel es lo más importante para el bien de todos. Pero lo haré con gusto, aunque no se trate de inventar la teoría cuántica.

Isabel suelta una carcajada, porque siente que la han pillado.

—En serio, esto es algo realmente importante —dice.



EL SUBMARINO NO ES COMO SE LO IMAGINABA. ISABEL ESPERABA UN DISEÑO MÁS ARTÍSTICO, CON una torre llena de decorados, aletas doradas y cosas así, como en un cuento de Julio Verne. Pero lo que flota en el agua es un huevo alargado de color gris. En la parte delantera tiene un gran ojo de buey, ajustado sin casi rebordes al metal. Encima hay atornillado un accesorio en forma de tubo y sin adorno alguno al que llega un tablón con una pequeña barandilla desde el pontón.

Junto a la barandilla hay un hombre en chándal con el logotipo de la naviera. Debe ser Alan, pero cuando se da la vuelta, Isabel no reconoce la cara. Mierda. Se alegraba de poder conocer al menos a una persona a bordo algo mejor.

—Vaya, pareces realmente decepcionada —dice el hombre—. Lo siento. Me ha enviado Alan.

—No tiene nada que ver con usted, señor...

El hombre le da la mano.

—Aquí dentro no necesitamos formalidades. Soy Alexander. Alexander Rotter. Tú debes ser Isabel.

—Exactamente, Isabel Ramírez.

—Genial. Que sustituya a Alan tiene su razón de seguridad. Soy buzo experimentado, estuve diez años en la marina y luego en una empresa privada que quebró hace dos años, por lo que presenté mi candidatura a la Norwegian. Y aquí estoy. La mayoría me llama Alex.

—Me tranquiliza mucho saberlo, Alex —dice Isabel—. Al menos alguien a bordo que sabe lo que hace.

—Más la científica —dice Alex—. Me han dicho que estás tras un descubrimiento de gran importancia.

Isabel se gira. Están solos.

—No te preocupes; he enviado a todos los pasajeros a una última visita a los aseos.

—Entiendo. Pues te confesaré que esta excursión no va a servir de absolutamente nada. La investigación real se está llevando a cabo en el laboratorio. Pero el capitán ha insistido en que vaya con vosotros.

—Gracias por la aclaración. Ya me imaginaba algo así. Pero está bien tener a una bióloga marina a bordo. Sea lo que sea que veamos, seguro que puedes explicarnos qué es.

—Eso espero.

—Ya viene aquí nuestro primer pasajero —dice Alex—. Bienvenida, señora Bloomsbury. Ya que aquí prescindiremos de las formalidades, ¿me permites que te llame Deborah? Yo soy Alex, tu piloto, y esta es Isa, nuestra bióloga marina a bordo.



ESTÁN LOS SEIS SENTADOS ALREDEDOR DE LA ESCALERILLA QUE LLEVA AL EXTERIOR. EL mamparo sobre ellos está ya cerrado y no se puede abrir desde dentro, como les ha explicado Alex. Incluso la torre tubular de encima ha sido desatornillada. Al parecer, tenía la función de embudo para facilitar la entrada y que no salpicara agua al interior de la nave.

—La única vía de escape es a partir de ahora la esclusa de popa —explica Alex—. Pero jamás he tenido que salir del Nautilus por ahí en todas las inmersiones que he hecho.

—¿Cuántas inmersiones ha hecho? ¿Dos? —pregunta Matteo. Su hermano Alexander le da un codazo. —Has hecho, perdona —se corrige Matteo.

—Unas 250 —dice Alex—. He dejado de contarlas. Pero solo las hacemos cuando estamos navegando junto a las costas continentales.

—Gracias —dice Alexander. Su hermano guarda silencio.

—¿Cómo es que estáis aquí? —pregunta Deborah—. Parecéis muy jóvenes.

—Yo tengo veintiuno y mi hermano diecisiete —dice Alexander—. Nuestros padres son los propietarios de la fábrica de maquinaria Compera en Turín, igual ha oído usted..., has oído hablar de ella.

—No, lo siento —dice Deborah.

—Por favor, prestadme atención —dice Alex—. Hay un par de cosas que debéis evitar a bordo. Es mi obligación advertiros de ello, aunque considero que son comportamientos tan estúpidos que dudo mucho que se le puedan ocurrir a nadie. Pero la ley me obliga, así que debo mencionároslo.

Los dos jóvenes ríen. La pareja mayor británica cuyo nombre no ha llegado a memorizar Isabel, lo observan con seriedad. Deborah murmura algo que bien podría ser una oración.

—Por ejemplo, que no debéis disparar un arma de fuego. No debéis dar golpes contra el cristal delantero. Está prohibido encender hogueras y fumar.

—¿Ni siquiera un porro? —pregunta Matteo.

—Alcohol y drogas son tabú, aunque tampoco llevamos nada de eso a bordo. Ni siquiera cerillas. Aunque quisierais, os resultaría difícil hacer alguna de estas cosas prohibidas. Tras esta introducción, la regla más importante aquí abajo: Lo que yo diga es ley. Si te pido que hagas el pino, lo haces. Si te niegas, lo más probable es que mueras. El mar tiene un aspecto la mar de claro y refrescante ahí fuera, pero es mortal. ¿Entendido? Por favor, decidlo uno a uno.

Empieza Isabel.

—Entendido.

La palabra pasa de boca en boca en su pequeño círculo.

—Bien. Pues ya podemos empezar a divertirnos. Lo más probable es que nadie tenga que hacer el pino.

ALEX TIENE A SUS SEIS INVITADOS MUY BIEN BAJO CONTROL. INCLUSO LOS DOS JÓVENES SE comportan. Igual se deba al océano. Saber que cada diez metros pesa una atmósfera más sobre ellos asusta bastante. El motor eléctrico del submarino es tan silencioso que lo tapa el susurro del sistema de mantenimiento de vida. El Nautilus puede maniobrar con total libertad. Su batería tiene una autonomía de doce horas como mínimo, aunque solo se permiten inmersiones de máximo tres horas.

Todos se apiñan en la proa porque el ojo de buey no solo mira hacia delante, sino que permite una visión también hacia arriba y hacia abajo.

—¡Alaa! —dice Matteo.

Isabel sabe de inmediato a qué se refiere. El mundo a su alrededor se tiñe poco a poco de azul. Al principio solo es un tono, pero luego navegan por el azul más intenso que jamás haya visto Isabel.

Alex detiene el Nautilus.

—Estamos a 35 metros de profundidad.

Isabel se sorprende. Tenía la sensación de que estaban a punto de alcanzar el fondo del océano, por lo lejos que parece estar la superficie.

—No puede ser —dice Deborah.

—Aquí lo pone. —Alex señala a un anticuado display LED donde puede leerse «35,1»—. A gran profundidad solo llegan las ondas más cortas de la luz —explica—. Por eso vemos aquí solo el color azul. ¿Seguimos?

—¡Sí, bajemos más! —dice Mateo con entusiasmo.

SE HACE RÁPIDAMENTE OSCURO. ALEX ENCIENDE LOS FOCOS. AL PRINCIPIO NO HAY NADA interesante que ver. De vez en cuando pasan junto a una medusa que se desliza por el agua con majestuosos y potentes movimientos. El display LED indica 225 metros de profundidad cuando

alcanzan el fondo.

Recuerda un poco a un desierto, pero en un planeta extraterrestre. El suelo se compone de arena gris con pequeños montículos y valles y está cubierto por estrellas de mar y otros invertebrados, a modo de decoración. El Nautilus se desplaza ahora horizontalmente por encima del fondo a velocidad lenta. Isabel no había visto nunca tantas especies distintas de erizos de mar. Entre ellos los hay con largos pinchos de tonos rojizos, rosados, algunos totalmente blancos y otros negros. Alex anuncia el nombre científico de cada uno. Con cada especie, Isabel recuerda mejor lo que aprendió en la universidad.

Pasan por encima de una fosa especialmente profunda. Parece como si un gigante hubiera rascado el suelo con un picahielos; la zanja discurre recta hacia el norte, en dirección al borde de la placa antártica.

—Esta zanja es fruto del paso de un iceberg mientras se desplazaba a mar abierto —explica Alex—. Esperad, que pronto podremos llegar a su cementerio.

Y en efecto, al cabo de un rato acaba la zanja en una pequeña elevación.

—Aquí es donde el iceberg quedó encallado —dice Alex.

—¿Y dónde ha ido a parar? —pregunta Matteo.

—Se ha fundido y reducido hasta ser lo suficientemente pequeño como para seguir su viaje.

Detrás del montículo se encuentran con un curioso terrón del tamaño de la cabeza de un niño, brillante y con largos pinchos.

—Parece un tesoro —dice Matteo, mientras su hermano mayor le pone la mano en el hombro.

—Es una esponja vítrea. Lamentablemente se han vuelto muy raras —dice Alex—. Es un ejemplar precioso. Tendrá ya unos cincuenta años de edad y ha tenido suerte de que no la pillara el iceberg.

—El esqueleto de estos animales está formado por agujas de dióxido de silicio. La misma sustancia que es el componente principal de las rocas —dice Isabel—. Pueden alcanzar cientos de años de edad si se la deja en paz.

—No te preocupes, voy a evitarla en un arco amplio —dice Alex.

—Parece coral —dice Matteo.

—Así es —dice Isabel—. Los corales son también animales, aunque forman su esqueleto a base de cal. Por eso son tan sensibles a océanos que se acidifican cada vez más. Seguro que sabéis que el ácido disuelve la cal.

—Sí, nuestra mujer de la limpieza limpia siempre la ducha con ácido cítrico. No me gusta como huele —dice Matteo.

—¿Y las esponjas vítreas no tienen ese problema? —pregunta su hermano.

—Ellas no. El dióxido de silicio no se disuelve tan fácilmente. Las esponjas vítreas logran además algo que nosotros no podemos hacer: ¡El cristal que fabrican es elástico! Las agujas pueden doblarse sin problema; intenta hacer lo mismo con un espejo.

—Pues qué práctico —dice Deborah—. ¿No podría utilizarse eso industrialmente? Tengo que contárselo a mi marido. Tenemos varias fábricas, ¿sabe?

Isabel asiente.

—En Japón se utilizaban esos pinchos como agujas para el cabello. Pero hace mucho ya que acabó la época buena para las esponjas vítreas. En el cretácico, cuando aún vivían los dinosaurios, creaban arrecifes gigantescos en las costas.

—¿Y qué comen? —pregunta Matteo.

—Pues todo lo que pasa a su lado y es lo suficientemente pequeño. Plancton, seres

unicelulares...

—Jeje, imagínate que tuvieras que esperar a que pasara una hamburguesa por tu lado para poder comer —dice Alexander.

—Jamás en la vida —dice Matteo—. ¿Comen también peces?

—No, son demasiado grandes para ellas —dice Isabel—. Pero sirven de guardería para muchos peces, ya que pueden esconder a sus crías entre las agujas a salvo de otros depredadores.

—Mirad todos al frente —dice su capitán.

—Sí, ¿veis ese pez ahí delante? —pregunta Matteo—. Parece como pegado a la piedra que tiene debajo.

—Es un..., como se llama..., una especie de caracol... —comienza Alex.

—Es un pez baboso de la familia de los liparidae —le interrumpe Isabel. Ella misma se sorprende de cómo va recuperando conocimientos que creía ya perdidos. ¡Qué útil le está siendo esta inmersión! —Las aletas pectorales se han convertido en un órgano adherente, una especie de ventosa con la que pueden sujetarse al fondo. También están estrechamente relacionados con los lumpos, conocidos también como conejos marinos.

—¿Hay conejos en el mar? —pregunta Matteo.

—No son tan simpáticos como los de tierra —dice Isabel. Igual encuentran un ejemplar, pues pueden encontrarse en las regiones polares.

—Me refiero a lo que tenemos ahí delante —dice Alex.

Ahora también lo ve Isabel. La pendiente baja más empinada que hasta ahora.

—Estamos descendiendo —dice Deborah.

—¿Tenemos que bajar ahí? —pregunta el inglés.

—¡Claro que sí! Para eso habéis pagado. Pero en serio ¿cuánta pendiente creéis que tiene?

—Unos quince grados —sugiere el inglés.

—No llega a los tres grados —revela Alex—. Os parece más empinado por la iluminación. Los faros apuntan hacia delante y el suelo queda en la oscuridad, por eso parece más profundo de lo que es. Un momento. —Alex pulsa un par de botones y el Nautilus se inclina un poco hacia delante, hasta que los faros iluminan del todo el suelo. Ahora la pendiente parece mucho más suave.

—¿Hasta dónde baja esto? —pregunta el inglés.

—Por ahora hasta algo más de dos mil metros —dice Alex—. Más al norte, detrás del círculo polar, es mucho más profundo.

—Pero no vamos a descender hasta el fondo, ¿verdad?

—Eso lo decide la científica a bordo —dice Alex, y señala a Isabel—. Pero este submarino solo está homologado para descender hasta los mil metros, aunque podría llegar a soportar los dos mil.

—A mí me gustaría alcanzar los mil metros —dice Isabel—. Allí tenemos que recoger un par de muestras del agua.

—¿Es posible bajarse allí? —pregunta Matteo.

—Para recoger muestras no hace falta que salgamos —dice Alex.

—Pero me gustaría poder nadar un poco alrededor del submarino —dice Matteo.

—Para eso eres demasiado joven —dice Alex—. Disponemos de un traje de buzo blindado en la esclusa, pero para utilizarlo hace falta formación.

—¿Hace falta un traje blindado para salir?

—Bueno, forzosamente no. Si comprimimos la esclusa lentamente y respiras el aire adecuado...

—¡Sí, vale!

—Olvídalo —dice Alex moviendo un dedo de un lado al otro—. Yo mismo, como profesional, lo haría solo en caso de extrema emergencia.

Matteo se pone de morros, pero sonríe en seguida.

—Pues entonces mejor lo dejamos.



A MEDIDA QUE DESCIENDEN VAN DESAPARECIENDO LAS ESTRELLAS DE MAR Y LOS ERIZOS, Y cambian las formas de las esponjas vítreas. Ahora pueden ver también más peces. La mayoría de los ejemplares son peces babosos, aunque también hay especies vivíparas, como los zoarces. Isabel disfruta mucho comentando a su escasa audiencia la curiosa biología de estos ejemplares, e incluso Matteo y el capitán la escuchan con gran interés.

—¡Ahí! Ese es otro conejo de mar —dice. Ante el ojo de buey pasa un pez bastante deforme. En lugar de aleta dorsal tiene solo una serie de jorobas. Lo ha reconocido por eso.

—¡Menudo pez más feo! —dice Matteo—. ¿Qué es eso que tiene sobre la piel? ¿Son tumores?

—Es precioso. Cada animal tiene su propia belleza —dice Isabel—. Lo que ves sobre su lomo son abultamientos totalmente naturales. También se llaman tubérculos.

—Pues suena a enfermedad.

—Créeme, este pez es...

La interrumpe un pitido de advertencia.

—Es el radar —dice Alex.

—¿Navegamos hacia un obstáculo? —pregunta el inglés—. En ese caso deberíamos considerar la posibilidad de variar el rumbo.

Alex permanece totalmente tranquilo frente a los mandos y mira una pantalla que parece mostrar la imagen del radar.

—No hay de qué preocuparse —dice—. He programado el radar para que no salte ante obstáculos naturales. El submarino rodea por sí solo cualquier roca en el camino.

—¿Entonces no se trata de un obstáculo natural? —pregunta el inglés.

¿Cómo se llama? Isabel puede recordar el nombre científico de los conejos de mar, pero es incapaz de acordarse del apellido de un pasajero.

—Pues resulta evidente que no. Ya se distingue por la forma.



TODOS SE APIÑAN FRENTE A LA PANTALLA DEL RADAR QUE MUESTRA UN OBJETO RECTANGULAR, pero sin más detalles. Pronto deberían poder verlo con los focos delanteros. ¿Qué puede ser esa cosa aquí, en medio del océano y a tanta profundidad?

—Es demasiado pequeño para ser un contenedor —dice Alex.

—¿Crees que puede ser parte de la carga que haya perdido un barco? —pregunta Isabel.

—¿Qué si no? Tiene una forma tan geométricamente clara que no puede ser un pecio. A veces, una fuerte tormenta puede provocar que un carguero pierda algo de su carga.

Hm. Entonces no tiene interés alguno para ellos. Un calamar gigante sí lo habría tenido. Isabel se retira a la parte posterior del Nautilus. Debe ir pensando en algo que satisfaga al capitán

Bismo. Tienen que avanzar con su investigación. Pero a Isabel ya no se le ocurre absolutamente nada. Lo mejor será convencer a Adrian para que haga público su descubrimiento. Si se juntan varios barcos en pos de minúsculos crustáceos genéticamente manipulados, debería ser fácil encontrar la fuente.

—¿Sabes alguna historia más sobre los conejos marinos? —pregunta Matteo.

Isabel niega con la cabeza.

—Pero puedes hacerme compañía.

—Gracias; ahí delante es todo algo aburrido. Alex cree que podría tratarse de algo médico. ¡Menudo aburrimiento!

¿Médico? A saber si el piloto tiene alguna experiencia con eso. Isabel recorre los cuatro pasos hacia la parte frontal. El Nautilus flota frente a una caja de unos dos por tres metros de grande, sin distintivo reconocible en su superficie. No parece llevar mucho tiempo aquí abajo, pues aún no se ha depositado nada encima, creando colonias. El material brilla en un inocente color blanco. ¿Será por eso que Alex apuesta por algo médico?

—¿Cómo llegas a la conclusión de que se trata de algo con fines médicos? —le pregunta.

—Aquí; lo muestran las cámaras. —Toca con el dedo la pantalla y la imagen hace zoom sobre el contenedor blanco. Su frente blanco se divide en zonas rectangulares más pequeñas en cuyo centro hay un botón apenas perceptible. Arriba a la derecha se ve el típico símbolo de cuatro círculos que denota peligro biológico. Alex toca encima—. A eso me refiero.

Isabel sacude la cabeza.

—Eso puede significar cualquier cosa.

—Pero sí que dice que debemos mantenernos alejados.

No sabe por qué le resulta este frontal conocido. ¿Dónde ha visto algo parecido a esto antes? ¡Exacto! Fue durante unas prácticas cuando estudiaba. En las instalaciones habían criado a mosquitos macho estériles para utilizarlos contra la expansión de la fiebre del Dengue, que transmite este insecto. Las cámaras pequeñas y rectangulares pueden abrirse con esos botones minúsculos para liberar paulatinamente los animales adultos. Dentro de las celdas existen las condiciones óptimas para que las larvas crezcan.

—Lo siento, Alex, pero tengo que acercarme a eso.

—No puedo asumir esa responsabilidad —dice Alex moviendo la cabeza a derecha e izquierda.

—Déjala hacer su trabajo —dice Matteo—. No es más que un armario viejo.

—Si el piloto dice que es peligroso, deberíamos atenernos a ello —interviene el inglés.

—Esta es una misión científica. Todos lo habéis firmado antes de subir. Tú también, Alex.

Alex suspira.

—Sí, pero el letrerito ese dice claramente que aquí hay un peligro biológico. El responsable soy yo. De hecho, debería dar media vuelta ahora mismo. pero acercarme más..., de ningún modo.

Esta cosa no está aquí abajo por casualidad. Isabel debe averiguar qué hay dentro. Pero el Nautilus tampoco puede descubrirlo, incluso acercándose más al objetivo. Alguien debería abrir esas compuertas y echar un vistazo a lo que haya dentro. Tiene la extraña sensación de que está relacionado con su caso.

—¿Qué dijiste antes del traje blindado de buzo? —pregunta.

—Era broma —dice Alex—. Para utilizar un traje así hace falta formación.

—Tengo que saber lo que hay dentro de esta caja. Seguro que tú has hecho esa formación. Mira, son solo cuatro o cinco metros.

—Lo siento, pero yo no puedo utilizarlo. Hace mucho ya que no puedo. Tengo una necrosis ósea aséptica. Es una conocida enfermedad de buzos. Esa cosa podría matarme.

—Pues lo haré yo misma.

—¿Qué quieres hacer quéee?

Alex la mira como si le acabara de proponer saltar desnuda por la esclusa. Que se preocupe por ella es de agradecer, pero parece que no la cree capaz.

—Me meto en el traje blindado. Tú me ayudas. Estamos en contacto constante por radio, ¿no?

—Lo estamos, pero una vez estés fuera, si tienes problemas no podré ayudarte en nada. Solo tenemos un traje de esos. ¿Lo tienes claro? ¡Estarás totalmente sola ahí fuera!

¿Tiene que decirlo con tanto énfasis? Isabel mira por el ojo de buey. La caja está realmente a solo unos cuatro o cinco metros de distancia, es decir un máximo de diez pasos. Debería ser posible, ¿o no?

—¿Por qué tiene el Nautilus entonces esa esclusa y ese traje blindado si resulta que no podemos salir? —se cuestiona el inglés.

¡Buena pregunta!

—Este submarino fue al principio un taxi entre distintas bases de buceo —explica Alex—. Cuando la empresa quebró, lo compró la naviera y me contrató como piloto.

—¿Y no puedes bucear ya nunca más? —pregunta Matteo.

—Los médicos han descubierto en mis huesos de muslo y brazo zonas con tejido necrótico —dice Alex—. Suele pasar a buzos profesionales. No tengo casi molestia alguna, pero si me someto a cambios muy bruscos de presión, podría cambiar todo. Entonces igual acabo en una silla de ruedas.

—Por eso me ofrezco a hacerlo yo —dice Isabel—. No hace falta que te excuses por ello, Alex.

—Pero preferiría que no lo hicieras. ¿No podríamos ir a buscar a otra persona?

—¿Alguien del barco? Tú eres el único buzo profesional. Los guías no sabrían hacerlo mejor que yo y solo estamos perdiendo tiempo.

—Está bien. Si tanto te empeñas, hazlo. Empecemos ahora mismo.

—Cuando Isabel regrese, ¿podría probar yo también salir un ratito? —pregunta Deborah.

—¿Cómo dice? Eso sí que no. El traje blindado no está autorizado para actividades de nuestros pasajeros.

—Te pagaré mil dólares extra.

Alex sacude enérgicamente la cabeza. A Isabel le da pena, así que debe zanjar el tema.

—Ya que como científica soy la principal responsable de esta salida, lamento tener que rechazar las peticiones de excursión al exterior de los pasajeros.



—Lo siento mucho, de verdad —dice Isabel después de que Alex cerrara la compuerta interior de la esclusa.

—Si realmente es así, deberías cancelar esta salida. Nadie pensará que eres cobarde. Lo que pretendes hacer es, simplemente, un gran error.

—Tengo que saber lo que hay en esa caja. Explícame bien cómo funciona el traje y habré vuelto en un par de minutos.

Alex suspira.

—Está bien. El traje blindado funciona como un minisubmarino. Estás dentro y respiras normal. Solo que no dispones de mucho espacio. Tus brazos y piernas están dentro de la máquina. ¡No te vas a poder rascar!

De eso ya se ha dado cuenta. Tiene los dedos ya muy fríos. Ojalá disponga el traje de calefacción. Está metida ya hasta el cuello en ese estuche metálico y se siente como una matrioska.

—¿Cómo controlo este trasto?

—Para empezar, puedes caminar normal. Ya que el traje es muy pesado, dispone de amplificadores de fuerza en las articulaciones. También en brazos y manos, así que tendrás que ir con cuidado. Tienes más fuerza de lo normal, pero dedos de metal.

—Esto me iría también perfecto para casa.

—Créeme, te alegrarás de poder salir cuanto antes de dentro.

—Eres fantástico insuflando valor a la gente.

—No necesitas valor. Al contrario, quiero que tengas miedo para que no le pierdas el respeto al entorno ahí fuera. Precisamente porque al principio parece todo muy sencillo, deberías evitar cualquier tontería. Tienes encima de ti 61 atmósferas de presión. Una minúscula grieta en el traje y acabas chafada sin piedad. Bastaría con que tropezaras contra un reborde duro.

Igual sí que sería mejor dejarlo. Pero si estuviera uno de los guías en su lugar, Alex seguro que le hablaría de otra forma. Eso la molesta. Tiene que demostrarle que es capaz, aunque sea bastante irresponsable.

Isabel traga. —¿Y cómo controlo el traje?

—Ponte el casco, pero deja el cierre abierto.

Isabel inclina el torso hacia delante para alcanzar el casco, pero Alex la sujeta.

—Mejor utiliza las rodillas. Acuérdate del peso que tiene el traje. Si vuelcas, te darás un golpe tremendo. En el agua puede que se note algo más ligero, pero la masa inercial es la misma.

Isabel dobla las rodillas, agarra el casco y se incorpora. Ha ido tan fácil que casi da un saltito.

—¿A que los amplificadores de fuerza son geniales? Deberías reducirles un poco la potencia.

Se coloca el casco. En su campo de visión aparecen varios símbolos.

—¿Ves los iconos? Deberían ser autoexplicativos. Con la ruedecilla dentada accedes a todos los ajustes, la personita corriendo es para el propulsor y la linterna para la luz. Enfoca la mirada un momento largo sobre el icono. Eso lo puedes hacer, ¿verdad?

Isabel observa la linterna. Gira cada vez más rápido hasta que se enciende un foco en la frente. ¡Funciona!

—¡Excelente! Con el traje podrías estar hasta tres horas en el exterior. Pero te ruego que vuelvas como máximo al cabo de diez minutos.

—De acuerdo, debería bastar. Tengo que ver lo que hay en la caja.

—Ah, sí, aquí en el cinturón, a la derecha, tienes el mando de emergencia del propulsor. Pero te sugiero que no lo utilices. No es nada fácil nadar con eso. Ya que estamos en el fondo, lo mejor es que camines.

—Entendido.

—Cierra ahora el casco.

Isabel acciona las palancas que Alex le mostró antes. El piloto controla el resultado y asiente mientras el casco se empaña por dentro.

—Voy a salir ahora de la esclusa. En cuanto aquí dentro haya la misma presión que en el exterior, estarás sola.

Ella le mira cómo sale. Cuando la gruesa compuerta interior de la esclusa se cierra detrás de

Alex, tiene que tragar con fuerza. La esclusa parece haberse hecho más pequeña, aunque ahora haya más sitio. El cristal del casco se ha empañado casi del todo. Enfoca la ruedecilla dentada, cambia al ventilador y acelera la corriente de aire dentro del casco. Poco a poco recupera la visión a través del cristal.

—¿Lista? —pregunta Alex por los auriculares.

Isabel asiente y añade luego un «¡Lista! en voz alta.

Se oye un sonido sordo, metálico. Entra agua por el suelo. El nivel asciende lentamente. Isabel activa la calefacción porque ya nota el frío en los pies. A los tres minutos le llega el agua al cuello. Ahora viene el momento en el que está totalmente entregada al océano. Aguanta instintivamente la respiración cuando el nivel supera la altura de su nariz.

—Tienes que respirar, Isa —dice Alex.

Respira profundamente mientras la puerta exterior de la esclusa se desliza a un lado. Se abre una cueva frente a ella, generada por la luz de su foco. Entra en la cueva y mira hacia abajo justo en el borde. Está a unos treinta centímetros del suelo. Decide saltar con ambas piernas, pero el salto le sale más potente de lo previsto. Logra mantenerse en vertical. Cuando toca el suelo, el impacto repercute en todas sus extremidades.

—Mejor que no hagas esas cosas —dice Alex.

—Sí, okey.

—Gira a la derecha y camina alrededor del Nautilus.

Al tocar el fondo ha levantado arena. Eso la impide ver exactamente dónde pone los pies. Isabel se orienta con el submarino. Por los lados se ve tan poco elegante como desde arriba. Ya que tiene que esperar cada vez a que los sedimentos levantados se depositen, avanza con mucha lentitud. Y aun así le cuesta un gran esfuerzo. Como está sudando, baja un poco la calefacción. Por el rabillo del ojo pasa una sombra e Isabel se lleva un susto. Seguramente ha sido solo un pez.

A su derecha ve ahora el ojo de buey. Detrás hay mucha luz. Desde dentro levantan la mano para saludar.

—Lo haces muy bien —dice Alex.

Isabel sacude la cabeza. La luz del casco recorta un semicírculo en la oscuridad. ¿No había algo encima de ella hace un segundo? Por un instante creyó ver estrellas. Apaga el foco, pero sigue sin ver nada. El foco del Nautilus es demasiado potente.

—¿Puedes apagar la luz ahí dentro? —pregunta.

—Buena idea —dice Alex—. Pero no te asustes; será muy oscuro.

El foco del submarino se apaga. Incluso detrás del ojo de buey se hace la oscuridad. De repente está tan sola como nunca antes se ha sentido. Ha desaparecido el mundo entero. Seguramente ni en el espacio interplanetario puede vivirse algo similar. Mira hacia arriba y allí están: millones de estrellas. Es un espectáculo que hace que le recorra un escalofrío tras otro por la espalda.

—Es fantástico —dice Deborah.

—La mayoría de las estrellas son, de hecho, krill —dice Isabel. No lo puede evitar. ¡Pero los pasajeros deben saberlo! Mira un instante más hacia el cielo. Entonces enciende de nuevo su foco.

—No tan pronto —se queja Matteo.

—Sí. Isabel tiene que finalizar primero su encargo —dice Alex—. Luego ya podremos volver a apagar las luces.

Tiene razón. La caja está a solo dos pasos de distancia. Se le acelera el corazón. El símbolo

de peligro se ve claramente, aunque dentro de su minisubmarino está segura. El mundo exterior no puede llegar hasta ella. Da un paso al frente y levanta arena con él. Luego otro paso más. Nota de inmediato que ha cometido un error porque pisa en vacío. Ahora se vuelca hacia delante. Levanta instintivamente los brazos hacia delante, pero el traje blindado es más rápido.

—¡Plong!

El ruido resuena en el casco. Isabel espera el crujido. Si el vidrio tiene el más mínimo defecto, la garra de 61 atmósferas la triturará en seguida. ¡Solo por un mal paso!

—¿Qué ha pasado? —pregunta Alex—. ¡Di algo!

—Pssst.

—¿Pssst? ¿Qué significa eso?

No oye nada aparte de la voz de Alex y el susurro de la ventilación. Isabel se va tranquilizando.

—No ha pasado nada, solo he tropezado.

—Gracias a Dios —dice Alex.

Isabel mira hacia abajo. Ya se ha depositado la arena. Parece que han excavado el suelo bajo la caja. Hay un borde de rotura unos treinta centímetros antes del recipiente. ¿Será que el fondo del mar era demasiado irregular? Pero debería haber vigilado más.

—A ver qué es lo que esconden aquí —dice.

—¿No crees que esa caja haya caído de un barco, entonces? —pregunta Alex.

—Debajo hay un hueco que parece artificial.

¿Cómo bajaría un contenedor en el fondo del océano que deba quedar, además, totalmente horizontal? Pues no con un gancho, sino con ayuda de una pinza que envuelva todo el contenedor. Para poder sacar la pinza luego hace falta algo de espacio por debajo. Eso sería una explicación.

—Ten cuidado.

—Voy a abrir uno de los cajoncitos.

Busca un lugar al que pueda acceder con comodidad y pulsa con el pulgar derecho uno de los botones. No pasa nada. Pulsa con más fuerza, pero la caja no reacciona. Mierda. ¿Es posible que en el botón haya un sensor de huella dactilar? Pero ¿quién bucea sin guantes hasta los 600 metros de profundidad?

De repente el botón se vuelve verde.

—Está pasando algo —dice.

—Lo vemos.

Poco después se ensancha la fina junta en el frontal y se desplaza un bloque fino hacia fuera. Parece el contenido de una caja de seguridad en un banco, pero es bastante más delgado. El bloque se para cuando sobresale unos treinta centímetros. Ella tira de él y lo saca del todo sin demasiado esfuerzo. En ese momento, el botón pasa a color rojo. Ha hecho algo imprevisto. Y entonces pasa: del extremo del bloque sale una tenue nubecilla, como niebla. Mete la mano en ella, la cierra y abre directamente frente al casco. Son minúsculos puntitos, de no más de un milímetro. No se mueven, pero Isabel está casi segura de que puede reconocer a los nauplius.

—¿Qué tienes ahí? —pregunta Alex.

—No lo sé. Unas miguitas extrañas.

Isabel tiene mala conciencia por mentirle así a Alex. Pero no tiene tiempo para explicarle las circunstancias. Debe regresar al submarino y tienen que salir a la superficie cuanto antes para poder analizar el contenido de las cajas. ¡Adrian debe enterarse de esto! Tenía razón desde un principio.

Isabel se inclina hacia delante para sacar una segunda caja. Busca una que esté lo más alejada posible de la primera. Si las cajas contienen material distinto, la distancia física debería aumentar las posibilidades de acertar. Pero ha hecho los cálculos sin el traje. Nota a tiempo que pierde el equilibrio, pero esta vez solo lanza un brazo hacia delante para apoyarse. El derecho sujeta la primera caja. El fuerte golpe con la izquierda hace que empiece a girar hacia allí. El traje blindado se marcha rodando. Quiere contrarrestar el movimiento, pero solo logra darse un impulso hacia abajo. Su rodilla golpea con fuerza contra el suelo. Algo cruje, pero el traje aguanta. Se lleva las manos al casco para protegerse la cabeza, aunque ya no hace falta.

—¿Isa? ¡Responde! —le ruega Alex.

—Todo bien. Es que soy muy patosa. Pero no ha pasado nada.

—Lo están haciendo muy bien, Isa. La mayoría de los que conozco caen al suelo cuando utilizan un traje blindado la primera vez.

La quiere tranquilizar, claro. Isabel se levanta.

Pero no se levanta.

Las articulaciones no reaccionan. Peor aún: se bloquean.

Lo intenta otra vez. ¡No puede ser verdad! ¡Que tenga que pasarle eso ahora a ella!

—¿Isa? ¿Estás bien? Tu corazón va a toda velocidad.

—No me gusta decirlo, pero algo va mal. Las articulaciones están bloqueadas.

—Okey, tranquila. Reinicia primero el sistema motriz. Lo verás en el menú de la rueda dentada.

Isabel mira los menús hasta alcanzar la sección de reinicio. Se puede desconectar casi cualquier equipamiento parcial. Lo intenta con el sistema motriz y nota en ese momento una especie de vibración en todas las articulaciones. No pasa nada más. Intenta levantarse, pero no funciona. Se ha quedado fija de rodillas en el suelo.

—No ha servido —dice.

—Pues el traje entero entonces. Pero espera, durante un minuto entero no podrás respirar y te enfriarás con mucha rapidez.

—¿Cuánto tarda el proceso?

—Tres minutos en total. El aire te volverá al cabo de un minuto. Es lo último que se reinicia. No te preocupes, es una operación rutinaria.

—Entendido.

—Suerte, Isa.

¿Por qué le desea suerte si es algo rutinario? ¿En cuántos casos no vuelve a arrancar el traje entero? Deja esos pensamientos de lado y se centra en el menú de la ruedecilla.

Primero se desactivan el control del casco y la calefacción. Isabel nota cómo el frío se va adueñando de sus extremidades. Debe ser eso lo que se siente cuando uno muere. El mundo se retira paso a paso de su cuerpo. Con el último aliento acaba el ruido de la ventilación que la mantenía con vida. Un minuto. ¿Cuánto duran sesenta segundos en completa oscuridad? En casi completa oscuridad. El Nautilus ilumina la caja hacia la que mira. Entonces arranca de nuevo la ventilación.

Uff. —Ya estoy de nuevo online —dice. Sin respuesta. Se le dispara el corazón. —¿Alex? —Silencio. Crujidos en los auriculares. —¡Alex, di algo! —¿Es que el Nautilus se ha marchado sin ella? ¿Y si Alex está compinchado con el que ha colocado aquí las cajas y tenía el encargo de deshacerse de ella? No puede ser. Si no quería dejarla salir.

Los símbolos en el casco aparecen de nuevo.

—¿Isa? ¿Estás ahí?

—Alex, gracias a Dios. Ya creía que...

—¿Qué?

—Nada, da igual. —Pero se alegra mucho de que esté aún allí. Ahora se arreglará todo.

—¿Has intentado ya levantarte?

—No.

—Pues hazlo.

Isabel tiene miedo. Si lo intenta, se acabará la ilusión de que todo irá bien ahora. Pues o sale todo bien, o está muerta. *Una vez estés fuera, si tienes problemas no podré ayudarte en nada.* Eso es lo que dijo, y ella sabe que es la verdad. Solo hay un traje blindado en el submarino. Tiene aire para tres horas. No es suficiente para ir a por ayuda.

—¿Isabel?

—¿Sí? Ya sé que tengo que...

—No, no hace falta que lo intentes.

—¿Qué quieres decir?

—No tiene sentido. Lo siento.

Si lo que intenta con eso es forzarla a demostrarle lo contrario, es realmente deplorable. Está bien, Alex. Pues te lo demostraré. Se levanta y se queda pegada al fondo.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo sabías?

Isabel siente un mareo. Suerte que ya no puede caer más de lo que ha caído ya.

—El traje me ha enviado los datos de estado tras el reinicio. Todos los motores se han congelado. No te podrás levantar.

—Pero...

—No es tu culpa. La rodilla está algo dañada, sí; pero los motores fallaron después. Creo que ha sido un impulso procedente de la caja delante de ti. Igual una medida de seguridad, para que nadie meta mano en ella.

—¿Cómo sabían que habría un traje blindado...? —empieza a preguntarse Isabel. Pues porque solo de esta forma puede uno acercarse a la caja. Al menos una persona. ¿Por qué no vino al mundo como pez baboso? —Ya me he respondido yo misma –dice.

Todo ha quedado claro. Morirá aquí, encerrada en un traje de acero. Se asfixiará. Luego, su cuerpo se descompondrá lentamente y si alguien abre algún día el traje encontrará dentro su esqueleto, como un fósil de amonita adherido a la roca. De hecho, ya está muerta, solo que no lo nota.

—¿Isabel?

Ojalá no pregunte cómo está. Apenas puede contenerse para no comenzar a chillar. No quiere morir, joder.

—Isabel, responde, por favor. Necesito tu colaboración.

Repasa los menús del cristal del casco. ¡Allí, el propulsor! ¿Qué dijo Alex? ¡Con eso puede moverse por el agua!

—¡Ni se te ocurra encender los propulsores, Isa! Prométemelo.

¿Qué? ¿Qué no utilice su única posibilidad de salvación? Alex quiere verla muerta.

—¿Estás loco? Es la única...

—No puedes controlarlo. Todos los motores fallan. Solo funciona el mando manual en el cinturón y no puedes acceder a él.

¿Y eso qué le importa a Alex? Tiene que probarlo, al menos.

—Isa, si no me haces caso, estás realmente perdida del todo. El propulsor te arrastrará tan lejos que ya no tendré posibilidad de rescatarte.

—Pero si no tienes ninguna posibilidad de hacerlo.

—Jajaja, eso mismo diría mi profesor. Pero hay una. Puedo salir a por ti y rescatarte.

—¿Sin traje blindado?

—Exacto. Solo tengo que acostumbrarme a la presión. Tardaré mínimo una hora. Me meteré en la esclusa. Está preparada para eso. Me dará también la mezcla de aire con helio necesaria.

—Pero aquí hace un frío tremendo.

—Ese es el mayor problema. No tengo traje seco aquí; solo el sencillo de neopreno. El ordenador de a bordo del submarino me mezclará el aire correcto, y la manguera llega hasta una distancia del Nautilus de unos diez metros.

—Déjalo, Alex. No puedes hacerlo. Te matarás. ¡Acuérdate de tu enfermedad ósea!

Pero el principal problema es el frío. Isabel ha participado lo suficiente en los cursillos para salir en canoa. En agua a cuatro grados centígrados, Alex dispondrá de máximo quince minutos antes de quedar inutilizado. Un traje seco lo evitaría, pero no puede fabricárselo de la nada.

—No me lo discutas. Ya nos apañaremos. Giraré el Nautilus para dejar la popa lo más cerca de ti posible. Entonces solo habrá dos o tres metros que recorrer en el agua fría.

Eso suena a demasiado simple. Isabel no se fía de las soluciones simples; no, al menos bajo estas complicadas circunstancias.

—¿Dónde está el ‘pero’? —pregunta—. Por favor, sé honesto.

—El pero está en la descompresión. Acostumbrar mi cuerpo a la presión normal tarda unas once horas.

—¿Y cómo piensas que puede hacerse eso?

—En la esclusa se puede hacer. Pero para eso tienes que pasar tú primero. No necesitas descompresión.

Eso tomará mucho tiempo. La esclusa debe extraer el agua y ella tiene que salir del traje con los motores estropeados. Entonces tiene que pasar a la cabina y cerrar la esclusa para que vuelva a conseguir los 61 bares de presión para Alex. Solo entonces podrá entrar. Todo ese tiempo deberá pasarlo fuera, en el agua helada.

—Has olvidado un detalle —dice—. El tiempo de espera hasta que puedas entrar en la esclusa.

—Sí, eso será un poco preocupante. Estaría bien que te dieras mucha prisa en la esclusa.

Un poco preocupante..., no podría quedarse más corto con otras palabras. Si Alex muere por su culpa, no se lo perdonará el resto de su vida. Para eso prefiere quedarse en el fondo del mar dentro del traje. Ya la advirtió de forma clara y explícita, no tiene nada que reprocharse.

—Alex, no te enfades conmigo, pero no puedo aceptar eso. Correrás demasiado peligro. Ya sabía a qué me estaba enfrentando cuando he salido a pesar de todas tus advertencias. Poneos a buen recaudo; regresad. Entonces al menos alguien podrá informar de lo que hemos encontrado aquí dentro. Dile al agente del FOGC que aquí abajo están las pruebas de nuestra teoría.

—Isa, soy responsable de ti. Yo he permitido tu excursión en el traje; así que yo también te traeré de nuevo al interior. Confía en mí. Ya he sobrevivido una vez más de veinte minutos ahí fuera, sin traje seco.

—¡Pero eso no significa que esta vez vaya también a funcionar! Antes de que te pongas tan en peligro, pongo en marcha el propulsor para salir disparada, de forma que no puedas encontrarme.

Le acaba de pasar esa idea por la cabeza. Isabel busca en el display del casco el icono para el control de los propulsores. Allí está. Solo tiene que mirarlo durante un tiempo y el traje la catapultará a toda velocidad a saber hacia dónde. Entonces, Alex ya no tendrá necesidad de hacer

nada.

—No puedes hacerme eso, Isabel. Por favor. Ya perdí una vez a un compañero en las profundidades. Estaba a doscientos metros en la placa continental, al pie de una isla de perforación. Pensamos que lo conseguiría. Pero mi novia era más delgada y más baja que yo. Perdió el calor corporal demasiado rápido. Metí su cuerpo sin vida dentro de la esclusa.

Isabel suspira. Alex parece que quiere reparar ese acontecimiento. Pero ¿se lo merece Isabel? ¿Puede dejarse rescatar si eso supone la muerte de su rescatador? Ha sido idea suya la de mirarse la caja de cerca.

—¿Isa? Iré a por ti, te catapultes con el traje o no. Solo me lo complicarás más.

Isabel traga. Eso es... chantaje emocional. Pero con todo lo que sabe ahora de Alex, ya no se trata de una amenaza vacía.

—Tienes pasajeros que te necesitan —intenta argumentar.

—El submarino es capaz de regresar de forma automática. Todos los demás están seguros. Se trata de ti.

Mierda. Parece que no le queda otra elección.

—Está bien. Espero entonces a que vengas a por mí. —esa esperanza hace que sienta calor en el pecho. Se siente mal, porque esa esperanza es a costa de Alex, pero no puede evitarlo. Isabel quiere vivir.

—Genial —dice Alex—. Tardaré un poco, así que no te muevas de donde estás, jeje.



—VOY A GIRAR LA NAVE CIENTO OCHENTA GRADOS —ANUNCIA ALEX.

El agua ante sus ojos se vuelve claramente más turbia. El Nautilus debe estar levantando bastante cieno del fondo. Espera que se deposite de nuevo antes de que Alex se ponga en camino.

Mientras espera su salvación dentro de esa prisión blindada, Alex la va manteniendo informada de los avances. Es bueno poder oír su voz. Se entera de cuándo llega a los 20 bar, que luego son 30 y más tarde 40. Para entonces se le han dormido ya los dedos de manos y pies por el frío. La espalda ya ni la siente. La mala postura, tan torcida, es extremadamente incómoda, pero no quiere quejarse.

A los 35 bar añade Alex a los demás pasajeros en la cabina. Eso está bien pensado, ya que así evita pensar en cosas demasiado negativas.

—¿Cómo es estar ahí fuera? —pregunta Matteo.

Isabel no sabe qué les habrá contado Alex, así que procura dar respuestas neutrales.

—Todo es muy oscuro y te sientes como si estuvieras en el espacio.

—¿Has estado ya en el espacio?

—No, pero me lo imagino un poco así.

—¿Ves muchos peces? Delante del ojo de buey no hay casi ninguno.

—Yo tampoco veo muchos peces por aquí, Matteo.

—Pero puedes imaginártelos.

Eso es verdad. —Así es. Se imagina una de esas bellezas de cristal. El traje blindado la protege de sus duras púas.

—Acabo de alcanzar los 60 bar —dice Alex—. Se podría decir que estaré contigo en un santiamén.

—¡Go, Alex, go! —dice Matteo.

—Mucho éxito —le desea Deborah.

—Que vaya tono bien —dice el inglés.

—61. En cuanto se abra la compuerta interior metéis a Isabel dentro tal y como lo hemos hablado.

—A sus órdenes, mi capitán —dice Matteo, a quien todo esto le debe parecer una aventura impresionante. No parece que Alex les haya dicho a los pasajeros que se está jugando la vida. Pero sin duda es mejor así.

—Ahora tened en cuenta que con la máscara puesta no puedo hablar tan bien —dice Alex—. Me pongo... en marcha.

Isabel puede oír lo profunda que es su respiración. Entonces algo borbotea. Se imagina que lleva un traje de neopreno. El auricular entra ahora en contacto con el agua, al igual que todo su cuerpo. El frío abre sus fauces y clava sus dientes en las extremidades, abriéndose a mordiscos hasta los huesos y el corazón.

De repente aparece un obstáculo en su campo de visión. Debe ser Alex. No ha pasado ni medio minuto. Isabel se imaginó el reencuentro de otra forma. Alex no la mira al cristal del casco para guiñarle un ojo. Sería perder el tiempo. Nota sus manos trajinando por su cinturón. Activan el control manual del propulsor. Alex gira. Ahora puede ver sus piernas. Lleva aletas de buzo. Entonces nota cómo se eleva el traje. No puede moverse, pero está volando. Alex hace que trace un arco y la gira hasta que la esclusa queda a la vista. Está tan cerca que podría agarrarla si es que pudiera mover un solo dedo. Pero no necesita ayudar a nadie. Alex la empuja al interior.

Es demasiado grande. Su cuerpo metálico con los motores bloqueados no cabe en la esclusa. Alex la gira. Otra vez. Transcurren valiosos segundos en el abismo del tiempo. Isabel intenta hacer algo, pero no puede ayudar en nada. ¡Al fin! Entra en la esclusa con las piernas por delante. Desciende al suelo.

—Estoy dentro —dice.

—¡Bienvenida! —dice Mateo.

Los demás no dicen nada. Parecen ponderar el peligro de forma más acertada que el joven chico. ¡El optimismo de la juventud! La esclusa expulsa el agua con un ruido ensordecedor. Los motores siguen bloqueados.

—Tenéis que sacarme del traje —dice.

—Alex nos lo ha explicado todo —responde Matteo.

Alex flota ahora fuera frente a la esclusa, tiritando de frío, a que acaben aquí dentro. El agua se retira. Isabel está como una rana en secano, pero no puede ni patalear. Parpadea una luz verde. Debe ser la puerta interior de la esclusa. Una sombra cae sobre ella. Se abren con varios clacs los cierres del casco. Isabel vuelve a respirar el aire del submarino. Huele a aceite de máquinas y a sudor.

El olor a sudor es extremo. Varias manos se ponen a trabajar en su traje. Se suelta la parte inferior de la superior. ¡Ya puede mover las piernas! Alguien tira de ella hacia arriba, aunque aún lleva la parte superior del traje. ¡Hay que salir cuanto antes de la esclusa! Sus piernas ceden, pero alguien la sujeta y la empuja hacia delante. El inglés está al otro lado de la esclusa. Recibe un empujón desde atrás y ella cae en sus brazos. El hombre la sujeta y la tumba en el suelo. Isabel encoge las piernas. La esclusa interior chirría al cerrarse. Entra agua de mar a 61 bar de presión en la esclusa y ojalá entre Alex con ella. Nunca antes le había parecido a Isabel el ruido del agua de mar tan tranquilizador.

—¿Alex? ¿Estás dentro? —pregunta.

—Alex, di algo, por favor —dice Matteo.

Deborah se inclina con la boca abierta encima de Isabel y le quita la pesada parte superior del traje. Ahora se da cuenta: El olor a sudor procede principalmente de ella misma.

—Lo siento —dice.

Deborah sonríe.

—Es algo inevitable, querida.

—¡Alex! ¿Cómo estás? —pregunta Matteo.

Regresa la preocupación. Isabel se pone de rodillas. Deborah le ofrece una mano, pero ella sacude la cabeza. En su lugar, se agarra a un saliente en la pared para ponerse en pie. ¡Ya puede incorporarse! Isabel espera un momento y se dirige hacia la esclusa agarrándose a la pared. En la compuerta hay una pequeña ventana por la que se ve el interior de la esclusa. Matteo está delante de ella, pero se aparta sin que tenga que decirle nada.

En la esclusa ya no hay agua. Lo primero que ve es la parte inferior del traje blindado. A su lado está el casco. Detrás, justo antes de la compuerta exterior, hay algo que podría ser una foca muerta. Es el gris del traje de neopreno que da esa impresión. Alex no se mueve. Mierda.

—¡Oye, Alex, despierta! ¡Debes moverte para entrar en calor!

El cuerpo no reacciona. A Isabel le gustaría abrir de golpe la puerta, pero eso mataría a Alex.

—¡Alex, va, resiste! ¡Lo conseguirás!

Sigue inmóvil. ¡Cómo ha podido permitir que la rescatara? Se le llenan los ojos de lágrimas. Mira la caja estrecha que ha metido en el submarino. Al menos... ha asegurado las pruebas.

—Estoy... estoy dentro —dice una voz aguda.

Parece como si les estuviera hablando un ratón. ¿Es eso algún tipo de humor?

—Alex, ¿eres tú? ¿Estás bien?

La foca muerta levanta una aleta que se convierte en brazo. Luego gira hacia un lado y se arrastra por la pared hasta lograr sentarse. Es Alex. Su cara es casi tan gris como el traje, pero puede deberse a la iluminación.

—Uff —dice con voz de pito—. Nunca había estado tan hecho polvo.

—Deberías moverte —dice Isabel—. Debes estimular el riego sanguíneo para calentarte.

—¿No podéis encender la calefacción?

—¿Podemos hacer eso?

—Sí, Alex nos lo explico antes —dice Matteo y corre hacia el tablero de mandos—. Va a través del sistema de mantenimiento de vida.

De repente sopla aire caliente, muy caliente, del techo.

—Gracias, esto es más agradable —sigue Alex con voz de pito.

Si no tuviera ese aspecto de agotado, Isabel se reiría por la voz que tiene. El tono agudo de la voz debe ser una combinación de la diferencia de presión y del aditivo de helio en el aire que respira.

—¿No se puede regular una temperatura distinta para cabina y esclusa? —pregunta Isabel con un ramalazo de mala conciencia. Alex acaba de salvarle la vida con un esfuerzo titánico y ya empieza a sufrir problemas de confort.

—No, eso es técnicamente imposible —dice Alex.

—Ningún problema. Me alegra mucho que lo hayas conseguido. Todos los alegramos.

—¡Y yo, no te digo! Los minutos ante la esclusa cerrada fueron los peores.

—Puedo imaginármelo. Siento muchísimo que hayas tenido que pasar por esto por mi culpa.

—No te tortures por eso —dice Alex—. En serio. Me has hecho un favor.

—¿Estás loco? Casi mueres por mi culpa.

—Lo digo en serio. Ya te conté lo del accidente en el que murió mi novia. Ahora tengo la

sensación de haber saldado mis deudas con el destino.

—¿Deudas? Menuda estupidez. No tuviste culpa alguna de que el frío la matara antes.

—Pero me sentí igualmente culpable por no haber muerto con ella. Y ahora sé que, si hubiese muerto entonces, hoy no te podría haber salvado. Me has ayudado.

—Lo lamento mucho, pero es que yo no lo siento así.

—Pues no te preocupes. Eso sí, te tengo que pedir un favor.

—Todo lo que quieras.

—¿Podríais apartaros todos de la ventanilla de la compuerta? Tengo que hacer un pis urgente y no puedo si alguien está mirando.



UNA HORA MÁS TARDE, EL SUBMARINO ALCANZA LA SUPERFICIE.

—¿Alex? Tendrás que explicarme ahora cómo puedo dirigir el Nautilus —dice Matteo.

—Mejor deja a Isabel que se ponga a los mandos —dice Deborah.

—No, no hay ningún problema —dice Alex por el altavoz—. El Nautilus se deja maniobrar por la superficie como un cochecito de autos de choque. Es pan comido para Matteo.

—¿Lo veis? —dice Matteo.

La voz de Alex sigue sonando casi tan aguda como antes. La descompresión ha llegado a los 54 bar. Le quedan unas buenas diez horas aún dentro de la esclusa. Isabel estará ya metida en la cama mientras él seguirá frío y húmedo acurrucado en un rincón de la esclusa. No quiere ni imaginarse cómo debe oler allí.



—MUY DESPACHO AHORA —DICE ALEX.

Matteo da toquecitos suaves al mando izquierdo.

—Es como un juego de ordenador —dice.

En la pantalla se ve el pontón del Geiranger. Están a punto de pararse a su lado. Isabel no se preocupa demasiado. El pontón flotante está muy acolchado y el Nautilus es demasiado pequeño y ligero como para resultar un peligro para el Geiranger. Además, Matteo hace muy bien su trabajo. Su hermano Alexander está detrás de él, con una mano sobre su hombro. Parece estar muy orgulloso de Matteo.

—Cuando la distancia sea de un metro, quita del todo la propulsión —dice Alex.

—A sus órdenes, mi capitán.

Matteo trabaja con agilidad y precisión. El viaje entero hasta aquí no podría haber sido más tranquilo. Y el mar está también inusualmente calmado.

—Espero que disfrutéis mucho de la cena —dice Alex—. Nos veremos a la hora de desayunar.

—Pobrecito —dice Deborah—. Le diré al camarero que te guarde una buena ración.

—Gracias, pero de aquí a que pueda salir se habrá enfriado todo. Y eso que mi estómago ya ruge de lo lindo.

—Yo te traería algo, pero... —dice Isabel.

—Morir por ello no sería mi...¡Uiuiui! —dice Alex, cuando una ola levanta repentinamente el submarino.

Isabel mira asustada hacia Matteo que levanta las manos.

—Yo no he sido.

Suena un golpe de campana por la cabina. Deben haber colisionado contra la pared del buque.

—Matteo, tienes que sacarnos rápido a una distancia de seguridad —dice Alex.

El joven parece estar haciéndolo ya. Mueve con destreza las palancas. El Nautilus se pone en movimiento. Por el ojo de buey pueden ver que el Geiranger se aleja.

—Geiranger a Nautilus —se oye una voz—. Aquí el primer oficial Amundsen. El radar ha registrado una explosión en el fondo del mar; más o menos allí donde estabais. ¿Tenéis alguna idea de lo que puede haber pasado?



Dallas, 22 de octubre de 2041

Sentado en su sofá, Bavin mira la pantalla de medios que ocupa la pared entera. Fue uno de los primeros en permitirse algo así y sigue siendo un gran defensor de estas pantallas, aunque lo que esté ahora de moda sean los proyectores holográficos. Pero con su pantalla puede convertir la pared entera en un recorte muy realista de una isla paradisíaca o de un exótico exoplaneta.

Ahora tiene frente a él la superficie de Ganímedes. Las fotos que hizo la sonda Gex a su llegada siguen estando disponibles en la red porque probablemente nadie crea que haya algo extraño en ellas. Bavin reconoce que esa conclusión está bastante justificada. Ganímedes es exactamente como siempre había imaginado que sería una luna helada: un gigantesco desierto de hielo duro como el granito donde nunca llega a reinar suficiente luz, pero que brilla en el espacio con tanta intensidad que puede verse desde la Tierra con un telescopio sencillo. Ya le gustaría poder darse un paseo por esa superficie, pero es evidente que eso no pasará nunca. Hasta ahora no hay ningún plan para una expedición tripulada más allá del cinturón de asteroides. Y seguramente no habrá jamás ninguna, a no ser que salgan al fin del laboratorio los tan esperados propulsores de fusión directa, los DFD, para su aplicación práctica.

Añade a la imagen el techo y las otras dos paredes. Su exnovia le tildó de loco por convertir el salón entero en un cine de 360 grados. Habría preferido irse de vacaciones con ese dinero. Pero de esta forma puede trasladarse a la superficie de esta luna de Júpiter gratis y sin necesidad de una nave espacial. La sonda Gex hizo también fotos en 3D, que el software de la pantalla de medios convierte para hacerle sentir como si estuviera dentro.

Bavin mira a su alrededor. Siente un escalofrío por la espalda y le cuesta coger aire, ya que allí no hay atmósfera respirable. A su alrededor hay hielo, aunque no lo parezca. El suelo bien podría ser de una roca clara. Bavin da un golpe con el talón derecho, pero solo oye el ruido de la madera. Reduce la escala y se convierte con ello en un gigante en el paisaje de Ganímedes. Así puede ver mejor los múltiples cráteres que hay alrededor de su posición actual y que, en ocasiones, se solapan o incluso borran. A ello hay que añadir grietas, ya que Ganímedes debe poseer algo parecido a placas continentales que se mueven o se han movido unas contra otras, causando estas elevaciones en forma de grietas. Los cráteres han destrozado también parte de estas estructuras, así que deben ser de las primeras épocas de esta luna. Esta zona no ha cambiado en, al menos, cuatro mil millones de años, por lo que no resulta de interés para él. El lugar de aterrizaje previsto para la sonda Gex también se encuentra en la otra cara de la luna.

Aun así, Bavin hace que se muestren los datos de los espectrómetros de infrarrojos y ultravioletas. A su alrededor se ha depositado un complejo laboratorio químico. Ve tanto dióxido

de carbono como de azufre, congelados, claro, y a ello se añaden cianógenos y distintos sulfatos. Esa rica y variada abundancia ha convertido Ganímedes en uno de los principales candidatos para la búsqueda de vida extraterrestre. Y ese era su objetivo. Bavin se pone en movimiento para llegar a la cara más luminosa, que era la que Gex tenía en su punto de mira. En realidad, no se levanta del sofá, pero tiene realmente la sensación de estar volando con la cara hacia abajo por encima de ese lejano y helado mundo. Tiene que frenar la velocidad con la que cambian las imágenes porque empieza a marearse. Lo que le llama la atención es la relativa poca profundidad de los cráteres, comparados por ejemplo con los de la Luna. Eso es también signo de que la superficie es de hielo. Cuando un asteroide impacta contra esa superficie, se funde parte del hielo y el cráter se rellena luego por sí solo. De algunos cráteres quedan solo unos aros oscuros en el hielo como si alguien hubiera apoyado allí una taza de café sucia. Los exogeólogos llaman a estos cráteres «palimpsestos».

La superficie ya se ha aclarado bastante más y la cantidad de cráteres es menor, dejando paso a un mayor número de grietas y cadenas montañosas alargadas. Se imagina dando pasos de gigante sobre esa superficie. Ganímedes tiene un tamaño muy similar al de Mercurio. Así que su gravedad también es significativa. Si saltara del borde de un cañón de algunos cientos de metros de altura, moriría. A falta de atmósfera, de poco le serviría entonces un paracaídas. Así que mejor no aterrizar en esta zona.

Pero por otro lado llegaría aquí más fácil al océano que se esconde bajo la corteza de hielo y que era el objetivo de Gex. Bavin mira el agujero que tiene delante, que se formó justo antes del aterrizaje. ¿Pasó eso realmente? Todos los datos se han perdido. No tiene pruebas de que el agujero exista realmente y no hay científico que pudiera creerle, ya que todo el mundo cuenta con al menos un par de kilómetros de espesor de hielo. El fondo marino rocoso, único lugar donde podría aparecer vida, se encuentra incluso a hasta 800 kilómetros de profundidad. Eso es aún más difícil de conseguir que, por ejemplo, en la luna de Saturno, Encélado, que solo mide 500 kilómetros de diámetro. Por ese motivo se envió también la sonda ELF primero, la Enceladus Life Finder, que en 2031 proporcionó resultados tan espectaculares, que pronto despegará la International Life Search Expedition a Saturno.

Tras ese resultado, el congreso casi elimina los fondos para la misión Gex, que resultó de repente mucho menos interesante. A favor de Ganímedes estaba el tiempo de viaje, de prácticamente la mitad, y el hecho de que un multimillonario de la tecnología declarar asumir todos los costes que excedieran del marco ya aprobado. Y en efecto, el hombre tuvo que desembolsar casi cien millones de dólares.

Bavin se frota los ojos. El área empieza a resultarle conocida. Esos dos cañones de ahí, que se juntan, ¿no lo había sobrevolado Gex también? Y ese cráter tan redondo, con sus dos grietas super rectas que parece un círculo con una equis trazada dentro, ¿no le había sorprendido ya cuando aterrizó la sonda? Debe equivocarse. Aún falta mucho para llegar a la zona de aterrizaje. Así que añade ahora los datos de los demás instrumentos de medición. Aquí, bastante más al norte, hay mucho menos dióxido de carbono. El campo magnético de Ganímedes, inusualmente fuerte para una luna, se inclina hacia el polo. Los datos de la sonda también lo confirman así.

Pero un momento; esas cifras no pueden ser ciertas. El campo es mucho más débil de lo que debería ser en esa posición. ¿Qué está fallando aquí? Bavin carga los datos de anteriores expediciones a Júpiter. Los valores obtenidos por la sonda Juice de la ESA son muy precisos, aunque no se acercara tanto a Ganímedes como lo hizo la Gex. ¡Allí está! Las concentraciones de dióxido de azufre y de carbono son incorrectas. Aunque hayan transcurrido un par de años desde la visita de la Juice, esos valores no pueden haber cambiado tan rápido.

¿Dónde está el error? Bavin compara los valores de los instrumentos de la Juice con los de la Gex. Manipula la posición geográfica. En la pantalla de medios de la pared desliza las imágenes en falso color una junto a la otra hasta que coinciden. Los valores coinciden de nuevo, pero solo cuando varía la posición de la sonda Gex. ¡Entonces, las cámaras y el radar deberían mostrar recortes de la superficie totalmente distintos! Según los valores de espectrografía, la sonda estaba 150 kilómetros más al sur de lo que indican las fotos y el radar.

Alguien ha manipulado las imágenes. Probablemente se borraron del juego de datos las imágenes captadas durante 150 kilómetros de vuelo. En los datos de los espectrógrafos no hay información de posición, por lo que se dejaron tal cual. ¿A quién se le ocurre compararlos con antiguos resultados de medición? Sobre todo, cuando nada llama la atención hasta que se intenta hacer coincidir la totalidad de los datos de medición. Pero la ciencia no suele funcionar nunca así; los científicos se interesan normalmente solo de lo que es relevante para su área de especialización.

Bavin se incorpora. La espalda le duele ya mucho menos que ayer; sigue cojeando un poco, pero ya puede caminar unos metros. Se ha estado preguntando mucho tiempo qué podría hacer. Ahora tiene al fin un objetivo: tiene que encontrar las imágenes que faltan. Y ya se le ocurre donde podría encontrarlas: Todo lo que envían las distintas sondas son captadas por la Deep Space Network de la NASA, que cuenta con distintas bases repartidas por todo el mundo. Una de ellas está en Virginia Oeste y, si tiene suerte, aún estarán allí los datos guardados en algún servidor. Solo tiene que ser más rápido que esos que, al parecer, intentan por todos los medios destruir las evidencias.

Se mete en el baño, se lava y se pone ropa interior limpia. Luego se viste con unos tejanos y una camiseta de manga corta. Consulta el tiempo en la red. En Virginia Oeste está lloviendo y hace frío ahora. Así que mete en la bolsa un viejo suéter y una chaqueta impermeable y cambia las deportivas de tela por calzado de piel más robusto.

Un momento. Abre la caja fuerte y saca el revólver de su interior.



MS Geiranger, 23 de octubre de 2041

—Me resulta inaceptable que sus investigaciones a bordo pongan a mis pasajeros en peligro.

El capitán Bismo camina sin parar de un lado al otro por su despacho cabizbundo y con manchas rojas en la frente y las mejillas, que le dan un aspecto enfermizo. Isabel y Adrian ocupan sendas sillitas plegables frente al escritorio. El primer oficial Amundsen ocupa la butaca del capitán. Parece que hay mucha confianza entre los dos.

—De nuevo, capitán: no tengo ni idea de lo que ha pasado ahí abajo en las profundidades. Igual ha sido algún suceso tectónico de baja magnitud.

Han acordado negarlo todo para no dar oportunidad al capitán de marcharse cuanto antes de esta bahía. Lo que está pasando ahí abajo es demasiado importante como para arriesgarse a perderlo de vista.

—Roald, por favor, di algo tú también. Habéis medido la explosión, ¿no es así?

El primer oficial se endereza un poco en la butaca.

—Bueno, hemos medido una onda de choque. El radar no nos dice mucho más. La onda de choque puede tener muchas causas diferentes.

—Nos hallamos en una zona de actividad volcánica —dice Isabel—. Alan puede confirmárselo.

El jefe del equipo de expedición es geólogo.

—Pero tú mismo hablaste de una explosión, Amundsen.

—Fue mi primera impresión. Durante la guerra entre India y Paquistán estuve a bordo de un buque de observación. Siempre que explotaba un torpedo cerca, el radar respondía de forma muy similar. Pero también hay otros procesos naturales que pueden generar la misma imagen.

Tienen suerte de tener a Amundsen de su parte, aunque esa impresión pueda ser errónea. El primer oficial solo intenta mantener la objetividad, mientras que el capitán, en caso de duda, siempre se decanta por la seguridad del pasaje. Es su deber y siempre lo ha cumplido a la perfección, por lo que es uno de los capitanes preferidos de la naviera tanto entre los pasajeros como entre los inversores.

—Está bien, aún te queda mucho por aprender, Roald. Pero dejémoslo así. Les doy un día más aquí. Luego ya tendremos realmente que continuar el viaje. Si no, los pasajeros se me amotinarán. Las valoraciones que recopilamos cada día están ya con tendencia muy a la baja.

Isabel suspira. El treinta por ciento del sueldo es variable y depende de la valoración media de los pasajeros. Si está por debajo de las cuatro estrellas, pierden casi un tercio de sus ingresos.

—Tengo que pedirle una cosa más —dice Adrian.

Isabel lo mira con las cejas alzadas. Eso no lo habían hablado con antelación. ¿Por qué quiere seguir torturando a Bismo?

—Está bien, suéltelo ya, ¿qué quiere? —pregunta el capitán.

—Necesito una lancha rápida con radar de profundidad.

—No tenemos de eso aquí.

—¿No ofrecen excursiones para pesca de altura?

El capitán Bismo niega con la cabeza.

—Jamás. En nuestros viajes, la protección de los ecosistemas tiene preferencia absoluta. En las excursiones por tierra tampoco visitamos mataderos ni salimos de caza.

—Puedo pedir a mi ingeniero jefe que monte el radar del Nautilus en una lancha —propone Amundsen.

—Aún necesitamos el submarino. Tenemos que hacer otra excursión. Seguro que querrá saber qué ha pasado ahí abajo, ¿no?

Eso tampoco lo habían pactado. Isabel no piensa meterse de nuevo en el Nautilus. Si quiere, que vaya Adrian a las profundidades.

—Entiendo. Pero para sistemas tan importantes siempre disponemos de varios equipos de sustitución a bordo. Aunque tengo que aclararlo primero, a ver si en la lancha podemos disponer de suficiente energía para eso, pero creo que podremos darle solución.

—Le estoy inmensamente agradecido, señor Amundsen.

—Y yo espero que su agencia federal sepa apreciar nuestra colaboración y nos ayude a conseguir los correspondientes pagos de compensación. Algunos clientes ya han pedido que se les reembolse parte del precio que han pagado.

—Creo que en eso voy a poder ayudarle —dice Adrian—. Además, podrá volver a sortear una excursión con el submarino.

—Dudo mucho que tras el incidente sufrido queden pasajeros interesados en participar.

—Me juego lo que quiera a que se equivoca, capitán. No subestime las ganas de la gente de poder ser, al menos, espectadores de muerte y destrucción, aunque sea desde la valla.



—Es fantástico —dice Isabel—. Con esto probablemente nos hayas ayudado a avanzar muchísimo.

Tarja irradia felicidad ante esas alabanzas. Pero se lo merece por el tedioso y complicado trabajo que ha realizado. Ha utilizado casi todas las larvas de la última muestra para almacenarlas durante un tiempo determinado a distintas condiciones ambientales. Cada muestra individual va rotulada con la hora de inicio, el valor de pH y la temperatura del líquido.

—Es una pena que la nevera del nuevo laboratorio solo tenga seis zonas de climatización distinta —dice—. Me habría gustado poder analizar más a fondo ese factor.

—Si estudiaras biología, este habría sido un trabajo completo de fin de carrera —dice Isabel.

Aunque a ello habría que añadir la valoración de los resultados, algo con lo que ahora no han hecho más que empezar. Tarja le va pasando una muestra tras otra mientras Isabel anota sus observaciones a toda velocidad. Registran solo la movilidad de las larvas y su estado evolutivo. Cada veinte muestras, más o menos, intercambian los puestos. Al menos a Isabel le cuesta bastante esfuerzo estar demasiado tiempo con el ojo pegado al microscopio. Con la muestra diecinueve o veinte ya tiene que levantar la cabeza y parpadear con mucha frecuencia.

Al principio, sus observaciones son meramente anecdóticas, como era de esperar. Sin

embargo, tiene la sensación de que, en comparación con larvas no manipuladas genéticamente, la probabilidad de supervivencia ha aumentado de forma considerable. Pero el significado real de todo ello se verá solo cuando hayan analizado los datos estadísticamente.

—Mira —dice Tarja, cuando cambian al llegar a la muestra número 120. La becaria le muestra una hoja con cuadrícula. En ella ha dibujado un diagrama donde ha comparado la temperatura con la movilidad de las larvas. Solo disponían de seis temperaturas distintas, pero la curva es claramente una V invertida, con el pico más alto en los cero grados.

—¿Hay algo que te llame la atención? —pregunta Isabel.

—Si, por eso te lo enseño, Isa. Las larvas viven a cuatro grados. Lo lógico sería que, a esta temperatura, o también a más altas, se movieran más que con las bajas. Pero ¿cómo es que la mayor movilidad la vemos a los cero grados? No tiene sentido. Solo hay cero grados en la nevera.

—Igual las ha criado nuestro desconocido malhechor en una nevera.

—Las neveras se pueden regular. ¿Por qué crearlas para que sean más móviles a cero grados? No les serviría de nada ahí fuera.

Isabel se acuerda de lo agresivos que eran los ejemplares modificados. Y eso fue a cuatro grados.

—Igual es para frenarlas. Si estuvieran óptimamente adecuadas para nuestros mares ya habrían acabado con la población de krill normal.

—Pues las habrá adaptado a otro mar distinto —dice Tarja.

A Isabel ya se le había ocurrido esa posibilidad. Pero es absurdo. La humanidad solo conoce un mar y está aquí, directamente debajo de ellas. Ella casi se asfixia en él.

—Deberíamos analizar todos los datos antes de empezar con especulaciones —dice Isabel.



La V sigue apareciendo tan desgarbada como el garabato que ha trazado Tarja a mano. Y es que el ordenador solo dispone de seis valores en el eje X. Pero en el eje Y hay ahora tantos que parecen ya bastar para tener relevancia estadística.

—Cero grados —dice Isabel.

—Podría ser también uno bajo cero —dice Tarja—. Suponiendo que la curva es simétrica, tendría allí su pico.

—Pero no lo sabemos. Además, con valores por debajo del punto de congelación siempre influye en valor pH.

—Cierto, ese es un buen argumento —dice Tarja.

El agua no se congela a cero grados si contiene alguna sustancia que sirva de anticongelante. Esa sustancia, que también aporta un pH distinto, influye también en los nauplius, como es natural.

—Veamos el otro gráfico —dice Isabel, y cambia a la siguiente página. Aquí se ve la movilidad de las larvas según el valor pH del líquido. La curva comienza con 11 y desciende en medios puntos hasta el 5.

—¿No has probado con bases o ácidos más potentes? —pregunta Isabel.

—Al principio sí, pero las larvas morían de inmediato.

Isabel puede verlo también en el gráfico. A partir de un valor de 5,5, la movilidad baja casi a cero. Es evidente, ya que el exoesqueleto del krill es calcáreo y se disuelve con ácidos. Estos crustáceos no pueden sobrevivir en un océano ácido. La manipulación genética tampoco ha

cambiado nada en este sentido. El culpable, por lo tanto, no pretendía salvar al krill de su extinción en la Tierra.

El máximo de esta curva se encuentra, en el gráfico, en más o menos 9,5. Eso es ya bastante alcalino y, por lo tanto, un valor que en la Tierra se alcanza solo en muy pocos nichos ecológicos.

—Parece que hasta ahora hemos tenido mucha suerte —dice Isabel—. Que las larvas genéticamente modificadas estén tan mal adaptadas al océano ha obstaculizado seguramente su propagación.

—¿Quieres decir que no representan un peligro?

—Lamentablemente lo siguen siendo. Puede llegar a producirse una transferencia génica no deseada. Los ejemplares manipulados podrían aparearse con los naturales. Al parecer hemos tenido suerte de que hasta ahora no hayan crecido lo suficiente. Pero cuando estén listos para reproducirse... ¿Te acuerdas cómo destrozaron a esa foca?

—Bueno..., estaba muerta...

—¿Antes de ser invadida por los nauplius, o después?

Tarja asiente.

—Se puede esperar cualquier cosa de estas larvas. Debemos encontrar su fuente.

[MarBio] ¿Conoce alguien por casualidad un dispositivo que utilice este tipo de cajas?? Link: https://earthmoon.space/box.jpg Isa R., MS Geiranger

[MarBio] Solo recibo un mensaje de Error-404. Wolfgang Hack, AWI Kiel

[MarBio] Parece algo de Ikea. Lo siento, no lo he visto nunca. Ralph Cunnington, MarBio Institute Adelaida

[MarBio] Es un componente de una caja de liberación progresiva. Utilizamos algo parecido para la introducción de nuevas especies de peces en el Yemen. Lo fabrica Siemens Acqua. Gordon Brown, Prof., Rice Uni

[MarBio] ¡Gracias, Prof. Brown! Isa R., MS Geiranger

Mira por dónde, Brown parece que sí es capaz de dar alguna que otra información útil. Va siendo hora de informar a Adrian. Isabel lo llama por el comunicador, ya que es lo más rápido.

La cara de Adrian aparece en la pantalla. Tiene un aspecto horrible, pero seguramente se deba a que la cámara le capta desde abajo.

—Tienes mala cara —dice Isabel—. Igual necesitas dormir un poco.

—Este encargo me está matando. Ya solo vuestro último viaje en submarino...

—¡Y vas y le pides otro descenso más en submarino al capitán! ¿No esperarás que yo...?

—No, esta vez iré yo. Ya casi he finalizado los tests de función de las secciones genéticas.

—¿Qué quieres hacer ahí abajo, entonces?

—Debemos saber si hay más de esas cajas y para qué sirven.

—Eso te lo puedo decir yo. Es una especie de incubador con estación de distribución. Crían ahí dentro a las larvas. Por eso las encontré a profundidades incorrectas.

—Entonces tenemos que destruir esas cosas.

—Pues parece que los mismos responsables de esa crianza ya se ocupan de hacerlo.

—¿No crees que la explosión iba destinada a nosotros?

—Seguro que no. Solo quieren borrar sus huellas. Por eso tenemos que darnos prisa.

El gran nerviosismo de Adrian resulta contagioso. A Isabel le gustaría poder ir ahora mismo

a por esas cajas.

—Y otra cosa, las cajas las fabrica Siemens Aqua —dice—. Igual podrías enterarte a través de tu oficina quién ha comprado últimamente una partida importante de estos sistemas.

—Gracias, me lo anoto. Disponemos de las competencias necesarias para poder echar un vistazo al listado de clientes. ¿Qué habéis descubierto vosotras?

—Tú primero.

—Va, jolines, dímelo.

—Está bien. ¿Te acuerdas de mi sospecha de que podría ser una adaptación previsora a futuros océanos ácidos?

—Sí.

—Pues me equivocaba. Es todo lo contrario.

—Océanos de agua dulce, entonces.

Cuando un agente del FOGC intenta soltar un chiste...

—Jeje. No, más bien de océanos especialmente salados.

—¿Y qué sentido tiene eso? No se ha previsto en absoluto que el agua de mar vaya a ser cada vez más salada en la Tierra. Más bien al contrario: cuanto más hielo se funde, menos ácido se vuelve el océano.

—Tú lo dices. Pues bien, una primera suposición era que la persona que buscamos quiere impedir la propagación de su creación. Así podría tenerla mejor bajo control hasta que cumpla con su objetivo real.

Tiene que explicarle a Adrian primero lo que ha pensado, solo por si acaso se le disparan con ello algunas alarmas. Pero no parece ser el caso.

—Y luego te has apartado de esa idea.

—Nosotras, Adrian. Mi becaria Tarja ha participado en esto al menos tanto como yo.

—Me alegra saberlo. Igual puedo recomendarla en mi oficina.

—Su idea era que modifican genéticamente el krill para que sobrevivan en otros mares.

—¿Otros?

—Extraterrestres.

—Hm.

Adria no parece muy convencido.

—¿No te gusta la idea?

—Mejor no menciono la palabra extraterrestres a mis jefes de la oficina.

—No estoy hablando de seres extraterrestres.

Aunque..., ¿por qué no? ¿Y si alguien transforma el krill terrestre precisamente en una especie extraterrestre para someter a la Tierra? Burradas. Hay demasiadas razones para no hacerlo. No debería perder el norte ahora. Sea quien sea el responsable de la manipulación, tendrá motivos racionales. En la mayoría de los casos se trata solo de dinero.

—En cuanto empiece con ‘extraterrestre’ me tomarán por loco de remate —dice Adrian.

—Pues tienes unos colegas de mente muy cerrada.

Si fuese honesta, ella misma no se comportaría de otra forma. Hasta ahora, todos los mensajes sobre supuesta vida alienígena han resultado ser falsificados o simplemente un error.

—Bueno es lo que hay. Pero igual podemos avanzar algo con lo que he descubierto en el laboratorio. Bueno, en el ordenador, en la simulación.

Adrian sonríe muy seguro de sí mismo. Parece estar orgulloso de sus descubrimientos.

—Va, escúpelo ya.

—Bien. Son, en el fondo, tres factores, cada uno de ellos más genial que el anterior.

—Dispara.

—Pues bien, punto uno. La mayor parte de los genes introducidos le confieren al cuerpo del animal la capacidad de eliminar sustancias tóxicas mejor y más rápido.

—¿Ayudaría eso si seguimos contaminando nuestros mares?

—Eso parece.

Eso habla de un científico que pretende en secreto mejorar el mundo. Se podría plantear la pregunta de por qué esa persona no se dedica al problema primario, que es la contaminación..., pero bueno.

—Llegué al punto dos cuando consulté bases de datos genéticos de todo el mundo. Suponía que todas las secciones añadidas eran de nueva creación, pero no es así. Se han utilizado los planos de otra especie para copiarlos, modificándolos luego con mucha creatividad.

—¿Y eso que significa?

—Hay un pez en el Ártico, el Zoarces americanus; sus células no se congelan aunque el agua salada en la que nada esté por debajo de los cero grados. Lo consigue con una albúmina especial, que se adhiere a los núcleos de hielo en las células e impide que crezcan.

—Ese pez fabrica entonces su propio anticongelante.

—Exacto, y nuestro misterioso manipulador ha introducido esta capacidad en el krill. Y no solo eso; el sistema ha sido mejorado hasta el punto de que debería funcionar hasta a diez grados bajo cero.

—Pero en la Tierra no hay lugar donde el agua alcance esta temperatura.

—Excepto en el laboratorio, claro.

Así que el krill tiene una cualidad más que no sirve de nada en la Tierra.

—Eso es fantástico —dice Isabel—. A ello se añade la tolerancia a medios alcalinos y salinos y la gran movilidad bajo condiciones desfavorables. Este nuevo krill es un auténtico artista de la supervivencia.

—Y no acaba aquí la cosa, querida amiga. Nuestros crustáceos parecen tener un órgano completamente nuevo. ¿No decías que lo analizaste bajo el microscopio?

—No me ha llamado nada la atención; si no ya lo habría dicho. ¿De qué se trata?

—Es un órgano capaz de emitir y recibir impulsos eléctricos, parecido al de una anguila eléctrica. Aunque genéticamente se ha recurrido al pez elefante.

—Ese nombre no me dice nada.

—A Isabel se le forma, sin embargo, una posible imagen del aspecto que debe tener.

—Es una especie que se encuentra en ríos de África occidental, por lo que no es tu especialidad como bióloga marina.

No es del todo cierto, pero no importa. Seguro que Adrian ha investigado ya todo lo importante sobre ese animal.

—Esa especie puede crear a su alrededor un campo eléctrico y orientarse con él. Dispone de células tanto generadoras como receptoras.

—¿Y nuestro krill puede hacer ahora también eso?

—Al menos en la simulación, sí. No lo he comprobado con los animales. Preferiría que lo hicieras tú.

—PERDÓN, ¿ESTÁ TARJA?

Isabel se asoma a la cabina que su becaria comparte con otra chica.

—No, no la he visto desde esta mañana.

—Gracias.

Isabel cierra de nuevo la puerta. Seguramente siga en el laboratorio preparando más muestras. Habían pensado ampliar juntas el ámbito de temperaturas de sus mediciones hacia abajo. Ojalá haya dejado un par de ejemplares con vida para poder medir su sentido eléctrico.

Atraviesa el pasillo. Ahora, a última hora de la tarde, reina una calma relativa. El siguiente cambio de turno es dentro de un par de horas. Antes de mirar en el laboratorio debería echar un vistazo en la cantina. Además, cae de camino.

Justo cuando la doble puerta se abre automáticamente ante ella sale Kai, el administrador informático. Lleva una bandeja con una hamburguesa y patatas fritas. Recuerda su conversación sobre Ganímedes. Harbrecht parece ser el tipo de persona que ejerce su profesión de día para convertirse de noche en un experto en temas exóticos, como lunas heladas.

—Hola, Kai, ¿qué tal? —le dice.

Kai se sonroja.

—Bien, ¿y tú?

—Mucho trabajo, ya sabes lo que es eso. Siempre hay algo nuevo.

—Uy, sí, me suena mucho.

Kai mira su hamburguesa. Cree vislumbrar cierta añoranza en sus ojos, pero a ella misma se le está haciendo la boca agua. ¿Cuándo fue la última vez que comió algo sólido? El krill bien puede esperar media horita más.

—¿Te parece bien que nos comamos juntos una hamburguesa? —le pregunta.

Kai abre los ojos de par en par.

—No la tuya, no te preocupes —ríe Isabel—. Es que me gusta comer acompañada.

—Oooo...key —dice Kai.

—Si no te molesta, claro.

Kai da media vuelta y se dirige hasta el extremo de una larga mesa donde se sienta en la última esquina y la invita con gestos a acercarse. Isabel va al mostrador y pide una hamburguesa recién hecha. Entonces se sienta con Kai que ya ha empezado a comerse la suya.

—Tienes un poco de salsa en la barbilla —dice Isabel.

Kai se limpia con una servilleta, pero no acierta la mancha. Isabel estira la mano sobre la mesa,

—¿Puedo?

Kai no protesta, así que ella le limpia el resto de salsa con un dedo y luego se lo limpia con la servilleta.

—Gracias.

Ella se limita a asentir. Es algo totalmente natural.

—¿Alguna novedad de la sonda de Ganímedes? ¿Cómo se llamaba?

—Ganymed Explorer, o simplemente Gex. Nadie ha tenido más noticias de la sonda, pero parece que el programador de la NASA ha sido despedido. ¿Te lo puedes imaginar? ¡Un simple peón! Y eso que es gente muy distinta la que debería responsabilizarse de esa pérdida millonaria. Es una vergüenza.

—Pobre hombre, me da mucha pena. Seguro que debe ser una putada como un templo que te quiten todo el fruto de tu trabajo de esta manera tal cruel.

—Y que lo digas. Yo presenté una vez mi currículum para un puesto en la NASA, pero ahora me alegro de no haberlo conseguido. Te pasas años sentado al ordenador y trabajando en turnos, esperando que la sonda llegue al fin a su destino, y entonces van y te echan a la puta calle.

—Debe ser muy duro.

—He intentado contactar con el programador. Da la casualidad que nuestro barco gemelo, el Hardanger, tiene un puesto libre en su departamento de TI. Tener un patrón de la empresa privada es, sin duda mejor; y lo digo por experiencia.

—¿Y qué tal fue? ¿Pudiste ayudarle?

Kai sacude la cabeza.

—No logré contactarle. Y eso que lo intenté realmente por todas las vías. Incluso encontré su número de teléfono privado, pero parece que el tipo este ha desaparecido del mapa. Es muy raro.

—Igual está en algún lugar del Caribe, en la playa, tomándose unos mojitos.

—Ojalá fuera así. Pero yo no lo soportaría. Movería cielo y tierra para encontrar al culpable real.

—Eso podría ser peligroso si afecta a las personas inadecuadas.

—Yo sigo siendo americano y conozco mis derechos.

Anda, ¿es americano? Siempre pensó que era alemán. Igual tiene doble nacionalidad.

—Una cosa, seguro que debes saber mucho de Ganímedes, ¿a que sí? —pregunta Isabel.

—Ganímedes, Europa, Encélado,... sé bastante de todas las lunas heladas. Creo que son los auténticos paraísos para la vida en el Sistema Solar.

—¿Con las temperaturas que reinan allí?

Ninguna de las lunas heladas tiene una atmósfera digna de ese nombre y, por su gran distancia al Sol, la temperatura en su superficie es de 180 grados bajo cero.

—No debes tomar la vida en la Tierra como único baremo. Por eso me sentí tan decepcionado cuando la sonda Gex cayó.

—Digamos que tienes una mascota cuyo interior no se congela a cuatro grados bajo cero, que se las apaña con altos niveles de pH y que se orienta mediante un campo eléctrico...

—Precisamente eso es lo que tenía que encontrar la sonda Gex. —Los ojos de Kai brillan de entusiasmo—. Pero sigue pensando. Imagínate que tienes estos seres vivos bajo una capa de hielo de cien kilómetros de espesor. Para ellos no existe el cosmos. Los recursos son limitados.

—Se devorarían entre sí.

—¡Pues no! Piensas de forma demasiado humana. Nosotros nos mataríamos unos a otros. Esa es la locura. Precisamente porque creemos que nuestros recursos son infinitos, lo cual es una estupidez, nos permitimos malgastar vidas valiosas. Pero en un océano bajo el hielo la cosa no va así.

—¿Y quién te dice eso?

—Solo por el hecho de que vamos a encontrar vida ya lo demuestra. Si fuéramos ellos, la vida habría acabado allí hace tiempo. Así que si, a pesar de los limitados recursos, sigue existiendo, debe ser muy distinta a nosotros.

Esa es una forma muy interesante de ver las cosas. Isabel siempre ha partido del hecho de que la vida se ve favorecida cuando hay un exceso de recursos, y no por su escasez.

—¿Cómo funcionaría eso? —pregunta—. ¿Por qué no compiten dos individuos allí por los mismos recursos?

Kai la mira como si estuvieran conspirando y apoya un dedo en los labios.

—Por favor, no me tomes por loco. Lo digo sin creer en ningún ser superior ni cosas así. Es ciencia pura y lógica.

—Claro, no te preocupes.

—Yo creo que, bajo esas circunstancias, debería desarrollarse una conciencia compartida. Y no me refiero al modelo de Gaia, desarrollado por un par de filósofos, ni una colaboración como

en una colonia de hormigas, sino una conciencia real. Ganímedes sería, entonces, algo así como una persona.

—Eso suena fascinante —dice Isabel.

Piensa en las larvas y en su comportamiento agresivo. Kai tiene ideas interesantes, pero no parecen tener nada que ver con su problema actual.

—Me alegra que tú también lo veas así —dice Kai—. Ese animal del que hablabas, capaz de vivir en entornos de pH elevado, ¿te refieres a alguno en particular? El mar bajo el hielo de Ganímedes debe tener un pH entre 9 y 10,5 y es más frío que cero grados centígrados. Parece un escenario adecuado.

—No, no se me ocurre ningún animal, de la Tierra al menos.

No quiere mentir a Kai, pero tampoco puede revelarle nada, así que lo formula de forma que se malinterprete fácilmente.

—Vaya, qué pena.

Kai da otro mordisco a su hamburguesa. Acaban de comer en silencio, pero ya no es algo que la extrañe. Con Kai, el silencio parece algo muy natural, y aunque en la cantina reine un alboroto muy ruidoso, su corazón se calma y nota que se siente bastante recuperada cuando se levanta.

—Gracias por la información y la compañía —dice.

—Gracias a ti por la interesante conversación —dice Kai con una sonrisa. Entonces baja la mirada a sus pies—. ¿Te apetecería después que salgamos a correr juntos? Por la noche, el tramo de la planta once está muy vacío.

—Gracias por la invitación, pero tengo mucho que hacer en el laboratorio.

La sonrisa desaparece y Kai le da un poco de pena. Pero tiene muchas cosas que hacer y seguro que no querrá una cita por compasión.

—¿Me avisarás si te enteras de algo más sobre Ganímedes? —le pregunta en su lugar.

—Para eso sería muy práctico que me dieras tu número de teléfono.

Isabel no puede resistirse a esa sonrisa y le dicta el número de móvil de la línea de a bordo.

—¡Hasta pronto! —dice, coge su tablet y lleva su bandeja al carrito de platos sucios.



—CARAMBA, QUÉ APETITOSA HUELES —LA SALUDA TARJA AL ENTRAR EN EL LABORATORIO, donde la becaria está desinfectando portaobjetos.

—Me acabo de zampar una hamburguesa en la cantina.

—Mmmm..., qué bien suena eso. Creo que debería ir también a por algo.

—¿Has estado todo el tiempo trabajando?

—Estamos sobre la pista de algo importante. No puedo hacer una pausa en momentos así.

Con Tarja siempre ha tenido una buena sensación, ya desde que colocó su candidatura sobre la pila de los «Sí».

—Pero no debes olvidarte de tus necesidades fisiológicas.

—Jeje, no te preocupes, he quedado con Jordan, del personal del bar. Pero no acaba hasta las once de la noche.

—Me refería a la comida.

—Yo también, ¿qué pensabas? —Tarja se ríe entre dientes—. Hemos quedado en la cantina.

La cantina está permanentemente abierta para la tripulación.

—¿Aguantarás hasta las once de la noche?

—Hasta que llegaste pensaba que sí, pero con ese rico olor que has traído contigo...

—Pues ya te estás largando en dirección a la cantina.

—¿Me cuentas antes lo que has descubierto hasta ahora?



ISABEL COLOCA LA LARVA SOBRE LA PLACA, PERO LA SUJETA CON UNA PINZA PARA QUE NO PUEDA moverse. La visión por el ocular es inusual. Ha cambiado a infrarrojos, por lo que el nauplius es ahora un punto de luz verde sobre un fondo oscuro. La radiación térmica de onda larga no llega a grandes profundidades en el océano, por lo que las larvas son insensibles a eso. En esa gota de agua, el nauplius debe sentirse totalmente a oscuras.

Abre la pinza y el animal se pone en movimiento. Nada lentamente hacia el montículo de células que ha colocado como alimento. El nauplius no puede haber visto la comida; pero no basta como prueba para un sentido de orientación eléctrico, pues el animal podría haber seguido gradientes químicos, es decir que podría haberla olido. En el fondo, los nauplius no necesitan algo así, porque se alimentan filtrando el agua, pero muchos seres vivos poseen sentidos que se solapan en su función.

Así que..., siguiente intento. Coloca un nauplius en un extremo y a un segundo ejemplar en el extremo opuesto. Ambos están en el mismo estadio larvario. Los suelta a la vez. Los animales nadan acercándose entre sí, y luego se apartan de nuevo hasta alcanzar casi el mismo punto de partida. Vuelve a tratarse de un indicio, pero no de una prueba de un sentido eléctrico, pues los movimientos natatorios causan ondas de presión en el agua.

Ahora lo intenta con tres ejemplares. Uno es algo más pequeño que los otros dos. No puede sujetar a los tres a la vez así que deja al más pequeño que nade tranquilo por la solución. Cuando añade a los otros dos, el trío se acerca unos a otros. Pero entonces el pequeño sale huyendo mientras los otros dos se lanzan sobre él. El nauplius que viene por la derecha tiene el camino más corto. Pilla al pequeñín, pero no parece haberse saciado, pues ahora se lanza a por el tercer nauplius.

Isabel sacude la cabeza. ¡Este comportamiento es totalmente atípico en el krill y sus larvas! Puede darse el caso, cuando hay escasez de alimento, que los congéneres se conviertan en presa, pero nunca había visto una caza tan intensa. Las ideas de Kai de una cooperación universal de todos los seres vivos, y en particular la idea de una conciencia común, no parecen haber llegado al krill. ¿Igual se deba al marco temporal? El océano helado existe desde hace miles de millones de años y ha conservado condiciones prácticamente iguales durante todo ese tiempo. La vida entera sobre la Tierra es mucho más joven y ha estado varias veces al borde de la extinción por cambios repentinos.

—¿Qué es eso tan interesante que estás haciendo? —le pregunta Tarja.

Anda, ya ha vuelto. ¡Excelente! Isabel ya la esperaba con ansia, pues hoy se siente demasiado agotada como para poder tener ideas creativas.

—Intento demostrar el sentido eléctrico, pero hasta ahora solo obtengo indicios.

—¿Qué has intentado hasta ahora?

Isabel le explica sus experimentos. Tiene mala conciencia, porque Tarja debería estar descansando. Solo tiene dieciocho años.

—Es evidente que así no vas a encontrar pruebas —dice Tarja—. Tienes que hacer que se encuentren en contacto con campos eléctricos.

Hm. Debería haber llegado ella a esa conclusión. Casi le da vergüenza por no haberlo intentado ya ella misma. Mira la hora que es y se asusta. ¡Ya son las diez!

—Si quieres refrescarte y ponerte guapa para tu cita deberías dejarlo ya por hoy.

Tarja vuelve a reírse entre dientes.

—Cita, jeje. Solo vamos a comer algo y luego ya veremos qué pasa. Micaela tiene hoy turno de noche, así que tengo la cabina para mí sola.

Tampoco quería saberlo con tanto detalle. Cuando tenía dieciocho años solo había besado una vez a su primer novio. Diseccionar ranas le resultaba mucho más interesante.

—Está bien; ¿cómo podemos conseguir eso del campo eléctrico? —pregunta Tarja—. Aún disponemos de una hora.



AHORA HACIA LA DERECHA —DICE TARJA, Y LA LARVA SE MUEVE OBEDIENTE A TRAVÉS DE LA puerta de la derecha.

Isabel envía las imágenes del ocular a la pantalla de su ordenador, para poder seguir ambas el recorrido del animal por el laberinto. Fue idea de Tarja crear esa estructura con la impresora 3D. Además, las minúsculas paredes van equipadas por dentro con cables conductores aislados del agua. Con ellos pueden crear campos eléctricos invisibles.

—Ahora todo recto —dice Tarja.

En efecto, el nauplius nada ahora hacia el centro, aunque a su izquierda hay una abertura por la que pasa de largo. Es como si estuviera siguiendo las instrucciones de la becaria. Pero en realidad va guiado por los campos eléctricos que se pueden conectar y desconectar desde fuera.

—Bloquea el pasillo —dice Isabel.

Tarja activa dos conexiones en la pantalla de mando. Aunque el pasillo está despejado, el nauplius se para. El nuevo campo, que transcurre transversal al pasillo, lo ha detenido. Da media vuelta y lo intenta por el pasillo lateral cuando Tarja desconecta el campo que mantenía esa entrada bloqueada. Es realmente fascinante. Isabel ya ha prometido a Tarja que la pondrá como autora principal en el artículo que escribirán sobre eso.

—¡Hace todo lo que le digo! —dice Tarja contenta y con toda la razón del mundo para estarlo.

—Imagínate lo que podría llegar a hacerse en el mundo ahí fuera con esto —dice Isabel—. Podría controlarse el krill a distancia. Podrían crearse inmensos rebaños en los océanos y llevarlos con solo pulsar un botón a las instalaciones de procesamiento.

—¿Crees que se trata de eso? ¿De dinero? —pregunta Tarja.

—Al final siempre es todo por dinero.

Hace tiempo se consideraba el krill como solución a la escasez de alimento para la humanidad, hasta que su número se ha visto tan reducido, que ahora la humanidad teme por todo el ecosistema antártico.

—Igual es por eso por lo que comen tanto —dice Tarja.

Isabel asiente.

—Para bancos tan grandes hay demasiado poco alimento natural, así que una granja de krill necesita alternativas.

—¿Por qué entonces esa gran tolerancia a entornos desagradables?

—Quizás para bajarles los humos a los críticos. Se dirá que esas granjas solo se construirán allí donde ya se produce muy poca biomasa.

—¿Y eso no sería bueno?

—En esas zonas viven a menudo especies especializadas, que no tienen alternativa y pueden

perder su espacio vital. Perderíamos innegablemente mucha variedad de especies.

—Hm.

—Hm.

Tarja parece tan poco convencida como ella misma. La idea de que se pretende hacer un nuevo animal útil puede parecer acertada, sobre todo por lo fácil que sería organizarlo. No haría falta colocar a los crustáceos en redes gigantescas como a los peces. Con un par de barcos podrían conducirse grandes colonias de krill a través del océano, alimentarlas en Norteamérica con los restos de comida de una nación entera y luego vender en África su albúmina, como hacían antes los vaqueros con sus rebaños de ganado que conducían por las praderas, hasta que quedaban totalmente yermas.

Pero esto es ... demasiado. Si se tratara de beneficios, se invertiría solo en aquello que se necesita. Las modificaciones genéticas en el ADN son muy costosas. No hace falta que el krill sobreviva a temperaturas bajo cero ni en aguas alcalinas para cultivarlo en masa. Hay algo que pasan por alto.

—Vamos a hacer que pase uno más por el laberinto —dice Tarja.

Isabel mira el reloj. Son las once menos diez.

—¿Y tu cita?

—A los chicos hay que hacerles esperar siempre un poco —dice Tarja—. ¿No lo sabías?

Isabel odia ser impuntual. Ya tuvo muchos problemas con eso en su infancia porque casi nadie en su familia aparecía a la hora convenida.

—Pues adelante.

Isabel saca otro nauplius de la celdilla individual en la que Tarja lo tenía encerrado y lo acerca a la entrada del laberinto.

—Pero el otro aún está dentro —dice Tarja, y señala hacia el pasillo lateral.

—Está muy lejos y no nos molestará. Anda, ¿dónde está nuestro nuevo ejemplar?

El nauplius ya se mueve en la dirección correcta, aunque no han llegado a conectar todavía el campo eléctrico. Tarja toca la pantalla para hacerlo.

—Déjalo. A ver hasta dónde llega.

El laberinto es totalmente oscuro para la larva. Aun así, se mueve justo por el centro del pasillo, no palpando la pared a un lado. Derecha, dos veces izquierda, recto, derecha, izquierda. Es exactamente el camino que ha tomado el ejemplar anterior. Isabel levanta la mirada hacia Tarja. Ella ya se ha dado cuenta y asiente. El nauplius va bastante rápido, como si tuviera prisa. Nada por la puerta derecha, pasa de largo el pasillo lateral, sigue recto y se queda parado. Se aparta del obstáculo invisible, retrocede y se mete en el lateral, exactamente igual que el anterior ensayo. Allí se lanza sobre el otro animal, que es algo más pequeño, y se lo come.

—¡La hostia! —dice Tarja—. Eso ha sido ... ¡terrorífico! Iba como controlado a distancia.

—Sí, pero no por nosotros —dice Isabel—. No puede ser.

En el fondo sabe muy bien que sí es posible. Adrian ya le ha contado lo de los genes del pez elefante.

—Pero ¿cómo...?

—Debe haber seguido el rastro del otro ejemplar —dice Isabel—. Algunos animales pueden detectar moléculas de olor. Los cangrejos se aparean también en total oscuridad.

—Pero ha dado media vuelta, es decir que ha nadado hacia atrás sobre el mismo rastro.

—Puede tratarse de una estrategia normal de búsqueda. Donde acaba un rastro, se sigue hacia atrás hasta encontrar una bifurcación.

—No lo creo —dice Tarja.

—La creencia no es científicamente relevante. No puedes demostrar lo contrario, ¿verdad?

Isabel ya tiene una idea, pero quiere que Tarja la encuentre ella sola. Entonces sí que podrá estar muy orgullosa de sí misma.

—Si el otro animal ha sustituido nuestro campo eléctrico, es que debe haber creado uno él mismo. Y deberíamos poder medirlo en nuestro campo.

—¡Esa es una muy buena idea! Espera, solo tengo que modificar un poco el software. No nos debe mostrar la intensidad de campo que introduce, sino la resultante.

Isabel hace los cambios necesarios. Entonces coloca otra larva al principio del laberinto. Se queda como confusa allí, sin moverse. ¿Ha sido todo casualidad?

—El nauplius que era controlado a distancia no ha registrado el recorrido, así que no puede atraer al otro —dice Tarja.

Claro, es lo que le pasa siempre que deja que el coche conduzca por sí solo. A veces coge por ello el volante para poder conocer mejor la ciudad, aunque ya no pueda mirar tranquilamente por las ventanillas.

Saca el nauplius del pasillo lateral y lo devuelve a su celda individual. Entonces dirigen al nuevo candidato con ayuda de los campos eléctricos hacia otro pasillo lateral, para que no siga un rastro de olor. Añade luego al nauplius ya experimentado. Pero esta vez lo dirigen con ayuda de los campos eléctricos hasta el centro del laberinto y lo sacan de allí. Ahora hay dos rastros de olor.

A continuación, Isabel mete una larva nueva dentro. Dejan el campo eléctrico desconectado. El nauplius sigue el rastro de su predecesor. ¿O es el olor el que le atrae? Los dos caminos se separan. La larva se decide por seguir al único nauplius que se encuentra ahora dentro del laberinto de ensayo.

—¡Ja! ¡Ahí está la prueba! —dice Tarja.

—En el fondo sigue sin ser una prueba. Ha optado por una de dos direcciones. Puede haber sido casualidad. Tendremos que repetir el experimento. Si pasa lo mismo una y otra vez, entonces sí tendremos la prueba.

—¿Cuántas veces?

—¿Repeticiones del experimento? Unas cien serían suficientes.

—Pues hazlo tú: no quiero que Jordan me tenga que esperar tanto tiempo.

Isabel asiente. Tarja tiene todo el derecho a hacerlo. Igual necesita una hora y media si reduce el ensayo al mínimo. Tarja la abraza.

—¡Que te diviertas!

—Hasta mañana. ¡Buenas noches, Isa!

La puerta se cierra detrás de la becaria.

—NO TE ASUSTES.

La voz llega de la nada. Algo toca su brazo. Isabel se despierta sobresaltada. ¡Ay! Se le ha dormido el brazo derecho. Tiene la manga del jersey llena de babas. Debe haberse quedado dormida.

—Lo siento, no quería despertarte —dice Adrian.

—No te preocupes; igualmente duermo mucho mejor en la cama.

Mira sus anotaciones. Ha repetido el ensayo setenta y una veces. En nueve de cada diez casos, el nauplius ha seguido el rastro eléctrico y no el olfativo.

—¿Habéis descubierto algo? —pregunta Adrian mientras Isabel bosteza. —¿Sabes qué? Ya me lo contarás mañana. Ahora tienes que ir a la cama.

—No, debes saberlo. Tenías razón con lo del pez elefante. Los nauplius reaccionan de verdad a los campos eléctricos. Y lo más sorprendente de todo: ¡Se controlan entre sí a distancia! Por primitivos que puedan llegar a ser estos bichos, tienen memoria y pueden transmitir lo que han guardado en ella.

Isabel arranca la reproducción de su último ensayo, cuyo resultado aún no ha anotado. El nauplius toma la decisión esperada.

—Fascinante. ¿Una especie de cooperación, entonces?

—No estoy segura. Al final, casi siempre se comen unos a otros.

—Eso puede también ser un acto de cooperación. El ejemplar más débil entrega sus recursos al más fuerte.

—Hm. No me gustaría experimentar este tipo de actos cooperativos. Por suerte, los humanos hemos evolucionado un poquito más.

—No sé si realmente hemos evolucionado más. Esto podría interpretarse como un sacrificio voluntario en beneficio de la comunidad. Entre nosotros es más popular quitarle al otro los recursos mediante la violencia.

Pues sí. Isabel prefiere evitar leer las noticias, porque siempre le recuerdan a eso.

—En esto también tienes razón.

—¿Y esto qué es? —Adrian señala las cifras que se ven en las paredes del laberinto dibujadas en plan esquemático.

—Esa es la tensión que hemos medido allí.

—Varía a medida que la larva se desplaza por el laberinto.

Isabel aún no ha llegado a poner en práctica esta parte de su experimento.

—Sí, eso es algo que aún quería yo valorar.

—Pero la tensión está desconectada, ¿no?

—Correcto. Son los efectos del campo eléctrico que genera nuestro señuelo.

—Es muy interesante. ¿Podemos así como escucharlos?

Isabel asiente y cambia a la tabla que forma la base de la representación gráfica. Allí saca una de las paredes que se encontraba cerca del señuelo porque los valores aquí muestran los resultados más altos. Aísla una serie temporal y la muestra como diagrama. A primera vista parece todo caótico.

—Igual se atraen simplemente por el volumen —dice Adrian.

Entonces, el contenido de la llamada no tendría importancia. Pero no puede ser.

¿Has visto con qué precisión ha girado el animal sin tocar jamás la pared? Si hubiera seguido los gradientes de la intensidad de campo, habría ido atajando el camino, en lugar de desplazarse con un recorrido tan anguloso.

—Buen argumento —dice Adrian—. Mira, las oscilaciones son casi todas igual de grandes.

—Sí, dentro del marco de la precisión de medición. Pero el ritmo es muy desigual.

Por eso la imagen parece tan caótica. Es como si una orquesta entera tocara su parte al azar. Se desplaza por el gráfico hasta el final.

—Aquí parece que hay algo que se repite —dice Isabel y señala un patrón que recuerda un poco a un paso cebra y que se repite un poco más adelante. —Espera. Esto podría ser una modulación de frecuencia, ¿no te parece?

—Eso es ineficiente.

—Pero sí muy adecuado para entornos desventajosos. Fíjate como en la pared, al principio

del laberinto, las oscilaciones son más pequeñas. Aun así, la modulación de frecuencia sigue viéndose.

—¿Estás diciendo que estos bichitos minúsculos se envían la ubicación por morse? ¿Qué conversan entre sí?

—No he dicho eso.

Pero sería una posibilidad real. Isabel introduce los datos en una simulación. Si deben tratar con dos campos eléctricos, de los que uno es estacionario y el otro móvil, eso debería poder verse en los valores de tensión. El ordenador necesita solo un par de segundos para confirmarlo. Convierte la serie de cifras en un gráfico en pantalla.

—Fíjate, Adrian. Así se mueve un campo eléctrico hacia otro por el laberinto. Y ahora —conecta la grabación en infrarrojos del nauplius—, el movimiento de nuestro pequeño amigo como comparación.

Campo y larva se mueven hacia el segundo ejemplar que está esperando, para fusionarse al final con él.

Han demostrado que hay comunicación eléctrica entre ejemplares de krill manipulados genéticamente. ¡Menudo hallazgo!

—Debemos comunicárselo a los medios cuanto antes —dice Isabel—. ¡Menudo descubrimiento científico!

—Ni se te ocurra —dice Adrian—. Voy a comunicarlo a mis superiores. Sea quien sea el responsable de esto, ha atentado contra leyes y convenios internacionales y debe dar la cara por ello. ¡Una publicación ahora pondría al culpable de esta increíble manipulación sobre aviso!

—¿No podemos hacer nada, entonces?

—Sí que vamos a hacer algo. Mañana voy a ir en busca del responsable de esta marranada.



Green Bank, 24 de octubre de 2041

Debería haber cogido el avión. Bavin bosteza. Ha pasado la noche en un motel barato al pie de la interestatal, lo que resultó ser un error, pues hacía mucho que no compartía su habitación con tantas cucarachas. Además, apestaba a humo de tabaco. Cuando llegó poco después de medianoche le dio igual, pero al ducharse por la mañana le resultó extremadamente desagradable, por lo que prescindió del desayuno incluido en el precio.

Ahora siente el estómago más que vacío. Pasa junto a un rótulo que anuncia la siguiente salida. Toca el intermitente y su Ford entiende la señal y se desvía, ya que igualmente circulaba por el carril derecho. Bavin se hace cargo del volante cuando llega al cruce. Por la izquierda se va a Meadowview y por la derecha a la autopista 11, que transcurre paralela a la interestatal. Bavin mira a su alrededor hasta que encuentra el rótulo luminoso de un Subway. Genial; si consigue ahora un par de bocadillos, ya no tendrá que parar el mediodía. Quiere llegar cuanto antes.

—Al Subway más próximo —dice, y el coche se pone en marcha.

El vehículo se detiene automáticamente junto a la columna de recarga. El cable deberá conectarlo Bavin. Este modelo no dispone aún de los modernos autocargadores, que se conectan por el suelo con un raíl hasta la estación de carga. Lo había comprado por su novia de entonces, que se empeñó en tener un pick-up. ¿Cuántas veces llegó a utilizar la plataforma de carga? Igual dos o tres veces.

Bavin baja del coche y va al restaurante. El aparcamiento está vacío. Solo hay un coche en la ventanilla del ‘Drive-Through’. El conductor charla gesticulando mucho con la mujer que hay detrás de la ventana abierta. Bavin entra en el edificio. El comedor también está vacío. La camarera sigue asomada por la ventana. De vez en cuando mueve su portentoso trasero. Espera un par de minutos mientras el aire fresco traslada trozos de la conversación por el aire, hasta Bavin pulsa el botón de la campanilla sobre el mostrador alto de cristal.

—¡En seguida voy, guapo! —dice la camarera en su dialecto estirado y que debe ser típico de la región.

Su estómago ruge. Bavin se impacienta saltando de un pie al otro porque tiene que mear; pero si va ahora al lavabo, la camarera pensará que ha salido del restaurante y no acabará nunca su charla. Por fin cierra la ventana.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunta la mujer, joven, negra y no precisamente delgada.

—Un bocadillo de pavo, por favor. Mejor que sean dos.

—¿Grande o pequeño?

—Los dos grandes, por favor.

La camarera parte dos panecillos por la mitad y los rellena. Una corriente de aire le hace saber que ha entrado un nuevo cliente. Se lleva la mano hacia donde guarda la pistola, pero la ha dejado en el coche. Se gira hacia la entrada como quien no quiere la cosa y ve a una mujer rubia y vestida de forma nada llamativa. Respira hondo y se obliga a recordar que los asesinos también pueden ser mujeres.

«Pling».

Sus bocadillos ya están tostados.

—Tomate, lechuga, olivas y cebolla, por favor —dice él—. Y un poco de salsa de mostaza, pero solo un poquito.

La camarera vierte casi media botella de salsa sobre sus bocadillos, pero ya es demasiado tarde para quejarse.

—Me llevaré también una cola cero —dice.

—Las bebidas ahí al fondo —le responde la camarera—. Solo pagos con tarjeta —añade, cuando ve que saca dinero en efectivo de su cartera. Paga con su reloj. Ala, otro rastro más que deja a su paso.

BAVIN SE SIENTA DE MODO QUE PUEDA CONTROLAR EL APARCAMIENTO. JUNTO A SU FURGONETA hay un Toyota rojo burdeos. Debe ser el coche de la mujer que ha entrado después de él. La mira mientras hace su pedido. También parece tener muchas ganas de ir al lavabo pues va cambiando de una pierna a la otra.

Él aún puede aguantar las ganas y no quiere dejar la comida sin vigilar. Así que se traga el bocadillo que chorrea mucho sobre el papel y piensa en el viaje que ha hecho hasta aquí. ¿No le estuvo antes siguiendo un Toyota violeta? Lo recuerda de las películas. Cuando los profesionales persiguen a un coche, se van turnando para no llamar la atención. Pero también puede ser casualidad. La interestatal es una conexión importante.

La mujer se sienta en la primera mesa justo detrás del mostrador. Así puede vigilarlo, y si se le ocurre ir al lavabo o a la salida tendrá que pasar junto a ella. ¿Y si no es casualidad? Tona un trago de la botella de cola y la guarda en la bolsa de plástico junto al segundo bocadillo. Debería haberlo pedido sin salsa. Así será imposible comérselo mientras conduce.

Se levanta y se marcha hacia la salida. Ahora se pone la cosa interesante. La mujer aún no ha ido al lavabo. Parece algo asustada cuando se le acerca casi directamente. *Sorry, Lady, pero para salir tengo que pasar por aquí.* Igual incluso teme que ahora no tendrá tiempo para ir al lavabo.

Al pasar junto a ella hace un gesto amable de saludo que ella le devuelve. Una vez ha salido gira a la izquierda hasta alcanzar la pared posterior del restaurante, se encaja el bocadillo con la botella de refresco bajo el brazo, se baja la bragueta y mea contra la pared. No habría podido aguantar hasta la siguiente salida. De repente oye a su espalda unos crujidos. Se gira instintivamente a pesar de no haber acabado. El chorro de orina describe un círculo y apunta directamente hacia una persona que no puede ver bien a la sombra del muro. Tiene algo oscuro y brillante en la mano.

—So guarro —dice la voz de la mujer del restaurante y desaparece.

Bavin se sacude y lo guarda todo. Le arde la cabeza. Se toma algo de tiempo ya que teme

volver a encontrarse con esa mujer. ¡Qué vergüenza! ¿Y si le está esperando con una pistola? Pero podría haberlo matado ya, si fuera esa su intención. Mira hacia arriba. Aquí, en la pared posterior, no hay ni cámaras de seguridad.

Se acerca a la esquina del edificio y echa un corto vistazo hacia el aparcamiento. El Toyota sigue allí. De la ventanilla sale humo. La conductora se habrá encendido un cigarrillo. Estará pensando igual que él en cual será el siguiente paso. Entonces se le ocurre una idea. Detrás del restaurante hay una zona boscosa que se hace más densa a medida que aumenta la distancia. Por algún lado en esa dirección debe estar la autopista 11, que también le llevaría a su destino. Bavin se cierra un poco más la chaqueta, coge la bolsa con bocadillo y bebida en la mano y sale corriendo. Seguro que sus perseguidores no cuentan con que se escape por el bosque.



TIENE LA AGRADABLE SORPRESA DE ENCONTRARSE CON UNA CALLE YA AL CABO DE UN PAR DE minutos. Debe ser la estatal 80, que lleva a la autopista 11. Camina por ella hasta encontrarse, al cabo de unos diez minutos, con un bazar de todo a un dólar. La tienda está vacía. Detrás de la caja registradora hay un joven aburrido, leyendo una novela gráfica.

—Hola —dice Bavin.

—¡Hola! ¿No encuentra nada que le interese?

Bavin sacude la cabeza.

—¿Alguna idea de dónde podría conseguir aquí un coche?

—¿Necesitas una grúa? Mi tío tiene...

—No, un coche nuevo.

—El siguiente alquiler de coches está bastante lejos...

—Preferiría comprar uno.

—Pues solo tienes que caminar unos diez minutos hacia la 11 en dirección oeste y encontrarás a Mike, que vende coches. No tiene pérdida.

—¡Genial, gracias!



EL CHICO DE LA TIENDA NO HA EXAGERADO NI UN ÁPICE. A LOS DIEZ MINUTOS VE EN EL LADO derecho un edificio de una sola planta frente al que hay unos cuantos vehículos oxidados; la mayoría son camiones y furgonetas con motores diésel. Del edificio sale un hombre mayor con una escopeta de perdigones bajo el brazo.

—¡Propiedad privada! —le grita—. ¡Lárgate de aquí!

Bavin se esfuerza por poner la mejor de sus sonrisas.

—Me gustaría comprar un coche.

—Pos no tés pinta de cliente, amigo. Casi tós se vienen en buga.

El dialecto que habla es tan fuerte que Bavin apenas le entiende.

—Si tuviera un coche, no necesitaría uno.

—¡Jaja! —el tío sonríe de repente—. En eso tiés razón. Pués quedarte ése.

Señala con la escopeta un Pick-up de GM ya muy oxidado.

—Motor diésel, ¿verdad? —pregunta Bavin.

—Es legal —dice el hombre—. Y tiene aún algo en el depósito. Pués salir sin poblema.

En Tejas, de donde procede, los coches diésel están prohibidos desde hace un par de años. Pero con eso seguramente llegue a su destino si el coche no se cae antes a cachos.

—¿Funciona bien? —pregunta.

—Funciona.

—¿Documentación?

—¿Te he pedío documentos yo?

—¿No podría comprar el Ford ese de ahí...?

—Nopes. O este o ninguno.

El vendedor quiere quitarse de encima esa chatarra oxidada cuanto antes. A saber en qué delitos consta ya registrada. Pero solo necesita un coche para un par de horas.

—¿Cuánto?

—Doscientos.

Lleva trescientos dólares en metálico para no dejar huella.

—Cien. En metálico y ya.

Los ojos del vendedor brillan. Seguro que así se ahorra el caro proceso de despiece y reciclado, y recibe dinero en metálico del que el fisco ni se entera. Debería haber ofrecido solo cincuenta.

—Hecho —dice el hombre. Por fin baja la escopeta y la apoya contra el edificio. —Voy por llaves. No te muevas, ¿ok?

Bavin asiente.



CUANDO UNA HORA DESPUÉS PARA EN UNA GASOLINERA, NO SE SIENTE TAN DECEPCIONADO COMO pensaba. El freno chirría y la ventanilla derecha no cierra bien. El limpiaparabrisas solo mueve el agua de lluvia de un lado al otro y el asiento del conductor está gastadísimo. Pero funciona y seguramente llegue al Green Bank Observatory sobre las cuatro de la tarde.

Hora de avisar de su llegada. Bavin ha estado pensando todo el camino qué excusa podría dar para su visita. Lo mejor será decir la verdad. Es tan increíble que no la tomarían jamás por una mentira.

—Llamar al Green Bank Observatory —dice.

La tartana que ha adquirido tampoco es tan vieja, igual de 2028, y el control por voz y el sistema manos libres funcionan.

—Entendido.

Luego suena un pitido fuerte. Ojalá descuelgue alguien. Bavin deja que suene.

—Está llamando fuera del horario de atención al público. Por favor... —Mierda. Pero si solo es la una y poco. Se lleva la mano a la frente. ¡Ha cruzado un uso horario! Pero incluso en ese caso...

—¿Hola? Perdone, soy Mary. ¿Qué puedo hacer por usted?

¡Un ser de carne y hueso! ¡Excelente!

—Genial, Mary. Temía que no encontraría ya a nadie allí.

—Solo me estaba cepillando los dientes y he llegado algo tarde al teléfono. No solemos recibir muchas llamadas.

—Lo siento. Me gustaría poder hablar con el director del observatorio.

—¿Con Robert? ¿Robert Millikan? Pues tiene suerte, el grupo de escolares de las 14 horas ha cancelado su visita. ¿De qué se trata?

—De la Deep-Space-Network de la NASA.

—Interesante. ¿Y en qué puede Robert ayudarle?

—Dirige el Green Bank Observatory y pensé que igual podría...

—Pues hace ya años que no formamos parte de la DSN.

—Oh.

¿Cómo ha podido ser tan estúpido? ¿Dos días de viaje para nada, otra vez? Cuatro, si calcula el viaje de regreso.

—¿Se ha solucionado entonces su llamada? Lo siento mucho, pero eso era algo conocido. Goldstone es quien se encarga ahora.

Claro, Goldstone. Incluso llegó a visitar las instalaciones cuando comenzó a trabajar en el JPL.

—No, espere. Igual el señor Millikan puede ayudarme igualmente.

No se le ocurre cómo, pero Bavin no quiere que ese viaje haya sido totalmente inútil.

—Como quiera. Le paso con él. ¿Cómo se llama?

—Bavin Joshi.

—Oh, ese nombre me resulta conocido. ¿Es usted un radioastrónomo famoso?

No, soy el culpable del fracaso de una expedición de miles de millones de dólares.

—No, trabajo en el JPL y nadie me conoce.

—Okey, pues que tenga un buen día, señor Joshi.

—Gracias.



—¿NO ES USTED ES EL QUE HA CAÍDO EN DESGRACIA EN EL JPL?

Robert Millikan suena de buen humor. Tiene una voz agradable. Bavin puede imaginárselo como profesor. Suspira.

—Pues sí, soy ese. No debería haber dado mi nombre.

Incluso la secretaria parece haberle identificado bien. Y es que nunca hay que subestimar a las secretarias.

—Si no lo hubiera mencionado, le habría dicho a Mary que no me pasara la llamada. Tengo que escribir un par de informes aún.

—¿Publicaciones científicas? Lamento interrumpirle en ese trabajo.

—Ya me gustaría. No, se trata de informes sobre las visitas de los grupos escolares. La fundación que me paga necesita algo para su informe de gestión. Sobre cuánta gente de capas sociales poco afortunadas han aprendido algo aquí para la vida que les espera, y cosas así.

—Entiendo. Me gustaría hacerle un par de preguntas, si me lo permite.

—Adelante.

—En persona, a ser posible.

—A ver..., el próximo martes estaría bien. Podría...

—Estaré en el Green Bank poco antes de las 16 horas.

—¿Hoy mismo? Eso es... Bueno, de hecho, no tengo ninguna cita aún.

—Me alegra saberlo. No quiero causarle problemas con la familia.

—Eso sería algo imposible, señor Joshi. Quedo a la espera de lo que me pueda contar, que sin duda será muy interesante.

—¿Por ejemplo, cómo he quemado mil millones de dólares, o mejor dicho cómo los he congelado?

—Sé un poco sobre investigación espacial. Nadie está en situación de hacer que una misión así fracase por sí solo. No me fío de estas inculpaciones. Normalmente falla aquí el sistema, pero hay tanta gente importante por ahí metida que hace falta una cabeza de turco.

Eso seguramente es verdad. Pero justo en su caso parece haber algo más detrás, aunque prefiere contárselo a Millikan personalmente.



SOBRE LA PUERTA CORREDERA QUE LLEVA A LA SALA DE RECEPCIÓN PONE «SCIENCE CENTER». Bavin entra. La puerta se quiere cerrar de inmediato, así que da un saltito hacia delante y gime, porque su espalda no está muy de acuerdo con esos esfuerzos. La sala en la que está se parece un poco a la zona de entrada de un viejo cine. Incluso huele a palomitas de la máquina automática que hay junto a la entrada. Las tiras con las que se han empapelado las paredes se están desprendiendo. Una serie de vitrinas muestran pequeños modelos de antenas de radioastronomía que acumulan polvo bajo el cristal. Aquí hace más de diez años que no se renueva nada. Y eso que el Green Bank Observatory sigue gozando de una buena reputación en su mundillo.

Una mujer le saluda con la mano. Debe ser Mary. Está sentada detrás del mostrador de información. Su cabellara corta muestra muchas mechas canosas y la aburrida blusa blanca la hace parecer mayor de lo que es. Calcula de tendrá sobre los cuarenta y cinco.

—Bienvenido, señor Joshi —le dice. Cuando habla, su cara se transforma y de repente no parece nada seria, sino cordial y amable.

—Muchas gracias —responde—. Espero no molestar.

—No, qué va. Robert y yo queríamos irnos a casa, pero no hay nadie que nos espere allí. —¿Queríamos? ¿O es que interpreta algo que no debería malinterpretar?— Venga conmigo, le acompañaré al despacho de Robert.

Mary le lleva hasta una puerta estrecha. Detrás hay solo un despacho poco ancho, en forma de manguera, en cuyo extremo opuesto hay una ventana de suelo a techo que permite la vista a la antena. Frente a ella hay un hombre alto y delgado.

—No pienso dar la vuelta a la mesa para saludarle —dice Robert Millikan.

Bavin ya ve por qué. Entre escritorio y pared queda tan poco espacio, que Millikan pasará por ahí solo de lado y con esfuerzo. Así que se dan la mano por encima del escritorio. Millikan es mayor de lo que pensaba. Puede que esté a punto de jubilarse. Pero Bavin no es bueno en calcular la edad de la gente.

—¿Puedo ofreceros algo? —pregunta Mary—. ¿Un café, quizás?

—No, gracias —dice Bavin.

—A mí tráeme un muffin de la máquina —dice Millikan.

Visto de cerca, Bavin reconoce que el radioastrónomo luce ya una ligera barriguita.

—Sabes muy bien que esas cosas cargadas de azúcar no son buenas para ti —dice Mary.

—Mary, por favor. Me apetece mucho uno ahora. ¿Quiere usted también un muffin?

—No, gracias. —Aún tiene el bocadillo bloqueándole el estómago, seguramente por la grasienta salsa.

—Pues tome entonces asiento. —Millikan señala hacia la butaca frente al escritorio.

Bavin se sienta. Ahora se alegra poder sentarse de nuevo con comodidad. El asiento del viejo GM le ha martirizado mucho durante el viaje. Su anfitrión también toma asiento. Bavin busca la mejor introducción al tema. Ni siquiera sabe qué es lo que quiere de aquí. Eso dificulta encontrar las palabras correctas.

Pero primero es Mary la que trae el muffin. Lo deja sobre el escritorio con una mueca de asco. Millikan lo desenvuelve hasta la mitad y lo muerde con inmenso placer.

—Mmmm, qué rico que está. ¿Seguro que no quiere uno?

Bavin sacude la cabeza, solo un poco porque la barbilla le sigue doliendo y oye cómo la puerta del fondo se cierra. Millikan mastica, así que tiene que empezar la conversación.

—Me gustaría saber qué es lo que ha pasado realmente con la sonda Gex —dice, mientras Millikan asiente y mastica—. Creo que hay un par de cosas que no acaban de encajar. Por ejemplo, todos los instrumentos fallaron al mismo tiempo, faltan los últimos veinte segundos del protocolo y en las fotos de la superficie faltan incluso unos veinte minutos. Y lo más raro de todo es que me han ido quitando paulatinamente todas las pruebas que había podido ir acumulando. Claro que eso lo diría cualquiera que fuera inculpado como yo, pero sé naturalmente que tengo razón.

Millikan asiente.

—Todos tenemos siempre razón —dice y sonríe—. ¿Tiene hijos?

—No; pero no porque tenga algo en contra, sino porque no he tenido la ocasión.

—Bueno, es aún joven. Yo tengo un hijo, Martin. No quiere saber nada de mí, porque abandoné a su madre. Claro que tiene razón en ello, aunque yo tenía también mis motivos y él no llegará a conocerlos nunca.

¿Por qué le está contando esto? Millikan debe rondar los sesenta. Su hijo debe tener más o menos la misma edad que él. Pero Bavin no pregunta. Igual necesita Millikan a alguien que no le juzgue. Parece un hombre solitario. Si es lo que necesita, pues que así sea.

—¿Tiene usted una buena relación con sus padres? —pregunta Millikan—. ¿Dónde viven? ¿En... muy lejos?

Bavin sonríe. Seguramente Millikan quisiera decir «en la India». Pero claro que son tan americanos como él.

—En las afueras de Dallas —responde—. Tenemos una buena relación. Las madres a veces se pasan un poco, y mi padre se ha esforzado siempre tanto en hacerla feliz que tuvieron poco tiempo para nosotros.

—¿Tiene hermanos?

—Una hermana mayor, pero vive en Gran Bretaña.

—Qué bien. Pues sí, la madre de mi hijo es alemana, pero él trabaja en Florida, en la NASA.

—Vaya, qué pena. Podría verlo mucho más a menudo, si es que él quisiera verlo.

—Así es. Pero al menos puedo observarle. Tengo algunos conocidos en la NASA, ¿sabe? Y de vez en cuando comento a uno u otro que cuentan con un talento no reconocido entre ellos.

—¿Le proporciona trabajos a su hijo? —Bavin arquea las cejas. Igual hay buenas razones por las que Martin no quiere saber nada de su padre.

—No podría decirse así. Sólo indico a un par de personas que se fijen en determinados recursos importantes.

—¿Y su hijo no sabe nada de eso?

—No, ni tiene tampoco que saberlo jamás.

—Pero si él no debe saber lo que usted hace, ¿no será que igual no está haciendo lo correcto?

Millikan se rasca la cabeza.

—¿No quiere cualquier padre que su hijo saque el máximo provecho de su potencial? A Martin hay que obligarlo un poco de vez en cuando a probar suerte. Tiene ciertos rasgos autistas. Si fuera por él, haría cada día exactamente lo mismo.

—Eso me lo puedo imaginar. Yo también he disfrutado mucho con mi trabajo.

—¡Pero él podría hacer mucho más! Y ahora al fin he conseguido que entre en la lista de la tripulación sustituta de la ILSE.

—¿Quiere enviarlo a Encélado? ¡Estará años y años de viaje!

—Solo será candidato sustitutivo. Aprenderá cosas interesantes, a bucear, a conducir un submarino, a saltar en paracaídas, a sobrevivir en la jungla...

—¡Pero si él no ha pedido hacer todo eso!

—Siempre puede decir que no. El proceso de selección aún no ha comenzado. Claro que preguntarán a cada candidato si quiere o no.

—Si todo esto es bueno, ¿por qué me lo está contando? —pregunta Bavin.

Millikan baja los ojos al sobre del escritorio.

—No lo sé. No, es mentira. Me preocupa que esté exigiéndole demasiado.

—¡Y con toda la razón del mundo!

—¿Debo hacer que le borren de la lista?

Bavin ya se temía la pregunta. Millikan necesitaba a un desconocido neutral para obtener una respuesta a esa pregunta. Pero ¿cuál es la decisión correcta?

—Debería parar de inmediato de inmiscuirse en secreto en la vida de su hijo. No le necesita, me juego cualquier cosa.

—¿Lo dejo entonces en la lista?

—Usted lo ha dicho: siempre puede decir que no. Eso será su decisión. Él conoce mejor que usted cuáles son sus recursos. Y aparte de todo eso, un viaje por el espacio de varios años de duración debe ser un auténtico paraíso para un autista, con la rutina diaria y repetitiva que habrá.

—Si usted lo dice, señor Joshi...

—Bavin, llámeme Bavin.

—Robert. —El radioastrónomo le ofrece un apretón de manos por encima del escritorio—. ¿Qué puedo hacer por usted?



—Menudo asunto más embrollado —dice Millikan—. Y sí, yo también creo que le han echado a usted el muerto encima, como cabeza de turco. Ya me lo temía. Solo que no sé para salvarle el culo a quién.

—Cuando veo el inmenso esfuerzo que están haciendo para ponerme fuera de circulación prefiero no saber quién hay detrás del embrollo.

—¿Quiere rendirse, entonces? A veces no queda más remedio. Hay que saber reconocer cuándo el oponente es demasiado fuerte. Eso no es una debilidad, sino una virtud.

—No puedo rendirme. Quiero, al menos, poder demostrar que no tengo la culpa de que haya fracasado la misión.

—Pero parece ser algo muy peligroso. ¿Le ha seguido alguien hasta aquí?

La mirada de Millikan que acompaña la pregunta no solo muestra interés, sino también cierto miedo.

—Jeje, les di esquinazo —dice Bavin—. Pero tampoco quiero demostrarlo públicamente, Lo hago más bien por mí. Hasta ahora solo sé lo que he visto, pero esa percepción puede confundir. Quiero pruebas que pudiera presentar a otros, a un desconocido neutral.

Suena el teléfono. Millikan descuelga.

—No, Mary, no necesita esperarme. Váyase a casa tranquilamente. Nos vemos mañana.

Pausa. Millikan juega con el cable del auricular. ¡Un cable! La técnica que reina aquí tiene, al

menos cincuenta años.

—Sí, ya apagaré las luces y cerraré con llave. No se preocupe, que mañana por la mañana estaré aquí puntual.

Pausa. El radioastrónomo sonríe.

—Lo mismo digo, Mary.

Millikan cuelga y sus labios se estiran en una sonrisa.

—Mary me ha preguntado si tiene que inventarse alguna excusa para sacarle del despacho. Siempre está pensando en mí.

—Ella piensa con usted, eso resulta muy útil. ¿Debo marcharme? Puedo buscarme una habitación por aquí cerca y mañana seguimos hablando.

—No, no es necesario. Será mejor pensar cuanto antes qué tipo de ayuda necesita.

—Las copias de seguridad de las transmisiones de Gex —dice Bavin.

Si dispusiera de los datos originales, sería la mejor prueba de su inocencia.

—Esos los tiene Goldstone —dice Millikan—. Allí también conozco a un par de individuos, pero dudo que me dejen acceder a las copias de seguridad. Al menos, no sin una razón bien justificada.

—Podría contarles mi versión de la historia.

Millikan sacude la cabeza.

—Yo le creo, pero no es algo que deba esperar de la mayoría de mis colegas.

—Pues entonces no se me ocurre nada.

—A mí sí que se me ocurre algo. Igual el destino le ha traído hasta aquí por algo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Me gustaría escuchar con nuestra antena lo que pueda estar pasando en Ganímedes.

Bavin suspira. Cuando se recurre a un radioastrónomo, la solución siempre está en un radiotelescopio. Debería habérselo imaginado. Desde que cayó la sonda, Ganímedes debe estar la mar de silencioso.

—Ya sé qué está pensando, Bavin. Pero solo nos costará un par de horas y, de momento, tampoco se nos ocurre nada mejor que hacer. Acompáñeme; vamos al otro lado, al laboratorio Jansky.



DE LA FACHADA DEL EDIFICIO DE DOS PLANTAS DEL JANSKY LAB SE VAN DESPRENDIENDO TROZOS de pintura blanca. No hay ninguna luz detrás de las ventanas.

—Hoy estaremos solos allí —explica Millikan.

—¿Siempre está esto tan vacío? —pregunta Bavin.

—Qué va. Las nuevas generaciones académicas nos tienen mucho cariño porque aquí aún puede controlarse la antena a mano. En otros laboratorios tienen que presentar sus proyectos online con meses de antelación y luego recoger los resultados descargándoselos de la red. Y el entorno aquí es tan tranquilo que puede uno escribir su trabajo de fin de máster sin molestas interrupciones.

Millikan le sujeta la hoja derecha de la puerta doble abierta. Bavin se limpia las suelas de los zapatos. La lluvia ha reblandecido el suelo.

—¿Y si alguien envía online su proyecto aquí?

Millikan se señala a sí mismo.

—Suelo hacer turnos de noche en la sala de control. Me divierte. Los proyectos de los

estudiantes son a veces la mar de creativos. Y en casa no me espera nadie.

—Estoy seguro de que Mary se ocuparía de usted de mil amores.

—Seguro que sí, pero estoy en contra de mezclar el trabajo con la vida privada. Ya nos vemos durante el día entero. Seguramente ya no sirva para eso. Con más de sesenta resulta difícil acostumbrarse a los defectos de otra persona.

No se equivocó cuando estimó la edad de Millikan. Pero la diferencia no parece tener gran importancia. Ya empieza a notar que podrían ser buenos amigos.

—Por aquí —dice Millikan y señala hacia un pasillo oscuro que huele a la cera del entarimado.

Se encienden unos arcaicos tubos de neón cuando cruzan el pasillo que desemboca en una puerta maciza de acero que recuerda la entrada de una caja fuerte. Millikan saca un juego de llaves del bolsillo y abre dos cerraduras. Entonces baja la barra metálica que sustituye a la típica manilla para abrir la puerta que se abre con un chirrido. En la sala de control se enciende también la luz automáticamente. Aquí la luz es LED y parece todo algo más moderno.

La sala es casi tan grande como la cancha de un pequeño polideportivo, aunque de techo mucho más bajo. Las hileras de mesas repletas de ordenadores parecen convertir la sala en un laberinto. Bavin se adelanta. Le encantan los ordenadores antiguos y esta sería la zona de juegos perfecta para un aficionado a los ordenadores vintage.

—¿Es este un viejo MacPro? —pregunta—. Debe tener, al menos, treinta años ya.

—A decir verdad, no tengo ni idea. El ordenador que utilizamos hoy está ahí al fondo.

Y en efecto, uno de los ordenadores arranca. Millikan conecta las pantallas correspondientes y se sienta en la silla giratoria que hay delante. Con movimientos que delatan muchos años de práctica va abriendo ventanas cuyo significado se escapa a Bavin.

—Voy a ver cómo está el entorno —dice Millikan.

—La lluvia no será un problema, ¿verdad?

—El vapor de agua en la atmósfera influye naturalmente en las ondas de radio, pero apenas nos afecta. La lluvia y, sobre todo, el viento y la nieve interfieren en la recepción solo por sus efectos físicos. La geometría de la antena varía si en algún punto se acumula masa adicional. Pero para nuestros fines está todo perfecto.

Nuestros fines, ajá. Sienta bien no sentirse ya tan solo.



MILLIKAN SE LEVANTA PARA SENTARSE FRENTE A OTRO ORDENADOR.

—Tengo que comprobar la posición de Júpiter —explica, mientras anota cifras en una hojita de papel.

Con la hojita en ristre se sienta de nuevo frente al ordenador de control donde se abre paso a través de menús para introducir al final algunos datos.

—Tenemos suerte. Júpiter estará dentro de una hora a suficiente altura sobre el horizonte y Ganímedes debería haber acabado su tránsito planetario visto desde la Tierra.

¿No es esa una buena señal? Mientras Ganímedes se encuentra frente al disco de Júpiter con su potente campo magnético resulta más difícil captar las ondas de radio que puedan proceder de esa luna. Bavin llega a entender incluso eso. Es una pena que no viniera ya hace un par de días. Si hubiera conocido entonces ya a Millikan, dispondría ahora de suficientes pruebas.

—Siento decírtelo, pero no vas a tener más remedio que esperar un poco —dice Robert en un tono ya más íntimo.

—No me molesta. Solo que no sé a qué estamos esperando.

Robert se ríe un momento.

—¿No es la paciencia algo típico de la ciencia?

Bavin se medio sienta sobre la mesa que tiene detrás y que parece bastante estable. El borde metálico se le clava en el muslo. Busca algo más cómodo a su alrededor. Robert nota su mirada y acerca una segunda silla de oficina. Cuando Bavin se sienta en ella, el asiento desciendo al mínimo. Robert se parte de risa por el fallo. Pero Bavin se limita a estirar las piernas. Así está bastante cómodo.

—Lo siento, no ha sido intencionado —dice Robert.

—Ya me lo imaginé. Pero en lo que respecta al método científico, no hago experimentos sin tesis previa. ¿Cuál es la tuya? ¿O no tienes ninguna?

Seguramente sea lo último, pero le queda la esperanza de que Millikan sea más listo que él. Igual le ha llamado algo la atención que Bavin ha pasado por alto.

—Si que tengo una. Se basa en la suposición de que tienes razón en todo lo que has dicho. Porque si es así, la sonda debe haber sido manipulada justo antes de descender. No sabemos cómo. Cada manipulación tiene, sin embargo, la limitación de la velocidad de la luz. Pero la intervención fue cosas de pocos segundos. ¿Puede así la sonda haber sido manipulada desde la Tierra?

Es una pregunta retórica. Claro que no. Sea quien sea el responsable debe haber estado mucho más cerca.

—La emisora podría esconderse en la órbita de Júpiter —dice Bavin.

Por el brillo y la radiación de Júpiter, una sonda allí sería difícil de detectar si su dueño así lo quiere. Pero eso sería mucho más que una mera manipulación de los datos. Enviar un satélite al exterior del Sistema Solar es aún hoy algo muy caro, aunque se recurra a *start-ups* baratas.

—Yo iría incluso más allá: nuestro amigo podría estar en la órbita de Ganímedes —comenta Robert—. La luna es lo suficientemente pesada como para permitir toda una serie de órbitas distintas y ocultará a cualquier satélite si se hace un poco de esfuerzo en su revestimiento exterior y se mantiene la comunicación muy enfocada.

Construir una sonda que, una vez en el sistema de Júpiter, esté en situación de cambiar a una órbita baja en Ganímedes es ya de por sí un proyecto muy complejo. Quien haya conseguido hacer eso debe tener cierta experiencia en el negocio espacial. Hay menos de veinte empresas en todo el mundo capaces de hacer algo así.

—Desde una órbita baja se tendría realmente un pleno control —dice Bavin.

Pero no sobre un agujero de agua que se abre repentinamente en la superficie de duro hielo. Para eso, la sonda debería también haber aterrizado. La NASA ha pagado casi mil millones para esa misión. Seguro que puede hacerse con menos coste si no se centra uno demasiado en la seguridad como lo hace la administración pública y no se necesita que la política dé su visto bueno a cada decisión. Pero tal y como Bavin entiende el mercado, el límite inferior estaría en una cuarta parte del coste total. ¿Quién se gasta 250 millones de dólares para hacer caer una sonda de la NASA?

—Creo que puedo leer tus pensamientos —dice Robert.

—¿Ah, sí?

—Estás calculando el coste. No tengo mucha idea al respecto, pero tal y como arrugas la frente debe tratarse de mucho dinero.

—Mínimo un cuarto de millardo —dice Bavin.

—Caramba. Eso reduce mucho el círculo de conspiradores.

—Bueno, en el mundo hay más de tres mil personas con fortunas superiores a los mil millones, ¿no es así? Con suficiente dinero se puede subcontratar casi de todo. Los distintos contratistas no tienen por qué conocer el gran plan que se oculta detrás. El conspirador hace construir el satélite en Alemania, lo lanza al espacio con una empresa china, los americanos proporcionan la comunicación y en la India se ocupan del control de misión.

—O la conspiradora —dice Robert.

—¿Qué conspiradora?

—Nada, que bien podría tratarse de una mujer. Una décima parte de los megaricachones esos son mujeres.

—Claro.

Solo quiero evitar que centres demasiado la mente en una empresa de alta tecnología excesivamente atrevida. No conocemos la motivación. La manipulación podría tener incluso un buen fin.

—¿Un científico aficionado que quiere superar a la NASA y a los chinos en la búsqueda de vida en otros rincones del Sistema Solar?

—Algo así, sí. O una científica.

Bavin asiente. Se ha sentido frustrado demasiadas veces ya por el larguísimo tiempo que se toman las agencias espaciales. La tripulación internacional podría estar ya hace tiempo de camino a Encélado, pero está retenida aquí porque los propulsores de nueva creación aún no están homologados. Y no sólo quieren dar su beneplácito los americanos, sino también la Unión Europea y los chinos.

—Okey. Entonces espero que esta persona haya tenido en cuenta el peligro de contaminar un ecosistema extraterrestre.

—Si realmente es tan rico o rica, seguro que cuenta con el apoyo más competente.

—Pero ¿por qué en secreto si lo hacen por un buen fin?

—Esa es solo una de las muchas posibilidades, Bavin. En el fondo, no tenemos ni idea de qué va todo esto.



SUENA UN PITIDO QUE HACE QUE BAVIN DÉ UN RESPINGO. LA SILLA ES TAN CÓMODA QUE SE HA quedado medio dormido. O igual ha sido por ese día tan largo.

—¿Qué ha pasado? ¿Tenemos ya resultados?

Robert está cerca de la pared posterior de la sala de control. Ha bajado la intensidad de la luz del techo, por lo que su cara se ve iluminada sobre todo por la luz de la pantalla.

—No, solo era el aviso de que ha empezado a grabar. Mientras Júpiter estuviera tan bajo en el horizonte no había datos válidos que registrar.

—Oh.

—Ahora contaría con unas tres horas de tiempo de medición —dice Robert.

Bavin mira el reloj que cuelga justo encima de la puerta de acceso a la sala. En tres horas será medianoche.

—No tienes por qué esperar aquí conmigo —dice Robert—. Te doy las llaves de casa y puedes dormir en el sofá.

—Ni hablar. Quiero estar presente cuando lleguen los datos.

—Por mí, vale —dice Robert—. Pero no te alegres demasiado pronto. Igual mi tesis no tiene ni pies ni cabeza. O la emisora ya no está en Ganímedes, o está al otro lado de la luna, fuera de

nuestra vista.

—Vale. Pues cuento con que no encontraremos nada.

A Bavin le cuesta decir eso, pues últimamente no para de llenarse de esperanza. La tesis de Robert le parece ahora muy convincente. Pero también sería posible que se tratara de una intervención única y la sonda que suponen que hay allí ya no tiene nada más que decir. Se pone de nuevo cómodo para continuar echándose una cabezadita.

Pero entonces le ataca una nueva pregunta. La saca del fondo de su mente. ¿Cómo ha logrado el atacante tomar control sobre Gex? Tiene que descubrirlo como sea. Es responsable del software y naturalmente también de su seguridad. Qué pena que hayan borrado todo el código fuente. Ahora no puede reproducir dónde ha cometido el error. Los hackers no son magos. Un fallo, un bug, siempre es condición previa para poder hacer algo en un sistema que los programadores no han tenido en cuenta.



DE NUEVO LE DESPIERTA UN FUERTE PITIDO. BAVIN SE FROTA LOS OJOS. TIENE LA BOCA SECA Y SE pasa la lengua por los labios.

—¿Quieres una cerveza? —le pregunta Robert.

—¡Sí, claro!

Millikan se acerca a un armario blanco, lo abre, saca una botella y presiona el tapón de corona contra el borde metálico de un escritorio. El cierre se abre y Robert le entrega la cerveza. Sabe deliciosa, aunque está algo demasiado fría. No ha acabado de entender esa costumbre americana de beber la cerveza a temperatura de congelador.

—Ese ruidito de hace un momento... —comienza, pero debe eructar.

—El pitido nos ha dicho que la antena ha finalizado el proyecto de medición —le acaba Robert la frase y cruza la sala hasta el ordenador de mando—. Ahora lo pondré a analizar los datos, pero solo tomará unos pocos minutos.

—¿Qué hacías en el ordenador ahí al fondo?

Ojalá no se tome Robert la pregunta como una falta de confianza. Pero se limita a sonreír con cara afable.

—Una pequeña investigación. He buscado a todos los multimillonarios conocidos y luego he intentado filtrar aquellos que puedan resultarnos interesantes.

—¿De entre más de tres mil? —pregunta Bavin.

Hace poco incluso leyó que la cantidad de milmillonarios ya superó los 3500 en 2040.

—Bueno, primero he sacado a los que poseen mil millones justitos. No creo que esos se pudieran permitir algo así. Luego he quitado a todos aquellos cuyo patrimonio sea principalmente inmobiliario. Para hacer algo tan en secreto hace falta disponer de fondos líquidos.

—En efecto.

—Luego hay toda una serie de milmillonarios que o son demasiado jóvenes o son demasiado viejos para algo así. Hablamos de un proyecto que tarda años en ejecutarse. Con 85 ya no se pone uno a invertir en aventuras de este calibre, ¿no crees?

—No lo sé. Nunca he tenido 85 años y nunca he sido milmillonario. Igual esos funcionan de forma distinta.

No deberían menospreciar precisamente a los más viejos. Quien no tiene nada más que hacer con su riqueza, igual hasta le atrae jugar un poco en el espacio.

—Por mi experiencia, la mayoría son gente muy normal, necesitada de reconocimiento y amor —dice Robert.

—¿De qué conoces a los milmillonarios?

—Intenté durante cierto tiempo asegurar la supervivencia de esta instalación mediante donativos. Y así se llega a conocer a la fuerza a alguna que otra persona realmente rica.

—Entiendo.

Robert escribe algo en el ordenador. Bavin se sienta a su lado. De repente, Robert no dice ni mu y se queda paralizado mirando la pantalla. Entonces comienza a escribir a toda velocidad, como si tuviera que ganar algún premio con ello. En la pantalla aparece poco a poco un gráfico.

—¿Qué estamos viendo? —pregunta Bavin.

El radioastrónomo no responde. En su lugar sigue con los ojos como hipnotizado una flecha que se va desplazando con cada segundo que pasa. Entonces acaba en una bola, como si esta la hubiera frenado. Robert pulsa una tecla. La imagen desaparece. Vuelve a teclear a toda velocidad y surge un nuevo gráfico. Muestra la misma flecha, pero parece moverse en otra dirección y choca de nuevo con la bola. Robert tampoco parece satisfecho con ello. Borra la imagen y vuelve a introducir datos. Bavin no puede ver si escribe siempre los mismos o si cambia los datos. La imagen que se forma ahora no se diferencia mucho de las dos anteriores, pero acaba de nuevo con una flecha ancha que acaba tocando la bola y que seguramente represente la Tierra.

—Okey —dice Robert—. Tengo algo que te podría interesar.

—Pues suéltalo ya. —Bavin tiene las palmas de las manos sudorosas. Se las seca en las perneras del pantalón.

—Resulta que sí hay alguien que está emitiendo.

—¡Lo sabía! —salta Bavin.

—Reconoce que no te lo acababas de creer —dice Robert.

Bavin asiente, aunque la barbilla le sigue doliendo. ¿No es esto algo bastante insensato? ¿Alguien ha hecho un esfuerzo tremendo para esconderse y luego se deja pillar por un radiotelescopio?

—Y eso no es todo —dice Robert.

—¿Puedes descifrar también el mensaje de radio?

—No, eso es imposible sin conocer la clave de cifrado. Pero parece que nuestros adversarios intentan ocultar su actividad.

—¿Cómo?

—Las emisiones llegan extremadamente enfocadas. Así que solo pueden captarse bien en determinados lugares.

—¿Cómo es, entonces, que lo hemos descubierto?

—Es físicamente imposible apuntar la señal a esa distancia con una precisión tan exacta como para que la intensidad baje a cero fuera del cono principal de emisión. Con receptores especialmente sensibles se puede medir algo también fuera de ese cono, siempre que se sepa hacia dónde hay que mirar.

Eso suena muy interesante, pero Robert parece estar demasiado seguro de sí mismo.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que se trata de una medida conscientemente aplicada? La antena mide la intensidad solo en un punto. ¿Quién te dice que allí hay un cono? ¿No debería poder captarse también desde otras ubicaciones?

—Si todo fuera estático y no se moviera, tendrías razón. Pero Júpiter y la Tierra se mueven alrededor del Sol, Ganímedes orbita a Júpiter y tanto Ganímedes como la Tierra rotan sobre su propio eje. A ello hay que añadir la órbita del satélite. La ubicación de emisor y receptor varían

constantemente. Lo veo también en los datos de medición que se han ido modificando a lo largo de las tres horas de escucha.

Robert escribe algo en el teclado y la pantalla frente a él muestra una curva de aspecto caótico. No le extraña si hay que introducir tantas relaciones en parte contrapuestas.

—¿Y con todo eso puedes reconocer algo que nos resulte útil?

—Sí, Bavin. He simulado el sistema de Júpiter, Ganímedes y Tierra con sus actuales datos de movimiento. Entonces he comparado las diferencias resultantes en la intensidad con la curva temporal de nuestra medición. La simulación me ha dicho que hay una probabilidad del 78 por ciento de que haya una configuración muy determinada responsable de ello. Tiene este aspecto.

Un par de pulsaciones más y Júpiter ocupa la esquina superior izquierda de la pantalla. La Tierra se sitúa abajo a la derecha. Cerca de Júpiter orbita una manchita pequeña y redonda alrededor de la cual gira locamente un puntito intermitente.

—Ese es nuestro emisor. Las magnitudes no son a escala, evidentemente. Y ahora...

Robert pulsa la tecla Enter y el punto intermitente lanza una flecha que se desplaza hacia la Tierra. Su punta se va haciendo más y más ancha. Y eso no es todo: parece quedarse pegada al hemisferio inferior de la Tierra.

—¿Estoy viendo lo que creo que estoy viendo? —pregunta Bavin.

—Si te refieres a que la sonda apunta con su mensaje hacia el hemisferio sur de la Tierra, sí.

—¿Quieres decir que alguien está en la órbita de Ganímedes y está hablando con alguien en algún lugar del hemisferio sur?

—No en directo, claro, pero eso ya lo sabes, Bavin. Y sí, están intercambiando datos.

—¿No puedes concretar algo más eso del ‘hemisferio sur’?

—Bueno, puedo acotar un poco más la zona. Ya que han enviado en las tres horas de escucha, debe ser una zona visible desde Ganímedes igual que nosotros. Así que el Polo Sur queda descartado.

Robert toca la pantalla y amplía la zona en la que la flecha toca la Tierra. Va de más o menos los 45 grados de latitud sur hasta los 70 grados y se encuentra más o menos a medio camino entre América del Sur y África.

—Allí no hay nada —dice Bavin.

—Tierra firme no; pero con la tecnología actual se puede montar una radioantena potente en un barco. Incluso un entramado de antenas sobre varias islas flotantes.

—Eso es... Tengo que ir...

—Claro, tienes que ir allí. Yo diría lo mismo en tu lugar. Si se tratara de un único barco, al menos, y que seguro que no esperará a que llegues.

—Puedes seguir escuchando y me adviertes si cambian de lugar.

Robert inspira hondo y se lo queda mirando. Claro, está pidiendo demasiado de él. Si se toma el asunto en serio, tendrá que pasarse las próximas dos o tres semanas en el laboratorio, o al menos gran parte del tiempo.

—Está bien, ya veo que es pedir demasiado —dice—. Pero ¿no podrías echar un vistazo cada dos o tres días para comprobar si siguen enviando y hacia dónde?

Su amigo sacude la cabeza despacio.

—Eso es pedir demasiado, pero no por el trabajo aquí. Me gustaría ir contigo. Es una región gigantesca, millones de kilómetros cuadrados. Y ni siquiera tengo una idea de cómo se puede encontrar un barco determinado en pleno océano.

—¿Dices que quieres venir conmigo? Podría ser peligroso.

—Bah, mi hijo no me necesita, no tengo familia y Mary se puede ocupar de las visitas

escolares. Nadie me echará de menos.

—Si tú lo dices...

Un poco de ayuda no le vendría mal, aunque siendo dos llamarían más la atención.

—Las mediciones de escucha puedo controlarlas a distancia—dice Robert—. La instalación ya está pensada para eso. El único problema es Mary. No estará muy entusiasmada, pero tendrá que apañárselas como pueda.

—¿No irá a quejarse ante alguien?

—Noo, Mary seguro que no. Jamás en la vida. Antes me sigue en secreto para protegerme y decirme que no es sano comer pizza.

—Es una buena persona.

—A su manera muy especial, pero sí. ¿Cuándo salimos?

—Cuanto antes.

—Entonces pasamos por casa un momento para poder hacer un poco de equipaje y ya podremos ponernos en marcha.

Bavin bosteza.

—Tampoco hace falta que sea taaaaan rápido. Primero necesito dormir un poco.

—Pues claro. Mi sofá te está esperando. Y salimos mañana por la mañana.

¡Ja! Sí que ha sido buena idea venir hasta aquí. Bavin no contaba con este giro de los acontecimientos. ¿Qué puede hacer con datos viejos de las copias de seguridad, si Ganímedes le está enviando nuevos datos y le está dando incluso un destino?

—¿Qué es lo que envía la sonda en dirección a la Tierra?

—Como te dije, no puedo descifrarlo.

—¿Puedo verlo?

Robert toca algo en el teclado y aparece en pantalla todo un caudal de números hexadecimales. Bavin se acerca con su silla de despacho.

—¿Hay un principio?

—Si lo hubiera, nos lo perdimos. La conexión entre el destino y Ganímedes podría haber comenzado técnicamente media hora antes de que comenzáramos a medir.

Es una pena, pero aún no es un problema. El caudal de datos se divide en bloques, relativamente independientes entre sí. Si uno llega al receptor con daños, puede pedirse que se reenvíe sin tener que descartar todos los datos de golpe. Cuanto mejor es la calidad de la conexión, mayores son estos bloques. Pero aquí son especialmente pequeños; más pequeños incluso de lo que a su parecer sería necesario.

—¿Te has dado cuenta de lo pequeños que son los bloques? —pregunta Bavin.

—No, pero ahora que lo dices...

—Parecen contar con una mala recepción.

—¿Una mera medida de seguridad?

—Puede ser, aunque así tienen que emitir durante más tiempo, lo cual puede llamar la atención. Supongo que no les queda más remedio.

—¿Y eso qué significa?

—O tienen una antena mala, lo cual no me lo puedo imaginar con el carísimo coste de esta operación secreta, o se debe a su posición.

—¿Posición? Quieres decir... Eso sería...

Robert le entiende sin tener que expresarlo en palabras. Trabajarán muy bien juntos. Aquellos a los que están buscando parece que tienen su base por debajo de la superficie del mar, sea en un submarino o en una cúpula en el fondo marino.

—Eso mismo. —Bavin sonríe.

Entonces se le ocurre algo que ha visto antes pero que olvidó de golpe. Estaba relacionado con los bloques. Desplaza el caudal de datos hacia un lado y hacia el otro. ¡Exacto, ahí está! Los encabezados de los bloques contienen, entre otras cosas una referencia al bloque siguiente. Cuando diseñó el software de la sonda Gex se le ocurrió una manera de utilizar estas referencias de forma más sucinta. Aun así, el método funciona con todos los receptores convencionales. Y precisamente aquí vuelve a encontrarse con ello.

¿Hay alguna explicación alternativa? El software de Gex estuvo disponible online. Cualquier programador podría haber visto y copiado su método. Pero no lo había comunicado nunca de forma oficial porque aún pretendía escribir un pequeño artículo sobre ello. Lo tenía planificado para la época posterior al aterrizaje, cuando el trabajo fuera menos estresante. Pero jamás llegó a ello. ¿O será que quien lo haya programado tuvo la misma idea que él? ¿Qué probabilidad hay de eso? Debería recurrir a la navaja de Ockham. La explicación más probable es también la más simple.

—No es una sonda cualquiera la que está comunicándose ahí. Es Gex. La sonda no cayó; más bien es alguien por ahí que pretende que nos lo creamos.



MS Geiranger, 24 de octubre de 2041

VER CÓMO SE SUMERGE EL SUBMARINO LE DA UNA SENSACIÓN EXTRAÑA. TRAS LA EXPERIENCIA de la última inmersión, el capitán Bismo no ha permitido que subieran pasajeros a bordo, y eso a pesar de que la lista de interesados era aún más larga que en el primer intento. Orapin le dijo que casi la mitad de los pasajeros se había apuntado a la lista para el sorteo. Los dos jóvenes, Deborah y la pareja británica ya son considerados a bordo como auténticos héroes. Y es que también vivieron una aventura que no puede pagarse con dinero.

—Nautilus a Ramírez, bajamos según plan a 300, rumbo norte.

—Gracias, Alex.

El buzo profesional no ha querido renunciar a volver a ponerse a los mandos. El médico de a bordo se lo desaconsejó muy efusivamente porque acababa de pasar una descompresión extremadamente larga, pero resulta que nadie conoce el submarino mejor que él. Por eso Adrian logró convencer al capital, quien dio al final su beneplácito.

Isabel se ha quedado sola al mando de la lancha RIB. Tarja le rogó varias veces que la llevara consigo, pero consideró que era demasiada responsabilidad. ¡Si ni siquiera sabe cuidarse de sí misma! Controla la pantalla del radar, que va mostrando el fondo marino que desciende lentamente. A unos doscientos metros más allá, en dirección norte, se puede ver claramente una mancha de curiosas formas que pertenece al Nautilus.

Recupera la cuerda que la une con el pontón, arranca el motor y se aleja.

—¡Ve con cuidado! —le grita Allan tras ella.

Isabel levanta la mano a modo de saludo. El resto del equipo de expedición está con los pasajeros en tierra para hacer una excursión con botas de nieve. La lancha pasa junto a los restos de una placa de hielo en dirección a mar abierto.

CUANDO EL OCÉANO ES LO SUFICIENTEMENTE PROFUNDO, ISABEL LANZA LA SONDA. CON ELLA puede saber en qué dirección deben buscar el origen de la modificación genética. Junto con un mecánico filipino de la tripulación, Adrian desarrolló una especie de test genético rápido que la sonda puede ejecutar de forma autónoma. Con ella pueden saber la proporción de larvas genéticamente modificadas. Cuanto más se acerquen a la fuente, mayor debería ser la cantidad. Eso es al menos lo que espera descubrir Adrian. Isabel no está muy segura de que su oponente se lo vaya a poner tan fácil.

Por otro lado, Adrian está naturalmente en lo cierto cuando dice que de ‘fácil’ no tiene nada.

A fin de cuentas, intentó matarlos en la última estación de distribución. A Isabel no le cuesta nada imaginarse a esa persona como su enemigo por aquello, aunque también podría tratarse de un benefactor de la Tierra, aunque con ideas un poco erróneas.

Adrian así lo cree y esta mañana Isabel se rio de él a gusto por ello.

—Nautilus a Ramírez, pasamos ahora por la zona del accidente.

Accidente..., menudo eufemismo. Alex transmite las imágenes de la cámara. La caja se ha roto en mil pedazos. Ahora debería resultar ya imposible descubrir la finalidad o siquiera el nombre del fabricante.

—Gracias por las imágenes. Las colgaré sobre el camastro como fotos de las vacaciones —dice Isabel.

—Mierda, olvidé hacerme un selfi ahí abajo la otra vez —dice Alex.

—Podremos hacerla la próxima vez. Ups, no, qué pena, el tarje blindado ya no funciona.

—Te equivocas, Isa. Woiciech lo ha reparado ya hace rato. No hay nada que se resista a nuestro mecánico.

—Igual debería ir a verle por mis dolores de cadera —dice Adrian.

—Por un par de miles Woiciech te confecciona una nueva articulación para mañana por la mañana. Solo que tendrás que ponértela tú mismo.

Ahora ya hacen chistes. Isabel no puede evitar acordarse de la hora que pasó de rodillas frente a la caja. Le pareció que era un día entero. Y que todo eso pasara ayer mismo es lo más difícil de asimilar.

—Adrian ¿has averiguado ya quién es el cliente que compró esas cajas? —pregunta.

—No, aún no. La oficina quería enviarme esta información hoy mismo.



—Ramírez a Nautilus: tengo nuevo rumbo para vosotros.

—Ya iba siendo hora —dice Alex.

—¿Qué ha pasado? —bosteza Adrian en el micrófono.

—La sonda ha hallado al fin un vector donde aumenta la concentración.

—Estupendo —dice Adrian.

—¿Nos revelas el rumbo, por favor? —pregunta Alex.

Le pasa los datos. Eso no le gustará al capitán, pues se alejan bastante ya de la costa. Su dirección parece llevarlos directamente al país de nadie entre América del Sur y África, donde no hay absolutamente nada interesante que ver para los pasajeros de un crucero turístico.

—Esto se va a poner interesante —dice Alex.

—¿Por aquello de profundidades ignotas por descubrir? —pregunta Adrian.

—No; más bien porque el de arriba manda y se va a cabrear. Bismo moverá cielo y tierra para no tener que seguirnos.



Un par de horas después, Isabel tirita de frío sentada bajo una gruesa manta, algo deprimida al ver cómo se extiende la niebla a su alrededor. El Nautilus ha descubierto dos cajas más que supuestamente sirven para ir liberando a los nauplius. Pero no se ha acercado mucho e Isabel se imagina muy bien por qué tanta precaución. Si los datos de la sonda son correctos,

siguen por el buen camino. Pero el objetivo parece estar a una distancia bastante mayor.

—Ramírez a Nautilus, ¿podéis oírme?

—Con total claridad —responde Adrian en voz baja—. Alex se está echando una pequeña siesta.

—Pues vas a tener que despertarle. Ya es suficiente por hoy. Voy a llamar al Geiranger para que vengan a recogernos.



HACE RATO YA QUE HA ACABADO LA HORA DE LA CENA DE LOS PASAJEROS CUANDO REGRESAN AL crucero. El capitán los está esperando en persona en la cubierta de expediciones. Isabel ya se temía algo parecido.

Pero no parece querer discutir con ella, sino con Adrian.

—Señor Ochs, tenemos que hablar.

—¿Qué puedo hacer por usted, capitán?

—Acláreles a sus superiores que está a bordo de un barco civil, propiedad privada de la naviera. ¿Lo entiende? ¡Privada! He tolerado su presencia sin estar obligado a hacerlo. Pero ahora tengo que rogarle que no moleste más a nuestros pasajeros que están disfrutando de un crucero por la Antártida.

—Lo lamento mucho, capitán, pero no tengo otra elección. Este es un asunto de relevancia internacional a la que está obligado también el país de origen de su naviera. Si no colabora conmigo, tendré que incautar su nave y relevarle de sus funciones.

—Pero eso sería... —Bismo se frota las manos. Se le nota el esfuerzo por controlarse. De repente da media vuelta y sale casi huyendo de la sala.

—Oh, no deberías haber dicho eso —dice Alex.

—No me ha dejado otra elección.

Isabel suspira. Deben intentar que esta desviación de la ruta resulte apetecible tanto para el capitán como para los pasajeros.

—¿No hay nada por aquí afuera que pueda interesar a los pasajeros? —pregunta Isabel.

—Bueno, un par de cientos de kilómetros en dirección norte nordeste está la isla Bouvet, una roca de no más de diez kilómetros de diámetro que en el lejano pasado estuvo cubierta de hielo —dice Alex—. Hace muchos años que nadie ha desembarcado allí. Podría ser algo especialmente atractivo.



ISABEL YA ESTÁ EN LA CAMA CUANDO ALGUIEN LLAMA A SU PUERTA. LA ABRE EN PIJAMA. ES Adrian, que también lleva el pijama puesto.

—¿Una fiesta de pijamas? —le pregunta sorprendida.

—Tengo la información.

—¿La información?

—De quién ha comprado las cajas incubadoras. La empresa se llama OceanTech.

—No había oído nunca hablar de ellos.

Genial. Se tratará seguramente de una empresa fantasma con sede en un paraíso fiscal.

—Yo tampoco hasta ahora. Así que he pensado que podríamos buscar juntos información al

respecto. A ti siempre se te ocurren las mejores ideas.

Isabel bosteza demostrativamente.

—Porfas, Isa.

—Está bien.

Da media vuelta y se dirige a su escritorio donde enciende el ordenador.

—¿Cómo has dicho que se llamaba? —A esta hora ya no le funciona ni la memoria a corto plazo.

—OceanTech.

Isabel escribe el nombre. Aparecen cientos de resultados.

—¿Es que no lo habías intentado tú ya? —pregunta.

—Ehh, pues no. Creí que sería alguna de esas empresas fantasma.

Pues resulta que OceanTech no lo es. La empresa pertenece a uno de los milmillonarios de la alta tecnología más influyentes del mundo. Fundada en los años 2020, su finalidad es ayudar a evitar la catástrofe del cambio climático con medios tecnológicos. Los historiadores discuten sobre si ha tenido poco o ningún éxito. Pero a mediados de los años 2030 se retiró del mundo público.

Isabel se desplaza por la lista de proyectos que ha realizado OceanTech. Allí: «Estabilización de la producción de krill mediante tecnología genética verde», lee en voz alta.

—Ese es nuestro hombre —dice Adrian—. ¿Cómo se llama?

—Oswaldo Miller.

—¿No es ese multimillonario mexicano que se hizo rico con técnica aeroespacial? —pregunta Adrian.

—El mismo que viste y calza.



Green Bank, 25 de octubre de 2041

—Mira —dice Robert y le enseña una curiosa construcción. Se trata de un embudo rectangular unido a un cuello de unos quince centímetros de longitud. El embudo mide en su salida unos diez por veinte centímetros y es casi tan largo como su antebrazo. Tanto por dentro como por fuera está recubierto de un material brillante. Bavin lo toca. Se trata de lámina de aluminio pegada a cartón. Del extremo inferior del cuello cuelgan dos cables gruesos como si fueran la laringe y el esófago de un cuello humano.

—¿Y esto qué es? —pregunta Bavin—. ¿Vas a construir un androide con cabeza de embudo?

—Este trasto lleva tiempo ya en mi sótano. Lo construí con Martin cuando me visitaba. Fue antes de separarme de su madre. Le encantaba construir cosas de estas.

—Seguro que es un bonito recuerdo —dice Bavin.

Robert ríe.

—Perdona, no he pensado en que no eres especialista en radioastronomía. Es más que un recuerdo. Esta hermosa construcción se llama antena de bocina. En el fondo del embudo hay fijado un receptor LNB para satélites. Es la versión de bolsillo de un radiotelescopio.

—¿Y con eso podremos hacer algo útil? El trasto parece de por sí ya muy primitivo. Perdona mi ignorante expresión.

—En principio sí. Las antenas de radio suelen tener una estructura muy simple. Por eso hubo antes radiotelescopios con cien metros de diámetro que no telescopios ópticos. Solo tenemos que acercarnos lo suficiente al receptor si es que queremos ver algo. El cambio en la intensidad nos enviará en la dirección correcta. Funciona un poco como los dispositivos de detección, que pitan con mayor rapidez cuanto más cerca estás de lo que buscas.

Eso es en verdad sorprendente. Pero Galileo descubrió en su tiempo ya los cuatro grandes satélites de Júpiter con un instrumento primitivo para los estándares actuales.

—Oh, ya me estaba yo preguntando cómo podríamos seguirle la pista a esa gente —dice Bavin.

—De eso me encargo yo. Pero podría ser necesario construir uno bastante más grande. Este de aquí ofrece una amplificación de 23 decibelios y sin duda no será suficiente. Sería mucho más útil disponer de uno con un ancho de embudo de cinco o mejor de quince metros.

—Pues tendremos que fletar un barco bastante mayor.

—Esa es una buena idea. El área que tenemos que rastrear se encuentra en el Atlántico sur y llega hasta la costa del continente antártico. Aquí abajo.

Robert gira un portátil que tiene abierto.

—Voy a por algo de café. ¿Quieres un muffin? Lo siento, pero no tengo nada más en casa.

—¿Te alimentas exclusivamente de esas cosas dulces? Eso no tiene nada de sano.

—Sí, mamá... No; al mediodía me envía Mary siempre algo preparado. Aunque..., a veces tengo la sospecha de que lo cocina ella misma en secreto y solo hace que alguien me lo traiga, porque suele estar mucho más sabroso que la comida de un restaurante.

Robert se levanta y va a la cocina. Bavin oye el típico ruido del molinillo de una buena cafetera. Poco después llega al salón el delicioso aroma a café. Recoge con rapidez la ropa de cama que le dejó Robert y se pone a consultar el mapa.

—¿Seguro que no quieres un muffin? Los meto un momento en el horno y quedan estupendos.

—No, gracias.

Bavin no puede tragar nada dulce para desayunar. Lo que más le gusta es un poco de arroz con una salsa picante. Su madre se lo preparaba siempre. Un suave olor a azafrán con una guindilla picante que le muerda en la garganta es la combinación perfecta. Se centra en el mapa de la pantalla. La región está totalmente vacía.

—Aquí no hay absolutamente nada —dice Bavin.

—No del todo. Hay un par de islillas, pero se trata realmente de las zonas habitadas más alejadas que existen. Nuestro amigo ha elegido muy bien; sobre todo si con ello pretendía mantenerse oculto.

Robert regresa con dos tazas que deposita en la mesa.

—¿Leche y azúcar?

—Café solo, gracias. ¿Qué islas son esas? —pregunta Bavin y toma la taza que Robert le ha acercado. El café está fuerte y amargo, como debe ser.

—Son en su mayoría de origen volcánico y bastante pequeñas. La única isla con aeropuerto es Santa Elena.

—Donde acabó Napoleón.

—Exacto. Pero desde allí hay demasiado trecho hasta la zona que nos interesa. ¿Lo ves? Está a la altura de Angola en África.

—Y seguro que ya has encontrado una alternativa. —Bavin deja la taza en la mesa.

—Primero pensé en empezar desde Ciudad del Cabo en Sudáfrica, o Ushuaia en Argentina. Pero eso supondría un coste demasiado elevado.

—¿Entonces?

—Viajamos a Tristán da Cunha. Aquí. —Robert hace zoom en el mapa hasta que una manchita que parece una cagada de mosca se convierte en una isla casi redonda.

—Dijiste que solo hay aeropuerto en Santa Elena.

—Correcto. Por eso iremos en barco. Desde Ciudad del Cabo tardaríamos unos seis días con el barco de abastecimiento.

—Entonces volamos a Sudáfrica y cambiamos a un barco que nos lleve a Tristán da Cunha. ¿Y luego qué?

—Despacio, despacio. Primero nos presentamos ante el supervisor de la isla. Ya me he encargado de eso. Necesitaríamos unos certificados de antecedentes penales, pero ya le he convencido que somos gente de fiar. Oficialmente buscamos un lugar para instalar un nuevo telescopio que aportaría un par de millones a la isla. Allí hay una montaña que alcanza los 2000 metros de altura.

—¿Mientes al pobre hombre?

—De hecho, hace un par de años que es una mujer.

—Eso da lo mismo.

—Venga ya, no vamos a hacer ningún daño.

Bavin mueve la cabeza hacia los lados.

—¿Dices que no?

—No es eso. El gesto significa que te estoy escuchando. Por mí vale, pero bajo bandera falsa. ¿Y cómo salimos de Tristán para buscar por el mar?

—Alrededor de la isla pescan cangrejos y langostas, tanto con lanchas motoras como con trawlers aptos para alta mar. Alquilaremos uno de esos.

—¿Y los costes?

—A decir verdad, no tengo ni idea. Por algún sitio leí que ganan unas 400.000 libras al año con la pesca. Si lo alquilamos por un mes, deberían estar contentos si les pagamos 50.000 libras.

Cin-cuen-ta-mil-li-bras. Bavin traga. Nunca ha tenido tanto dinero en su cuenta.

—Eso es una cantidad inmensa. Podría llegar a poner cinco mil, pero no diez veces más.

—Llámame loco, pero... he pasado mi vida ahorrando para Martin. Y tienes razón. Ya no me necesita. Yo puedo aportar los 45.000 restantes e incluso un poco más.

—¿Estás loco? ¿Qué hay de tu plan para la jubilación? Seguro que pronto te jubilarás.

—¿Estás diciendo que soy un viejo? La casa donde vivo me pertenece y dispongo de dinero en varios fondos. Bastará. Por otro lado tengo ante mí la aventura de mi vida.

Bavin suspira y toca la pantalla. Tristán da Cunha realmente está en medio del océano. Difícilmente habrá quien les siga hasta allí. Cambia a la red y consulta algunos de los barcos de pesca que hay por la isla. Sí, serían lo bastante grandes para montar encima una antena de bocina. Pero sería mejor no hacerla con cartón.

Okey, lo haremos así —dice—. Para empezar, deberíamos hacer una lista de las cosas imprescindibles que debemos llevar.

—Necesitamos equipo de buceo —dice Robert.

—¿Sabes bucear?

—No, pero ¿qué pasa si nuestro destino está sumergido?

—Yo tampoco tengo ni idea de bucear, así que un equipo de buceo no nos ayuda en nada.

Igual están tratando el asunto demasiado a lo loco. Seguirle la pista los dos solos a una operación que debe costar a saber cuántos millones no tiene nada de realista.

—Podríamos contratar a alguien en Tristán que sepa bucear.

—Entonces ya dispondrá del equipo necesario —dice Bavin—. ¿No había unos drones capaces de sumergirse?

Se acerca el portátil y busca con esas palabras. Y en efecto hay una gran oferta.

—Mira, el Gladius Maxi Z1000 —dice—. Capaz de sumergirse hasta los mil metros.

—Increíble —dice Robert—. ¿De dónde saca el trasto su energía?

—A través de un cable, es decir desde el barco.

—Poco práctico.

—También hay variantes autónomas, pero no pueden descender tanto y su autonomía es reducida. Espera... —Bavin compara un par de ofertas—. No dan más de tres horas de sí y la profundidad es de máximo trescientos metros.

—Pues entonces el modelo con cable. ¿Precio?

—4999 dólares.

Robert se levanta, sale al pasillo y vuelve con la cartera. —Ten, mi tarjeta.

—Necesitaríamos también un dron que vuele. Así podemos ampliar la zona de vigilancia.

—Pues entonces compra cuatro. Los ponemos a volar uno a babor y otro a estribor paralelos al barco y cuando se les acaben las pilas, recurrimos a los otros dos de repuesto.

Suena a un buen plan. Bavin compara un par de modelos también para eso. —El Maverick Maxi de DKI aguanta 90 minutos y no pesa mucho. Cuesta 999 dólares.

—¿Cuánto pesa el dron de inmersión?

—Un momento. —Retrocede unas páginas—. Cuarenta kilos. Eso equivale a... un momento...

—No necesitas convertir al sistema imperial. Soy científico y estoy acostumbrado al sistema métrico. Pero es jodidamente pesado.

—Entre los dos podremos.

—Seguro que sí, pero hay que tenerlo en cuenta cuando reservemos el vuelo a Ciudad del Cabo. O si no, espera. ¿No podríamos hacer que nos suministraran el material directamente a Ciudad del Cabo?

Esa es una buena idea. Bavin mira las opciones de envío. El vendedor suministra a Sudáfrica, pero necesita dos semanas.

—¿Cuándo debería estar el material en Ciudad del Cabo? —pregunta Bavin.

—El 7 de noviembre sale el MFV Lance de Ciudad del Cabo hacia Tristán da Cunha. Esa sería nuestra ocasión. Ya estoy en contacto con la naviera. Hay sitio suficiente para dos científicos y su equipaje.

—Pues está bien. Si reservamos de paso un hotel en Ciudad del Cabo, lo podríamos dar como dirección de envío.

—Pon el Dolphin Beach Hotel. Estuve una vez en él hace siglos.

Bavin busca la dirección, la introduce y envía el pedido.

—Tienes que autorizarlo con tu huella.

Robert toca el sensor de huella y el ordenador lo confirma con un pitido. Dentro de una semana estarán los drones de inmersión y vuelo en Sudáfrica. Bavin no se lo puede creer del todo. Va a volar a Sudáfrica. Nunca en su vida había viajado tan lejos, si no cuenta con los viajes para visitar a sus tíos y tías en Raipur.

—¿Qué te parece la madera de balsa? —pregunta.

—¿Madera de balsa?

—En el barco todo estará mojado. Una antena de bocina de cartón no aguantará nada.

—Tienes razón, Bavin. Deberíamos hacer que nos lo envíen también al hotel, junto con la lámina de aluminio que necesitamos.

—Esas cosas las podemos comprar también allí mismo. Si llegamos con una semana de antelación, nos sobrará siempre para los preparativos.

—También bien pensado. Pues deberíamos empezar el 1 de noviembre. Necesito una copia de tu pasaporte para poder reservar los vuelos y para presentarnos ante la supervisora de la isla.

Pero Bavin no lleva el pasaporte encima. Es decir, que no tiene más remedio que regresar a su casa. Bavin se pasa la mano por la frente. No le gustaría enfrentarse de nuevo a sus perseguidores. Si aparece por su casa seguro que se enteran.

—¿No podríamos hacernos con un pasaporte falso? —pregunta—. En las pelis parece algo muy sencillo.

—No conozco a nadie que venda algo así. ¿Tu sí?

—No. Solo que tengo miedo de que vuelva a estar bajo su radar si aparezco por mi casa.

—Haremos lo siguiente: vamos juntos a Dallas y allí buscamos a alguien que podamos enviar a tu casa y que pueda hacerme llegar tu pasaporte sin llamar la atención. ¿Qué te parece?

Uff. Suena a película de James Bond. O mejor, Misión Imposible. Ese rol no encaja para nada con la imagen que tiene de él mismo. Pero podría funcionar.

—Pues pongámonos en marcha cuanto antes.

—Salimos mañana por la mañana.

—¿Por qué mañana? Si ni siquiera es aún mediodía. Hoy podríamos hacer ya la mitad del trayecto.

—¿En serio quieres ir en coche?

—Si vamos en avión, mi nombre aparecerá en la lista de pasajeros. Para eso voy en persona a mi casa.

—Tienes razón, en coche pues. Pero también será suficiente con salir mañana. Quiero enseñarte algo más en el Jansky-Lab. Además, me quiero despedir personalmente de Mary. Se lo merece.



EL AIRE ES FRESCO Y HÚMEDO, PERO YA NO LLUEVE. BAVIN SE ENVUELVE ALREDEDOR DEL CUELLO la bufanda que le ha traído Mary. Había salido ya del centro de visitas cuando salió corriendo tras él con la bufanda para que no cogiera frío.

Ahora estarán seguramente los dos sentados en el despacho del fondo. Robert no le ha pedido que saliera, pero cuando dijo que iba a dar un paseo tampoco se lo impidió. Y tampoco está nada mal conocer un poco mejor el observatorio de Green Bank. Ahora mismo pasa junto a varias grandes antenas parabólicas. Un rótulo le revela que se trata del interferómetro de Green Bank, abreviado a GBI, cuyas antenas miden 85 pies de diámetro y que con él se identificó en 1974 el gigantesco agujero negro de Sagitario A*, el oscuro corazón de la Vía Láctea.

Un corazón oscuro, qué poético. ¿Quién habrá redactado estos textos explicativos? Ante el ruinoso aspecto que reina por todas partes, los rótulos parecen asombrosamente nuevos. Sigue caminando con el corazón oscurecido hasta alcanzar la siguiente antena. El telescopio Tatel, posteriormente parte del GBI, lleva aquí ya más de ochenta años. Su constructor, Howard Tatel, utilizó como modelo de su diseño el bol de frutas de su esposa. Más tarde, el radioastrónomo Frank Drake comenzó a buscar con él señales de civilizaciones extraterrestres. En 1961 presentó también en este observatorio por primera vez su famosa fórmula con la que se puede calcular cuántas civilizaciones inteligentes debe haber en la Vía Láctea.

Mientras Bavin lee el rótulo, cree oír la voz de Robert. Sigue caminando y se imagina como el radioastrónomo explica las distintas variables de la ecuación. Entonces se encuentra con una parabólica claramente más pequeña. Seguro que Robert habría interrumpido aquí la visita. Bavin lee la descripción.

Se trata del radiotelescopio Reber. No había oído jamás ese nombre. Mide unos diez metros. El ingeniero de radio Grote Reber lo construyó con sus manos en su patio trasero en Wheaton, Illinois, en 1937. Reber tuvo con él tanto éxito que el telescopio fue trasladado finalmente al Green Bank como monumento.

1937. Hace más de cien años de eso. Incluso los hijos y nietos de Reber estarán ya muertos.

Su reloj vibra. Han transcurrido 45 minutos. Y eso que aún no ha llegado a la antena principal, con sus cien metros de diámetro. Pero Robert le ha pedido que estuviera en noventa minutos en el Jansky-Lab y siente demasiada curiosidad como para hacer esperar demasiado al astrónomo.



Bavin alcanza el edificio plano sudando y con cinco minutos de retraso. No ha tenido en cuenta la distancia entre el centro de visitas y el laboratorio. Robert está ya esperando frente a la puerta.

—¿No te podías desprender de las antenas? —le pregunta.

—Son realmente impresionantes. Me imagino la cara que podría alguien de la prehistoria ante estas máquinas.

—No hace falta que te alejes tanto en el pasado para eso. Incluso Maxwell o Kelvin se hubieran quedado boquiabiertos.

—¿Qué tal ha ido con Mary?

Robert hace una mueca.

—Digamos que no ha resultado fácil.

—¿No quería dejarte ir?

—¡Al contrario, se empeñó en venir con nosotros! Se me ha puesto casi de rodillas. No sabía que habla español y francés. Pero eso no nos ayudará y no estoy dispuesto a exponerla a un peligro de este tipo.

—¿Y no sería también un problema que os marcharais los dos? ¿Quién haría las visitas?

—Para eso contrataríamos a un alumno de doctorado. Conozco algunos jóvenes científicos que estarían encantados de poder pasar un tiempo ilimitado con el radiotelescopio y, además, con un buen salario.

¿Y si se llevaran a Mary con ellos? Irán a lugares, como barcos, donde se contrata principalmente a hombres. Igual Mary podría conseguir algo allí donde ellos fracasen. Y la administración de Tristán está también en manos de una mujer.

—Igual tampoco sea mala idea —dice Bavin.

—¿Contratar al alumno de doctorado? Entonces, Mary sí que afilará sus cuchillos. Le he prometido que puede hacerse cargo de todas las visitas escolares.

—No, me refiero a que Mary nos acompañe. Venga, que somos dos viejos oxidados con muy poco encanto.

Bavin no ha ni cumplido los cuarenta, pero ya ha visto como mucha gente le rechaza por su aspecto exterior. Sus bisabuelos vinieron a los Estados Unidos desde el sur de la India. El tono oscuro de la piel se ha conservado a lo largo de las generaciones. En una isla llena de colonos ingleses y blanquitos..., allí Mary encajaría mucho mejor. Y su inglés incluso tiene cierto acento británico.

Robert inclina la cabeza a un lado.

—¿Lo dices en serio? ¿No lo complicaría todo demasiado?

—Basta con comprar un billete más de avión y una cama más en el hotel, por lo demás...

—¿Y la gente que te persigue? ¿No expondremos a Mary a un riesgo adicional?

—Eso es verdad. ¿Se lo has contado?

—Más de una vez.

—¿Y aun así quería venir con nosotros?

—A toda costa.

—Hm. Es mayorcita y en situación de tomar sus propias decisiones. Deberíamos aceptarlo.

—Bueno, si tú crees que...

La cara de Robert se ilumina. Parece que este cambio de decisión le proporciona mucha alegría. Igual aprecia a Mary mucho más de lo que quiere aceptar. Pero eso es algo que a Bavin no le incumbe.

—Ahora ven, que quería enseñarte algo.

—Psssst.

En la sala de control, Robert apoya un dedo sobre los labios. Bavin se da cuenta de por qué, cuando el astrónomo da la vuelta a un escritorio y deja libre la visión hacia el ordenador de mando. Allí hay alguien durmiendo con el torso sobre la mesa. Seguramente un becario que se ha pasado la noche trabajando. Bavin sigue de puntillas a Robert, que acaba de encender otro de los ordenadores de museo y que arranca ahora con traqueteo de discos duros.

—Gex ha enviado todos los bloques por duplicado o incluso más veces —susurra.

—El receptor debe trabajar realmente en condiciones muy precarias.

—Sí, pero eso me ha permitido reconstruir en parte los bloques. No todos, igual solo una tercera parte, pero si me dices cómo descifrarlos, podríamos oír lo que la sonda está diciendo.

¡Eso es fantástico! ¡Gex no solo ha sobrevivido a la caída, sino que incluso pueden seguir sus transmisiones!

—He creado un proyecto para que la antena utilice cualquier oportunidad que haya de observar Júpiter y Ganímedes —dice Robert—. Así que seguiremos recibiendo datos en el futuro.

—Eso es genial. Mira, este es el algoritmo de descifrado.

Bavin explica a Robert el procedimiento que utilizó. Es una ligera variación de los protocolos de la NASA que aún domina aquí la tecnología. Juntos modifican el código fuente en los lugares necesarios. El becario, que se ha despertado por sí solo al cabo de un rato, les echa una mano. Domina la vieja tecnología mejor que Bavin.

—¿Hacemos que se descifren los datos ya disponibles? —pregunta Bavin tras generar de nuevo el programa.

Robert asiente.

—¿Puedo mirar? —pregunta el becario, que según ha podido averiguar Bavin se llama Peter Hokum.

—Claro. Y gracias por tu ayuda. Pero no puedes decírselo a nadie.

Peter asiente varias veces con vehemencia. Bavin pone en marcha el programa con los datos reconstruidos por Robert. Por la pantalla se desplaza una barra de progreso. Al cabo de tres minutos, el ordenador comunica haber finalizado. El resultado es un archivo de texto. Bavin lo abre.

T … 270.
t … 6797902323
T … 270
t … 6797902326
T … 270
t … 6797902329
T … 270
t … 6797902332
T … 270
p … 1,101
pKs … 8.75
t … 6797902335
T … 271
t … 6797902338

T … 271
pKs … 8.76
t … 6797902341
p … 1,102

—Muy interesante —dice Peter, que se marcha de nuevo al ordenador de mando—. Tengo que preparar otra observación.

—Reconozco que esto tampoco me dice mucho —dice Robert.

—Yo también esperaba algo más inteligible —dice Bavin—. Gex podría contarnos qué aventuras está viviendo allí arriba y quién ha estado a punto de matarlo. Pero parece que eso es algo que tendremos que descubrir por nuestra cuenta.

—¿Los números no te dicen nada?

—Parecen ser el estado actual de los sensores de entorno —dice Bavin—. El valor t es la hora del sistema, seguramente en segundos. Cada tres segundos comunica la temperatura en grados Kelvin. Está ligeramente por debajo del punto de congelación.

—¿No es eso demasiado caliente? ¿La superficie de Ganímedes no está a 180 grados bajo cero?

—En la superficie sí. Pero los océanos son líquidos, así que allí no puede hacer tanto frío.

Lo más raro es el valor p. Esa pequeña «p» indica normalmente la presión. Pero 1,1 atmósferas, eso sería prácticamente la presión terráquea. Los océanos de Ganímedes están bajo muchos kilómetros de hielo. La presión allí debería ser mucho mayor.

—Pero ¿es que la sonda puede llegar a esos océanos? —pregunta Robert.

—Ese es el problema. ¿Ves el valor de presión? Gex debe estar muy cerca de la superficie. Pero allí no hay agua en estado líquido. Al menos, no que sepamos.

Recuerda bien ese agujero de agua que se abrió debajo de Gex justo antes de caer. ¿Entonces no se trata de un efecto óptico? ¿Cómo pudieron equivocarse tanto las demás sondas? La existencia, expansión y posición de los océanos se deducen del campo magnético de la luna sin necesitar perforarla. Los datos se han considerado siempre muy claros.

—¿No debería congelarse el agua ya a dos grados bajo cero? —pregunta Robert.

—No, ¿ves el valor pKs? Nos dice la acidez del medio. Este es más bien alcalino. El contenido en minerales hace que el punto de congelación baje como el anticongelante del agua para el limpiaparabrisas.

Bavin esperaba valores más altos para Ganímedes; es decir un agua incluso más alcalina. Este valor sería más ventajoso para la aparición de vida, pero los planetas no se atienen normalmente a lo que resulta adecuado para la vida. Más bien funciona al revés: es la vida la que se adapta a las circunstancias del entorno hasta soportarlas. Los océanos, debajo de toda esa corteza de hielo en Ganímedes, tampoco tienen elección. Arañan desde hace miles de millones de años el fondo rocoso y rico en minerales que los delimita.

t … 6797902344
T … 270
pKs … 8.76
t … 6797902347
T … 270
p … 1,101
t … 6797902350
T … 271
pKs … 8.77

Ev … 0,0011
t … 6797902353
T … 270
Ev … 0,0012
t … 6797902356
T … 270
Ev … 0,0011

Bavin sigue leyendo un poco más.

—Normalmente se protocolizan solo los valores que cambian —explica—. Pero con la temperatura es distinto.

—Allí arriba, la temperatura es importante para la supervivencia —dice Robert—. Si hace demasiado frío, la sonda se congela, ¿no?

Esa es una interpretación interesante. ¿Se trata entonces de la supervivencia de la sonda? Todo esto no tiene mucha lógica. La temperatura no cambia con tanta rapidez. No en Ganímedes. A no ser que...

—Podría ser que la sonda se esté moviendo por ese medio alcalino —dice—. Por eso no para de medir la temperatura. Si empieza a hacer demasiado frío, da media vuelta.

—Es una idea interesante, pero tú mismo dices que debe estar en la superficie.

—Sí, y eso me confunde bastante, ya que por la intensidad de la luz Ev parece estar en la superficie. 0,001 lux, eso es lo que se tiene en una noche clara y estrellada.

—¿Y el breve aumento de Ev? —pregunta Robert.

Eso también ha llamado la atención de Bavin.

—Estaba a punto de decir algo de una estrella fugaz, pero es imposible. Me temo que no lo sabremos nunca.

—¿No has programado tú mismo esta transmisión de datos?

Ese es el típico error de muchos legos en la materia. El software de mando para las sondas ha sido programado conjuntamente por mucha gente ya desde el milenio pasado. Lo que funciona no necesita ser reinventado constantemente de nuevo.

—Yo era responsable del código completo, pero no lo he escrito todo yo mismo —explica Bavin.

—Me refiero a que si no podrías modificar el programa de forma que nos dé más información que no solo estas aburridas cifras.

—Igual podría hacerlo, si tuviera acceso a mis cuentas en el JPL. Pero la pregunta es si eso nos serviría de algo. Gex no es una persona. La sonda posee distintos sensores, y lo mejor que puede hacer es enviarnos los valores actuales de medición de esos sensores. No puede contarnos nada de lo que está experimentando. No puede convertir los datos en imágenes. Por eso quiere la NASA enviar una tripulación entera a Encélado, en lugar de una sonda robotizada.

—Espero con ansia los resultados —dice Robert—. Los datos de la misión Lifefinder fueron espectaculares. Lo estuve siguiendo en directo. ¿Sabías que mi hijo trabajó en Control de Misión?

No, Bavin no sabía eso. ¿Es ese el motivo por el que Robert le ayuda? El paralelismo llama la atención; por edad, género, trabajo... Pero no comenta nada. No hace falta preguntarlo todo. Probablemente ni siquiera Robert sea consciente de sus motivos.

—Déjame adivinar; tú le conseguiste ese trabajo.

—Supe de su madre que se había presentado como candidato y llamé a Carlos, que entonces trabajaba en las oficinas del DSN en Madrid, y le pedí que lo recomendara.

—¿Carlos Fuentes?

—Sí, ¿le conoces?

—Claro que sí. Estuvo un tiempo en nuestro equipo.

—No es posible. Siempre me dijo que no se marcharía nunca de Madrid.

—Pues se equivocaba. ¿No te dijo nada?

Robert no responde. Parece que esta última pregunta le ha afectado.

—Bueno, el JPL está también muy alejado del observatorio —dice Bavin.

—En efecto —dice Robert.

Bavin se muerde el labio. Eso ha sido inesperado. No le gusta nada ver a otras personas infelices. Por eso siempre hacía payasadas de niño en casa, cuando su madre se enfadaba con su padre. Como niño no llegó nunca a saber los motivos. Fue solo más tarde que un tío por parte de madre le confesó que su padre solía correr mucho tras faldas ajenas. Pero para su madre, el divorcio nunca fue una opción.

Se centra de nuevo en el protocolo que ha enviado Gex a la Tierra. Está bastante seguro de que esta forma de transmisión de datos no estaba prevista. La sonda parece prescindir totalmente de fotografías. ¿Fallan todas las cámaras? ¿Y qué hay de los espectrógrafos? Sigue repasando la lista de aspecto interminable. En las largas series de valores de temperatura, que oscilan constantemente entre 270 y 271 grados, es fácil pasar por alto los cambiantes valores de los demás sensores. Se desplaza unos buenos diez minutos por la lista antes de descubrir una nueva variable.

t … 6797902941
T … 270
U … 0,45
t … 6797902944
T … 270
U … 0,48
t … 6797902947
T … 270
U … 0,61
t … 6797902950
T … 270
U … 0,60
t … 6797902953
T … 270
U … 0,51
t … 6797902956
T … 270
U … 0,44

La secuencia continúa durante un rato. Bavin arruga la frente.

—¿Has encontrado algo? —pregunta Robert, que debe haberse percatado de su expresión.

—Pues sí, en efecto. Gex notifica aquí de repente una tensión. No estoy muy seguro de dónde está el detector, pero no tiene sentido interpretarlo como tensión del sistema. Esta está alrededor de los 24 voltios. Debe tratarse de valores externos.

—¿Qué podría ser? ¿Qué proceso podría generar tensión eléctrica en Ganímedes?

—Muchas reacciones químicas. La sonda se mueve por el agua, eso es al menos lo que creo, donde cada ion desprendido se interpreta como tensión.

—Pero ¿medio voltio? Para eso hace falta bastante más que un ion. Y por lo demás parece que la tensión ha estado todo el rato a cero.

—En esto tienes toda la razón, Robert.

Bavin no puede decirle mucho más. Algo genera ahí fuera tensión, y en cantidades variadas. Escribe los valores en una tabla y genera con ella una curva. En pantalla aparece una función senoidal, aunque con período que no para de fluctuar, mientras que la amplitud permanece constante.

Robert carraspea.

—¿Sí? —pregunta Bavin.

—Nada. Perdona, no quería molestarte.

—No molestas. —Bavin introduce más cifras y la curva se alarga hasta romperse. El archivo de registro vuelve a mostrar la conocida secuencia de t minúsculas y mayúsculas.

—Para mí eso parece una modulación de frecuencia —dice Robert—. ¿Lo ves? La longitud de las oscilaciones varía constantemente.

No cabe duda de que la frecuencia cambia. Pero también es una modulación, es decir una variación consciente y, en consecuencia, algo más que una casualidad. Hay muchos procesos químicos que transcurren de forma casual y generan una señal con apariencia de frecuencia modulada. Bavin repasa los valores. Llama la atención que nunca superan los 0,7 voltios y, si no bajan del todo a cero, tampoco se quedan por debajo de los 0,4 voltios. Eso es más difícil de explicar solo con procesos químicos. Sobre todo, la consecuencia con la que sucede. ¡Ni una sola vez en 800 líneas con valores V sin cambios! Realmente parece que haya una intención detrás.

—La modulación de frecuencia no es muy eficiente, pero sí segura —dice Robert, que naturalmente sabe muchísimo sobre cosas relacionadas con radio—. La altura de las oscilaciones no tiene importancia, por lo que no necesitamos medirla con exactitud. Lo importante es la distancia entre los valores máximos.

Eso lo tiene Bavin muy claro. Solo que no entiende por qué alguien en Ganímedes quiere comunicarse mediante cambios de tensión. La sonda Gex no ha sido construida para eso y allí arriba no hay nada más que Gex. Vuelve a recordar el agujero de agua que vio con sus propios ojos. Al menos se parecía a un agujero de agua, y ¿no había ondulado algo la superficie con el chorro del propulsor? Lo descubrió él mismo mediante los datos del radar.

Pero un agujero no se comunica. La mejor explicación sería otra sonda espacial, por muy fuera de lugar que parezca eso.

—Eh..., ¿puedo decir algo? —pregunta Robert.

—Claro.

—Pareces tan inmerso en tus pensamientos, que no quiero molestarte. Si tenemos aquí un caudal de datos de frecuencia modulada; si lo tuviéramos, quiero decir..., ¿no deberíamos intentar descubrir qué es lo que nos está diciendo? El mensaje tampoco puede ser tan largo.

Bavin se incorpora y estira la espalda dolorida. Se le están durmiendo las extremidades maltratadas por la explosión.

—Es verdad. Escuchémoslo. —Amplía la representación de la curva y la normaliza a una amplitud máxima de uno. —Descartamos ya que se trate de código morse. Hay más de tres valores que van cambiando.

—En efecto. ¿Y si en la frecuencia se ha codificado el volumen?

—¿Quieres decir como en la voz o la música?

—Sí, pero sin altura de tono.

—Lo sabremos en seguida. Un momento.

Bavin transforma la curva en una especie de notas y la envía a un software de música para escucharlo por el altavoz del ordenador.

—Yos oj xeb allo.

Eso podría ser una frase, pero en una lengua desconocida o sin acento alguno.

—No es eso —dice Robert—. Necesitamos otra forma de interpretación.

—Espera un momento. No hace falta que sea automáticamente inglés. ¿Por qué esperáis siempre que todo el mundo hable inglés con vosotros?

Robert ríe. —Okey, punto para ti. Pero suena realmente a lenguaje humano.

—Piensa que no tiene acento alguno. Di cualquier cosa siempre con la misma altura de tono y sonarás como un robot o un extraterrestre. Llama a Mary. Igual a ella se le ocurre algo. ¡Al menos habla más lenguas extranjeras que nosotros!

—Buena idea.

Robert se levanta y camina hacia un teléfono antiguo que cuelga de un cable. Los móviles están prohibidos aquí.

—¿Mary?

Pausa.

—Bien, gracias. Quería pedirte que escucharas algo.

Pausa.

—Genial. Un momento.

Robert se trae el auricular, pero solo alcanza la mitad del camino por la corta longitud del cable. Bavin intenta levantar el ordenador para acercárselo, pero pesa demasiado.

—Ponlo bien alto —dice Robert.

—Okey.

Bavin sube el volumen al máximo.

—YOS OJ XEB ALLO.

Suena un poco como invocando al demonio en una película de terror. Bavin siente un escalofrío por la espalda.

—¿Has oído eso? —pregunta Robert por el teléfono.

Pausa.

— Ah, entiendo. Pondré el modo manos libres.

Robert va al teléfono en la pared y pulsa una tecla.

—¿Puedes repetir lo que me has dicho?

—¿Que me llevéis con vosotros porque si no fracasaréis con vuestra falta de dominio de idiomas?

—No, la frase anterior, Mary.

—Está bien. Dije que suena a español, pero al revés. Como en esas películas de miedo en que reproducen viejos discos en la dirección contraria.

—¿Has oído eso, Bavin? —pregunta Robert.

Bavin asiente y ya está reordenando la tabla. *Los primeros serán los últimos.*

—Listo —dice cuando acaba—. Lo reproduzco.

—*HOLA BEX YO SOY*.

—¿Qué te decía? —pregunta Mary por el altavoz—. ¡Es español! ¡Lo sabía! ¿Os dais cuenta de que me necesitáis?

—¿Y qué significa? —pregunta Robert y Mary lo traduce al inglés:

—Hola, Bex. Yo soy.

—¿Cómo dices? —insiste Robert.

Mary repite pacientemente esas sorprendentes cuatro palabras españolas.



MS Geiranger, 25 de octubre de 2041

Uff. Isabel arrastra la batería de recambio hasta el borde del pontón. ¿Qué pasaría si la dejara caer simplemente en la lancha? La batería tiene bordes redondeados, así que no llegarían a dañar el fondo. Sobre la batería pone en letras grandes «Tratar con cuidado», pero luego se pasará horas con ella saltando de ola en ola. Estaría bien que la batería aguantara las sacudidas.

Isabel mira a su alrededor, pero no hay nadie por ahí que pueda ayudarla. Suspira. Ahora tiene a la tripulación en su contra. Ni siquiera Allan le echa una mano. Solo Orapin habla con ella, pero en secreto, cuando los demás no se dan cuenta. En la cantina se sienta en la mesa con Tarja, Adrian y Alex.

Baja a la lancha, se gira hacia el pontón y se acerca la batería lentamente. Resbala con un chirrido por el canto de goma de la borda y luego ya no puede frenarla, por lo que cae dentro de la lancha. Justo sobre su tobillo.

—¡Ayy!

Nadie la consuela. Pero bueno, ella lo ha querido así. También puede entender a la tripulación. Por su culpa tienen que intentar entretener a los pasajeros con bingo, yincanas y karaoke. Ayer atravesaron el círculo polar, pero en dirección incorrecta, aunque al menos sirvió para un festivo bautizo de hielo. Para la tripulación de expediciones es sin duda de lo más aburrido. Los que se alegran un poco son los empleados detrás de la barra del bar y en los restaurantes especializados o en el spa, donde han aumentado los ingresos. La valoración media de los clientes está en un cómodo 4,2, según le ha confesado Orapin, lo cual es de por sí una buena noticia. Parece que, a gran parte de los pasajeros, las excursiones resultan menos importantes de lo que pensaban.

Se sienta y se frota el pie. Brilla el sol y el mar está tranquilo. Eso, al menos, son buenas perspectivas. Se quita la bota de goma derecha y el calcetín. Tiene la piel del tobillo enrojecida. Allí le saldrá un buen moratón. Se masajea la articulación. Por suerte no se ha roto nada. Cuando ya se ha vuelto a vestir del todo, conecta la batería al motor. Eso le dará alrededor de un tercio más de autonomía, no solo a su lancha RIB, sino también al submarino, que puede recargar energía con ella. Igual así pueden encontrar su objetivo con mayor rapidez.

Isabel se inclina por la borda para mirar la línea de flotación. Está algo por debajo de lo normal, pero no por debajo del máximo. Esta lancha transporta normalmente hasta doce pasajeros que no suelen ser todos precisamente delgados. Así que bien puede aguantar una batería de recambio. Toma nota mental para mañana.

—Isabel a Nautilus, ¿podéis oírme?

—Sí, pero tu voz suena como... —comienza Adrian.

—Se me acaba de caer la maldita batería sobre el pie.

Lo lamenta, pero alguien tiene que escuchar sus quejidos y protestas.

—¡Oh, vaya! ¿Te has roto algo? ¿Debemos volver?

Adrian parece preocupado de verdad; incluso pone la misión en segundo lugar. Eso es de agradecer. Al menos uno que no la odia.

—No, todo bien, solo un hermoso moratón. Salgo ahora hacia allá.



POCO ANTES DE MEDIANOCHE ESTÁN LOS TRES SENTADOS EN LA CANTINA. ESTÁN COMPLETAMENTE solos, excepto el cocinero filipino, que tiene turno de noche y está sentado detrás del mostrador jugando con una tablet. Isabel lo ha intentado dos veces, pero no logra entablar una conversación. Así que come en completo silencio su sopa de cebolla francesa. Resulta muy agradable notar el líquido caliente bajando por la garganta hacia el estómago. Ya no siente tanto frío, pero parece como si su cuerpo hubiera adoptado la temperatura ambiente a pocos centímetros sobre la superficie del agua.

Alex corta trozos de su filete. Adrian se toma un curry con lentejas y patatas. Parece picante, porque lo acompaña con frecuentes trocitos de pan. Su cabeza está tan roja como siempre, así que no revela nada en particular. Isabel oye el raspado del tenedor de Alex, los ruidos de deglución de Adrian y la lejana musiquilla de la tablet del cocinero.

Probablemente sea mejor abandonar la búsqueda. Esa idea le ronda la cabeza ya desde esta mañana. No es que sea muy racional, pues nada ha cambiado. La sonda sigue mostrando que van por el buen camino. Detectan cada día una o dos de esas estaciones de liberación de larvas. Pero ¿quién les dice que existe esa base que se supone que están buscando? Miller podría también haber pasado por aquí con un carguero lleno de contenedores. Igual se esconde en la Patagonia, o en Sudáfrica. Con un hidroavión estaría aquí en cuestión de un día. Por logística sería más sencillo montarse una base en tierra firme.

Igual se ha dejado arrastrar por la lógica de los agentes secretos. Pero esto no es una peli de James Bond y Adrian solo tiene licencia para mirar expedientes.

—Vamos a dejarlo —dice.

El cuchillo de Alex cae sonoramente sobre el plato.

—¿Estás loca?

—Yo lo diría de otra forma, pero me sumo en lo conceptual —dice Adrian y le da un mordisco al pan.

—No nos lleva a ningún sitio —dice Isabel—. Excepto a tener a toda la tripulación cabreada.

—El capitán no parece estar ya tan enfadado tras haber visto la facturación a bordo —dice Alex.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta Isabel.

—Me lo dijo antes Orapin.

Vaya, la única amiga que le queda a bordo no tuvo tiempo antes para atenderla, debido a una cita urgente. Así que la cita era Alex. Isabel se fuerza a alegrarse por los dos. El mundo es un pañuelo, sobre todo a bordo.

—Y parece que mis jefes ya le han explicado a la naviera que no hay alternativa —dice Adrian con la boca llena. Traga y sigue hablando—. Por mi parte no veo motivos para suspender la búsqueda. Dado que...

Hace una pausa, coge una servilleta y se limpia a fondo la boca. La deja arrugada sobre el plato vacío.

—Una copita de licor iría ahora de maravilla —dice.

—¿Dado que...? No acabaste la frase —dice Isabel.

—Dado que tengo noticias de Oswaldo.

—¿Y nos lo dices ahora? —pregunta Isabel.

—Hablé antes con mi oficina. Han descubierto que nuestro amigo ha comprado una pequeña naviera en Sudáfrica a través de una de sus empresas fantasma. Se llama Ovenbrick Agencies.

—Qué nombre más raro.

—Igual es el apellido de su fundador. Pero la empresa no sabe que ahora pertenece a Miller. Oficialmente se trata de una empresa de los Países Bajos.

—¿Y a qué se dedica Ovenbrick? —pregunta Isabel.

—Pues yo también tenía curiosidad por saberlo —dice Adrian—. Tienen dos barcos con los que transportan mercancías, aunque también aprovechan una licencia de pesca. En el Atlántico Sur.

—Justo por donde estamos dando vueltas.

—Sí, aunque se mueven bastante más al norte. Suministran, por ejemplo, a Tristán da Cunha casi en exclusiva.

—¿Y eso qué es? —pregunta Alex.

—Una isla en medio del Atlántico Sur y que pertenece a Gran Bretaña.

—¿A qué distancia está de aquí? —pregunta Isabel.

—Un par de miles de kilómetros —responde Adrian.

—Hasta allí no vamos a llegar en absoluto.

—Tú espera; a saber... —Adrian sonríe y se frota las manos—. Mis compañeros y compañeras de la oficina han seguido los últimos viajes de los dos barcos de Ovenbrick. Cada barco tiene un dispositivo de seguimiento, el llamado AIS. Con el envían constantemente información sobre su posición, lo cual evita colisiones y resulta útil en caso de problemas. Es un estándar mundial.

—¿Y no se puede apagar? —pregunta Isabel.

—Se puede. Pero los barcos civiles pueden tener problemas luego con el seguro.

—Seguro que Ovenbrick le habrá sacado una buena tajada a Miller por eso.

Seguro que Oswaldo no será tan fácil de localizar.

—Pues parece que tienen a un gerente la mar de listo. Según los AIS, los dos barcos han estado de camino hacia Tristán da Cunha. El sistema estuvo siempre conectado.

—Pero Miller no estará en la isla.

—No, Isa. Si uno se mira los datos con detenimiento resulta que no son idénticos, porque habría llamado la atención, pero sí que van exactamente sincronizados. Parece que ambos barcos han estado cruzando el Atlántico a poca distancia uno de otro y a velocidad siempre exacta. Y eso les ha parecido de lo más sospechoso en la oficina.

—Con razón —dice Alex—. Seguramente han desmontado el AIS de uno de los barcos y lo han colocado en una chalupa que han ido arrastrando tras de sí, y el gerente se ha embolsado el seguro que se ha ahorrado.

—Es posible —dice Adrian.

—¿Y eso nos sirve de algo? —pregunta Isabel.

—Desde la oficina del FOGC han llamado a nuestros amigos de la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica. La NOAA tiene varios satélites meteorológicos que observan el planeta

entero. Normalmente no siguen a barcos. Pero que esta zona esté tan alejada y abandonada también tiene sus ventajas: todo lo que se pasea por aquí, llama más la atención que en cualquier otro sitio. Mientras uno de los dos barcos iba a Tristán, el otro iba exactamente en nuestra dirección.

—¡Caramba, eso es fantástico! ¿Sabemos entonces dónde se esconde nuestro enemigo?

Adrian sacude la cabeza. —El mal tiempo nos la ha jugado. Durante un par de días el barco estuvo oculto por niebla y nubes; y cuando reapareció ya iba en dirección contraria. Pero sí que podemos calcular, más o menos, dónde podría estar nuestro destino.

No se puede tener todo. Pero esto ya suena bastante bien. Isabel nota de repente que tiene mucha hambre y hunde la cuchara en la sopa para acabársela cuanto antes.

—Seguro que ya lo habrás hecho alguna vez —dice Alex.

—Yo no, pero mis colegas sí. Si nuestra hermosa teoría es cierta, deberíamos llegar a la base pasado mañana. Pero guardaos la buena noticia para vosotros, por ahora, no vaya a ser que necesitemos un día más.



Dallas, 27 de octubre de 2041

—HOLA, BEX. YO SOY …

—Hola, Bex. Yo soy ...

—Hola, Bex. Yo soy ...

—Hola, Bex. Yo soy ...

—Ya empiezo a estar harto —dice Robert.

El radioastrónomo tiene razón. Bavin para la reproducción en su teléfono. No tiene la menor idea de qué significa ese mensaje. Ambos coinciden en que la sonda no está manteniendo conversaciones consigo misma. Su software es tan sencillo que es imposible que haya sufrido un desdoblamiento de personalidad; y para llegar a hablar consigo misma necesitaría, evidentemente, de una especie de conciencia.

Así que allí arriba debe haber una segunda máquina que intenta de esta forma comunicarse con Bex. Pero Bex o Gex, o como quiera llamarse ahora, no ha sido construida para eso. Le falta toda posibilidad de pensar de forma creativa, como lo hacen Robert, Mary o él mismo en la Tierra. ¡Si al menos tuvieran más datos! La frase ni siquiera parece acabar ahí. Yo soy... ¿qué? Solo dos o tres palabras más y Bavin no necesitaría estrujarse más la mollera.

Aunque tampoco le liberaría de seguir dándole vueltas al asunto. Qué suerte que Robert conduzca. El astrónomo realmente tiene un coche con cambio de marchas manual, una auténtica excentricidad hoy en día, y solo se lo compró por si su hijo venía a visitarle, porque igual solo sabe conducir con cambio manual. Creció en Alemania, y se sabe que allí prácticamente todos los coches llevan cambio manual. Y eso que Robert ni siquiera sabe si Martin tiene permiso de conducir.

Pero a él no le importa. Al menos así puede pensar con tranquilidad. Por ejemplo, por qué la frase se emite en español. Revela que quien lo creó también conoce su nombre. Entonces, esa persona debería contar también con que Bex no entiende ningún idioma. La sonda se controla mediante órdenes directas al ordenador principal y reacciona solo a su propia percepción de su entorno. Pero si queda claro que ni entiende ni puede responder, no importa si el mensaje se codifica en inglés, español, latín o provenzal antiguo. Su finalidad no es que su interlocutor la entienda. Solo tiene que retransmitir los mensajes, a la Tierra, a la zona que Robert ha marcado en el mapa. Bavin pulsa el botón de reproducción una última vez.

—Hola, Bex. Yo soy ...

No se trata de las palabras de este mensaje. Son un código. Quien lo utiliza sabe que la comunicación podría ser escuchada por otros, a pesar del estrecho margen de enfoque. Pero si el contenido en español es irrelevante, en ambos lados se trabaja con una especie de diccionario que

habrán intercambiado previamente. Si es así, Bavin no tiene forma alguna de adivinar el contenido. Necesitaría una copia de ese diccionario, del cual seguramente solo existan dos ejemplares: uno en Ganímedes y otro en el Atlántico Sur.

Bavin sacude la cabeza. No es igual en qué lengua esté redactado el mensaje. Quien se lo haya pensado dominará seguramente este idioma, y puede que hasta lo hable con fluidez. Lamentablemente hay demasiada gente de habla española como para poder sacar alguna conclusión. Pero, ¿hay también muchos hispanohablantes capaces de gastarse un par de cientos de millones de dólares, como mínimo?

—¿Cuántos milmillonarios habrá que hablen español? —pregunta Bavin.

—Supongo que sobre un centenar —dice Robert—. ¿Estás pensando en eso del «yo soy»?

—En eso mismo.

—Demasiados candidatos.

—Podríamos excluir a todos los que jamás se han interesado por el espacio.

—¿Y quién te dice que nuestro ricachón se haya dado a conocer como amante del espacio? Si tuviera algo así en mente, me lo guardaría para mí solito.

—Hm. Tienes razón.

Por esta vía no llegarán a nada en concreto. ¿Y si se miraran el asunto desde otro ángulo? Un satélite no llega al espacio por casualidad. Aunque este tipo de lanzamientos ya no sea nada del otro mundo. Las empresas privadas no publican con precisión la carga que llevan sus naves, ni a qué va destinada ni de quién es el encargo. No hay organismo estatal que supervise y controle los satélites que se alejan de la órbita de la Tierra para volar tranquilamente hacia Ganímedes. En una misión con tripulación humana sería algo distinto, pero esa no diría por radio solo: «Hola, Bex. Yo soy...». Allí arriba tiene que haber una estación automatizada. Y tienen que descubrir su finalidad.

—Deberíamos intentar recuperar el control de Gex —dice Bavin.

—¿Cómo lo harías, sin las contraseñas y los datos de acceso?

Bavin se encoge de hombros.

—Pues... Hm. ¿Y si se lo pregunto a MOM?

—Seguro que la tienen vigilada.

—Podrías intentar convencerla tú.

—¿Le abriría una cuenta de acceso a un desconocido?

Bavin suspira. Seguramente le pese la conciencia por no haber podido cumplir con su promesa de asumir la responsabilidad. Pero no por ello le daría a Robert, así como así, acceso a servicios internos de la NASA o el control de una sonda espacial, aunque ya no exista oficialmente.

—No. Incluso me temo que ni ella tenga ya acceso —dice Bavin.

—Yo sé quién tiene acceso —dice Robert.

—¿En serio? ¿Conoces a alguien en el JPL? Ah, sí..., tu hijo había trabajado allí, ¿no?

—Sí. Pero me refiero a la persona que recibe los mensajes de Bex.

—Jaja.

PASADO EL MEDIODÍA LLEGAN AL BARRIO EN EL QUE VIVE BAVIN. DE CAMINO HAN DECIDIDO NO implicar a un tercero, solo sería alguien más metido en el ajo. Bavin parte del hecho de que esta vez nadie, excepto Mary, sabe a quién ha visitado estos últimos días. Ha procurado expresamente

no dejar ningún rastro electrónico, no ha pisado ni una gasolinera ni ha utilizado su tarjeta de crédito. Eso sí, las cámaras de seguridad del bazar de todo a un dólar podrían haberle captado tras su visita en el Subway. Pero desde allí hay un largo camino hasta Green Bank. Tampoco tiene a nadie conocido allí que pudiera suponer un indicio. En el fondo, Robert debería estar seguro.

En el fondo. Pero el astrónomo tiene las palmas de las manos húmedas cuando se despide. Han sustituido el botón superior de su camisa por una microcámara con micrófono que retransmite de forma inalámbrica. Además, Robert lleva puestos auriculares comunes y corrientes.

Bavin ve cómo Robert se acerca a su apartamento desde el panel de instrumentos del coche, que han aparcado en el garaje subterráneo de un completo de apartamentos cercano. Las casas aquí son construcciones de hormigón de cuatro plantas con cubierta plana. A los apartamentos se accede desde un pasillo exterior con balconada. Eso le gustó más a Bavin que los pasillos con luz artificial de otros edificios, en los que huele a comida y a pis. Le parecen más intestinos entre cuyos pliegues se alojan personas como si fueran parásitos.

Lo que tiene de malo, eso sí, es que se ve desde lejos cuando alguien se pone frente a su puerta. Desde el ascensor hasta su entrada hay unos quince metros. La baranda exterior llega a la altura de la cadera, pero está hecha de rejilla metálica, por lo que no oculta nada a la vista. En la puerta hay tres cerraduras, aún del propietario anterior, que debía ser un miedica de cuidado. Así que Robert necesitará medio minuto, al menos, hasta desaparecer de la vista.

Ahora se abre la puerta corredera del ascensor. La cámara queda momentáneamente cegada por la luz exterior. Igual deberían haber comprado el modelo más caro. Bavin oye los pasos de Robert sobre el suelo de hormigón seco y luego aparece el pasillo a la vista. Robert está solo y llega en un momento frente a la puerta de la vivienda. ¿A qué espera? Ah, parece haber olvidado qué llave entra en qué cerrojo. Con el primero tiene que probar las tres llaves. Con el segundo tiene suerte. Al fin mete la llave en el tercer cerrojo. Robert abre la puerta.

—Caray, sí que pesa —dice—. Resistiría a un obús disparado desde un tanque.

—Herencia del anterior inquilino. ¡El pasaporte está en el cuarto de baño, en el armarito de las medicinas!

—Lo sé, lo sé. —Robert gira en el minúsculo pasillo a la derecha y entra en el baño. La luz se enciende sola y vuelve a cegar la cámara. Cuando se ajusta la sensibilidad, Bavin ve el caos.

—No he sido yo —dice.

—Jaja, ya pensaba en echarte una bronca por el desorden.

Una bronca, seguro. A veces se nota mucho que Robert es de otra generación. De repente se acalora. ¿Y si se han llevado su pasaporte? Si tiene que pedir uno nuevo ya puede entregarse directamente a sus perseguidores. La cámara se mueve hacia arriba. Robert ha abierto el armarito de las medicinas y busca en su interior.

—En el estante de abajo —dice Bavin.

Las cajas con analgésicos y las pequeñas botellitas con gotas para la nariz están bien alineadas y ordenadas. Quien haya registrado su casa no ha sido muy concienzudo que digamos. Igual no es más que terror psicológico del tipo «ya ves, ni siquiera tu piso es seguro». Bavin solo conoce eso de las películas, así que tiene su efecto. Su corazón va a mil por hora mientras mira a Robert cómo aparta todo a un lado y saca triunfante una libretilla azul. Robert mantiene la cubierta frente a la cámara. Allí pone «United States of America». Su abuelo, cuyo padre no nació americano, le dejaba de niño ojear con orgullo su pasaporte.

—Perfecto —dice Bavin—. Deja todo el resto allí.

En el fondo habían quedado en que Robert le cogiera también algo de ropa interior y de abrigo para el viaje, pero Bavin siente la imperiosa necesidad de sacar a su amigo de ahí dentro. Amigo. Es la primera vez que considera a Robert como tal. Bavin no tiene muchos amigos. Y es que, en el fondo, no los ha necesitado nunca.

—Pero necesitas ropa para el viaje —dice Robert—. En el Atlántico Sur hace frío.

—Ya suenas como Mary. Pero tengo una sensación extraña. Será mejor que regreses de inmediato. Ya compraré ropa en Ciudad del Cabo.

—Tranquilízate un poco, chico. Si quisieran pillarme ya lo habrían hecho. El medio minuto entre ascensor y puerta de entrada fue crítico. Pero no pueden ver nada de lo que está pasando aquí dentro y tampoco he encendido la luz.

¡Ojalá Robert esté en lo cierto! ¿Y si todo el desorden solo oculta que han llenado la casa de micrófonos? Suena a una buena estrategia. La mayoría de la gente nota cuando alguien ha cambiado mínimamente algo. Bavin jamás hubiera pensado que tendría que preocuparse por cosas así.

—Por favor, Robert, déjalo estar.

—Si salgo de aquí sin tus cosas, Mary me echará la bronca.

Aún no le han confirmado del todo que vaya a acompañarlos, pero Mary parece estar ya totalmente convencida de que cuentan con ella. Bavin los convenció por su dominio de idiomas.

—Yo asumo la responsabilidad —dice Bavin—. Ya se me ocurrirá una excusa. Aquí en Texas no se necesita ropa de abrigo nunca.

Eso es una clara mentira, pero Bavin diría cualquier cosa para sacar cuanto antes a Robert de su apartamento.

—Dame cinco minutos y habré recogido lo más importante —dice Robert.

Bavin no contesta. Se frota las palmas sudadas en los pantalones. ¡Si al menos se hubiera puesto pantalones cortos! Pero no, no se puso pantalones cortos. Falta poco para que Robert salga feliz de su piso y regrese al coche. ¿Debería ir acercando ya el coche a la salida? Se cambia al asiento del conductor y lo ajusta a su gusto.

De repente se oye un golpe fuerte. Mierda. ¿Qué ha sido eso? La cámara oscila rápido de un lado al otro.

—Mierda —dice Robert.

—¿Qué ha sido eso? ¿Necesitas ayuda?

—Tenías razón. Debo ser muy inocente para este mundo.

Otro golpe más.

—Escucha, Bavin. Voy a tirar tu pasaporte por la ventana de la cocina. Entran por delante.

La cocina y el salón miran hacia atrás, hacia la zona verde comunitaria; verde al menos en primavera. El jardín debería tener estos días un aspecto más bien gris amarronado. Justo a lo largo del bloque hay un camino ancho por el que prácticamente jamás pasa nadie.

—No puedo permitirlo —dice Bavin—. Tienen que dejarte en paz. Me voy a entregar.

—No seas burro. ¡Coge tu pasaporte y lárgate a Ciudad del Cabo! El billete de avión y el barco están pagados. Mary conoce los códigos PIN de mis tarjetas de crédito. Ella irá contigo si le cuentas lo que ha pasado.

Bavin duda, pero seguramente, de entre las malas decisiones que están tomando sea esa la más peor. ¿Se puede decir ‘más peor’? *No te distraigas, Bavin. Decídete.*

Bavin coge la palanca de cambio. La primera es hacia delante a la izquierda, pero la palanca no se mueve. ¡El embrague! Debe pisar el embrague antes. Busca con su pie derecho. Idiota. Con el izquierdo. Pie izquierdo. Pisar embrague. Ahora puede meter la marcha. Su pie suelta el

embrague y el coche da un brinco hacia delante. Bavin frena. El motor se cala. Siguiente intento. Ahora acciona el embrague con más suavidad.

¡Ja! El coche avanza. Lo lleva a la salida. Más rápido. Acelera. El coche sube por la rampa. La luz del día le ciega. En la pantalla aparece un hombre que se acerca a Robert. No lleva uniforme, ni tampoco los otros dos que aparecen ahora detrás. Tiene a un peatón delante. Bavin frena. Mierda. Reacciona demasiado tarde, pero el hombre logra saltar a un lado y le colma de insultos con el puño alzado. Bavin hace un gesto de disculpa.

El hombre delante de Robert ha sacado un arma y apunta con ella al pecho del radioastrónomo.

—No perdamos la calma —dice Robert—. No voy armado.

¿Habrá conseguido tirar el pasaporte por la ventana? Bavin tiene que girar a la derecha para llegar a la zona verde. Pero su camino de huida lleva hacia la izquierda. Les resultaría imposible pillarle, pero sin pasaporte no habrá servido de nada todo este esfuerzo. Lleva el coche hacia la derecha. Más rápido. El motor aúlla. Debería cambiar de marcha, pero igual se le vuelve a calar. Con el motor revolucionado recorre cincuenta metros hacia la derecha para meterse luego en el camino que separa los dos bloques. Frente a la entrada de su casa hay una autocaravana de color gris plateado. Deben haberle estado esperando ahí dentro. Bajo las ruedas cruje la arena. Bavin entra a la izquierda en el camino del parque. Está vacío. No hay ni mamás con niños ni gente corriendo. Tiene la vía libre. Su piso está cerca del extremo opuesto.

—¿Quién es usted? —pregunta el hombre.

Su voz reverbera dentro del coche. Suena curiosamente chirriante. A Bavin se le ponen todos los pelos de punta.

—Soy un vecino —dice Robert—. Presté al señor Joshi mi taladro y ahora lo necesito, pero se ha ido un par de días. Así que pensé que podría echar un vistazo.

Buena excusa. ¿Cuánto aguantará? ¿Diez minutos?

—¿De dónde ha sacado las llaves? —pregunta el hombre.

—Me las ha dejado para regar las plantas.

—Aquí no hay plantas.

—Porque me las llevé a casa el primer día.

Robert no tiene pelos en la lengua y se inventa respuestas geniales. Bavin detiene el coche y pone la palanca en punto muerto. ¡Tampoco es tan complicado esto del cambio manual! Se baja y mira hacia arriba. Sí, allí en la cuarta planta está su apartamento. Pero solo le podrían ver si se asomaran por las ventanas. Bavin mira a su alrededor. El pasaporte debe estar por algún sitio. Pero no lo ve. ¿O será que Robert no lo ha conseguido? Mierda.

—¡Oye, Frank, la ventana de la cocina está abierta! —dice una voz de mujer.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta el hombre.

—Pues que he ventilado un poco —dice Robert—. ¿No le parece a usted que aquí dentro huele un poco a cerrado? Hay que ventilar al menos tres veces al día con todas las ventanas abiertas y no importa si hace frío afuera o no. Ventilación a lo bestia, como me enseñó mi mujer alemana.

La imagen de la cámara cae de repente. Robert gime de dolor. ¡Ese cerdo ha golpeado a su amigo!

—¡Anda, Frank, aquí abajo hay un coche! —dice la mujer—. ¡Creo que él!

Mierda. Lo han descubierto. Y aún no tiene el pasaporte.

—Georgina, Luke, corred abajo y pillad al tipo ese —ordena el hombre—. Yo me quedo vigilando al chistoso este. Así que un vecino, ¿eh?

Robert se ha levantado, pero la cámara vuelve a caer acompañada de un quejido de Robert. ¡Menudos cerdos! No pueden ser ni de la policía ni del FBI. ¿Debería llamar a emergencias?

—Lárgate, Bav —susurra Robert—. Yo ya me las apaño.

—No lo encuentro.

Robert no responde pero vuelve a gemir. ¿No sería mejor entregarse? Entonces dejarán en paz a su amigo. Y todo el plan habrá fracasado. *Lárgate, Bav.* Eso es lo que ha dicho Robert. Mierda, tendrá que conseguir un pasaporte en el mercado negro. Bavin se sube y suelta el freno de mano. El coche rueda un poco hacia delante por sí solo. No se había dado cuenta de que el camino hace pendiente. ¿Están viniendo? ¿Dónde están Georgina y Luke? Cuatro tramos de escalera y dar la vuelta a la casa... Mira por el retrovisor. ¡Allí! Una mancha azul sobre el camino de arena gris. ¡Había parado el coche justo encima! ¿Cómo se puede llegar a ser tan estúpido? Pone el freno de mano, abre de golpe la puerta y salta al exterior. Ayy. La rodilla. Se tambalea un poco, pero no cae. Solo son cuatro metros hasta el pasaporte. Se lanza a por él.

—¡Quieto o disparo! —grita la mujer.

Georgina. Me cago en Georgina. Lo quieren vivo. Quieren saber lo que sabe. ¿O no? Con el pasaporte en la mano corre hacia el coche. Se oye un disparo, pero curiosamente flojito. Junto a él aparece un agujero en la arena. Georgina ha disparado. Con silenciador..., pero ha fallado. Seguro que no ha sido sin querer.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta el hombre arriba en la vivienda, sin saber que está hablando en la cámara de Robert—. ¡Piensa en nuestro encargo! ¡Nada de bolsas con cadáveres!

Bavin ya está dentro del coche. Tira el pasaporte al suelo junto a él, pulsa el botón de encendido y mete la primera. El coche sale disparado con un gran rugido del motor.

—¡Mierda, se escapa! —grita Georgina—. Pero tengo su matrícula.

—Pues déjalo ir y regresa aquí arriba. Con la autocaravana seríamos demasiado lentos. Pasaré la matrícula a nuestros amigos. Nosotros tenemos que recoger un poco...

La comunicación se corta.



MEDIA HORA DESPUÉS, BAVIN APARCA EN COCHE EN UN CAMINO FORESTAL QUE SALE DE UNA carretera local. Ha evitado expresamente la interestatal y sus aparcamientos vigilados con cámaras de seguridad. Debe quitarse de encima las matrículas. Mejor no llevar ninguna que la incorrectas. Al menos, esa gente no parece pertenecer a ningún organismo gubernamental. Así que duda que la policía lo esté buscando.

Respira profundamente. Tiene que hacer ahora algo que parece mucho más complicado que descubrir qué pasó con la sonda Gex: confesarle a Mary lo que le ha pasado a Robert.

—Llamar a Mary —dice.

—No hay conexión.

El coche se lo impide. Pero no se enfada con él. Bavin se abre camino por los menús para que el coche tenga acceso a su teléfono en lugar del de Robert, que seguramente esté ahora en la autocaravana. Mierda. Deberían haber conectado la cámara con su teléfono. Entonces Bavin podría seguir viendo cómo está su amigo.

—Llamar a Mary —dice otra vez.

El tono de llamada reverbera por el interior del coche. Bavin baja el volumen. Alguien descuelga.

—¿Qué ha pasado?

Mary hace de inmediato la pregunta correcta. Claro, si todo hubiera ido sobre ruedas, sería Robert y no Bavin quien la llamara. Ella conoce el número de Robert.

—Lo siento, Mary, pero han pillado a Robert.

—¿Quienes?

Al menos no rompe a llorar.

—No tengo ni idea. Tres personas. Sin uniforme.

—Pero si queríais...

—Decidimos no poner el peligro a un tercero.

—Entiendo. —Mary mantiene una sorprendente cabeza fría. No puede verle la cara, pero está asombrado—. ¿Entonces no ha servido de nada?

—Consiguió tirarme el pasaporte por la ventana.

—Bueno, menos da una piedra. Hm. ¿Y ahora qué?

—He pensado en entregarme. Así seguramente lo dejen libre.

—Quién sabe. Seguiría siendo alguien con conocimientos indeseados, ¿no?

Bavin se asusta. No tardarán mucho en descubrir la identidad de Robert. Entonces irán a mirar en Green Bank por si hubiera alguien más enterado del asunto.

—Como tú.

—En efecto.

Su voz suena rara. Es como si tuviera que empujar cada palabra desde una gran profundidad hasta la superficie. Esa no parece la Mary que ha conocido. Aunque tampoco es que haga mucho que la conoce.

—Debes salir de Green Bank. ¿Tienes amigos que te pudieran alojar y esconder?

—No quiero poner a nadie en peligro.

Bavin puede entender eso perfectamente. Ha puesto ya a demasiada buena gente en peligro. ¡Ojalá pudiera echar el tiempo para atrás y empezar de nuevo!

—Entonces escóndete donde nadie te conozca. Y será mejor que pagues todo el metálico. ¿Tienes suficiente efectivo?

—Robert tiene algo en la caja fuerte. Y sé dónde esconde la llave.

Otra cara oculta de su nuevo amigo.

—Eso está bien. Será mejor que borres mi número del teléfono y te pongas en camino. Pasa por carreteras locales. Desde donde estás, alcanzas en diez horas la frontera con Canadá. Creo que allí estarás segura por ahora.

—Jamás. No pienso esconderme en Canadá.

—Mary, por favor, seguro que Robert también lo hubiera querido así.

—¡Oye, que Robert sigue vivo! Si quisiera que nos rindiéramos no te habría lanzado el pasaporte por la ventana. Quiere que descubramos lo que está pasando.

—¿Nosotros? Querrás decir, yo.

—No podrás hacerlo solo. No es que tenga nada contra ti, pero necesitas a una mujer con experiencia a tu lado.

—Preferiría que te pusieras a salvo.

—Ya nos pondremos los dos a salvo. ¿Te crees que la frontera con Canadá es algo así como el telón de acero? También me encontrarían allí, al menos en cuanto se me acabe el dinero en efectivo.

—Pero igual para entonces ya se ha aclarado todo.

—Improbable. Mira, haremos lo siguiente. Bob ya reservó los billetes, un vuelo directo de Washington a Ciudad del Cabo. Los cambiaré para poder volar desde Atlanta. Llegarás allí en

once horas, yo necesitaré nueve. Está más o menos a mitad de camino y lo suficientemente alejado de Green Bank. No pueden vigilar todos los aeropuertos estadounidenses.

Es un buen plan.

—¿Hay vuelos directos desde Atlanta?

Su teléfono vibra. Seguramente sea un mensaje de texto. Tendrá que esperar.

—Sí, a las nueve menos cuarto de la noche. Ya lo he mirado —dice Mary—. Algo me decía que vuestra excursión saldría mal. Aunque pensé que te pillarían a ti, y no a Bob.

Bavin suspira.

—Perdona, Ya me gustaría estar en su lugar. Todo es culpa mía.

—No digas tonterías. Robert es mayorcito y toma sus propias decisiones.

—Pero yo habría...

—Ya basta. 20:45, hoy ya no llegamos a tiempo, pero mañana sí. Nos encontramos a las seis y media en la pequeña capilla de la terminal internacional. Está detrás del control de seguridad. En la terminal F.

—¿En la capilla?

—Sí, allí se está muy tranquilo y la luz es tenue.

—¿No prefieres viajar directamente a Canadá? Una cabaña en las rocosas; allí no te encuentra ni Dios.

Tenía que intentarlo una última vez. ¿Por qué se empeñan todos en ayudarle? Robert y Mary eran unos completos desconocidos para él.

—Deja ya de decir burradas o me enfadaré, y estoy segura de que no quieres verme enfadada. ¿Hay trato?

—Hay trato.

—Bien. Lo mejor será que cuando cuelgues tires este teléfono y te compres otro de camino al aeropuerto. Ya intercambiaremos los números en Atlanta.

—Así lo haré.

—Pues hasta mañana. Ten cuidado.

La comunicación se corta. Bavin se reclina en el asiento y toca la palanca de cambio. Parece tener un talento innato para cambiar marchas. El coche se le ha calado solo dos veces. Seguramente se deba al potente motor eléctrico.

Bosteza. Igual debería echarse una cabezadita. Veinticuatro horas más y estará de camino al Atlántico Sur. Entonces se acuerda del mensaje de texto. Saca el teléfono del bolsillo. Dos mensajes. El primero es publicidad de un producto que garantiza las mejores erecciones. El segundo hace que su cansancio desaparezca de golpe.

«¡Oye, tontolculo!» comienza. «Si no quieres que les pasen cosas malas a tus amigos, deberías entregarte cuanto antes. Tenemos a Robert y a su secretaria. Sé bueno y sálvales la vida respondiendo simplemente a este mensaje. Sabemos igualmente donde estás, pero cuanto antes te entregues, antes dejaremos a tus amigos libres. Y tengo que enviarte saludos de nuestros colegas en Virginia Oeste. Esas antenas de radioastronomía son realmente fascinantes.

Bavin suda y tiembla de frío a la vez. Le llegó el mensaje mientras aún hablaba con Mary. Así que es mentira. Aunque igual estaban ya delante del centro de visitantes y han esperado a que Mary acabara de hablar por teléfono. Joder. Está resultando un pájaro de mal agüero para sus nuevos amigos.

—Llamar a Mary —dice.

—El teléfono marcado está apagado o fuera de cobertura.



MS Geiranger, 27 de octubre de 2041

El mundo entero está envuelto en algodón. Al respirar, Isabel añade más niebla al aire que flota ya saturado de esa opaca cortina sobre la lancha. Podría decirse que ella es el origen de esa nube, que está aquí sentada en su barco como extraña sirena que se dedica a cubrir el mundo de niebla.

Los sonidos quedan también amortiguados. El mar chapotea débilmente contra los laterales de la lancha. Parece como si las olas fueran de un líquido espeso que forma sus valles y montañas siempre con algo de retraso. Incluso el tiempo transcurre con más lentitud. Según el reloj en la imagen del radar, solo lleva aquí veinte minutos, pero a ella le han parecido horas enteras.

Isabel inspira el aire salado, que funciona mucho mejor que las gotas para la nariz. Nunca había respirado con tanta libertad como aquí fuera y ya empieza a temer la estrechez del submarino.

—Nautilus a Ramírez, ¿puedes vernos ya?

Hasta hace unos instantes, el submarino no se veía en el radar, pero ahora ya puede verse el contorno. Está lejos aún del extraño complejo que se extiende justo debajo de él y que debe medir no menos de ciento veinte metros.

—Confirmado —dice Isabel—. Manteneos a distancia prudencial de la estación.

—¿No deberíamos echarle un vistazo desde arriba al menos? —pregunta Alex—. Si nos pasara algo, puedes ir a por ayuda con la lancha.

—Muy amable por tu parte, pero yo quiero estar presente.

Ha programado la lancha de forma que regrese automáticamente al Geiranger si no emergiera al cabo de seis horas. Alguien se enterará de que les ha pasado algo. Pero en el fondo no cree que estén corriendo un peligro inmediato. Aún no tienen prueba alguna de que el propietario de la base tenga algo que ver con las manipulaciones. No está prohibido construir una base en el fondo del mar. Están en aguas internacionales y no parece que haya una explotación minera prohibida, para la que se requeriría una licencia del organismo internacional para alta mar.

—Ya me lo imaginaba —dice Alex.

—Ya me conoces.

—Pero el traje blindado se queda en la esclusa, ¿ok?

—Prometido. Solo si pudiéramos acoplarnos a alguna parte de la base.

—Dudo que los visitantes solo puedan ser recibidos en trajes blindados de buceo.

—Ya veremos si aceptan o no visitantes.

—¡Date prisa antes de que nos alcance la siguiente ola! —dice Alex.

El submarino flota en el agua junto a la lancha. Tuvieron que dejar el tubo suplementario en el Geiranger, por lo que la entrada superior al submarino no está protegida. Ya que está pocos centímetros por encima del agua, Isabel debe darse mucha prisa y haber entrado antes de que llegue la siguiente ola grande.

Mira una última vez a su alrededor. El mando de la lancha está programado para que mantenga durante seis horas su posición según el GPS y luego regrese al Geiranger. Isabel tiene la lejana sensación de que con esta programación ha invocado precisamente el peligro. Eso es una soberana tontería, pero le gustaría enviar ya la lancha de vuelta al Geiranger. Eso de las seis horas es totalmente arbitrario, y con la energía adicional de la batería de repuesto, el Nautilus puede regresar incluso por sí solo. Saca un lápiz resistente al agua de la caja de herramientas y anota las coordenadas actuales en la pared de la lancha, solo por si las moscas.

—¡Isa, date prisa! —advierte Alex.

Isabel se sube al lateral de la lancha, se sujeta a una riostra metálica en la parte superior del submarino y mete la pierna derecha en el agujero. Nota como unas manos la agarran por la pantorrilla y el tobillo.

—¡El tobillo no! —grita y retira el pie.

—Perdón —dice Alex—. Lo había olvidado.

Vuelve a estirar la pierna. Alex la agarra algo más arriba. Debe tener unas manos muy grandes, pues a pesar de las muchas capas de ropa que lleva, pueden rodearle los músculos casi del todo. Recuerda lo que le contó Orapin sobre las destrezas de Alex como masajista. Claro que quiso que le contara todos los detalles.

—¡Te tengo! —dice Alex.

Isabel cambia su agarre, por lo que resbala con el cuerpo entero dentro del agujero. En el último segundo ve una montaña verde coronada en su cumbre por burbujitas.

—¡Ola! —grita.

Alex hace que Isabel resbale a toda velocidad entre sus manos hacia abajo. La sujeta bajo el pecho en el último instante y la deposita en el suelo. Adrian empuja el cierre de la entrada, pero llega tarde. El agua helada les cae encima como una ducha tropical. Isabel arranca a reír.

—Mierda —dice Adrian, pero sigue esforzándose en fijar del todo el cierre. Al final quedan todos los tornillos bien apretados.

—¿Está bien así? —pregunta.

Alex comprueba el cierre. El orificio de salida es uno de los puntos débiles del Nautilus, como también lo son el ojo de buey delantero y la esclusa de detrás. El submarino parece estar compuesto de puntos débiles. Tras su última aventura, Isabel ha investigado lo mortal que puede ser la presión a grandes profundidades y acabó aterrorizada. Pero Alex le quitó toda la importancia. *Solo te chafa la diferencia de presión. Basta con adaptarse.*

—Debería aguantar —dice Alex.

Isabel ocupa su anterior lugar. Le falta Matteo. El chaval tenía buenas ideas. Seguramente fuera la presencia de pasajeros lo que la hizo sentirse más segura. ¡A los pasajeros no se les puede poner en peligro!

—Está ahí abajo —dice Adrian.

Isabel se levanta para poder mirar a través del ojo de buey, pero solo ve la cueva que recortan los focos en la oscuridad.

—Debes mirar aquí —dice Adrian.

La imagen del radar de la base se vuelve más clara a medida que pasan los minutos. El software tiene que reducir constantemente el tamaño para que quepa en la imagen. La base parece estar formada por dos estructuras de tamaño muy similar, parecidas a teteras rusas con panzas gordas. Están unidas entre sí por unos tubos, como si un mago estuviera aquí abajo mezclando elixires mágicos. De una de las teteras incluso asciende una columna constante de burbujitas.

—¿Por qué están perdiendo tanto aire? —pregunta Isabel.

—Debe ser dióxido de carbono sobrante. Cuesta mucho más procesarlo para extraer el oxígeno que obtenerlo del agua por electrolisis.

—Pero llama mucho la atención, ¿no te parece?

—En el océano hay muchas fuentes naturales de gas —die Alex—. A menudo asciende metano. En este caso es dióxido de carbono y nadie llegaría a fijarse jamás en esto.

El submarino se acerca a la estructura.

—Nautilus a base desconocida —intenta Adrian—. Nos gustaría acoplarnos. Solicitamos respuesta.

Isabel se inclina sobre el micrófono.

—No vamos armados —añade ella. Pero no obtienen ninguna respuesta. Adrian lo intenta en otras frecuencias, pero la base sigue en completo silencio.

—Igual no hay nadie en casa —dice Isabel—. Tendremos que volver otro día.

—Mejor, mejor —dice Adrian—. Así podemos curiosear a gusto.

—¿No sería eso una intrusión no autorizada? ¿Allanamiento? ¿Tenemos una orden judicial de registro?

—La base está en aguas internacionales, aquí nadie puede reclamar un terreno en propiedad. La casa, que es como se llamaría a un alojamiento inmueble, es parte del terreno. Así que podemos entrar de forma totalmente legal.

Suerte que Adrian entiende mucho de derechos y leyes.

—Todo eso te lo acabas de inventar, ¿no es así? —pregunta Alex.

—Sí.

Menudo chasco. Basta con que le cuenten algo con seriedad y supuesto conocimiento de causa como para que se lo crea a pies juntillos.

—Pero en serio —dice Adrian—. No veo armas ni nada parecido. ¿Qué podría pasar?

—Lo más probable es que no contaran con recibir visita —dice Isabel.



UNA DE LAS TRES TETERAS ES DIFERENTE A LAS OTRAS. SU PIE ES EL DOBLE DE ALTO. EN EL centro hay una puerta. La forma es inconfundible. Es redonda y con laminillas que indican la presencia de un cierre parecido al diafragma de una cámara de fotos clásica. Dirigen el submarino hacia ella. De cerca, las teteras impresionan aún más.

Adrian cambia de infrarrojos a visión normal. Ya solo se ven sombras recortadas alrededor de la zona iluminada por los focos. Es como un juego de Memory. Isabel intenta recordar las zonas que ya han visto, pero solo lo consigue en parte.

Alex maniobra el Nautilus para acercarse a la curiosa puerta. Isabel mira las extrañas láminas y, como si fuera fruto de su propia mirada, estas comienzan a desplegarse en un movimiento hipnótico permitiendo ver una cámara interior. Es bastante más grande que el Nautilus. En el

suelo hay unas vigas dobladas hacia abajo.

—Es un garaje para submarinos —dice Alex.

—Toda una invitación —dice Adrian—. Deberíamos aceptarla.

Alex asiente. Isabel no dice nada, pero tampoco protesta. El Nautilus se introduce lentamente en la cámara hasta que Alex para el motor.

—Hemos llegado —dice Alex.

Frente al ojo de buey, el agua comienza a borbotear. Es como si alguien la estuviera calentando para cocerlos allí dentro. A Isabel le regresa la imagen de la tetera. Iría a juego. Pero solo se trata de aire que se está bombeando por todos los lados en la cámara, mientras otras bombas extraen el agua al exterior. Deben ser bombas muy potentes, pues el dique se vacía en dos o tres minutos. El Nautilus se apoya sobre las vigas curvadas con un sonido grave. Parece que su función es la de estabilizar la nave. En las paredes de ambos lados del submarino se oye un clac, como si una garra gigantesca se hubiera cerrado alrededor del submarino. No los cocerán, pero igual se los comen crudos.

—La presión exterior es de un bar —dice Alex—. Podemos salir.

—¿Qué tiempo hace? —pregunta Isabel—. ¿Necesito llevar abrigo?

—Veinte grados, señora condesa —dice Alex—. Aunque con un ochenta por ciento de humedad.

No parece fácil mantener seca una base en medio del océano.

—Me llevaré mi arma reglamentaria —dice Adrian.

—Quedamos en que veníamos desarmados —le contradice Isabel.

—Adrian tiene razón. Nunca está de más guardarse un as en la manga. Si se portan todos bien, ni siquiera llegarán a ver el arma.

Isabel suspira. No acaba de gustarle la propuesta. ¿Por qué tenía Adrian que revelarles que lleva un arma? Ahora se delatarán por su comportamiento y provocarán la correspondiente reacción.

—¿Necesitáis algo más, distinguida condesa? —pregunta Alex.

Necesitaría urgentemente un lavabo. No le apetece hacer pipí como hizo Alex hace un rato en la esclusa. Ayer entró un momento en ese estrecho espacio y estaba segura de que podía olerlo, aunque los dos hombres se empeñaran en que es el olor a pescado del agua de mar.

—Pongámonos en marcha —dice—. Seguro que nos están esperando.

Y en efecto, la luz se enciende en cuanto abren la tapa y Alex saca la cabeza al exterior.

—Tiene buena pinta —dice.

También huele bien, a pesar de que la cámara había estado inundada de agua hasta hace unos momentos. ¡Y que les den a todos con el olor a pescado del agua de mar! Alex sale del todo al exterior y le alcanza la mano para ayudarla a salir. Isabel admira cómo se le tensa la musculatura de brazos y pecho. Alex lleva un traje fino de cuerpo entero que suele utilizarse como ropa interior para el traje blindado.

Bajan por el lado derecho del Nautilus. Allí hay una pasarela de rejilla con una barandilla a la derecha y que lleva hasta una puerta. Alex encabeza el grupo. La puerta tiene una manilla clásica. La baja y la puerta se abre. Todo está resultando demasiado fácil. Quien haya construido la base ha planificado atentar contra convenios internacionales, y alguien así no deja que visitantes entren en su sancta santórum sin más.

Pero no hay obstáculo alguno. Ascienden por una escalera de metal y llegan al suelo de la primera tetera. Está abierta hasta arriba del todo, lo cual impresiona bastante. Unas potentes lámparas iluminan una forma ovoide que cuelga del centro como una semilla y está rodeada de

pasillos ascendentes.

—Quiero ir allí —dice Adrian.

Tiene razón. Eso de allí arriba podría ser la oficina de Miller. A ellos les parece un huevo dorado. Algo en cuyo interior podría sentirse bien ese milmillonario, aunque aún no han visto las otras dos teteras, e igual allí está todo revestido de mármol.

Pero primero deberán cruzar algunas salas montadas como laboratorios. A través de ventanitas pueden verse a veces paredes llenas de equipamiento metálico y brillante. Pero no hay absolutamente nadie. ¿Estará el personal escondido? Algunas puertas no se pueden abrir, por mucho que lo intenten. Pero siempre hay una puerta dispuesta a dejarlos pasar a la habitación siguiente. Isabel intenta deducir para qué sirven algunas extrañas máquinas a partir del logotipo de su fabricante. Algunas parecen destinadas a realizar diagnósticos y otras al análisis genético.

—¿Ves esto? —pregunta Adrian.

—¿La máquina? —pregunta Isabel.

—Sí. Es la misma que has utilizado tú. Si se hubiera realizado aquí el genoma de los crustáceos modificados, deberíamos haber sido alarmados mucho antes.

—Pues habrán anulado esa función.

—Nadie sabe que existe esa función, y anularla es ilegal.

Esa es una contradicción, pero no vale la pena discutir por ello.

—En cuanto un secreto es conocido por más de tres personas, ya lo sabe todo el mundo —dice Isabel—. Hay estudios sobre ello; las conspiraciones solo funcionan con muy pocos confidentes.

—Supongo que tienes razón. Debe haber un punto débil en nuestra organización.

—Esta está cerrada —dice Alex.

Adrian también sacude la puerta. ¿Los han conducido a un callejón sin salida? Isabel se imagina cómo la sala comienza a llenarse de un gas aturdidor. Igual ya está pasando, solo que ellos no pueden olerlo. Isabel regresa a la puerta por la que han llegado, pero también está bloqueada.

—¿Y ahora qué? —debe procurar no entrar en pánico.

Alex se encoge de hombros.

—Deberíamos haber sido más cuidadosos. Uno de nosotros debería haber mantenido la puerta de entrada abierta hasta haber encontrado la salida. Ahora es demasiado tarde.

—Esto no me gusta nada —dice Adrian. Pasa junto a todas las puertas de los laboratorios y las prueba una a una. La última se abre.

—Detrás de esa está la máquina que me enseñaste hace un momento —dice Isabel.

—Pues te juro que antes estaba cerrada —dice Adrian—. Así que alguien nos está observando.

—Eso me tranquiliza —dice Alex.

Curiosamente también tranquiliza a Isabel. Bueno, siempre y cuando no estén en manos de una especie de algoritmo o incluso de una IA. Jaja, si ha de matarla alguien, por favor que sea un ser humano y no un programa.

—Deberíamos mirarnos esta máquina de cerca —dice Adrian y entra en la sala.

Isabel le sigue y Alex se queda sujetando la puerta abierta. Analiza el secuenciador junto con Adrian. Es realmente el mismo modelo que el de ella, pero en una versión más avanzada. No tiene protección por contraseña, por lo que Isabel puede mirarse los archivos de registro. Solo contienen muestras de Euphausia superba. Parece que están en el lugar correcto. Pero como prueba les iría mejor haber encontrado secuencias del pez elefante o de zoarces americanus.

Quien sea que les está llevando por esta visita de las instalaciones quiere revelarles todo, pero solo de forma eternamente indemostrable. No es delito analizar secuencias de larvas de krill modificadas genéticamente.

—Qué pena; nada que podamos utilizar contra él.

Isabel mira al techo, pero no encuentra cámaras de vigilancia.

Alex señala al suelo.

—Siempre se buscan primero en el techo.

¡Es cierto! Las juntas que recorren el suelo en un patrón regular están adornadas en el centro por un cristal de un centímetro de diámetro. Isabel pensó que sería pura decoración, pero bien podría tratarse de una cámara. Se arrodilla y lo rasca con la uña, pero es demasiado duro.

—Lo que haces no sirve de nada —dice Alex—. Seguro que hay más cámaras ocultas. Solo me pregunto a quién vigilaba con ellas el propietario de esta bonita base.

En la pared posterior del laboratorio hay un par de taquillas, pero están todas cerradas. De repente oyen un crujido. Se giran todos a la vez.

—Eso ha sonado en la sala contigua —dice Adrian.

—Sí, y aquí se acaba de abrir una puerta —dice Alex—. La misma por la que antes queríamos pasar.

Adrian pasa junto a él y prueba las demás puertas antes de colocarse en el marco abierto.

—Es la única salida, así que deberíamos utilizarla —dice.

A Isabel no le gusta nada esa idea. ¡No es una rata de laboratorio que pueda dejarse en un laberinto para perseguirla!

—No deberíamos portarnos como se espera que lo hagamos —dice Alex.

—¿Qué significa eso? —pregunta Adrian.

—Nos buscaremos la puerta por la que queramos pasar y la trabajaremos el tiempo necesario hasta lograr abrirla. El material aquí es estable, pero tampoco infinitamente resistente.

—¡Háganme el favor! —dice repentinamente una voz que parece salir del suelo—. No compliquemos las cosas más de lo necesario.

La voz habla un inglés sin dialecto alguno, pero con la «r» más española; como la pronuncia su madre. Debe ser Oswaldo Miller. Isabel se da la vuelta de golpe porque en la pared se abre una compuerta vertical por la que sale un robot delgado. Isabel conoce el modelo de la publicidad. Se llama «Protimos», que dicen que viene del griego y se supone que significa algo así como el «protegido». La empresa de Miller «Your Robot» lo ofrece como robot de ayuda doméstica universal. En la publicidad lleva un delantal y sujeta a un bebé en un brazo mientras con el otro remueve un cazo al fuego y canta una canción alegre. Sin embargo, este ejemplar no lleva delantal y en lugar de una cuchara sujeta un arma automática.

—Entiendo esto como un ruego de que no dañemos su propiedad —dice Adrian.

—Sabía que tenía usted humor, agente Ochs. Bienvenido a mi humilde morada. Lo mismo le digo a usted, señora Ramírez. *Mi casa es su casa* —dice en español—, seguro que le suena. Y naturalmente también le doy la bienvenida a usted, señor Alexander Rotter.

—Con Alex basta.

—Genial. Mis amigos me llaman Waldo.

—No creo que contemos entre ellos, *señor* Miller —dice Isabel, y se acerca al robot que no reacciona en absoluto. Miller no será tan tonto como para disparar aquí abajo con un arma automática. Están a unos cuatrocientos metros de profundidad. Los 41 bares de presión chafarían las teteras en un instante y las dejaría como una lata de refresco bajo la rueda de un camión.

—Así es, pero igual aún podríamos llegar a entablar amistad —dice Miller—. Hace mucho

que no recibo invitados, así que espero que podamos pasar juntos un largo tiempo.

Isabel rodea lentamente el robot. En la publicidad se explicaba lo fácil que es desconectar ese modelo si llegara a haber algún problema. Lo cual nunca fue el caso. El interruptor está en la nuca. Basta con acercarse un poco.

—No tiene escapatoria, Miller —dice Isabel—. Los organismos estatales han sido informados y saben dónde nos encontramos. Si no emergemos en tres horas y damos aviso, vendrán a por nosotros y le encontrarán.

—No me haga reír, Isabel; sé que miente. El FOGC no está informado de los planes de su agente Ochs.

Isabel arruga el entrecejo y Adrian mira culpable hacia el suelo.

—Cometí el error de mencionar la conexión extraterrestre sobre la que especulábamos. Y pasó lo que temía que pasaría: me han ordenado que regrese, para una reunión.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque el capitán no nos habría seguido apoyando.

—No hablo del capitán. Digo que podrías habernos avisado.

—Creí que, si solucionaba el caso, se olvidaría todo.

—Aun así...

Isabel ha llegado a la parte posterior del robot. Se alegra de que Adrian no haya seguido las instrucciones. En ese caso tendría que haber aguantado la presencia de un segundo agente del FOGC. Con su barriguita, Adrian irradia una comodidad en cuya presencia puede desconectar más fácilmente que con tipos musculosos como Alan o Alex.

Hace como si se mirara los pies, pero se imagina el interruptor del robot. El modelo tiene un cabello negro corto bajo el cual no se ve el botón. Nunca ha estado a menos de unos metros de un modelo así. Pero el botón tiene que estar allí. La publicidad no miente, ¿verdad? Solo tiene una oportunidad. Aunque el robot no dispare contra ella, podría dejarla fuera de combate con un solo golpe.

Uno, dos y tres. Lanza el brazo hacia arriba. El robot no se mueve. Lleva la mano a la nuca y toca por la zona. No hay botón. Mierda.

Del suelo sale una carcajada.

—Ha visto la publicidad, ¿a que sí?

Pues claro que ha visto la publicidad. Prácticamente todos los nueve mil millones de habitantes de la Tierra han visto la publicidad. Miller debe haberse gastado millones solo en ella. Y a estas alturas debe haber más Protimos que alemanes en la Tierra, y la cifra va en aumento.

—No debería creerse todo lo que se dice en la publicidad —dice Miller—. El botón era un engaño. Ya teníamos a los Protimos listos cuando mi abuela me preguntó cómo desconectar esos cacharros. ¡La historia es cierta, se lo juro! Mis ingenieros habían previsto unas veintisiete formas de apagar el Protimos: debía desconectarse con palabras clave, con una mirada de enfado –lo digo en serio–, con determinados gestos, con patadas y cualquier aplicación de violencia, para que nunca se dijera que el robot podría volverse violento. Pero no había un botón.

¿Y qué dijo entonces mi abuela? *Pero yo quiero apretar un botón.* Pues sí; mi abuela era genial. ¿Y sabe por qué? Nuestro competidor, el Optimus, no tenía botón. Era algo más barato y flexible, pero no tenía el maldito botón. Ahora querrá saber a dónde ha ido a parar. ¡Pues es que nunca ha estado allí! Solo era un engaño. El robot estaba programado para desconectarse cuando alguien hiciera el gesto de querer apretar un botón. Y eso es, dicho sea de paso, mucho más seguro, porque el robot puede percibir su intención y actuar de inmediato. Un botón de verdad no tiene ni idea de lo que quiere si no lo aprieta con suficiente fuerza.

—¿Y cómo es que el maldito robot no se ha desconectado? —pregunta Isabel.

—Porque en este hemos prescindido del botón, por lo que no se activa ninguna programación.

Isabel está ahora a dos pasos detrás del Protimos. Coge carrerilla con la pierna y le asesta una patada en el trasero. Sienta muy bien hacerlo, aunque luego le duele el pie. El robot se paraliza y cae al suelo. Adrian también se deja caer al suelo. Alex da un salto por la habitación, se inclina ante la máquina y le quita el arma.

—¡Ja! —dice Alex.

—Excelente trabajo en equipo —dice Miller—. Pero no se preocupen. El arma no está cargada, evidentemente.

Alex comprueba el cargador y luego tira el arma al suelo.

No soy tan tonto como para que alguien dispare aquí abajo un arma automática de fuego.

Esta vez la voz llega por el lado derecho y es bastante más baja. Allí está Miller. Isabel lo reconoce de inmediato. Lo ha visto con frecuencia en los medios antes de que se retirara hace un par de años.

—Pero esta otra sí que está cargada —dice.

Isabel reconoce un táser, como el que lleva la policía. Alex se lanza contra Miller y recibe la primera descarga. Se encoge, lanza un grito y cae al suelo. Luego le toca el turno a Adrian. ¿Querrá ahorrarle a ella el mal trago? Isabel no sabe si alegrarse o molestarse cuando nota miles de pinchazos por todo el cuerpo que anulan cualquier pensamiento.



Dallas, 28 de octubre de 2041

—¿Cuál es su destino? —pregunta la mujer de uniforme tras la ventanilla.

—Sudáfrica

—Vaya, le espera un vuelo muy largo. ¿Viaja solo?

La mujer mete el pasaporte en el escáner. Pita. Todo parece estar en orden.

—Con mi madre —responde.

—Oh, qué bien. ¿Está detrás de usted?

No, hemos quedado en la sala de embarque.

—Gracias, señor Joshi —la funcionaria le devuelve el pasaporte—. Que tenga un buen vuelo. —Hace un gesto hacia atrás—. El siguiente, por favor.

Bavin resopla nada más abandonar la ventanilla. El oficial de la TSA en el control de seguridad se ha extrañado que lleve solo equipaje de mano a bordo, aunque eso se explica fácilmente con la palabra «familia».

Tras meter su pasaporte en el escáner, los que van tras él ya deben saber dónde está. Deben tener fuentes de información en los organismos públicos. Pero al mismo tiempo se encuentra en uno de los lugares mejor vigilados del mundo. Nadie puede sobornar a todos los órganos de seguridad que se mueven por el aeropuerto. Si alguien le metiera un arma entre las costillas, se vería por alguna cámara.

O eso espera.

La terminal internacional no está tan llena como suponía tras el tiempo de espera en el control de seguridad. Busca algún plano de la zona, pero solo encuentra un quiosco informativo con el holograma de una persona que espera a visitantes.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le pregunta cuando se coloca frente al mostrador—. ¿Main tumhaare lie kya kar sakata hoon?

Bavin da un paso atrás. ¿El holograma acaba de analizar su aspecto y le ha habado en hindi? Parece que en Georgia no está prohibido.

—Quiero saber dónde está la capilla más cercana —pregunta.

—Está justo detrás de usted —dice el holograma con una voz femenina—. Siga los rótulos que indican «Capilla interreligiosa» hasta llegar a ella.

—Gracias.

—Ha sido un placer poder serle de ayuda. ¿Me permite una pequeña encuesta de satisfacción? Con ella pretendemos saber si...

La voz se interrumpe, seguramente porque Bavin se ha alejado ya demasiado. Realmente no falta mucho para llegar al punto de encuentro. Habría visto el rótulo de capilla interreligiosa en

seguida si no hubiera buscado de inmediato un punto de información tras llegar a la terminal.

Bavin entra. La capilla tiene paredes de cristal, pero no transparentes a partir de la altura de las rodillas. Consta de dos salas. En la de la izquierda pone «Hombres», igual que en los lavabos, y en la de la derecha «Mujeres», aunque con la palabra «Familia» añadida. Así que aquí pueden entrar todos. Tal y como Mary le comentó, la luz está atenuada. En una esquina hay tres mujeres con hiyab y ropa colorida, en la pared posterior una mujer mayor con otra más joven y con capas negras, que juegan con un niño pequeño; seguramente madre y abuela. A la derecha hay una mujer rubia de coleta larga que le da el pecho a un bebé. Bavin gira de inmediato la mirada. Nadie reza; los visitantes utilizan la capilla más bien como lugar tranquilo de espera. Una de las tres mujeres señala hacia la entrada y susurra: —Para hombres es al otro lado.

Bavin mira el reloj. Son las 18:50. Llega veinte minutos tarde. ¿Dónde estará Mary? Seguro que no le espera en la sala de hombres y siempre pensó que es una persona respetuosa de la puntualidad. ¿Se la habrán llevado ya? Alguien le toca entonces el hombro por detrás. Es la mujer mayor. Se quita la capucha de la capa negra.

—¡Mary!

Lo dice con un tono más alto de lo que pretendía. Mary le pone un dedo sobre la boca.

—Llegas tarde —le susurra—. Dame un abrazo.

—Ehh..., vale.

—Imagínate que soy tu tía.

Bavin sonríe y acepta el abrazo. Mary le aprieta con sorprendente fuerza contra su pecho y luego lo suelta.

—Lo siento, pero era necesario.

—¿Por Robert?

Asiente, pero no dice nada. Bavin cree ver una lágrima en el rabillo del ojo, pero no hay suficiente luz aquí para estar seguro.

—Siempre puedo entregarme —dice.

—¡Jamás! Les vamos a demostrar quiénes somos. Esto es lo que Robert haría.

—Tienes razón, Encontraremos a esos gilipollas en el Atlántico Sur.

Bavin se asusta. ¿Qué hay de los planes para una antena de bocina con las que quieren captar los mensajes desde Ganímedes?

—¿Has encontrado entre las cosas de Robert también bocetos para una antena? —pregunta.

Una de las tres mujeres con vestidos de colores sisea. Sería mejor salir de la capilla.

—¿La antena de bocina? Claro. Robert lo preparó todo muy bien. Incluso me ha falsificado una identidad.

—¿Un pasaporte?

—No. Supuestamente soy responsable de nuevos grandes proyectos en la National Science Foundation. Soy quien decide dónde invertir en nuevos telescopios. Espero que la gente en Tristán da Cunha sepan valorar algo así.

Bavin sonríe. El compromiso de Mary le da buenas vibraciones. Por primera vez desde la caída de la sonda tiene la sensación de que las cosas no siempre van a peor. ¡Ojalá Robert esté sano y salvo!



Conserva esa sensación hasta que embarcan. El Airbus 360 es nuevo de trinca. En la puerta les han impreso nuevas tarjetas de embarque. La azafata en la puerta del avión los

acompaña hasta delante.

—¿Business? —pregunta Bavin.

—Sí, me he permitido una mejora de categoría. Robert es algo tacaño en estos aspectos.

Bavin se sienta. Su asiento es el 4C. Mary pasa por la fila 3 hasta el 4D y se sienta a su lado. Un azafato se acerca a Bavin.

—Buenas tardes, familia Joshi. Mi nombre es Jonathan y cuidaré de ustedes en este vuelo. ¿Puedo ofrecerles una copa de champán?

Familia Joshi. El hombre ha sabido evitar cualquier metedura de pata. Al parecer, Mary y él viajan juntos. Por la diferencia de edad podría ser su madre, pero igual no es más que una mujer rica con amante joven. El azafato Jonathan ha conseguido no meter la pata. Bavin lee el rótulo de nombre. Allí pone «J. Friedrichs».

El champán está listo. Jonathan le entrega una copa primero a Mary y luego a Bavin. Mary sonríe. Parece realmente relajada y en este momento resulta, además, una mujer muy hermosa. ¿Cómo es que entre ella y Robert no haya habido nunca nada? ¿Igual porque ella siempre ha asumido demasiado el papel de madre? Y es que estos dos harían una muy buena pareja.

—¡Salud! —dice Mary.

—¡Por nuestro viaje! —dice Bavin y entrechocan las copas.



El despegue se retrasa un poco. Bavin aprovecha el tiempo todavía en tierra para probar el nuevo teléfono que se ha comprado de camino. La pantalla inicial es bastante diferente a la de su antiguo móvil. Lo primero que hace es ajustar la hora de su destino. Ciudad del Cabo está a siete horas más que aquí. No le gusta volar en esa dirección, pero no le queda más remedio. Se baja los programas que suele utilizar en la pantalla exterior. Luego lo despliega a formato A4 y entra con los datos que le ha dado Robert a la consola de control de la antena. Funciona. Excelente. Si sus entrometidos amigos han estado en Green Bank, no parecen haber encontrado este encargo. Seguramente sean matones de tres al cuarto, legos en materia de radioastronomía.

«Sincronizando», pone en la pantalla.

El reloj de arena cambia a una flecha de puntero y Bavin pasa a la lista de encargos. El trabajo que le interesa tiene un número de código de lo más aburrido. Bavin lo abre. La antena principal pudo observar a Ganímedes ayer durante unos buenos noventa minutos. Debería haber algo más que un: «Hola, Bex. yo soy». Bavin descarga los datos. Robert le anotó con detalle cómo debe hacerse, como si ya hubiera temido que no podría hacerlo en persona. ¡Pobre Robert! Ojalá esté bien.

«Error. No hay datos», dice el ordenador cuando Bavin ha ejecutado los primeros pasos necesarios.

«Error. No hay datos».

«Error. No hay datos».

«Error. No hay datos».

Lo intenta una y otra vez, pero no encuentra nada. Se da un golpe en el muslo.

—¿Qué te pasa? —pregunta Mary.

—Pues que ya nos podemos bajar del avión, Gex ha dejado de retransmitir.

—Seguro que hay alguna explicación para ello.

—Claro que la habrá. Pero no nos servirá de nada. Solo podemos localizar la ubicación del

receptor si Gex emite. Todo el esfuerzo con la antena de bocina está pensado precisamente para eso.

—Tripulación, por favor, prepárense para despegar —dice el capitán por el altavoz.

Bavin se pone de pie.

—¡Tengo que salir de aquí!

El azafato se le acerca y le pone una mano sobre el hombro. —Todo irá bien, señor Joshi. Por favor, siéntese.

—Perdónele, Jonathan. Mi hijo padece un terrible pánico a volar —dice Mary—. Pero en cuanto estemos arriba ya estará recuperado. Ven, cielo, tómate la pastilla que siempre te tomas en estos casos.



Deep Base 1, 29 de octubre de 2041

Algo va mal. El barco está demasiado quieto. Ha desaparecido ese constante vaivén lateral que lleva meses meciéndola en sus sueños. Debe salir de aquí. ¡Se están hundiendo! Es la única explicación. Isabel abre los ojos y se pone en pie de un salto.

Pero esta no es su cabina. La cama es más ancha y la habitación más amplia. Mira por el ojo de buey. La luz de la habitación cae sobre el fondo marino arenoso. Un pez de forma extraña pasa por el haz de luz, se asusta y se aleja de nuevo. Es la base en la que se esconde Oswaldo Miller en el fondo del mar. Se percata de su estado. ¿No debería estar sufriendo de miedo y pánico? Pero está curiosamente tranquila. Igual es por el shock.

Isabel baja la mirada. Lleva puesto un pijama desconocido. Alguien debe haberla desnudado, excepto por la ropa interior que sí reconoce. Olisquea las axilas. Necesita urgentemente una ducha.

El baño es casi tan grande como en el barco; es decir, minúsculo. Sobre el estante del lavabo hay, en una bolsa sellada, un cepillo de dientes con pasta, un cepillo para el pelo, jabón, desodorante y un par de cremas. En el armario de encima ha colocado alguien tampones y compresas. ¡Qué detalle! Ya no aguanta más. Se baja los pantalones y se sienta en el inodoro. Mientras se alivia silba una canción hasta que se da cuenta de la pulsera que lleva alrededor del tobillo izquierdo. Miller ha tomado medidas. Seguramente por eso no lleve ataduras.

Se lava y se desnuda del todo para meterse bajo la ducha. La pulsera puede moverse unos milímetros, pero no hay forma de quitársela. Ya ha dejado una marca en la piel. Pero será resistente al agua. Abre el grifo de la ducha y se mete dentro.



Sale del baño envuelta en una toalla. Se asusta al ver que la cama ya está hecha.

—¿Hay alguien aquí?

No hay respuesta. Aunque le parezca una tontería, mira incluso bajo la cama para asegurarse de que está sola. Seguramente la estén observando. Primero mira hacia el techo y luego al suelo. Aquí también hay un elemento decorativo incrustado en el revestimiento. Deja caer la toalla encima y se va al armario empotrado que ha visto entre el baño y la puerta de salida.

Al abrirlo se enciende automáticamente la luz. Esperaba encontrar algún tipo de ropa de prisionero o, al menos, un uniforme, pero en el armario cuelgan sus propias cosas. Las huele. Alguien las ha lavado. Las prendas de ropa interior de abrigo que llevaba están incluso planchadas. ¿Quién plancha la ropa interior?

Pero no encuentra ni braguitas, ni calcetines ni otro sujetador para ella. Parece que Miller no recibe muchas visitas femeninas. Isabel regresa al baño, lava sus bragas y calcetines en el lavabo y lo cuelga todo sobre la mampara de la ducha. El sujetador aún puede utilizarse, así que se lo pone. Y ahora tendrá que ponerse la ropa térmica sin bragas. También tiene que renunciar a calcetines, pero tampoco hace frío. Si llega a saber que le esperaba una estancia más larga habría traído ropa interior de recambio. Luego se pone los tejanos ajustados que llevaba durante el viaje y la blusa. ¿No sería mejor el jersey? Lo saca del armario y se coloca frente al espejo que hay en la puerta del baño. No, mejor la blusa.



Cuando se acerca a la puerta, la pulsera en su tobillo vibra. La cerradura hace ruido. Presiona la manilla hacia abajo y la puerta se abre. Parece que la pulsera es su llave mágica. Aunque no funciona por todas partes, como ya descubre en la cabina siguiente. Pero sí reacciona ante la puerta que hay enfrente. Llega a un pasillo en el que el olor a café recién hecho le indica la dirección. La fuente del aroma está en una pequeña cantina. Adrian y Alex están sentados a una mesa para cuatro y se dejan servir por un Protimos.

—Por fin, ya iba siendo hora —dice Adrian—. Empezábamos a preocuparnos.

—Buenos días también a vosotros —dice Isabel.

—No es que importe mucho, pero según hora estándar es casi mediodía —dice Alex—. Has dormido más de doce horas.

Por eso se siente tan recuperada. Isabel se siente mil veces mejor que ayer; realmente liberada. Quien está preso, no tiene ya responsabilidades. Igual es por eso.

—Puedo recomendar los huevos rancheros —dice Adrian.

Isabel sacude la cabeza. No soporta comidas tan potentes nada más levantarse.

—¿Qué más hay? —pregunta.

—Si desea algo más ligero, puedo prepararle un par de conchas y confituras variadas —dice el robot.

—¿Y algo de fruta fresca?

—Lo siento, pero aquí solo disponemos de fruta enlatada.

Debería habérselo imaginado. Miller debe abastecerse con bastante poca frecuencia.

—Pues las conchas, entonces.

—¿Padece usted algún tipo de alergia o intolerancia?

Isabel sacude la cabeza. Solo tiene alergia contra estar encerrada, pero por ahora aún no lo nota mucho. Se muere de ganas por desayunar. ¿Cuánto hará que no come unas conchas auténticas? Y seguro que las confituras del millonario superarán en mucho a las que pueden obtenerse en el barco.

—Y un café con leche, largo de café, por favor.

—Será un placer —dice el robot y desaparece luego en la habitación de al lado.

La puerta la deja abierta. Isabel está más despierta que nunca y llena de energía, así que sigue al robot por pura curiosidad.

—Mejor no lo hagas —dice Alex.

—¿Por qué?

La pulsera en su tobillo le da pequeñas descargas eléctricas, que le hacen cosquillas, pero que aumentan de potencia a medida que se acerca a la puerta. Cuando coloca la pierna izquierda en el marco, comienza a sentir dolor. Okey. Miller les dice claramente a dónde pueden ir y a dónde no.

No quiere volver a caer al suelo sacudida por espasmos, por lo que regresa a la mesa. Su optimismo acaba de sufrir un claro revés.



ALEX ESTÁ RELATANDO UNA AVENTURA DE SUBMARINISMO CUANDO EN LUGAR DEL ROBOT aparece por la puerta su anfitrión. Isabel se traga lo que estaba masticando deja la concha a medias en el plato y se levanta. No sabe si saludar a Miller o darle un par de buenas bofetadas.

—Por favor, quédese sentada —dice—. No pretendía molestarles mientras almuerzan.

Miller viste un polo, pantalones cortos y zapatillas blancas de deporte. A pesar de su piel oscura, parece un típico norteamericano. Exactamente así es como lo recuerda de los medios, aunque ahora parezca haber envejecido bastante. También lleva una pulsera alrededor del tobillo. Es lógico; él también es prisionero en su propia casa.

—La pulsera es muy práctica —dice Miller, que ha notado su mirada—. No solo sirve como llave, sino que supervisa mis funciones vitales. Si empeorara mucho de repente, tendría efecto también para ustedes. Creo que es lo más justo. Si creen que tienen que matarme, adelante, pero en ese caso moriríamos todos.

Que bien que se lo ha organizado Miller. De esta forma no necesita llevar permanentemente encima un táser. Por algo se ha hecho multimillonario con la alta tecnología.

—¿Qué quiere de nosotros? —pregunta Isabel.

—Eso es algo que debería preguntarles yo —responde Miller—. A fin de cuentas, se han esforzado muchísimo en hacerme una visita sin haber sido invitados previamente.

—Soy agente de la Oficina Federal de Control Genético —dice Adrian—. Hemos iniciado una investigación por violación de los convenios internacionales mediante la liberación descontrolada de información genética manipulada.

—La FOGC. Siempre me la he imaginado como un tigre desdentado. ¿O es que ya hay un equipo de las Fuerzas Especiales de camino?

—Tendrá que responder por sus actos —dice Adrian.

Miller los observa impertérrito. Aquí tiene las de ganar. Nadie sabe exactamente dónde están. El capitán Bismo se alegrará de haberse quitado de encima esa plaga de fantasmas y de poder continuar su crucero. Isabel no tiene ni la más remota idea de cómo darle la vuelta a la tortilla.

—Igual sí. Pero por el momento no parece que vaya a ser el caso. Más bien al contrario; va todo sobre ruedas y hay muchas posibilidades de que pueda disfrutar en vida de mi triunfo.

—¿Su triunfo? —comenta Isabel—. ¿De qué triunfo habla?

Se siente como en una película de agentes secretos, cuando el malo de turno revela a su pobre víctima sus auténticos motivos. Pero en su caso, 007 está sentado a la mesa con ellos y lleva la misma pulsera asesina en el pie como ella. En esta película no parece intuirse un final feliz.

—Cuando lo comprendan, tendrán que admitir que no soy un violador de la ley.

—Eso tendrá que dejar que lo decidamos nosotros. Pero puede empezar por contarnos de qué va todo esto.

Miller sonríe. Parece estar muy orgulloso de sus logros.

—Deben perdonarme si me muestro algo demasiado entusiasmado con mi trabajo. Pero no siempre disfruto de la ocasión de poder contárselo a alguien. Hasta ahora lo he conseguido todo solo, totalmente solo; acompañado únicamente de mis muy fieles robots Protimos. ¿Sabían que pueden trabajar incluso bajo el agua? Pero me estoy yendo por las ramas. Antes de nada, debo pedirle perdón a usted, Isabel, por no haberle podido proporcionar ropa adecuada.

Ahora se da cuenta de que Adrian y Alex llevan ambos polos con el logotipo de Protimos. El de Adrian parece ser una talla demasiado pequeña. Miller debe haber compartido con ellos parte de sus propias prendas de recambio.

—Me las apañaré —dice Isabel.

—Si lo desea, un Protimos puede lavarle la ropa interior a diario. Disponemos de una secadora potente. Cuando salga de la ducha ya estará todo limpio para usted.

—No, gracias.

Imaginarse que un robot le mete mano a su ropa interior mientras se ducha le pone la piel de gallina.

Miller asiente como si ya se lo hubiera imaginado.

—Bien. Ahora toca hablar sobre el núcleo de mi idea. Nadie, ni siquiera mis más cercanos allegados, ha sido capaz de entender el alcance. Por eso no espero que ustedes vayan a reaccionar de forma distinta.

—Inténtelo igualmente —dice Adrian—. Mi oficina está abierta a argumentaciones racionales. Siempre y cuando, eso sí, no tenga que ver con extraterrestres.

—No qué va —dice Miller, e Isabel se da cuenta cómo Adrian se relaja con un suspiro—. Tiene que ver con la humanidad. Ya saben lo mal que nos hemos ocupado de nuestro planeta en el pasado. Parece que hemos podido solucionar el problema del cambio climático en el último minuto, pero las próximas catástrofes ya empiezan a anunciarse.

—Sí, porque el krill genéticamente manipulado está destruyendo el ecosistema antártico. —Isabel no puede evitar soltar ese comentario. Miller es el problema, aunque se crea que es la solución, sea cual sea esta.

—Puede. No puedo ni quiero excluir que yo sea parte del problema. Pero mi solución lo impedirá para siempre. Voy a acabar con la labor de multimillonarios ególatras como yo mismo de una vez por todas.

—¿No sería mejor que donara sus miles de millones? —pregunta Isabel.

—Ya he visto lo que mis apreciados colegas consiguen con eso. El presupuesto de sus fundaciones es mayor que el de la OMS, y aun así no son más que una gota de agua en medio del océano. Guerras locales, hambre, pobreza..., todo sigue igual.

—Suena casi como un comunista —dice Adrian.

—Solo hablo de cómo está el planeta. No quiero una sociedad comunista. No; lo que necesitamos es un cambio realmente drástico y general.

—¿Anarquía? —pregunta Adrian.

—Siguen sin pensar a lo grande. ¿Cómo se comportan los habitantes de un hormiguero? ¿Agotarían todos sus recursos? A eso me refiero.

—Pero los seres humanos no somos hormigas —dice Isabel.

—Correcto, y nunca lo seremos. Por eso debe asumir el poder en la Tierra alguien distinto.

—Así que sí hablamos de extraterrestres —dice Adrian.

—Las máquinas —dice Isabel, aunque ya empieza a intuir a dónde quiere llegar Miller.

El multimillonario se ríe.

—Las máquinas son muy trabajadoras, pero no son creativas. Necesitamos una conciencia que entienda los recursos de la Tierra y que trate a nuestro planeta con cuidado.

—Está hablando del krill —dice Isabel—. Si no, no habría estado jugando con su genética. Pero ¿cómo? Son minúsculos crustáceos con un sistema nervioso relativamente simple.

—Un solo ejemplar no es más inteligente que una hormiga. Pero les he dado la capacidad de comunicarse. Pueden llegar a acuerdos y formar con ello una conciencia colectiva y compartida.

Ese será el futuro gobernante de la Tierra. ¡Y no solo eso! He creado la primera especie interestelar. Mis crustáceos pueden incluso sobrevivir en las lunas heladas. La conciencia compartida podrá expandirse por todo el sistema solar, y sin necesidad de trajes espaciales. Una sola sonda basta. ¡Incluso en Plutón hay océanos bajo el hielo! Y todo esto no sería más que el principio. En el universo existen bastantes más mundos helados que planetas similares a la Tierra. De la Tierra saldrá una ola colonizadora que abarcará la Vía Láctea entera; y además sin guerras, ni peleas ni envidias, porque todo será uno.

Isabel aguanta durante unos instantes la respiración cuando se da cuenta del alcance es esta visión. Miller pretende transformar la Vía Láctea en un organismo gigantesco. ¿A qué conclusiones mentales podría llegar un ser así? Bueno, la comunicación es un problema. Pero incluso las neuronas individuales del cerebro no intercambian información a velocidades infinitas. Si este ser galáctico piensa en períodos galácticos, los cien mil años necesarios para que llegue a formarse una idea ya no importarán.

Claro que, en ese caso, el ser humano ya no tendrá cabida alguna. Es mezquino y solo piensa en su propio bienestar. ¿Puede llegar a oponerse a una idea de tal magnitud? ¿No sería precisamente la prueba de sus limitaciones, si condenan a Miller por ello?

—¿A qué viene tanto silencio? —pregunta Adrian—. Este hombre está loco, ¿no os dais cuenta? Quiere que el mundo sea gobernado por el krill. ¡Miller es un enemigo de la humanidad!

—No solo el mundo, quiere que gobierne la Vía Láctea entera y algún día incluso el universo entero —dice Alex.

—Pero todo esto es totalmente ... No se me ocurre nada que pueda expresarlo. ¡Debemos pararlo!

Adrian mira hacia su pulsera en el tobillo. Isabel se da cuenta y se acuerda de la advertencia de Miller. ¿No pretenderá Adrian...? Alex se pone de repente en pie y arrastra a Adrian por el hombro hacia él.

—No, Adrian. Ahora no. No conseguirás cambiar nada si logras que nos maten a todos. Más bien lo contrario.

—Alex tiene razón. Si morimos aquí abajo, el krill modificado se extenderá por los mares y Miller ganará. Debemos seguir vivos si es que queremos parar todo esto de alguna forma.

Miller sonríe.

—Qué bien, se han dado cuenta. Igual podrían ahora disfrutar amablemente de mi hospitalidad y observar conmigo los cambios que están por venir, ¿no les parece? Yo ya soy demasiado viejo. Dudo que pueda llegar a ver cómo el océano asume la soberanía de la Tierra. ¡Pero igual ustedes tienen más suerte! Y no se preocupen, que esta base es totalmente autárquica y capaz de mantenerse durante cien años. La energía es geotérmica y las otras dos cúpulas están casi llenas hasta arriba de víveres.

¡Menuda perspectiva más halagüeña! Miller realmente se imagina que van a pasarse los próximos años encerrados aquí abajo. La conoce muy mal. Pero no es por ahora buena idea hacérselo ver, ya que se desharía de ellos de inmediato.

—¿A qué te refieres con ese «si», Isa? —pregunta Adrian.

—¿Qué si?

—Si es que queremos impedirlo, es lo que dijiste.

—Igual nos sumamos a las ideas de Miller si nos paramos un tiempo a pensar en ello, ¿no? No puedes contradecirle en que la humanidad hasta ahora no ha sido precisamente un digno pozo de sabiduría colectiva.

—Hasta ahora, el mercado ha solucionado todos los problemas —dice Adrian—. El precio

del dióxido de carbono solo tuvo que subir lo suficiente como para solucionar la crisis climática.

—Creo que simplificas un poco demasiado lo que ha pasado en los últimos años —dice Alex.

—Igual sí. Pero ¿realmente queréis que asuma el poder otra cosa? El ser humano es la cúspide de la creación y así debería continuar. A saber cómo nos iría si no. El dios krill de Miller igual hasta piensa que la mitad de la humanidad ya es demasiado para este planeta y se carga a la otra mitad.

¡Dios krill! Ahora entiende Isabel lo que probablemente mueva a este multimillonario mexicano. Es su búsqueda de un dios. La ciencia y la técnica han hecho innecesarias las creencias en seres sobrenaturales, y ¿cómo reacciona un ser humano que tiene a su disposición recursos casi ilimitados? Se crea su propio dios. Isabel clava la mirada en Miller. Parece que ya se está regodeando bajo la luz de su futuro dios.

En su círculo de gente forrada no es nada fuera de lo común. ¿No quería el propietario de RB, ese Shostakóvich, enviar ADN humano a Próxima Centauri? ¿Y qué hay de las IA que otro milmillonario de la alta tecnología prepara para la singularidad, o los androides de esa empresa espacial cuyo nombre no puede recordar ahora y que trabaja a la vez en implantes cerebrales para humanos, para que puedan mantenerse al mismo ritmo que las máquinas?

¿No tienen todos también un poco de razón con sus argumentos? El ser humano como ser biológico, como individuo, es ya incapaz de hacer frente a las labores que requieren los tiempos actuales. Normalmente, la evolución lo sustituiría ya por algo distinto, mejor, pero el ser humano se resiste a ella. ¿Entonces ya solo queda una evolución técnica, si resulta imposible parar del todo este desarrollo? Al igual que el Homo Erectus tuvo que ceder su trono al Homo Sapiens, igual va siendo ya hora de que cedamos el nuestro al krill, por ejemplo, para que domine la Tierra.

Al krill. Esos minúsculos crustáceos. Isabel ha visto cientos de ejemplares y ha matado a la mayoría de ellos. Siente un escalofrío. Los crustáceos tienen una memoria colectiva. ¿Qué pasará con el arte y la cultura si asumen el poder? ¿A dónde irán a parar el amor y el odio? Esos animales son incapaces de hacer algo por sí solos. ¿Quién garantiza que con una conciencia colectiva sean capaces de hacer algo distinto? Eso habla, en el fondo, a favor del ser humano. Si un solo ejemplar ya es capaz de llegar a hacer tantas cosas, ¿qué serían capaces de hacer mil o un millón de individuos juntos? Igual Miller tiene solo el problema de que no se fía mucho del ser humano. Antes de eliminarlos a todos debería darles alguna que otra oportunidad.

—Ahora ya no se les ocurre nada a ninguno de ustedes —concluye el multimillonario.

—Sus ideas son simplemente terroríficas —dice Adrian—. Solo estoy buscando alguna forma de echarle palos a las ruedas.

—¿Y ahora qué hacemos? —Al menos Alex no expresa en voz alta lo que está pensando delante de Miller. Tienen que encontrar una forma de comunicarse entre ellos sin que Miller se entere.

—Ya han visto algunos de mis cofres del tesoro, como me gusta llamarlos. Su contenido estará listo en unas ocho semanas. Entonces se abrirán y liberarán a miles de millones de larvas de krill manipuladas. Las suficientes como para que esta población logre establecerse. Y luego ya no habrá marcha atrás.

—¿Es cierto eso, Isa? —pregunta Adrian.

—Sí, cuando las larvas hayan salido, y dada su agresividad y movilidad..., me temo que la variante natural existente ya no tenga posibilidad alguna de sobrevivir. En pocos años tendremos una sobrepoblación de krill, y de una magnitud que causará la desaparición de cuatro de cada cinco especies marinas.

—¡No lo vea todo tan negro! No desprecie la pequeña modificación que he hecho al recurrir al pez elefante.

—Oswaldo, usted siente que tiene un deber ante la ciencia, ¿no es así? Hasta ahora no ha existido esa conciencia que usted se imagina, ¿verdad? Solo porque los individuos de una especie animal puedan comunicarse, no tienen por qué crear una conciencia colectiva. Ni las jirafas ni los ratones viven juntos en estados como los hormigueros. ¡No es más que especulación barata!

—Ahora me decepciona usted, Isabel. Supuse que nadie sabría tanto del krill como usted. Pero me equivocaba. Hace mucho que los crustáceos luminiscentes se comunican entre sí. Solo que hasta ahora no disponían de más posibilidades de expresarse que a través de su luminiscencia. ¡Les he dado un lenguaje nuevo! ¿Qué pasó con la humanidad cuando desarrolló el lenguaje? ¡Al principio fue la palabra!

Al principio fue la palabra, exacto. Se equivocaba. Miller no quiere crear un nuevo dios. Pretende convertirse él mismo en un dios.

—La humanidad ha utilizado el lenguaje para pelearse —dice Isabel—. Como nosotros ahora. Nunca habíamos estado más alejados de una conciencia colectiva como ahora. Y empiezo a creer que eso es bueno.

Miller camina ahora de un lado al otro por la habitación. La discusión le ha afectado tanto como a Isabel. No es un monstruo, pero ha enterrado sus dudas a saber dónde. Seguro que tiene hijos. ¿Debería utilizarlos para llamar la atención de su conciencia? No sería de ayuda.

Algo zumba. Miller saca un dispositivo del bolsillo, lo abre y se queda mirando la pantalla. Entonces sonríe, lo pliega de nuevo y se lo guarda. Debe haber sido informado de algo que confirma sus ideas.

—¿Así que cree que todo esto es especulación? Pues se alegrará al saber que estamos desde hace poco en contacto con una conciencia compuesta por la unión de individuos krill.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible? ¿Cuántos son?

—No puedo revelarles los detalles. Pero nos ha enviado ya su primer pensamiento; en español, ¿pueden creérselo? ¡Qué orgulloso estoy!

—¿Y qué dice ese primer pensamiento?

—Yo soy.



Ciudad del Cabo, 30 de octubre de 2041

La vista es impresionante. Bavin está sentado en un agujero en la arena, que habrá hecho ayer algún niño con su cubo y pala, y espera a que le llegue el cansancio. El lado izquierdo del panorama lo ocupa la majestuosa montaña de la Mesa. Desde allí, la mirada oscila por encima de un mar infinito. Ahora, a primeras horas de la mañana, tiene el Sol a su espalda. Si mira unos diez grados a la derecha de la montaña y la Tierra fuera plana, podría ver a un par de miles de kilómetros una isla volcánica: su destino, Tristán da Cunha, cuya capital es Edimburgo de los Siete Mares. ¿No suena eso a algo mágico? Bavin siente mucha curiosidad, pero debe esperar más de una semana antes de poder continuar su viaje hasta allí.

Ayer llegaron justo al anochecer a Ciudad del Cabo. Ha logrado dormir a gusto en la clase Business del avión, a diferencia de Mary, que se quedó dormida de inmediato nada más tumbarse en la cama del hotel. El «señor y la señora Joshi» tienen una habitación doble, aunque con dos camas tamaño ‘queen-size’ separadas. Bavin intentó conciliar el sueño, pero luego agarró el portátil que había traído Mary e investigó todo aquello que Robert no le dio ya tiempo de investigar. Robert... Ojalá no le haya pasado nada. Está preocupado por él. ¡Cómo deberá sentirse Mary! No le extraña que duerma tan mal.

El bar del hotel cerró a medianoche. El camarero le deseó las buenas noches mientras Bavin se dedicaba a buscar la sonda Gex. Al parecer, la antena principal había captado dos horas más de observación de Ganímedes, pero sin obtener resultados. Fue bastante extraño. ¿Se habrá dado alguien cuenta de que han estado escuchando a la sonda? Bavin sospecha de sus molestos e indeseados visitantes. Pero tuvo que esperar a que Mary se levantara. Entonces pudo contactar con el doctorando que estaba trabajando en la sala de control en ese momento.

Bavin se alegró cuando salió al fin el Sol. Si hay luz, es más fácil renunciar a la cama. Seguro que la próxima noche ya podrá dormir mejor. Ahora se imagina en el banco, surcando las olas en dirección a esa lejana isla donde solo hay siete apellidos distintos. Las olas mecen el barco, cuyo motor ronronea a un ritmo regular mientras la proa se abre camino por el océano.

Se asusta al ver una cara inclinada encima de él. Es Mary. Así, del revés, con los ojos abajo y la boca arriba, no la reconoce al primer instante. Además, se ha pintado los labios con un color bastante llamativo.

—Así que es aquí donde te escondías —dice—. El barman me ha dicho que no has dormido.

—Es por el cambio de horario. —Bavin mira el reloj—. En casa sería ahora medianoche. Nunca me voy a la cama antes de la una. Además, no puedo evitar pensar en Robert.

—Eres un trasnochador, entonces. Pues tendremos que llegar a un acuerdo al respecto. Yo no suelo quedarme levantada más allá de las diez. E intento no pensar demasiado en Robert.

—Podríamos cogernos habitaciones separadas.

—Podríamos pagarlo, pero no creo que sea una buena idea. Me he preparado una estrategia para las próximas negociaciones en las que seremos el señor y la señora Joshi.

—Vaya, vaya.

—Escúchame antes de negarte. En nuestro papel yo soy la mujer que tiene el dinero. Y tú eres el joven científico al que protejo.

—¿Joven? Ejem... Tengo casi cuarenta.

—Pues genial. Si me arreglo un poco, paso por una de sesenta.

Bavin mira a la asistente de Robert. Ha cambiado la blusa seria con la falda larga por un top blanco que ondula al viento y un pantalón igual de blanco. Debajo lleva un bikini de color naranja que se ve por debajo del top. Una mujer atractiva, sin duda, y que bien puede permitirse un amante joven. Y ese será él.

—No sé si me gusta la idea —dice.

—No te pongas así, seguro que eres buenísimo en tu trabajo —dice Mary—. Pero las negociaciones no serán precisamente tu fuerte, ¿a que no? Tenemos que convencer a un capitán para que nos ceda un par de semanas su barco.

Bavin suspira. Nunca ha sido bueno negociando, para gran disgusto de su familia. Cuando visitaban a sus tías y tío siempre intentaban enseñarle un poco. Pero es un juego que en el fondo aborrece porque todos los que participan en él saben cómo va a acabar, excepto algún que otro turista.

—Está bien, por mí que no quede —dice.

—Estupendo, vamos a desayunar pues.

Mary señala en dirección al hotel, pero Bavin rechaza la oferta.

—Primero me tengo que tumbar un poco —dice—. Hoy no tenemos nada planificado, ¿no es así?

—Dentro de ocho días parte el Lance en dirección a Tristán da Cunha. Hasta entonces debemos tener ya listo todo lo que queramos llevarnos. Así que lo mejor será empezar hoy mismo. Ya he hablado con la naviera por teléfono. Tenemos cita a las cuatro de la tarde en el puerto.

Mary estira los brazos y se pone firme con una sonrisa. Esta mujer no se anda con chiquitas. Tienen suerte de tenerla a su lado, aunque todo parezca no tener ya mucho sentido, pues Gex no ha enviado nada más. Pero no quiere quitarle la ilusión a Mary. Puede que las perspectivas mejoren una vez tenga la mente despejada tras una buena siesta matutina.



Su estómago ruge. Mary le ha dejado dormir tanto que no le ha dado tiempo a comer nada. El trayecto en taxi hasta el puerto no ha tomado más de media hora, a pesar del intenso tráfico. Robert eligió el hotel con mucho acierto. ¿Cómo estará ahora?

Un joven abre la puerta de la salita, mira al interior, asiente y la vuelve a cerrar. Están sentados en una sala que parece una celda de prisión. Solo hay unas ventanas altas y muy estrechas en una pared, que dejan entrar algo de luz. Sobre la puerta cuelga un aparato de aire acondicionado que les sopla aire helado a la cara. Mary lleva sus gafas de sol y una chaqueta de punto que da mucha envidia a Bavin, que mira el reloj para constatar que han pasado veinte minutos de la hora de la cita. Su estómago suelta otro rugido. Mary le ofreció que se llevara las patatas chips del minibar, pero se negó a pagar el equivalente a ocho dólares por esa bolsita.

Se abre la puerta. Es Matt Harper, que ya se presentó antes como jefe de ventas. Debe rondar la treintena y parece un poco un profesor de surf, con indomable cabellera larga y barba de tres días.

—Vengan, por favor —les dice acompañado de un gesto de mano—. Lamento mucho haberles hecho esperar tanto.

Harper camina delante y los lleva a una oficina por cuya ventana pueden ver el aparcamiento. Detrás se ve el mar espumeante, mucho menos agradable que por la mañana. Bavin se imagina navegando con un barco de pesca sobre esas olas de un par de metros de altura y su estómago deja de rugir de inmediato.

—Siéntense, por favor —dice Harper—. ¿Puedo ofrecerles un té o un café?

—Un té, gracias —dice Mary.

—Para mí también —dice Bavin.

—¡Connie, dos tés y un café para mí! —dice Harper en inglés y a voz en grito.

La respuesta llega en africaans.

—¿Con leche y azúcar? —traduce Harper.

—Sí, los dos, gracias —dice Mary.

Bavin la va a corregir cuando nota el guiño de Mary. Que ella decida por él parece ser parte del espectáculo. Su anfitrión señala hacia una mesa redonda con cuatro sillas y ofrece galantemente una a Mary. Bavin se sienta a su lado. Solo cuando una joven negra trae las bebidas se sienta también Harper con ellos.

En el platillo hay una minúscula galletita envuelta en plástico. Bavin la desenvuelve y se la mete ávido en la boca. Mary le pasa su galleta.

—Ten, cariño, ya sabes que no tolero el gluten —dice en un tono picado.

Harper entrecierra los ojos. Parece que aún se está haciendo una idea de esa curiosa constelación.

Mary da unos golpecitos en el muslo de Bavin.

—No tienes nada que objetar a que hable con nuestro anfitrión, ¿verdad?

Bavin asiente.

—¿Sabe, Matt? Mi Bavin es un gran científico, pero también extremadamente modesto. Cuando se trata de cotidianeidades necesita de vez en cuando que le echen una mano.

Bavin tiene que reprimir una sonrisa. Mary representa su papel a la perfección. Muy bien pensado que Mary pasara directamente a llamar a Harper por su nombre de pila. Aunque Bavin no entiende por qué es eso necesario. ¿No pueden limitarse a decir lo que necesitan? Pero dejará que Mary se encargue; se portará tal y como han convenido. Bavin toma un trago de té.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Joshi? —pregunta Harper—. Ya le hemos reservado el camarote para el viaje a Tristán, así como seis metros cúbicos de carga con un peso total de...

—Mi Bavin necesita su barco —le interrumpe Mary—. ¡Imagínese! ¡Ha inventado un nuevo tipo de radioantena!

Eso es mentira, pero nadie en la tripulación del barco habrá oído jamás nada de una antena de bocina, y el calientasillas de secano de Harper no la llegará a ver jamás montada.

—Y tiene que probar su diseño antes de poder hacerse famoso. Para ello, el Atlántico Sur es perfecto, porque ofrece una inmensa superficie sin interferencias. Tiene que saber que cualquier teléfono móvil encendido en quinientos kilómetros a la redonda podría interferir en las mediciones.

—Jeje, allí fuera no encontrará a nadie con móvil en mil millas a la redonda —dice Harper con un gesto de asentimiento.

—Sabía que nos comprendería.

—La entiendo muy bien, señora Joshi, y me parece fantástico que una mujer tan atractiva como usted se dedique a la ciencia. Pero tiene que entender que Overblick Agencies, a quien represento, ha contraído obligaciones ante otros asociados y que tenemos que cumplir con el MFV Lance.

—Supongo que se refiere a la licencia de pesca —dice Mary.

Harper asiente.

—A mi entender, la cifra anual de negocio de Tristán con cangrejos y langostas ronda el medio millón —explica Mary—. Si alquilamos el Lance por un mes con su tripulación, perderían una doceava parte del negocio.

—Depende de la temporada, claro, pero sí.

—Bien. Calculemos entonces generosamente con una décima parte. Eso serían cincuenta mil, más o menos. Le ofrezco sesenta mil y su gente podrá incluso ir pescando regularmente durante las cuatro semanas. Solo tendrá que realizar la ruta que le digamos.

Harper sacude la cabeza.

—A partir de mediados de noviembre, los ingresos son los más altos y no podemos echar nuestras redes en cualquier sitio.

—Está bien, setenta mil. Es mi última oferta. —Mary se sienta más derecha, mete la barriga y saca pecho. Robert ha ahorrado unos cien mil.

—Ciento veinte —dice Harper—. Es el límite inferior; por debajo de eso ya no hacemos beneficio alguno.

—Ven, mi amor. Este hombre no nos entiende. Lo intentaremos con otro. —Mary desplaza su silla hacia atrás y hace como que se va a levantar.

—Espere un momento —dice Harper—. Esta es la primera vez que nos ofrecen hacer algo parecido. Igual nos podemos apañar con ciento diez. Y mencionarán el nombre del barco en su publicación, ¿no es así?

—Suele ser lo usual —dice Bavin.

Mary frunce el ceño.

—¿Qué habíamos dicho, cariño? Yo hablo y tú... Ochenta mil. Y tenga en cuenta que se trata de un ingreso garantizado. A saber si los cangrejos participarán debidamente. Y la tripulación tiene cuatro semanas libres de estrés.

Harper lanza a Bavin una mirada compasiva y este apenas puede evitar sonreír.

—No sé si eso es o no una ventaja —dice Harper—. Ocho hombres en sus mejores años sin trabajar durante cuatro semanas en el barco, y con una mujer tan atractiva a bordo... En serio, valoro su interés, pero tengo que pensar en la empresa.

Harper se frota las manos. Seguramente esté contando ya billetes en la mente.

—Cien, por ser usted —dice—. Pero pagará la cantidad en metálico antes de subir al barco.

Mary sacude la cabeza.

—Ya he superado mi límite de aguante, señor. Lo lamento, pero bajo estas condiciones podemos dar por finalizada nuestra conversación. Vámonos, mi amor.

Mary se levanta y Bavin se acaba el té. Está dulce y el azúcar le tranquilizará el estómago durante un rato. Mary coge su mano. Tiene la palma húmeda. Parece que no es tan fría como quiere hacer ver y eso le tranquiliza. Van juntos hasta la puerta mientras Harper sigue sentado. Conoce las reglas del juego.

—De acuerdo, noventa —dice, cuando Mary pone la mano sobre la manilla de la puerta—. Mi jefe me despedirá, pero al menos tendré la buena sensación de haber ayudado a la ciencia con

mi sacrificio.

—Noventa mil en efectivo —dice Mary—. Y me da igual lo que ponga en el contrato.

Los ojos de Harper se iluminan. Ya está pensando en lo que puede exigir oficialmente.

—¿Entonces podría poner sesenta mil en el contrato?

—Eso ya es cosa suya.

Sesenta mil sería entonces más o menos lo que Overblick Agencies aceptaría sin tener pérdidas con este encargo. Harper se levanta y estrecha primero la mano de Mary y luego de Bavin.

—Conni les redactará el contrato —dice—. El MFV Lance estará a su disposición a partir del 12 de noviembre y durante cuatro semanas a su exclusiva disposición. Vengan conmigo, que le explico todo a Conni.

Salen del despacho. En la habitación de al lado está Conni sentada ante un ordenador, escribiendo. Harper habla en africaans con ella.

—Ya está; ya no me necesitan para el resto —dice—. Pero ¿puedo invitarles a comer algún día?

—Mi marido tiene mucho que hacer con los preparativos de este viaje de investigación —dice Mary.

—Lo entiendo, naturalmente —dice Harper—. Pero igual de vez en cuando le resulten algo aburridos esos preparativos... Llevo veinte años en Ciudad del Cabo y podría enseñarle algún que otro rincón hermoso que la mayoría de los turistas desconocen.

—Lo siento mucho, pero usted es un pelín demasiado joven para mí.



La señal no da tregua a Bavin. Está sentado al escritorio desde que regresaron de cenar. La antena principal sigue con su programación y envía nuevos datos cada vez que tiene a Júpiter a la vista. Y realmente no solo le llegan valores nulos, sino más bien un ruido estático constante. Lo ha comprobado con varios procedimientos y parece que ahí dentro se oculta una señal útil. Es como si en un coro gritaran todos a la vez, excepto una o dos voces que cantan piezas distintas. Las matemáticas pueden ayudarle a separar la casualidad de la señal.

Pero la curva resultante es extraña. Ojea rápido por todo el espectro de radio. Se trata definitivamente de una señal cuyo origen no es natural. Y no le sorprende. El cosmos está lleno de fuentes de radio, Júpiter entre ellas, por su fuerte campo magnético, pero también el Sol o Marte. Siempre que interfieren campos magnéticos, como también en púlsares o agujeros negros, resulta como producto secundario una emisión de radio en determinadas frecuencias.

La mayoría de las fuentes posee una curva de intensidad muy específica, según la longitud de onda. Los radioastrónomos y los satélites llevan muchos años coleccionando estas huellas dactilares. Bavin no encuentra coincidencia en una primera pasada. Así que la señal es más bien el resultado de una combinación. Para verificarlo ha creado un pequeño programa que combina fuentes espacialmente no demasiado distanciadas entre sí y las compara con los valores reales.

Lo pone en marcha y se reclina. Su mirada recae en el reloj de hora mundial que cuelga sobre el escritorio. En Nueva York son las tres de la tarde. El becario debería estar ahora en su puesto de trabajo. ¿Y si le llama y le pide ayuda? Ese hombre seguro que sabe diez veces más de radioastronomía que él.

—¿Crees que podríamos apagar la luz a las once? —le pregunta Mary.

Del cuarto de baño de donde acaba de salir, surge una densa nube de vapor. Bavin ha oído

cómo se duchaba y cantaba a la vez. Eso le dio la idea del coro caótico. Y ella no se sumaba a las dos cantantes con una canción armónica en los labios, precisamente.

—¿A las once? —Así que le queda una hora.

—No me molesta si sigues escribiendo. Lo más importante es apagar la luz del techo. Que haya pequeños ruiditos al dormirme resulta incluso tranquilizador.

—Hoy también estoy yo muy cansado —dice él.

Mary asiente y se acerca como si quisiera darle un beso de buenas noches. Pero se para al pie de su propia cama y saca la colcha que sirve de manta.

—Odio sentirme aprisionada por tanta manta —dice y se pone de nuevo en pie.

Su camisón es extremadamente fino y ahora incluso se ha puesto de forma que la luz del techo la llegue por detrás y realce su figura. Evidentemente no lleva sujetador. Bavin gira la mirada de golpe de nuevo a la pantalla, no vaya a ser que Mary le tome por un voyeur.

—Estoy tras la pista de algo interesante —dice.

—Jaja, precisamente esa es la impresión que me acabas de dar —dice Mary.

A Bavin le hierve la cara. Para distraerse, se pone a leer las fórmulas que ha empleado en su programa.

—Que sepas que no soy tan cohibida como igual crees —dice Mary—. El concepto de amistad con derecho a roce, por ejemplo, me resulta muy simpático.

Bavin no contesta. ¿Qué pretende decir con eso?

—He tenido la sensación de que me mirabas... interesado. Bueno, si esa impresión no es errónea, pues..., somos adultos, sin obligaciones con nadie, y yo estoy sin duda abierta a compartir amor físico con los amigos.

¿Qué le está ofreciendo Mary ahora? Bavin ya nota cierta reacción corporal. Pero debe haberse confundido. Y no es que no la considere atractiva, pero es la asistente de Robert y tenía la sensación de que estaba secretamente enamorada de su jefe. No; tiene que conseguir quitarse esas ideas de la cabeza.

—El análisis de Fourier es la teoría de las secuencias e integrales de Fourier. Se utilizan ante todo para descomponer señales temporales en sus proporciones de frecuencia. La señal, con su suma, se puede... —lee Bavin.

—Si te preocupa Robert, él no tendría nada en contra. A veces nos hemos consolado mutuamente cuando nos apetecía. No tienes que preocuparte por ello. Yo ya no podría compartir mi vida con otra persona, para eso tengo costumbres ya demasiado extrañas que no quiero ni puedo dejar de lado.

Lo ha entendido bien todo el tiempo. Pero ¿lo dice en serio? Seguramente sea una broma a su costa, y si ahora se levantara, Mary se partiría de risa. No se refiere a él, ¿no es así?

—Cada función permanentemente diferenciable, definida en el intervalo [0,T] puede desarrollarse en una secuencia Fourier, lo cual significa...

Ahora le falta la relación. Bavin busca frenéticamente en la página. Hace un instante estaba en el principio fundamental de las teorías de Fourier y...

—Entiendo —dice Mary—. Necesitas algo de tiempo. Por mí no hay problema. No quiero convencerte de nada. Debe apetecerte. Pero piensa en ello, y si entonces sigo despierta, te metes simplemente bajo mi sábana. ¿O es que te he ofendido tanto que sería mejor que no volviera a mencionar el tema nunca más? En ese caso, dímelo. No quiero que esto entorpezca nuestra colaboración. Te hablo de amistad con derecho a roce para mejorarla, no para empeorarla.

Bavin sigue sin creérselo del todo. Mary realmente parece estar hablando con él. Mira con cuidado por encima del hombro. Mary se mete en la cama, se tapa con la sábana y se pone de

lado. Podría ser tan bonito y sencillo. No concuerda con sus experiencias hasta la fecha, por lo que no acaba de fiarse de la oferta. Al menos no aquí y ahora; pero tampoco quiere que Mary no le haga nunca más ofertas así. Así que mejor no dice nada y deja el resultado final abierto.

Solo puede volver a concentrarse sin tensiones en su trabajo cuando oye a Mary respirar de forma uniforme, por lo que estará ya dormida. De repente, el programa que tiene que filtrar a las cantantes del coro parece ir ahora más rápido. Un vistazo a una tabla de las principales fuentes lo revela: Se trata de la suma de la radiación de Virgo A, una fuente de radio de la galaxia M87, junto con 3C 295, una radiogalaxia a cinco mil millones de años luz. Esas dos no están tan juntas: Virgo A, en la constelación de Virgo, naturalmente, y 3C 295 en la vecina constelación de Bootes. El coro en el que cantan debe tener una amplitud muy generosa.

Bavin compara los datos con la posición actual de Júpiter. Casi como esperaba no encuentra ninguna coincidencia, ni siquiera calculando con una gran tolerancia. Es decir, que los datos registrados no proceden de Ganímedes. ¡La sonda igual sigue viva! Parece que han estado escuchando en los lugares incorrectos. Ahora despertaría a Mary para contarle lo que ha descubierto, pero entonces volvería a tener esas ideas para las que no está ahora mismo preparado, e igual no lo esté nunca.

Entra en el mando de la antena principal y observa el programa. No encuentra ningún fallo. Ya sospechaba del doctorando, que con o sin intención habría modificado algo, pero no hay nada allí. Bavin compara los datos. Todas las horas coinciden. La antena mira en el momento adecuado en la dirección adecuada, pero recibe datos de un lugar muy distinto del universo.

Un momento. Los tiempos. Las tablas que utiliza para Júpiter están ajustadas al horario de Greenwich, hora estándar. En la última consulta justo antes de despegar, cambió su teléfono al horario de Ciudad del Cabo. Aún tiene la imagen en la retina: «Sincronizando», y el relojito de arena va dando vueltas... ¡Ajustó mal la hora y tiene la culpa de no haber recibido ningún dato hasta ahora!

Bavin se gira. Mary duerme sobre su lado izquierdo. Le asoma un pie de debajo de la sábana. Pone todas las horas sincronizadas a Greenwich y cierra el portátil. No reina una oscuridad completa, porque la Luna brilla frente a la ventana. Bavin tira de la sábana hasta tapar el pie de Mary. Entonces se mete en su propia cama. Bosteza. Si tiene suerte, con esta noche se habrá ajustado ya a este huso horario. Normalmente no le resulta difícil. Su teléfono vibra. Lo coge de la mesilla para apagarlo.

Alguien le ha enviado una foto. Muestra distintos tonos de verde, como si se hubiera hecho con un amplificador de luz residual. Un hombre está sentado frente a su escritorio. Detrás y a un lado hay una cama en la que duerme una mujer. Le asoma un pie de debajo de la sábana. Bavin levanta el teléfono y compara los ángulos. Sea quien sea que ha tomado esta foto, debe estar dentro del jardín vallado y vigilado del hotel.

Es una advertencia, sin duda alguna. Respira profundamente. No saben nada, eso le tranquiliza; si no, le habrían enviado ya amenazas concretas. Solo están de vacaciones. Bavin borra la foto.



MS Geiranger, 30 de octubre de 2041

—¡Orapin, por favor! Tengo que hablar con el capitán —Tarja se frota las manos. La jefa de recepción es amiga de Isabel. No puede negarse a ayudarla.

Orapin suspira.

—Bismo está ocupadísimo. Si le digo que quiere verle una becaria me remitirá directamente al primer oficial Amundsen. ¿Por qué no hablas con él primero?

—Porque solo puede ayudarnos el capitán en persona. Debemos ir tras Isabel.

—El Nautilus ya no envía mensajes y la lancha RIB ha vuelto por sí sola. No tiene sentido alguno perseguirla con el Geiranger. Si no está en el Nautilus es que está muerta. En esta agua tan fría no se sobrevive demasiado tiempo.

Las manos de Orapin tiemblan. Tarja las coge entre las suyas. A la jefa de recepción le afecta lo sucedido tanto como a ella. Pero ¿por qué no la ayuda entonces?

—Seguro que está en el Nautilus —dice Tarja en un tono más tranquilizador. Parece raro, ya que Orapin bien podría ser su madre.

—Pero el Nautilus ha sobrepasado ya su máxima capacidad de inmersión. Si está dentro, se habrá asfixiado. Para eso le desearía mejor una muerte rápida en el agua helada. Al congelarte dicen que justo antes de morir sientes un delicioso calor.

—Eso no ayuda mucho —dice Tarja, luchando por reprimir las lágrimas.

—Lo siento tanto como tú, pero Isabel solo puede ayudarse ahora a sí misma. Igual la ha encontrado algún barco de pesca.

—Habrían dicho algo.

—Igual no saben quién es.

—Por eso debemos acercarnos con el Geiranger. El capitán debe ordenarlo.

—Lo siento, pero eso no va a pasar. ¡Ni siquiera sabemos hacia dónde ir!

Tarja pierde la batalla.

—¡Creía que eras una buena amiga! —grita, se limpia las lágrimas y tira el pañuelo arrugado tras el mostrador.

La lancha RIB está amarrada al lado del pontón. Tarja mira a su alrededor. La luz de la cubierta de expedición ilumina el pontón, pero no lo suficiente como para poder mirarse la lancha a fondo. Hace un frío tremendo. Se cierra más la chaqueta roja sobre sus hombros. Debería haberse puesto también el jersey. Tarja camina sobre los bloques amortiguantes de

plástico hasta la lancha. ¡Mierda! Tropieza y cae hacia delante, pero logra sujetarse a la borda. El suelo resbala mucho aquí afuera. La humedad sobre el suelo de plástico debe estar helándose.

Saca la linterna. La lancha está repleta de equipamiento que no forma parte de ella. Isabel seguro que no salió así. Alguien ha metido dentro esas cosas. Tarja baja a la lancha. ¡Debe haber alguna pista! Kai le dijo que la lancha estaba en piloto automático. ¿La envió Isabel intencionadamente de vuelta, como se hace con un perro para que vaya a por ayuda? Pero no hay ningún mensaje de ella, ni en el ordenador de a bordo ni en el que ha controlado el radar. Además resulta extraño que se hayan borrado todos los datos. ¿Por qué haría Isabel tal cosa?

Tarja se desplaza por los laterales de la lancha buscando sistemáticamente algo. Si no hay datos electrónicos, ¿no los habrá analógicos? Aparta a un lado una pila de trajes de neopreno. Allí encuentra la anotación. Con un rotulador negro ha escrito alguien un par de cifras sobre la goma, que podrían ser una posición de GPS.

¡Ja! El capitán Bismo ya no podrá negarle el favor. Hay una pista, y deben seguirla.



Ciudad del Cabo, 31 de octubre de 2041

—¿Has dormido bien? —le pregunta Mary cuando le despierta.

Lleva su bikini naranja, pero con una toalla de playa sobre los hombros.

—Sí, me dormí poco después de medianoche.

—Me alegra saberlo. ¡Son casi las nueve, hora de levantarse!

Tiene la vejiga a reventar y el pene con una erección matutina. Si se levanta ahora, Mary lo verá seguro. Pero como tiene que ir urgentemente al baño, no se le calma.

—¿Has ido ya a la playa? —le pregunta.

—¡Pues claro! El mar está fantástico. ¿Quieres que te despierte mañana más pronto para que puedas ir conmigo?

Mary sacude la cabeza proyectando gotas de agua en toda las direcciones. Algunas le caen encima y Bavin pega un chillido.

—Levántate ya o te arranco las sábanas de encima —le amenaza Mary.

—Ya voy, ya voy.

Se levanta con rapidez para esconder su miembro entre las piernas. Pero ha sido demasiado rápido. Le da un mareo y tiene que apoyar la cabeza en los brazos.

—Uff.

—¿Estás bien?

—Me he levantado demasiado deprisa.

Al menos, la falta de sangre en la cabeza ha hecho que más abajo se redujera la presión sanguínea. Ya puede levantarse sin problemas. Va al escritorio y abre el portátil.

—Otra vez al portátil no, por favor —protesta Mary—. Ahora toca ducha. Solo dan desayuno hasta las diez.

—Ayer descubrí por qué no sabemos nada de Gex.

—Eso en fantástico, ¿no?

—Sin duda, porque pude eliminar el fallo. Introduje el huso horario incorrecto. ¿Te lo puedes imaginar? A Robert no le habría pasado algo así jamás.

—Pues valió la pena —dice Mary y sonríe.

¿Y ahora a qué se referirá? A veces no la entiende ni de lejos.

—¿Alguna otra novedad de casa? —pregunta Mary.

—Por mi parte no. —Se siente un poco avergonzado por no mencionar lo de la foto. Pero Mary parece tan contenta y lleva de vida que hasta se lo contagia un poco. No quiere fastidiar ese momento.

—Yo tampoco tengo noticias —dice Mary.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Recogemos todas nuestras cosas. Harper me ha dado el código de un pequeño almacén en el East Pier del muelle 7. Allí podemos meter lo que queramos llevarnos.

—¿No hay vacaciones hoy?

—Primero el trabajo y luego el placer.



TRAS EL DESAYUNO, BAVIN SE SIENTA FRENTE AL PORTÁTIL MIENTRAS MARY HABLA POR teléfono con sus proveedores. Tienen suerte: la antena principal de Green Bank ha podido observar a Júpiter a primera hora de la mañana. Y esta vez Gex ha enviado de nuevo sus conocidos mensajes de estado.

t … 6798401664
T … 271
U … 0,48
t … 6798401667
T … 271
U … 0,64
t … 6798401670
T … 271
U … 0,79

La variación de tensión vuelve a estar allí. Sabe de inmediato lo que significa.

—¡Algo está comunicándose de nuevo con la sonda! ——dice Bavin.

—¿Qué quieres decir? Estoy hablando con el proveedor de madera.

—Luego te lo cuento.

Bavin saca los valores de tensión del archivo de registro, como la última vez. Pronto se da cuenta de que, esta vez, hay un mensaje distinto. Comienza con la palabra «Hola». También estaba en el último mensaje, y esta vez está al principio.

«HOLA NECESITO AYUDA» pone allí. Eso es algo que hasta Bavin entiende sin tener que recurrir a las habilidades lingüísticas de Mary.

¿Quién necesita ayuda y para qué? No puede ser la sonda la que está hablando. Solo protocoliza valores de tensión y no entiende el mensaje que incluye. Pero ¿quién más hay allí en Ganímedes, aparte de la sonda? Es imposible que una nave espacial llegara a Ganímedes en secreto, con tripulación y todo. Igual se trata de otra sonda automática que estuviera allí ya antes que Gex. Si la lanzó una empresa privada, podría estar equipada con una IA experimental que igual no se las esté apañando bien con la situación. La cuestión es, naturalmente, por qué no se dirige entonces a su creador.

—Bien, la entrega llegará poco después de las dos al muelle 7 —interrumpe Mary sus pensamientos—. ¿Vamos juntos? Podríamos parar a comer por algún sitio de camino.

—¿Pesa mucho? —pregunta Bavin.

—¿El envío? Es la madera de balsa para la antena de bocina.

—¿Podrías meterla tú sola con el proveedor en el almacén? Acabo de descubrir algo súper interesante.

—Si lo prefieres, claro. ¿Tienes algo en contra si voy a comer con el proveedor? Necesito comer algo caliente y no me apetece sentarme sola en un local desconocido.

—Lo entiendo. Yo haré que me suban un bocadillo a la habitación.

—¿Qué pretendes hacer?

—Quiero enseñar a Gex a hablar.

—¡Pero si para eso soy yo la profesora perfecta!

—Cuando haya creado la base técnica te necesitaré, pues parece que Gex tiene que aprender a comunicarse en español.



ASÍ SÍ QUE ES DIVERTIDA LA VIDA. MARY SE HA DESPEDIDO HACE UNA HORA. NO TIENE QUE preocuparse de ella para nada. Bavin busca en la red los componentes con los que programaron en su día el software de mando de Gex. La última versión ha sido borrada, pero no inventaron la bicicleta precisamente. Solo necesita las rutinas relacionadas con captación de señales. Y entonces tendrá que descubrir cómo la sonda puede generar impulsos eléctricos. Ya tiene una idea básica al respecto. Podría utilizar la inducción electromagnética para lograr su objetivo. Igual la antena de corto alcance sea la mejor candidata para ello. Por el momento no se necesita para nada, pero es relativamente fácil de controlar. La única cuestión es si es lo suficientemente potente para generar los impulsos necesarios. Tampoco deben ser demasiado fuertes. Bavin tiene que orientarse en los valores captados por Gex.

Dos horas más tarde ha modificado el software del sistema lo suficiente como para que Gex pueda emitir impulsos eléctricos con ayuda de su antena de corto alcance. Pero la capacidad de memoria de la sonda no es suficiente para transmitirle también la codificación. Lo que debe decir Gex tendrán que traducirlo en la tierra del español a impulsos eléctricos, tal y como Gex los recibe. ¿Podrán lograr así mantener una conversación real? El largo tiempo de tardanza de la señal puede ser un obstáculo. Es como si un interlocutor respondiera a cualquier pregunta pasada una hora. Pero no hay otra forma de solucionarlo. Gex no tiene suficiente inteligencia para reaccionar sin ayuda de la Tierra.

Bavin hace que su programa se ejecute un par de veces en la simulación Allí se comporta como esperaba. Antes de enviarlo a la sonda, construye una desconexión de emergencia: Si hubiera problemas, el programa devolvería el control al mando al cabo de un determinado tiempo. Compila el programa y lo envía al ordenador de Green Bank.

Casualmente, el telescopio ha registrado unos cuantos datos más de estado de Gex. Bavin los repasa. Los valores de tensión están a 0. No hay comunicación nueva. Pero las temperaturas parecen reducirse. En lugar de 271 grados Kelvin, ahora ya son solo 270 y luego 269. El líquido que cubre el sensor de temperatura se ha enfriado a cuatro grados bajo cero.

Parece ser que Gex se está congelando lentamente y Bavin no sabe si esa es una buena o una mala noticia.



Deep Base 1, 2 de noviembre de 2041

—Si tengo que pasar más tiempo aquí abajo, ya no me cabrá ningún traje de buzo —dice Adrian.

Isabel se sienta junto a él. Adrian le acerca un plato sobre el que hay un crep untado generosamente con jarabe de arce.

—Buenos días —dice Isabel.

Su estado de ánimo empeora con cada día que pasa. El plan de Miller parece estar pensado a la perfección. Necesitan urgentemente paralizar la liberación de las larvas, pero ¿cómo? Miller los ha encerrado y solo pueden abandonar este lugar como cadáveres.

—Pruébalo —le ruega Adrian—. Es mejor que los creps del Geiranger. Yo me he pedido demasiados.

Se pasa la mano por su redonda barriga y sonríe satisfecho. ¿De dónde ha sacado ese estado de ánimo tan alegre? Isabel no tiene hambre, pero tampoco le gusta tirar comida. El crep huele, además, de maravilla. Coge los cubiertos y lo corta por la mitad. El cuchillo alcanza primero la porcelana, pero luego toca una superficie distinta. *¿Qué demonios?*... Reconoce un tono amarillento. Debe ser un papelito. ¡Un mensaje! Vuelve a juntar el crep y corta un trocito del borde que se mete en la boca, mastica y traga. Entonces empuja el plato hacia Adrian.

—Lo siento, Adrian, pero es demasiado dulce para mí. Demasiado jarabe de arce.

—Vaya, lo siento. ¿Quieres que te prepare otro?

—No, déjalo. Nos movemos tan poco aquí, que prefiero pasar del desayuno.

Isabel se levanta, coge el plato y se lo lleva al cubo de basura. Lo sujeta tan dentro del cubo que no pueda verse nada desde los lados. Se inclina un poco más encima y sujeta el papel con el dedo corazón mientras empuja el crep al interior del cubo. Entonces esconde el papelito en la mano izquierda, se levanta y se chupa los dedos pegajosos, como si no hubiera pasado nada.

Pero ¿dónde puede leer el papelito que tiene pegado en la palma de la mano? Miller prometió que no hay cámaras en la ducha, pero es más inteligente no fiarse en absoluto. ¿Cómo puede haber logrado Adrian escribir el papel? Debe haber encontrado un ángulo muerto donde las cámaras quedan ciegas. Isabel vuelve a su cuarto y se tumba en la cama, que un robot acaba de hacer con sábanas limpias. Bosteza y se frota con la izquierda las mejillas y luego la frente, como si le doliera la cabeza.

El texto es breve. «¡Plan!» pone allí. «Condición: límite acción de mando a distancia de pulseras. Base=Jaula de Faraday. Esclusa segura. Problema: Táser actúa antes. Idea: Alex intenta entrar en esclusa».

¿Qué idea tan estúpida es esa? ¡Alex no les sirve de nada si pierde la conciencia!

«Isabel y Adrian le empujan en esclusa con palos largos. Luego despierta y puede huir e ir a por ayuda».

Suena a plan bastante desesperado. Isabel le ve ya varios inconvenientes. Uno: Si la pulsera táser de Alex se activa, Miller será avisado pero, solo si tienen suerte, igual está tan convencido de sí mismo que tarda en enviar a sus robots. Dos: ¿Y si Alex no se despierta? ¿Y si el táser le fríe los sesos impidiéndole recuperarse?

Pero parece que Adrian ya ha comentado el plan con Alex. El jefe del equipo de expedición es sin duda lo suficientemente osado como para aceptar ideas alocadas como esta. Y ¿acaso tienen alternativa?

«Realización: 17 horas estándar», lee al final del papelito. «Quedamos 16:50 en cantina, con ropa deporte. Para confundir haremos footing por la base un rato. Cuando diga 'no puedo más' vamos allá».



La base submarina no es un buen tramo para correr. Tienen que ir abriendo puertas que se cierran por sí solas y el suelo es desagradablemente duro. Isabel se concentra en las condiciones externas para distraerse. Al menos no llama la atención que esté sudando. Y no es por culpa del esfuerzo, sino de los nervios. Alex tendrá que pagar un precio muy alto.

Al cabo de un rato, Adrian comienza a cojear.

—La rodilla —dice.

¿Es eso parte del plan? Igual sí, porque Adrian se para, gira una mesa de tres patas y desenrosca una de ellas. La utiliza para avanzar cojeando.

—Mejor así —explica—. Me quita algo de peso de la rodilla. ¿Quieres probarlo?

Isabel asiente y coge la segunda pata. Alex se hace cargo de la tercera. Isabel nota que el extremo inferior de la pata tiene un orificio roscado. Así que debe ser posible unir las tres patas roscadas en una barra lo suficientemente larga. ¡Muy bien investigado por parte de Adrian! Al cabo de un par de pasos, Alex se pone la pata de mesa bajo el brazo. —Soy demasiado alto —dice—. Solo consigo que me duela la cadera.

Pasan junto a una puerta que pone «A la esclusa». Para aclarar sus límites, Miller ha añadido «Fin de la zona de seguridad – Peligro de muerte» debajo. Esa parte del rótulo es definitivamente nueva.

—No puedo más —dice Adrian.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Que no puedo más, lo siento.

Alex asiente. Duda. Isabel le entiende. En cuanto abra esta puerta, su vida estará en peligro.

— En serio, no puedo más —dice Adrian—. ¿Volvemos a la cantina?

Esa es una oferta para cancelar su plan. Alex se rasca la cabeza y luego la sacude.

—Id vosotros. Yo tengo algo que hacer.

Le da a Adrian su pata de mesa, abre la puerta y se lanza al interior. La luz se enciende automáticamente. Isabel ve la puerta de la esclusa. Está abierta. El interior brilla húmedo. Alguien ha estado fuera hace poco. Suena una alarma, pero no hay movimiento alguno. Alex logra arrastrarse un metro más. Entonces su pulsera táser comienza a parpadear. Su cuerpo se encoge en espasmos. ¡Deben volver a meterlo dentro! Pero Adrian le quita la pata de las manos, la enrosca con las otras dos y presiona la barra contra el cuerpo de Alex que se retuerce con espasmos.

Alex gime. La pulsera lo maltrata. —Ayúdame —dice Adrian. Isabel agarra también la barra. El suelo es áspero y Alex pesa lo suyo. La barra se le clava en el vientre. Lo empujan centímetro a centímetro hacia delante. Todo tarda demasiado. Alex ya no se mueve. La esclusa abierta está todavía a metro y medio de distancia. La barra es demasiado corta. Deberían haber cogido cinco patas de mesa.

—No servirá de nada —dice Isabel—. Esta demasiado lejos. Traigámosle de vuelta.

—Ni se te ocurra —dice Adrian—. Aún disponemos de una posibilidad.

—¿Y cuál sería?

—Yo mismo puedo alargar la barra. Con mi cuerpo. Pasan dos o tres segundos antes de que la pulsera se active. Bastará para el último metro.

—¿Estás seguro? No sabemos si las pulseras nos matan si fuera necesario.

—No hay otra salida. Venga, empújame todo lo que puedas hacia delante y yo muevo a Alex.

—Okey.

Adrian se inclina hacia delante, se apoya con todo su peso sobre la barra cuyo extremo opuesto empuja a Alex. Entonces da un paso hacia delante. ¡Funciona! El cuerpo de Alex se mueve. Adrian da el siguiente paso y el ese momento cae al suelo. Aun cayendo, empuja a Alex hacia delante. Isabel se pone de rodillas y empuja los pies de Adrian, pero su cuerpo ya no tiene tono muscular. Alex sigue sin alcanzar la entrada de la esclusa.

Entonces se apoya una mano sobre el hombro de Isabel.

—Un espectáculo impresionante —dice Miller—. Esa inventiva y el nivel de colaboración que han demostrado... ¡Me gustaría tenerlos a los tres en mi equipo!

Isabel querría saltar y golpearle, pero no serviría de nada.

—Por favor, no los torture más —dice.

Las pulseras dejan de parpadear.

—No soy un monstruo. Delta, Epsilon, transportad a nuestros invitados a la enfermería.

—¿Aún viven? —pregunta Isabel.

—Esta vez daré preferencia a la misericordia antes de a la justicia, aunque ya les avisé. En el próximo intento, la pulsera no se apagará por sí sola cuando su portador pierda el conocimiento.



MFV Lance, 7 de noviembre de 2041

La montaña de Mesa se despide de ellos con un gorrito de nubes encima. Mary y Bavin so apoyan sobre la borda mientras los marineros hacen su trabajo. En el muelle hay una limusina con cristales tintados. Bavin intenta ignorarla, pero no lo consigue.

—Voy a dar un paseo —dice.

—Vale —le responde Mary.

Camina hacia la cubierta de proa donde han atado las piezas alargadas de madera de balsa que no han cabido en la bodega. Una lona de plástico las protege de las inclemencias del mar. Bavin levanta la lona y da golpecitos sobre la madera. Emite un sonido muy peculiar. De aquí a que lleguen a Tristán da Cunha debe haber construido la antena.

El Lance sale lentamente por la bocana del puerto. Pasado el rompeolas se nota bastante más el oleaje del Atlántico. Bavin mira pensativo hacia el horizonte. No es muy propenso a marearse en los barcos, pero tampoco ha estado nunca más de un día navegando en uno. Camina por la cubierta hasta alcanzar la popa. Aquí se acumulan las cajas que deberán descargar en Tristán da Cunha. Ese fue el trato: una entrega normal de carga para la isla y luego dispondrán del barco en su totalidad.

Su teléfono vibra. Lo ha programado para que le avise si se reciben noticias de Ganímedes. Mary sigue apoyada en la borda. Parece mirar a lo lejos con nostalgia. Pero no tiene ni idea de lo que estará pensando.

Abre la puerta de acceso al interior para ir al camarote que compartirán en la primera planta bajo cubierta. Desciende por la empinada escalerilla. Aquí huele a aceite de máquinas y sudor. El camarote no tiene baño propio; solo un pequeño lavamanos. Se mira brevemente en el espejo de encima. Las entradas de sus sienes están creciendo más rápido de lo que le gustaría.

Al fondo del camarote, bajo el ojo de buey, hay un pequeño escritorio. Ocupa a medida el espacio entre la pared y la litera. Su portátil está sobre la mesilla. Alguien lo ha abierto. En la pantalla se ve la petición de contraseña. Debajo hay el mensaje de «Contraseña incorrecta».

Bavin suspira. Alguien hay por aquí con demasiada curiosidad. Pero su portátil es más que seguro y el disco duro está cifrado. Mira por todo el camarote, pero no encuentra ninguna cámara. Ya que para acceder hace falta también el reconocimiento facial, ni siquiera podrían hacer nada si descubrieran su contraseña, pero más vale prevenir que curar. Debe advertir cuanto antes a Mary de que no pueden fiarse del capitán ni de la tripulación.

Bavin activa el portátil con la contraseña correcta y cambia a los mensajes. ¡Allí está: múltiples nuevos mensajes de estado de Gex! Los envía al programa que ha creado para descifrarlos. El software le devuelve de inmediato lo que Gex ha oído con los impulsos

eléctricos.

«Tengo frío. Está oscuro. Estoy solo. Necesito ayuda».

Las últimas dos palabras ya las conoce, pero introduce las primeras seis en el traductor de su teléfono móvil.

La traducción es sencilla y rápida. Bavin cierra el portátil y sale del camarote a toda prisa.



—MÍRATE ESTO —DICE BAVIN.

Están sentados en cubierta porque Mary quiere disfrutar del Sol. Para los próximos días la predicción es de tormentas y lluvias en el Atlántico Sur.

—Es horroroso —dice Mary—. Pobrecito. Tenemos que ayudarle.

—Para ello tendría que saber primero de quién se trata —dice Bavin.

—¿Tienes alguna idea? —pregunta Mary.

—Tuve una, pero la he desechado.

—Va, dímela.

—He pensado que igual Gex está manteniendo monólogos consigo mismo, o mejor dicho consigo misma.

—¿Quieres decir que la sonda ha sufrido un desdoblamiento de personalidad?

—No es más que una idea. Pero es prácticamente imposible. Gex no tiene una conciencia que pueda desdoblarse. La sonda está equipada con un juego básico de sensaciones para poder reaccionar automáticamente y con mayor rapidez, pero el resultado está muy lejos de una auténtica conciencia.

—Si no es la sonda, solo puede tratarse entonces de una forma de vida extraterrestre, ¿no es así? —pregunta Mary.

Extraterrestres. ¿Aliens que hablan español? ¿Por qué precisamente esta lengua? No tiene sentido.

—Pero ¿por qué en español? —pregunta Bavin.

—Es una de las lenguas más habladas en el planeta. Igual han estado escuchando nuestra televisión.

Bavin ha visto ya algunas película que describen el escenario de un primer contacto. Nunca han hablado los visitantes español así, de entrada; al menos no en las películas más serias. Al contrario, encontrar una lengua común siempre ha sido parte importante del guion de la película.

Sacude la cabeza.

—Creo que se trata de un fenómeno terrestre. Tenemos que montar la antena cuanto antes. Entonces descubriremos quién se comunica aquí con quién.



MFV Lance, 12 de noviembre de 2041

—Parece Irlanda —dice Bavin.

—¿Has estado alguna vez en Irlanda? —le pregunta Mary.

—No, pero siempre me lo he imaginado así.

La isla da cierta sensación de ausente por sus empinadas pendientes que llegan hasta el mar, pero de un color verde tan enhuberante, que Bavin ya se imagina bajando esas laderas cubiertas de césped dando volteretas como un niño.

—Irlanda no es una isla volcánica —dice Mary.

Cierto. Han visto la isla ya desde muy lejos gracias a los 2000 metros de altura de su montaña central, el Queen Mary's Peak. Su maravilloso verde apareció más tarde. Cuanto más se acerca el Lance, más dominan el paisaje los muros de piedra de los acantilados. Los habitantes ocupan una parte plana de la isla, formada en un saliente.

—Bienvenidos a Edimburgo de los Siete Mares —dice el capitán con una sonrisa.

¿Y ahora qué le pasa a este? Se ha pasado todos los días de morros, pero hoy parece especialmente contento.

El misterio se aclara cuando quince minutos después se acerca una lancha motora al Lance. De ella no solo sube a bordo el práctico del puerto, sino también una mujer de entre treinta y cuarenta años de edad que se lanza a los brazos del capitán.

El práctico del puerto y el capitán deciden que el oleaje es lo suficientemente suave como para atracar el Lance al muelle de Calshot Harbor. Bavin se alegra de poder tener, al fin, tierra firme bajo los pies. Los primeros pasos le resultan extraños porque la isla es sorprendentemente estable. No parece ser muy rica. El asfalto en el puerto está lleno de agujeros. La fábrica de conservas junto a la que pasan ha dejado ya sus mejores días atrás. Algunas de las casas, casi todas de una sola planta, parecen restauradas hace poco, mientras otras parecen vacías. Cuando se cruzan con alguno de los 220 habitantes son saludados, pero sin entablar conversación alguna. Bavin puede entender a esta gente. Deben sentirse como animales de un zoológico, visitados por curiosos domingueros.

—Ven, volvamos a bordo —propone Bavin.

—Mira, allí hay un bar. Echemos al menos un vistazo antes, ¿vale? —dice Mary.

Bavin suspira, pero a Mary no hay quien la pare. Mary empuja la puerta que se abre con un chirrido y permite la vista a una gran sala embaldosada. El mostrador ocupa casi toda su

longitud. En la sala hay pequeñas mesas con butaquitas azules.

—¡Vaya, hola! ¡Bienvenidos! —les saluda una joven desde detrás del mostrador y que está secando un par de vasos—. Soy Anne, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Yo soy Mary y este es mi marido Bavin. ¿Qué tal una cerveza?

—Será un placer, pero les aviso que solo aceptamos efectivo; libras británicas.

—Pues es una pena. Solo tenemos dólares y rands.

La joven mujer pone cara triste.

—Pues lo siento mucho, pero con eso no puedo hacer nada.

—¿Entonces tampoco podremos encontrar dónde alojarnos? Acabamos de llegar con el MV Lance y no habrán descargado todo hasta mañana.

—Algunas familias ofrecen Bed & Breakfast, pero también solo con pago en efectivo.

—Pues tendremos que seguir alojados en nuestro camarote.



ESTÁN YA LLEGANDO AL MUELLE CUANDO UNA MUJER LES LLAMA DESDE ATRÁS.

—¿Señora Millikan?

Mary se da la vuelta sorprendida.

—¿Cómo me ha reconocido?

La mujer ríe.

—Soy Andrea Repetto, la administradora. Hemos intercambiado algunos correos. No recibimos muchas visitas aquí, y desde luego muy pocas femeninas.

—Entiendo —dice Mary.

—¿Cómo es que no han pasado a visitarme? Estoy muy interesada en sus planes para el telescopio.

—No queríamos molestar —dice Mary.

—Pero si no molestan. ¿Hablamos en las oficinas de la administración? ¡Acompáñenme!

—Creo que los temas más técnicos tendrá que hablarlos con mi marido —dice Mary.

Ya solo faltaba esto. Bavin recuerda solo muy por encima lo que Robert debió decirle por email. Una nueva ubicación para un telescopio, eso sí, pero no tiene ni idea de la técnica.

—Pues venga conmigo, señor Millikan. —La administradora lo coge del brazo y lo arrastra literalmente consigo. Estará olisqueando ingresos adicionales para Tristán. Seguro que no le habrán dado el cargo de administradora solo por su cara bonita.

—Que os divirtáis —dice Mary, da media vuelta y sube a bordo del Lance por la escalerilla.



YA ES OSCURO CUANDO BAVIN LOGRA REGRESAR AL BARCO. LA ADMINISTRADORA TIENE UNA personalidad la mar de interesante. Primero le ha llenado de preguntas y luego le ha contado historias de su pasado. Parece ser que, como todos los administradores, procede de Gran Bretaña y ya estuvo antes en el servicio diplomático. Para Bavin le resulta una persona tan digna de confianza que al final, al despedirse, le confiesa que no habrá telescopio en Tristán da Cunha.

—Ya me imaginaba algo así —respondió—. Tampoco es que esto sea el culo del mundo y he investigado un poco sobre usted y los requisitos para un telescopio de alto rendimiento. Y resulta que aquí, en el Atlántico Sur, no cumplimos para nada las condiciones necesarias. Y usted

tampoco es Robert Millikan.

Bavin debió poner una cara tan avergonzada que hizo que Anne se riera a gusto.

—Estoy segura de que tienen una razón muy de peso para hacer algo así —le aclaró entonces a señora Repetto—. ¿Me la contará cuando regresen? El capitán ya me ha contado lo del aparato misterioso que quiere construir sobre el barco. Creo que piensa que no están del todo bien de la cabeza.

—El capitán..., ¿no le habrá contado nada de sus averiguaciones?

—Claro que no. Sé muy bien cómo guardar los secretos. Pero prométame que pasará a verme cuando regrese.

Se lo prometió. Bavin se apoya sobre la madera de balsa en la cubierta del Lance. Sigue aún algo caliente por haber estado el día entero al Sol. De repente crujen las tarimas que protegen la cubierta. Bavin se resguarda más en las sombras.

—Hasta ahora no ha pasado nada.

Es el capitán, que sujeta un aparato de radio junto a su oreja. Reconoce su silueta a contraluz de las farolas del puerto.

—Eso lo entiendo muy bien, pero me ayudaría saber qué es lo que tengo que vigilar.

Pausa. El capitán camina de un lado al otro. Parece mirar hacia tierra, porque no se percata de la presencia de Bavin.

—Sí, okey.

Pausa. Tres pasos a la izquierda, tres hacia atrás.

—No, allí no hemos encontrado nada, tiene contraseña.

Pausa. Está hablando de su portátil, no cabe duda. El capitán se para para escupir por encima de la borda.

—¡Oiga, oiga, míster! ¡Habernos enviado a un maldito hacker entonces!

La voz de la radio también se oye más fuerte, pero Bavin no llega a entender lo que dice.

—¿Y entonces? —pregunta el capitán—. ¿Qué hacemos?

Pausa. Vuelve a retomar su paseo.

—Entiendo. Como quiera. Eso podemos hacerlo.

El capitán baja el dispositivo de radio y pulsa una tecla que emite un pitido. Entonces se gira y mira hacia la oscuridad. Bavin se queda inmóvil, casi sin respirar. ¡El capitán debería verle! Pero entonces da media vuelta y, sin mostrar reacción alguna, se marcha hacia la popa.



MFV Lance, 15 de noviembre de 2041

—De acuerdo, pero con eso no generará un agujero negro alrededor del Lance ni nos teletransportará a Sudamérica, ¿verdad? —comenta Maarten de Jong, el joven marinero que le ha echado una mano a cambio de un dinerillo en el montaje de la antena de bocina. Ahora ya solo falta conectarla por cable a su ordenador. Parece un entusiasta de la ciencia ficción y, a diferencia de la mayoría de sus colegas, habla un inglés perfecto y le ha entretenido durante el trabajo con historias la mar de interesantes.

—Que va, no se preocupe; solo lo utilizo para poder quedar con mis amigos alienígenas de Alfa Centauri, a ver cuándo piensan pasar por fin a recogerme.

—No lo dirá en serio...

Bavin sonríe. De Jong parece habérselo creído. A saber cuántos rumores corren por ahí sobre Mary y él.

—Claro que no. Estas antenas de bocina pueden captar señales débiles de radio. Queremos descubrir con qué precisión trabaja y hasta dónde podemos aumentar su sensibilidad. Por eso debemos alejarnos lo más posible de la civilización.

El marinero inclina la cabeza y escupe un líquido negro sobre la cubierta.

—¿Y para qué sirve todo eso?

—Una antena así es comparativamente barata. Si podemos distribuir suficientes de estas por el Pacífico y conectarlas ente sí, tendríamos una red de antenas barata; es decir, una antena virtual gigantesca.

—Suena un poco a locura, a mi entender, pero mientras la paga sea buena...

—Esa es una actitud muy positiva. ¿Me echa una mano para tender estos cables hasta mi camarote?

Bavin llama a la puerta del camarote.

—¿Mary? ¿Puedo entrar?

—Claro.

Bavin abre la puerta. Mary está sentada frente a su ordenador. Se ha enterado de que Mary lleva un diario. Quiere documentar todo lo que les pase durante este viaje y todo lo relacionado con él.

—Necesito sentarme al escritorio —dice Bavin.

Mary se levanta y se retira a su camastro, la litera de abajo. Bavin pasa a su lado, cierra el

ordenador y lo aparta a un lado, para luego subirse a la mesita. Parece que aguanta su peso. Da unos golpecitos contra el techo. Poco después llega el sonido de un taladro desde arriba. El techo es de listones de madera. Pronto comienzan a caer virutas. Aparece la punta de la broca y luego se retira. Inmediatamente después aparece el extremo de un cable coaxial por el agujero. Bavin tira de él y el proceso se repite hasta recibir un segundo cable. Tira de ambos hasta la altura del escritorio y los conecta a la interfaz USB-C que ha comprado en Ciudad del Cabo.

—Mary, porfis, cruza los dedos —dice.

—Dedos cruzados —responde Mary.

Abre de nuevo el ordenador, conecta la interfaz y arranca el programa que ha escrito para la valoración de los datos. Tiene una función algo distinta al programa con el que traduce las retransmisiones de Gex. La antena de bocina no sirve para comunicarse, sino como sistema de orientación. A fin de cuentas se trata de determinar hacia dónde van dirigidos los mensajes mediante la intensidad de la emisión de radio.

El principal problema está en el calibrado. Las condiciones de recepción varían mucho. Sobre todo la humedad en el aire amortigua bastante la calidad de la señal. Contramedida de Bavin: el uso de satélites de TV que emiten con una intensidad conocida como elementos de comparación. Si las retransmisiones se ven amortiguadas en una determinada medida, puede aplicar lo mismo a las señales de Ganímedes.

Esa es, al menos, su teoría. Y Bavin no es radioastrónomo. No puede preguntar a Robert, así que ha tenido que sacarlo todo de Internet. Ya se verá si funciona o no.

Entran los primeros datos. Vienen de los satélites utilizados para comparar.

—Bueno..., la antena parece que funciona —dice.

—Felicidades —dice de Jong.

Bavin se asusta porque no ha oído llegar al marinero.

—Veo que os habéis instalado a gusto —dice el joven.

Es la primera visita que reciben en su camarote. Probablemente la tripulación entera sienta curiosidad y haya enviado a Jong para que les informe.

—¿Vosotros dormís en camarotes de cuatro o seis camas? —pregunta Mary.

—Pues sí, y no tenemos baño propio como vosotros.

De Jong debería conocer ya este camarote. Se supone que lleva años ya en el Lance.

—Como ves, solo somos simples científicos —dice Bavin.

—Sí, es lo que también me parece a mí —dice de Jong. Parece contento—. Pues nada, que lo disfrutéis.

El marinero ya está en la puerta cuando el ordenador de Bavin emite una señal. Es el aviso de que han entrado mensajes de Gex. En Sudáfrica compró expresamente un terminal Starlink para poder tener recepción en alta mar. Bavin cambia al programa que valora los datos.

—Ayuda, por favor. Me siento mal. Hace mucho frío. Tengo frío. Me estoy muriendo de frío —sale por el altavoz.

—Alguien parece estar pidiendo ayuda —traduce de Jong, que al parecer también habla español, y repite el mensaje de Gex traducido al inglés.

—Gracias —dice Bavin.

—¿Quién está pidiendo ayuda? —pregunta de Jong—. ¿No deberíamos considerarlo una llamada de SOS? Tego que avisar al capitán. Estamos obligados a prestar ayuda.

Bavin le pone la mano en el hombro para evitar que salga corriendo.

—No sabemos quién pide ayuda. Pero no es la primera vez.

—¿Y qué? Es nuestra obligación comunicar esta alarma. Alguien por ahí fuera está en

situación de emergencia.

De Jong parece realmente preocupado. Pero es evidente que, como marinero, piense automáticamente en prestar ayuda urgente, sea el problema que sea.

—No, no es aquí en el mar —dice Bavin.

—¿No es aquí? ¿Dónde si no? ¿En tierra? —el marinero frunce el entrecejo.

Bavin piensa un momento. No puede quitarse de encima al marinero así como así. Si no, de Jong informará al capitán. Así que tiene que contarle la verdad. Mira a Mary. Ella asiente.

—En el espacio. En la órbita de Júpiter, para ser exactos. Y ya estamos intentando prestarle ayuda.

—¿A él?

—A él, a ella, a ellos, no lo sé. Él o ella hablan de sí mismos en singular. Pero no tengo ni la menor idea de qué o quién es.

—¿Un alien?

—¿Que habla español? —Bavin sacude la cabeza—. Creo que tiene una causa terrenal. Pero ¿podrías guardarnos esto en secreto?

De Jong sonríe.

—Soy muy bueno guardando secretos.

—Me quitas un gran peso de encima entonces —dice Bavin.

—Sobre todo cuando estoy un poco motivado. ¿Qué tal si a partir de ahora me duplicáis la tarifa horaria?

Mary asiente.

—Hecho —dice Bavin.

—Tenemos que responder —dice Bavin, cuando están ya tumbados en sus camas tras la cena.

—Pero ¿qué?

—Que vamos a intentar prestarle ayuda.

—¿Y cómo va a funcionar eso? No podemos influir en las circunstancias en Ganímedes, ¿o sí?

—No —reconoce Bavin—. No podemos ayudarle.

—Pero podemos decirle que no está solo —propone Mary.

—Morirá igualmente.

—Pero no solo. Y eso ya podría ser mucho.

—Tienes razón, Mary. Voy a codificarlo como orden para Gex. *No estás solo. Estamos a tu lado.* ¿Me lo traduces al español?



MS Geiranger, 18 de noviembre de 2041

—¡AHORA SÍ QUE TENDRÁ QUE HABLAR CONMIGO!

Tarja le enseña a la jefa del servicio al cliente unas páginas impresas. Aunque la última vez no quiso ayudarla, sigue siendo su última opción. La secretaria del capitán ya le dejó claro que Bismo no es la persona correcta con la que tiene que hablar. ¡Pero es que no hay nadie más!

Orapin sonríe con la mirada más triste que puede llegar a tener y le coge las páginas. A Tarja ya le llamó antes la atención la gran cantidad de emociones que la amiga de Isabel es capaz de expresar con una simple sonrisa.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—La posición que Isabel escribió con rotulador en la borda de la lancha.

Orapin se mira las fotos.

—Están todas vacías.

—Excepto las primeras dos —dice Tarja—. Primero se ve la lancha vacía y al cabo de un par de horas aparece algo a su lado.

Orapin se acerca la segunda foto a la cara y arruga la frente. —Es verdad, pero podría ser una foca.

La foto se ha tomado desde la órbita. Claro que podría ser una foca o una bota vieja.

—Pero tan lejos de la costa no suele haber focas —dice Tarja.

—Pues un delfín o una ballena.

—Sí, claro, solo que el animal no ha aparecido por ningún lado cerca antes.

—Igual no en el momento en que se tomaron las fotos. ¿De dónde las has sacado? No sabía que se podían conseguir fotos tan nítidas en el mercado libre.

—Me las ha proporcionado Kai. —Tarja tampoco sabe si se pueden comprar fotos de satélite de tan alta calidad. Pero no le ha pedido dinero, sino solo que lo mantenga informado.

—En las últimas fotos solo se ve el mar. Dame una sola razón por la que el Geiranger deba ir allí.

—Para descubrir qué les ha pasado a Isabel y a los demás. Es tu amiga. Dos horas después de que el objeto emergiera junto a la lancha, esta regresó al Geiranger.

—Pero Isabel ya no estaba a bordo.

—Sí, es una pena, pero solo hay cuatro fotos como esta al día. Kai sigue intentando obtener más. ¡Pero ahora sería el momento adecuado! El barco solo perdería uno o dos días. La posición nos cae casi de camino.

—Tarja, me gustaría tanto como a ti volver a ver a Isabel. Pero no puedo hacer magia. Para la naviera debe haber un motivo de peso para dirigirse a esa posición. Dentro de cinco días habrá el

siguiente cambio de pasajeros en Ciudad del Cabo. Bismo no te puede ayudar en esto. No es mala persona, créeme, pero perdería su trabajo si cumpliera tu deseo.

—¡Solo os alegráis todos de que Isabel no moleste más por aquí!

Orapin da un respingo como si la hubiera abofeteado. No le da pena alguna. De repente se inclina hacia ella.

—Seguro que me arrepentiré el resto de mi vida haber propuesto esto, pero...

—¿Qué propones? Lo haré —dice Tarja.

—Si no me equivoco con el mapa, la posición debería estar al alcance de la lancha. Si se sale pronto, por la noche ya se estará de vuelta. Creo que es la única forma.

—Pues intentémoslo.

—Uff, yo no puedo moverme de aquí. Seguro que ese Kai te ayudará. Sé que Isabel habló varias veces con él. Creo que le gusta a Kai.

—¡Menuda amiga estás hecha! No quieres ayudarme. —En el fondo Tarja lo sabía; Orapin no quiere ayudarla.

—Podría conseguirte la llave de la lancha. Si sales a primera hora de la mañana...

—¿Lo harías por mí?

—No es lo correcto, pero sí. Y te llevas a Kai contigo, ¿vale?

Tarja asiente. No piensa decirle nada a Kai. Ha robado las fotos a saber a qué servicio secreto y con ello ya se ha puesto demasiado en peligro.

—Gracias, gracias, es genial —dice Tarja.

—Esta noche te traeré la llave.



MFV Lance, 18 de noviembre de 2041

Bavin tira con todas sus fuerzas del cabo. Apenas se mueve. Lo suelta satisfecho y se limpia el agua de la frente. El oleaje es más intenso desde ayer, pero de Jong ha fijado la antena realmente bien. Van por buen camino. Aún no dispone de suficientes puntos de datos, pero parece que hacia el sur mejora la recepción.

Nota una mano que se apoya en su hombro. Bavin se gira de golpe. El capitán lo está mirando. Willi Stadler pone cara de pocos amigos, pero Bavin ya se ha acostumbrado y le importa un carajo.

—Tengo que hablar con usted —dice el capitán.

—¿Vamos dentro, mejor? —pregunta Bavin—. Se está más cómodo.

—Las paredes tienen allí oídos —dice Stadler con un fuerte acento que suena muy distinto al inglés que habla, por ejemplo, de Jong. Puede que Stadler sea de origen alemán. Durante las compras que realizó en Ciudad del Cabo se encontró con varios alemanes.

—¿De qué se trata? —pregunta Bavin.

—Este viaje. Los hombres se impacientan. ¿Cuándo regresaremos a Tristán?

—¿Pero qué coño está diciendo, capitán? Hemos arrendado el barco para cuatro semana y no ha pasado ni la mitad del tiempo.

—Igualmente, los hombres se impacientan y corren rumores por ahí, de extraterrestres y cosas así. Ya sé que es una tontería, pero aquí, tan lejos en alta mar y sin hacer nada durante el día...

—Hemos pagado 80.000 dólares para poder investigar tranquilos durante cuatro semanas.

—¿Qué me dice? ¡Harper, menudo cerdo! A mí me ha dicho que se hacían cargo del salario de mi gente.

Ahora sí que Stadler parece extremadamente cabreado. Bavin no debería haber mencionado la cantidad. Seguro que Mary habría gestionado mejor esta situación.

—Lamento que Harper les haya tomado el pelo.

—Pues sus lamentos no me sirven de nada. ¿Qué le digo a mi gente?

Bavin suspira.

—Dígales que les pagaremos el doble. Además, ahora ya podemos dejar de ir navegando en zig zag. Ya tengo una dirección clara: tenemos que ir al sur.

—¿Puedo poner el Lance a velocidad máxima? —pregunta el capitán.

—Usted es el capitán —dice Bavin—. No tengo nada en contra de llegar antes de mi destino.



POR LA TARDE RECIBEN OTRO MENSAJE DE GEX. MARY SE LO TRADUCE.

—Sienta bien no estar solo. Soy. No sé quién soy. ¿Quién eres tú? Solo sé esto: Me estoy muriendo. Ayúdame, por favor. No quiero morir.

Bavin suspira.

—Le hemos dado esperanzas.

—Sí —dice Mary en un susurro. ¿La está oyendo llorar?

—¿Mary? ¿Estás bien?

Se sorbe los mocos.

—Sí, perfectamente. Solo que me acabo de imaginar despertándome en Ganímedes, totalmente sola en el frío del universo. ¿Quién hace algo así? Tenemos que encontrar al responsable de esto y patearle el culo a gusto.

—Lo haremos.



RIB, 19 de noviembre de 2041

AÚN NO HA SALIDO EL SOL CUANDO TARJA LLEGA A HURTADILLAS A LA CUBIERTA DE EXPEDICIÓN. Se orienta con la linterna. Cuando entra en la sala en la que los pasajeros se cambian se encuentra de golpe con varios hombres. Se lleva un susto y la pequeña mochila con termo y galletas se le resbala del hombro. En seguida se da cuenta de que lo que está viendo son los trajes de neopreno que cuelgan del techo. Se pone a reír y coge uno de los trajes porque sabe lo calentito que se va dentro de uno de estos.

El mar está en calma. El cielo despejado y sin luna. Aun así la vista llega hasta muy lejos. Le asusta mucho la niebla. Si llega a haber, habría pospuesto la salida al día siguiente. Sube a la lancha y mete la llave en el mando. Es la llave del jefe del equipo de expedición. Ya sabía ella que Orapin y Alan estaban liados. Pero así no hay problema, porque la llave sirve para cualquiera de las lanchas.

Arranca el motor. Tarja comprueba la batería. La tripulación la ha cargado a tope. Seguramente tuvieran pensada una excursión hoy. Los remos apilados a proa también lo confirman. Seguro que iba a ser una salida con canoas. Pues ahora se van a quedar sin.

Tarja busca por los menús en la pantalla e introduce la posición. Ya se ha aprendido las seis cifras de memoria. Luego suelta los nudos que amarran la lancha al pontón y pulsa el botón de arranque. La lancha se pone en marcha y se la lleva hacia la noche casi sin hacer ruido. El cielo sobre ella la arropa. Piensa en los indios, que creían que había un Lama en las zonas oscuras de la Vía Láctea. Como en las leyendas, el Lama la protege como si fuera su bebé.



—GEIRANGER A RIB 1, RESPONDAN POR FAVOR.

Son algo más de las nueve. Alguien del equipo de expedición acaba de darse cuenta de que no está la lancha. Tarja no responde a la llamada. Solo le pegarían una sarta de gritos y la amenazarían con echarla fuera del barco en el próximo puerto. No tiene ganas de oír esas cosas.

Que no hicieran caso a su ruego antes tiene ahora esta ventaja: Nadie sabe exactamente a dónde va. Bueno, Kai sí, porque le dio las coordenadas; pero duda que alguien piense en Kai. Orapin podría tener problemas por lo de la llave. Pero seguro que lo ha hecho de forma que Alan no se haya dado cuenta de que ha sido ella quien se las ha robado. Ni siquiera ella conoce la posición en la que vieron a su amiga por última vez, ya que Tarja se llevó consigo las fotos satelitales. Las saca de la funda para verlas de nuevo, pero ya no hay nada en ellas que le llame la atención.

Será cuestión de esperar hasta llegar allí. Entonces igual el radar le cuenta qué ha pasado con Isabel. Tarja se imagina que el Nautilus se habrá hundido por alguna razón. Igual encuentra la nave en el fondo del mar. Entonces, el capitán no tendrá excusa que valga y deberá ayudar.

—Geiranger a RIB 1, respondan por favor.

—Geiranger a RIB 1, respondan por favor.

—Geiranger a RIB 1, respondan por favor.

Tarja ignora las llamadas, pero no apaga la radio. Resulta tranquilizador saber que sigue conectada con el barco mediante ese cordón umbilical.



—GEIRANGER A RIB 1, RESPONDAN POR FAVOR.

Ahora os toca a vosotros. Tarja ha llegado a las coordenadas que Isabel anotó en la lancha. Ahora bastará con conectar el radar para buscar el Nautilus y comunicar al barco su éxito. Nunca antes ha utilizado un aparato como este, pero ha visto muchas veces a los guías trastear con él. No parecía complicado.

Pero cuando levanta la tapa se da cuenta de que falta la pantalla del radar. En el tercio superior del aparato hay un conector con una regleta que seguramente sirva para enchufar allí la pantalla. Pero no hay pantalla. Tarja busca por todo el barco, pero no hay muchos lugares donde pudiera esconderse una pantalla. Alguien debe haberla desmontado para mantenimiento o para protegerla del frío de la noche.

Menuda metedura de pata.

—Geiranger a RIB 1, respondan por favor. Es urgente. Tarja, por favor, responde.

Ahora es otra voz la que se escucha. Es la de Orapin.

—RIB1 a Geiranger. Aquí Tarja.

—Gracias a Dios, ya pensaba que te habíamos perdido. ¿Has llegado a tu destino?

—¿Sabía usted algo de esto, Orapin? —Es la voz del capitán Bismo en segundo plano.

—Lo siento —dice Orapin—. Les he tenido que contar lo que pretendías. Corres un gran peligro.

—¿Por qué? No he encontrado nada. El radar no tiene pantalla.

—Vaya, así que ha sido todo en balde. Lo siento mucho. Pero ahora no tenemos tiempo para eso. Hay una tormenta en dirección al norte. Ya ha cruzado al Geiranger. Tienes que regresar cuanto antes.

—Pero si no sé vuestra posición —dice Tarja.

—Espera, Orapin. Debe decirnos ella primero su posición —oye decir al capitán.

—Pero no quiero hacerlo —dice Tarja. Todo esto le parece una trampa como un templo. ¿Qué pretenden conseguir con eso?

—Por favor, tienes que confiar en mí —dice Orapin—. ¿Dónde estás?

Suena muy desesperada; tanto, que no parece mentira. Tarja le pasa las coordenadas. Orapin las repite en voz alta.

—¡Un momento! —dice Bismo—. Ah, vale. ¡Que no se le ocurra regresar! La tormenta pasará de largo entre nuestra posición y la de ella. Por eso tampoco podemos enviar ayuda. Pero si se queda donde está no llegará a afectarla, aunque habrá un oleaje intenso. Mañana sobre las seis de la mañana ya debería haber pasado el peligro.

—¿Has oído eso? —pregunta Orapin.

—Sí, lo he oído. Debo pasar la noche aquí afuera, pero no será un problema porque tengo un

traje de neopreno.

—Anda, ¿te llevaste un traje? Bien hecho. Ya nos preocupaba la humedad y el frío que pasarías. Póntelo cuanto antes y luego te atas bien a la lancha. No te preocupes, es improbable que se vuelque.

Improbable. No le gusta nada esa palabra. No habría sido mejor que Orapin dijera «imposible»? Pero no se quejará. Ella misma se lo ha buscado.



TARJA ESTÁ TIRITANDO. NO ES EL FRÍO EL QUE LA HACE TIRITAR, SINO EL MIEDO. SE LE HA sentado encima como una lechuza sobre el hombro y parece estar sacudiéndola. Intenta resguardarse en la popa, esconderse en el interior de la borda y fundirse con la RIB, pero no lo consigue. ¿Cómo se le ha ocurrido venir sola hasta aquí? ¿Y si pusiera en marcha la radio? Pero nadie puede ayudarla desde el Geiranger y solo se arriesgaría a descargar la batería más de lo necesario.

¿Y si ignora el consejo? La lancha es segura, según prometió Orapin. ¿Aguantaría la tormenta? ¿Qué podría pasar? Habrá un fuerte oleaje, claro, pero la RIB funciona como una colchoneta de aire y siempre se queda arriba. Pero por otro lado igual no es buena idea. Ni siquiera el capitán Bismo se atreve a meterse en la tormenta con el Geiranger. ¿Debe intentar ella hacer con una lanchita lo que un capitán experimentado evita hacer con un barco grande?

Ahora incluso se está mareando. Ha centrado la mirada demasiado tiempo en el suelo de la lancha. Tarja hace un esfuerzo y mira hacia afuera. Allí está el horizonte. ¿O no es el horizonte? ¿Por qué está subiendo más y más? Mierda, es una ola que viene hacia ella. ¿Cuánto tendrá? ¿cinco, siete o diez metros? Las olas más grandes que ha visto desde el Geiranger eran de ocho metros. Esta seguro que no es más grande. Lo que pasa es que la está viendo desde la perspectiva de una hormiga. En ese momento, la ola levanta la lancha. Como un surfista alcanza la cresta para luego caer por el otro lado con una breve sensación de ingravidez.

Uff. Igual debería aceptar el mareo. En cuanto mira por encima de la borda se siente como un granito de arroz que intenta no hundirse entre olas monstruosas. Comprueba los cabos con los que se ha atado a la lancha. Los nudos aguantan. Suerte que Alan le enseño los nudos más importantes. ¡Si al menos tuviera también su entereza y valor! Seguramente lanzaría gritos de placer al saltar las olas con la lancha para llenarle de espuma y luego bajar a toda velocidad.

Tarja mira al cielo. Oscurece y no es por las nubes. Llega la noche. Será la noche más larga de su vida. Mira de nuevo hacia delante. La lancha ha girado y ahora está paralela a las olas. Mierda. ¿Cómo ha pasado eso? Ya llega el siguiente frente, la levanta sobre sus hombros y la deja caer por la espalda. Tarja grita cuando la lancha se pone vertical. Nota como la hélice sale del agua, pero no se atreve a mirar hacia abajo, pues sea lo que sea que haya allí, la está esperando sí o sí.



MFV Lance, 20 de noviembre de 2041

—¿Estamos avanzando? —pregunta Mary.

—Sí, y muy bien además. Tengo la sensación de que estamos en el centro del cono —dice Bavin.

—¿La sensación?

Mary tiene razón. No es más que una sensación. Igual no son más que las ganas de llegar. El capitán Stadler ha bajado por la noche de 10,5 a nueve nudos, porque el radar de tiempo ha detectado una tormenta al sudoeste. El oleaje ha aumentado bastante desde entonces. Hace días que Bavin no come con apetito y no se debe precisamente a las artes culinarias del cocinero de a bordo.

—Probablemente no sean más que las ganas de pisar de nuevo pronto tierra firme —dice.

—Querrás volver a ver a Ripetta, ¿verdad?

—Se llama Repetto. Pero ¿qué pinto yo allí? Tristán sería el último lugar del planeta donde querría vivir.

—¿Seguro? Si hasta te has quedado con su nombre. Tuve la sensación de que había algo entre vosotros, una conexión..., una chispa.

Bavin siente calor en la cara. Mira petrificado la pantalla del ordenador. ¿Qué sabrá Mary? Solo ha tenido una conversación breve con la administradora. ¡Como si de ello se pudieran sacar conclusiones!

—Pero en serio, creo que la recepción empeorará si seguimos hacia el sur.

—Pues ya va siendo hora de probar nuestro dron submarino, ¿no te parece? Aquí no veo ni islas ni barco alguno. Así que el objetivo debería estar bajo el agua.

Bavin asiente. Ya lo suponía desde un principio.

De repente suena la campana del barco. Alguien la está haciendo sonar a lo bestia. Es una señal de alarma. Bavin cierra el portátil, se pone la chaqueta y suben corriendo a cubierta.

El poco espacio que queda en la proa del Lance tras instalar la antena se ha llenado con la tripulación. Bavin se sorprende de la cantidad de gente que hay a bordo. Nunca los había visto a todos juntos. El capitán intenta poner orden voz en grito.

—¡Willem y Ginto, preparad la lancha auxiliar. Rápido!

Dos hombres se separan del grupo. Poco después, Bavin oye el chirrido de un cabestrante.

—¿Qué hay ahí fuera? —pregunta a uno de los marineros, cuyo nombre desconoce.

El hombre baja los prismáticos que sujetaba ante los ojos.

—Allí; allí hay una lancha neumática —dice en un inglés apenas inteligible y le pasa el instrumento.

Bavin se lleva los prismáticos a los ojos. Tarda un instante en ajustar el aumento y entonces lo ve. Sobre las olas, aún altas tras la tormenta de la pasada noche, danza una lancha neumática como la que los cruceros suelen utilizar para sus pasajeros. Parece vacía. Igual la tormenta la ha arrancado de un barco mayor.

—Lancha auxiliar lista —dice el marinero al que el capitán llamó antes por el nombre de Willem.

—Bien. Poneos en camino, rápido —ordena el capitán.

—¿Puedo ir yo también?

—De acuerdo, Ginto, te quedas aquí y nuestro pasajero acompaña a Willem. ¡Daos prisa! No podemos excluir que alguien dentro necesite ayuda.

El capitán se toma sus obligaciones realmente en serio. Willem le hace un gesto y Bavin le sigue. Bajan por una escalerilla de cuerda hasta la lanchita auxiliar que parece minúscula al lado del Lance.

—¡Sujétate bien! —dice Willem.

El marinero se sienta a popa y arranca el motor.

—¡Amarre va! —grita alguien desde arriba y Bavin reacciona con suficiente rapidez para agarrarlo.

Willem arranca y Bavin se arrepiente en seguida de su espontánea decisión. El motor aúlla y la lanchita salta de ola en ola. La espuma que salta a su alrededor los deja empapados en pocos minutos. Willem lleva pantalón y chaqueta de agua con botas a juego, mucho mejor equipado que él. Debía tener turno en cubierta en ese momento.

La lancha neumática está sorprendentemente lejos. El Lance se va haciendo más y más pequeño. Bavin mira al frente solo de vez en cuando un instante, por lo demás intenta esconderse tras la borda.

Entonces la lancha desacelera. Bavin se limpia el agua salada de la cara y se levanta con cuidado. Y allí está: en el fondo de la RIB hay algo que a primera vista parece un peluche en forma de insecto. Pero Willem acerca la lancha ahora de forma que queda abarloada a su lado y Bavin puede ver una cara en un extremo de ese peluche. Está blanca como la cal y con un ligero tono azulado. Es indudable que tienen ante sí a una persona.

Bavin agarra de inmediato un cabo que recorre el tubo neumático que conforma la borda de la RIB y salta por encima. No es muy hábil y cae en la parte posterior, pero se levanta en seguida. En el fondo hay agua que habrá entrado por las salpicaduras del oleaje, pero no aumenta. La lancha es, por lo tanto, estanca. Willem también ha saltado. Bavin ve que ha atado su medio de transporte con un cabo corto. ¡Hombre listo! Ahora abre una caja de color naranja que ha traído consigo y se inclina sobre la cara pálida.

—¿Eres médico? —le pregunta Bavin.

—Asistente de emergencias. Antes conducía una ambulancia. Pero en el barco he aprendido alguna que otra cosa más.

Willem habla tranquilo, mientras saca el torso de la persona inconsciente fuera del traje de neopreno. Le busca el pulso y le golpea ligeramente las mejillas. Resulta ser una chica joven, casi aún una niña. Tiene unos dedos muy finos, como una pianista. Willem le está inyectando algo.

—Está viva, pero sufre hipotermia —dice—. Pulso de 45. ¿Ves lo dilatadas que tiene las

pupilas? Debemos llevarla lo antes posible al Lance.

Willem toca el aparato de radio que lleva al hombro. «¿Willi? Acelera. Persona inconsciente, necesita tratamiento urgente. Willem corto.

—Entendido. Vamos para allá.

—¿Me ayudas? —pregunta Willem y señala hacia la chica.

Juntos sueltan los cabos con los que la chica se ató a la lancha. Entonces Bavin la agarra por la parte inferior del traje de neopreno mientras Willem lo hace por arriba. El traje es extremadamente rígido. Bavin respira de forma acelerada. Suda y no nota ni el frío ni la humedad. Debe ser la adrenalina.

—A la de tres. Uno, dos, tres.

Levantan a la vez el traje junto con su ocupante a la otra lancha. Bavin quiere pasar también, pero Willem levanta la mano para que se pare.

—Espera aquí. Si no, pesaremos demasiado. No te preocupes, que vendremos a por ti.

Bavin se sienta sobre la borda de la RIB y observa como Willem sale disparado hacia el Lance.



BAVIN ESTÁ SOLO DURANTE UNOS MINUTOS. EL LANCE SE DETIENE PARA RECOGER A LA PACIENTE. Lo comprende perfectamente. Intenta meterse en la piel de la chica. ¿Qué habrá estado buscando aquí fuera? La RIB debe pertenecer al MS Geiranger. Vio antes el nombre en la pantalla del radar. Igual estaba en dirección a Ciudad del Cabo.

Busca por la popa. Junto al motor hay un radar y un aparato de radio. Pero la electrónica parece estar defectuosa o se le ha acabado la energía. Seguramente ambas cosas, pues por la pantalla del aparato de radio hay una grieta por la que ha entrado agua. Bavin sigue mirando. En la borda derecha ha escrito alguien seis cifras que deben ser coordenadas. Deben corresponden más o menos a la posición actual. ¿Será por eso que la jovencita ha venido hasta aquí? Tienen que hablar con ella cuanto antes.

Al cabo de media hora, la lancha auxiliar se suelta del Lance y viene hacia él. Bavin levanta la mano a modo de saludo. Mary está a los mandos. Bavin sonríe. Esta mujer tiene realmente muchos talentos.



—LA JOVENCITA SE LLAMA TARJA —DICE, CUANDO BAVIN SE HA SUBIDO A LA LANCHA CON ella.

—¿Se ha despertado?

—No, pero el capitán ha hablado con el Geiranger. Es una becaria a bordo.

Eso coincide con la edad. Pero ¿por qué roba un becaria una lancha?

—¿Qué habrá estado buscando por aquí? Seguro que no fue un encargo oficial.

—El capitán del Geiranger no ha querido dar muchas explicaciones al respecto. Primero ha dicho algo sobre locuras de adolescente y luego ha mencionado algo de estar obligado a mantener la confidencialidad.

Mary está tan bien informada como si hubiera estado presente en la conversación.

—¿Confidencialidad? ¿Querrá proteger a la naviera de reclamaciones por daños y perjuicios

de los padres de la chicha?

—Eso le he preguntado. Pero me dijo que eran asuntos del FOGC. Que tenía las manos atadas mientras no apareciera el agente del FOGC.

—¿FOGC? Ni idea de quiénes son.

—Es la Oficina Federal de Control Genético. Interviene en casos de modificaciones genéticas ilegales. Lo he investigado en Internet.

—Hay que ver la de cosas que uno encuentra allí.

¿Qué tendrá que ver este FOGC con los mensajes de la sonda Gex? ¡Es mera casualidad que justo en su lugar de destino se encuentren con la chicha medio muerta en una lancha? Tiene que hablar con Tarja cuanto antes. No parece tener tanto cuidado como ese capitán. Se ha largado sola mar adentro para analizar justo las coordenadas que también interesan a Bavin.



La ocasión para hablar con ella se da por la tarde. Mary se ofreció para cuidar de la chica y cuando se despertó fue a por Bavin.

Tarja está tumbada sobre un colchón colocado sobre una caja alargada en un camarote abarrotado de trastos. No quedada otro sitio donde ponerla. La bodega de carga está casi vacía, pero no se puede calentar y apesta a pescado y diésel. Tarja se apoya en sus brazos y mira a su alrededor

—Tienes bastante mejor aspecto que antes —dice Bavin—. Soy Bavin Joshi.

—¿Me has encontrado tú? —pregunta Tarja.

—Localizaron tu lancha en el radar. Te trajimos Willem y yo al barco.

—¿El viejo barbudo?

Bavin sonríe, pero desde el punto de vista de la jovencita seguramente lo vea ya como un anciano.

—Seguramente sea la persona a la que debas tu vida.

—Vaya, lo siento. —Tarja baja los ojos y se toca la aguja de infusión—. ¿Debo llevar esto mucho tiempo más?

Bavin asiente.

—Tu cuerpo aún está muy debilitado.

—Pero tengo que salir de aquí. Mis amigos están en peligro. Debo saber qué ha pasado con ellos. —Tarja se sienta y baja las piernas del colchón. *Una jovencita muy valiente.*

—Despacio, despacio. —Mary la coge por los hombros y la empuja suavemente de vuelta a las almohadas. Tarja cede a regañadientes. Bavin nota su tensión.

—¿Qué está pasando ? —pregunta—. He visto unas coordenadas escritas en la borda de la RIB. ¿Qué haces aquí, y además totalmente sola?

—Si os lo cuento, ¿me ayudaréis?

—¡Si alguien necesita ayuda es incluso nuestra obligación!

—¿Prometido?

Bavin duda. A saber en qué está a punto de meterse. Pero es prácticamente imposible que esto no tenga nada que ver con su propia investigación.

—Prometido.

—Necesitan ayuda. Están en el fondo del mar.

—Tenemos un dron submarino controlado a distancia.

—Genial. ¿Podemos empezar en seguida? Mejor antes de que llegue el Geiranger.

—El capitán ha quedado con el Geiranger que le acercaremos a la becaria.

—¿Qué? No podemos abandonar este lugar, ¿me oís? Debéis explicárselo al capitán.

—No te preocupes. Hemos alquilado este barco e irá allá donde nosotros digamos que vaya. Mary, ¿se lo podrías aclarar al capitán?

—Ya estoy de camino. Pero que Tarja no cuente su historia hasta que haya vuelto. ¡Quiero saber todos los detalles!



¿Krill modificado? Bavin se frota la barbilla. Tarja se ha tumbado agotada sobre sus almohadas. No parece haber superado todavía las consecuencias de su hipotermia. Pero lo que les ha contado... Coincide con la escasa información que les ha dado el capitán del Geiranger.

La relación con su propia investigación es evidente, pues el entorno en el fondo del Océano Antártico se parece mucho al que puede tener el océano bajo el hielo de Ganímedes. Las modificaciones que permiten al krill sobrevivir en entornos más fríos y salados serían muy útiles en Ganímedes. Pero a bordo de la sonda Gex no había ningún nauplius. Cada gramo a bordo de esa sonda de la NASA debía aportar algo a la misión. En ningún otro lugar se observa con tanta minuciosidad la masa de despegue que en los viajes espaciales, ya que es el principal factor de coste.

Pero entonces ¿quién está hablando español con ellos? A Bavin le gustaría reproducirle a Tarja algunos de los mensajes recibidos, pero parece estar ya a punto de dormirse agotada. Mira a Mary y esta asiente. Es hora de dejar que la chica se recupere. Gracias a Willem ha superado lo peor, pero incluso con dieciocho años no es fácil superar una hipotermia de tercer grado.

Cierra con cuidado la puerta del camarote por fuera.

Es hora de enviar el dron submarino de viaje.



El cabestrante chirría. Su dron pesa algo más de cuarenta kilos, por lo que no pueden lanzarlo al agua, así como así. El cable que arrastra pesa casi lo mismo. Está enrollado en un tambor horizontal y pasa por uno de los múltiples agujeros que hay a la altura de la base de la borda. Pero Bavin debe conectarlo al cable antes de sumergirlo.

—¿Y ahora qué pretenden hacer? —pregunta el capitán.

—Analizamos el lugar en que encontramos a la náufraga —dice Bavin.

—Para eso ya habrá tiempo mañana, cuando hayamos devuelto a la chica a su barco. Pronto anochecerá y no podrán ver ya nada.

—Capitán, usted sigue estando a nuestro servicio, ¿no es así?

—Sí, pero la responsabilidad ante la chica recomienda que...

—Tarja está bien. Se recupera en su camarote y fue deseo suyo que nos sumergiéramos aquí cuanto antes. Allí abajo tampoco hay ninguna luz, así que la oscuridad aquí arriba no cambia nada las cosas.

El capitán murmura algo que Bavin no entiende. ¿Qué tendrá en contra de que miremos qué hay en el fondo del océano aquí? Bavin recuerda la conversación que mantuvo en el puerto. El capitán Stadler parece estar a las órdenes de alguien más a quien debe informar. Pero mientras no sabotee directamente su labor, no le importa.

—Dron en el agua —comunica de Jong.

El joven marinero estaba entusiasmado cuando Bavin le pidió ayuda. Y es que resulta que ya tiene alguna experiencia con el control de un minisubmarino como este.

—Voy a salir al exterior —dice Bavin—. ¿Alguna duda más, capitán?

Stadler sacude la cabeza. Excelente. Mary tendrá que vigilarlo un poco para que no haga tonterías.

Bavin se ata un cabo a la cintura. De Jong aprieta el nudo. Esa es su línea de vida. De Jong suelta un par de metros de cabo y luego lo pisa. Bavin pasa al otro lado de la barandilla. La escalerilla de cuerda está mojada y fría. Sus pies chocan contra el casco a medida que desciende. Hay que bajar un buen tramo. Desde arriba no parece tan alto. Pero sobre todo se queda a la sombra del barco. Deberían haber bajado el dron por el lado oeste, pero ahora es demasiado tarde.

Debería haber llegado ya abajo. Bavin busca el dron con el pie. Allí hay algo. Pisa encima, pero algo de lado, por lo que empuja el dron hacia un lado. El motor se pone de inmediato en marcha para llevarlo a su posición anterior. Bavin lo intenta otra vez. Ahora lo consigue. Está en cuclillas sobre el lomo del dron, de casi un metro de largo y que parece compensar fácilmente su peso.

—¡En posición! —grita.

—¡Cable va! —grita de Jong.

Bavin mira hacia arriba, pero no ve nada en la oscuridad hasta que algo chapotea junto a él en el agua. Es el extremo del cable. Lo agarra, casi pierde el equilibrio, pero logra recuperarlo. Uff. Bavin seca el adaptador del bolsillo en la pernera del pantalón, abre el tapón del enchufe en la parte superior del dron y conecta el cable. El dron vibra a modo de confirmación. Gira dos anillos roscados en direcciones contrarias para dejar el cable bien fijado.

—¡Listo! —dice—. ¡Vuelvo arriba!

Se levanta y vuelve casi a perder el equilibrio. Esta vez el cabo alrededor de la cintura lo sujeta porque de Jong acaba de tirar de él. Se agarra a la escalerilla y sube de regreso al barco.



—¡AHÍ! ¡MIRA!

Mary le aprieta el hombro izquierdo. Él mismo ya lo ha visto: el radar muestra un par de elevaciones en el fondo del océano, que no son nada normales en esta zona. Bavin se frota los ojos. No está acostumbrado a mirar tanto rato una pantalla tan pequeña.

—¿Qué es eso? —pregunta Tarja.

—Faltan unos diez minutos hasta que estemos lo suficientemente cerca y poder ver más —dice Bavin.

Controlan el dron desde el camarote de Tarja. La joven se queda dormida cada dos por tres, pero se ha empeñado en ayudarles. Bavin ha investigado un poco sobre el aspecto del Nautilus, el submarino del Geiranger, pero Tarja seguro que lo reconoce en seguida.

Amplía la imagen. Lo que ven allí en el horizonte no parece ser un submarino averiado. Debe ser una estructura mayor. ¿Unos montículos? El fondo del mar se extiende aquí plano frente a los focos de dron, pero no tiene por qué ser todo el tiempo igual. Los mapas de relieve de que dispone no muestran grandes diferencias de altura, aunque en estos rincones del océano tampoco son muy detalladas ni precisas.

Bavin se sienta más derecho. Le duele la espalda. El colchón de la cama, sobre el que está

sentado con las piernas cruzadas, está viejo y chafadísimo. Le gustaría darse una ducha porque tiene la sensación de apestar, aunque no hay tiempo ahora para eso.

La imagen del radar va detallándose más con cada minuto que pasa. No pueden ser estructuras naturales. Recuerdan a torres de piedra esculpidas por el viento en un parque nacional. Pero a estas profundidades no existen tales procesos naturales. No; aquí alguien ha plantado tres edificios en forma de torres en el fondo del mar.

Tarja se sentirá decepcionada, por eso no le dice nada. Bavin lo ha calculado varias veces: si encuentran aquí el Nautilus, es imposible que haya nadie vivo en su interior. Tarja anhela fervientemente un final feliz para sus amigos y él mismo se ha sumado a ese deseo, pero ahora es más realista si la tripulación del submarino ha podido refugiarse allí dentro.

—ES UNA BASE SUBMARINA —DICE BAVIN, SE LEVANTA Y COLOCA EL PORTÁTIL SOBRE EL PECHO de Tarja.

La chica levanta la cabeza y parpadea.

—¡Deben estar ahí dentro! Tenemos que acercarnos.

Bavin asiente. Tarja cierra los ojos de nuevo. Aún no está recuperada. Coge el portátil y lo coloca en la cama de encima. Así puede ponerse al menos un rato de pie mientras dirige al submarino hacia la base.

Alguien llama a la puerta. Debe ser de Jong.

—¡Adelante! dice Mary.

Se abre la puerta y el marinero entra con una bandeja que emite un intenso olor a grasa frita. Bavin reconoce cuatro hamburguesas con sus correspondientes patatas fritas.

—He convencido al chef de que nos prepare esto —dice de Jong—. La hamburguesa de la derecha es de pollo, las demás de ternera.

Bavin coge la hamburguesa de pollo y la muerde, salpicándose la camiseta de grasa. Sabe de maravilla. De Jong deja la bandeja y se hace cargo del portátil.

—¡Fascinante! Una vez vi algo parecido —dice el marinero.

—¿En serio? ¿Dónde? —pregunta Mary.

—En un documental sobre grandes proyectos de ingeniería climática. Un multimillonario mexicano pretendía impedir con una instalación así la acidificación del mar.

Bavin se pone detrás de él. De Jong hace que el dron ascienda un poco hasta llegar a ver lo que hay detrás de la estructura.

—No hay ni rastro de vuestro submarino —dice.

—Psst —dice Bavin con un dedo en los labios. Tarja no reacciona. Seguramente se haya dormido.

—Voy a acercarme más —dice de Jong.

El dron desciende hacia el fondo marino. Incluso se clava un par de centímetros en él. De Jong cambia a la cámara de popa. La arena arremolinada hace que parezca como si se acercara un gusano gigantesco.

—Así es más difícil que detecten el dron —dice de Jong.

—Buena idea —dice Bavin. Esta base podría contar con sistemas de defensa.

Cuando más se acerca el dron a la base, más detalles pueden discernir. Las torres son más o menos igual de grandes, con gruesas barrigas. Entre ellas hay pasillos de sección circular. Una de las torres parece estar expulsando aire que asciende en una columna constante hacia la superficie.

—¿Ves alguna antena? —le pregunta Bavin.

—¿Antenas?

—Debe haber antenas.

De Jong va pasando por los diversos instrumentos y sacude la cabeza.

—Pero lo interesante aquí es esa columna de gases, —y señala hacia las burbujas ascendentes— porque en ellas se oculta una estructura rígida.

—¿Un cable? —pregunta Bavin.

Igual lleva hasta una antena situada en la superficie. Eso sería muy inteligente.

—No debe ser metálico, sino más bien de fibra óptica.

Eso tendría su lógica. En la superficie del mar, la recepción es mucho mejor que aquí abajo. Pero la antena debe estar muy bien ocultada. ¿Podrían utilizar eso de alguna forma? A Bavin no se le ocurre ninguna. Esa antena no será la única forma de comunicación de la base.

—En una de las torres hay una esclusa —dice de Jong.

Bavin mira la pantalla, donde el foco principal del dron ilumina una apertura circular en la estructura. Es una esclusa, y está abierta.

—¿Puedes meterte dentro? —le pregunta Bavin.

De Jong sacude la cabeza.

—Está ocupada.

Cuando cambia al radar, Bavin también lo ve: un obstáculo llena gran parte de la esclusa.

—¿Puedo? —pregunta y de Jong da un paso al lado. Bavin conecta todos los sensores del dron. No es fácil de reconocer, pero su ampliación es diferente. Tras haber adaptado todos los valores, la imagen se aclara.

—El dron debería poder pasar por encima de eso —dice Bavin—. Al menos si lo giramos noventa grados.

Devuelve el portátil a de Jong.

—Tienes razón —dice el marinero, que toca un par de símbolos y la imagen se gira hacia un lado.

—Con cuidado —dice Bavin.

El dron se acerca lentamente a la esclusa. El obstáculo que hay dentro es indudablemente el submarino Nautilus. Bavin lo reconoce por la descripción en la publicidad de la naviera. «Por su cómoda esclusa en la popa, que pueden utilizar con ciertas limitaciones de movilidad, accederá con un elegante salto directamente al incólume fondo submarino».

—¿Puedes intentar abrir la esclusa? —pregunta.

El dron posee dos brazos. En la imagen de la cámara se ve cómo los extiende y prueba. Así alcanza la rueda giratoria. Al llegar, se agarra a un asa metálica con la derecha, seguramente destinada a fijar líneas de vida, y con la izquierda gira la rueda.

—Demasiado dura —dice de Jong—. No quiero arriesgar a que se rompan los brazos.

Bavin mira a Tarja que parece seguir inmersa en sus dulces sueños. Ha visto un teclado numérico. Igual hay un código de acceso. Pero no tienen tanta prisa como para despertar a Tarja.

—Inténtalo por arriba —dice Bavin—. Allí hay otra entrada.

De Jong lleva el dron por el estrecho resquicio entre submarino y techo de la esclusa. Aunque Bavin ha medido el espacio, nota cómo se le humedecen las palmas de las manos. Se alegra de no ser él mismo quien esté nadando por ahí dentro. La mera idea de una columna de cuatrocientos metros de agua por encima de su cabeza hace que se ponga a sudar.

Pero el joven marinero es muy hábil.

—Se parece al juego que me he descargado hace poco —dice. El dron se desplaza lentamente

por el interior de la esclusa. Bavin creía que habría más luz dentro, pero no parece haber iluminación, o debe estar apagada.

Por eso tardan en darse cuenta del agujero en el submarino. El dron ya flota encima de él cuando Bavin ve el orificio en el radar.

—Para —dice—, ¿ves eso?

Señala en la pequeña pantalla del radar.

—¿Qué has encontrado? —pregunta Mary.

—Debe ser la entrada del Nautilus, por la que se entra y sale del submarino del Geiranger. ¡Está abierta!

—¿Qué? Eso es...

Una invitación.

—Es una invitación —dice Bavin.

Aunque no es tan fácil aceptar esa invitación, pues el dron tiene problemas para moverse por el estrecho espacio que tiene.

—Espera, lo intentaré marcha atrás —dice de Jong.

El dron avanza un poco y luego inclina la popa hacia abajo. Esa zona es más plana, por lo que alcanza un mejor ángulo que si lo hiciera con la proa. De Jong dirige ahora el dron marcha atrás y, efectivamente, se introduce bajo el borde del orificio y se desliza hacia el interior del submarino. Justo en el momento adecuado, de Jong activa las toberas de mando laterales.

—¡Estamos dentro! —dice.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Dentro de dónde? —pregunta Tarja.

—Sigue durmiendo —dice Bavin.

—No, quiero verlo.

Se apoya sobre los antebrazos, pero solo aguanta unos segundos. De Jong le acerca el portátil y lo sujeta de forma que pueda ver la pantalla.

—¿Es el Nautilus?

Parece que lo ha reconocido. Los focos del dron recorren la pared lateral, luego el suelo y pasan a una mesilla redonda para pararse al final ante el tablero de mandos, desconectado.

—Está vacío —dice Jong.

—¿Qué hay del traje blindado? —pregunta Tarja—. Debe haber un traje de buzo blindado.

El foco se mueve otra vez. Oscila frente a la ventana de proa hacia la pared y llega al final a enfocar la popa. El dron se mueve hasta que se ve la puerta abierta de la esclusa. Bavin se asusta. Sus manos agarran con fuerza el colchón de Tarja. Parece como si hubiera una persona en el suelo de la esclusa.

—¿Es eso...? —pregunta con un hilo de voz.

—Ese es el traje blindado, sin duda —dice Tarja.

La tripulación debe haber salido del Nautilus por la entrada superior. En ese momento, la esclusa en la que está el submarino debía estar cerrada; si no, la presión exterior habría chafado a toda la tripulación a esta profundidad. Pero ¿por qué está ahora abierta?

—¿Tienes acceso a los mandos? —pregunta Bavin—. ¿O solo se encienden cuando se ha expulsado el agua?

—No lo creo —dice de Jong—. El submarino no puede romperse si entra un poco de agua al interior.

—Está bien, intentémoslo.

El dron regresa a la parte delantera. El tablero de mandos consta de varias pantallas y una serie de botones. De Jong hace que el dron pulse algunos de ellos. De repente no solo se

enciende la pantalla sino también las luces en el interior del submarino.

—A más tardar ahora ya saben que estamos aquí —dice Mary.

De Jong ya lo ha pillado. A toda velocidad se abre camino con ayuda de los brazos del dron a través de los menús del mando.

—Allí, ¿lo veis? —En la pantalla aparece un perfil de altura. Desciende primero al fondo del océano, pero luego muestra un pico con gran pendiente. —Tras haber entrado el Nautilus aquí, ha hecho una excursión a la superficie —explica de Jong—. Pero sin tripulación.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta Bavin.

El brazo del dron señala hacia la esquina superior derecha.

—El consumo de oxígeno fue de cero —dice de Jong.

—Pero eso significa también que queda mucho aire para respirar a bordo, ¿no es así? —pregunta Mary.

—Sí, el tanque está lleno a dos tercios.

—¿Y también las baterías están llenas?

—La carga dice estar al 93 por ciento. Seguramente hayan recargado el Nautilus tras su llegada.

—¿Qué pretendes, Mary? —pregunta Bavin.

—Pues robar el submarino y bajar personalmente a ver qué puñetas pasa ahí abajo.

—Pero... si no hemos conducido jamás un submarino.

—Ya nos apañaremos, ya verás —dice Mary.

—Voy con vosotros —dice Tarja.

—Ni hablar, Tarja —dice Mary—. De Jong, ¿serás nuestro piloto?

El marinero asiente.

—Has manejado ya algún submarino? —pregunta Bavin.

—¿Uno de verdad? Hasta ahora no. Pero siempre he querido intentarlo.

—Mary, ¿en serio quieres sumergirte a esas profundidades con una tripulación de tres ignorantes? —pregunta Bavin.

—Cuatro ignorantes, ya que estamos —dice Tarja.

—¿Se te ocurre algo mejor, Bavin? Con el dron no llegamos más lejos.

Bavin se imagina cómo se cierra la compuerta de entrada sobre él. Una fina chapa que intentarán chafar los pulgares de mil gigantes..., y la idea le hace temblar. Pero Mary tiene razón. El dron solo puede moverse en el agua, no dentro de la base.

De repente comienza a oscilar la imagen iluminada por los focos.

—Parece que tenemos visita —dice de Jong, que pone el dron de inmediato marcha atrás. La cámara muestra a un pequeño robot cabeza abajo. Lleva un arma en la mano que no parece funcionar bajo el agua. El robot se acerca sujetándose a tubos y mobiliario. De Jong deja que llegue a su alcance. Espera a que el enemigo ataque. Entonces hace que el dron se aparte. En pleno movimiento, el brazo izquierdo del dron agarra al izquierdo del robot que intenta defenderse con el derecho, lo que le da a de Jong la posibilidad de sujetarle también el otro brazo.

—¿Necesitamos eso para algo? —pregunta de Jong.

—Puedes deshacerte de él.

El dron tira de los brazos del robot en direcciones opuestas. El robot queda flotando frente al dron y patalea con los brazos hasta que el dron los arranca del todo de sus articulaciones. Entonces suelta la máquina ya sin brazos. El robot consigue girarse solo con las piernas y, con un estilo de natación muy triste, se aleja.

—¿Voy tras él? —pregunta de Jong.

—No, mejor nos largamos cuanto antes de aquí con el Nautilus —dice Bavin.

El dron tira los brazos rotos detrás del robot. Entonces se desplaza hasta la consola y activa el mando. De Jong se las apaña con una sorprendente habilidad. Está controlando un dron a distancia que, a su vez, está controlando el submarino Nautilus pulsando botones para sacarlo de la esclusa.

—Vosotros preparaos para la inmersión —dice de Jong.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —pregunta Mary.

—Es menos un kilómetro. En quince minutos podréis salir hacia allá.

—¿Y tú qué vas a hacer? —pregunta Bavin.

—Yo me quedo mejor aquí arriba —dice de Jong—. Así puedo ayudaros con el dron. Basta con que conectéis el dron a una toma de radio en el interior del submarino y lo controlaré a distancia.

—¿Y qué hay de mí? —pregunta Tarja.

—Tú te quedas conmigo aquí y yo te cuidaré —dice de Jong—. Para que no salgas de la cama.

BAVIN NO QUIERE METERSE EN EL AGUJERO NEGRO. ¿LO HA DISPUESTO EL JOVEN MARINERO expresamente así? Si Mary y él están bajo el agua, el capitán puede huir fácilmente en el Lance de regreso a Tristán y nadie los echará de menos. Pero no debería pensar así. Él mismo ha metido a de Jong en el asunto. Puede que el capitán tenga sus propios planes, pero la tripulación no estará informada.

—Ven, Bavin, es la hora —dice Mary y le da un empujoncito.

Suspira y desciende por la escalerilla de cuerda bajo la luz oscilante de las luces de a bordo hasta el submarino. Desde la compuerta de entrada hay una escalera de acero que lleva al interior. Es más fría incluso que la escalerilla de cuerda. El interior es más amplio de lo que esperaba. De las paredes aún gotea agua y huele a pescado. La pantalla en el panel de instrumentos está encendida. La puerta de la esclusa está abierta y el traje blindado de su interior brilla como una amenaza. No se meterá dentro de eso jamás en la vida. Justo al lado de la puerta está el dron en el suelo.

—Caramba, qué agradable —dice Mary.

Bavin sale de la esclusa y cierra la puerta detrás de si, mientras Mary seca con una toalla los instrumentos y los pocos muebles que hay. Luego limpia también el cristal del ojo de buey delantero.

—Bien, al fin puedo ver algo —dice.

Lo cual es mentira, porque fuera está todo ya totalmente oscuro. Bavin enciende el foco del submarino, pero se apaga solo en seguida.

—Lo siento —dice de Jong por el altavoz de a bordo—, pero yo recomendaría acercarnos sin llamar la atención. Ya conozco el rumbo y el radar no necesita luz.

Vale, pues entonces descenderán en plena oscuridad.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunta.

—*Boarding completed* —dice Mary, al estilo de una azafata.

Bavin sonríe y sube la escalera para cerrar el mamparo del orificio de entrada. En ese momento entra un chorro de agua de mar helada. Resopla y se da prisa en conseguir que quede

herméticamente cerrado. De Jong descubrió la forma de conectar el cable del dron a una toma exterior y añadió un cable para la conexión interior; si no, habría sido imposible cerrar el mamparo sin partir el cable.

—Listos, Maarten —dice—;ya puedes bajarnos.



—LA ESCLUSA SIGUE ESTANDO ABIERTA —DICE DE JONG.

Bavin amplía la imagen de radar. Desde esta perspectiva, la base impresiona aún más. En el portátil allí arriba parecía todo como en una película, pero ahora están realmente allí, en vivo y en directo. Está incluso a bordo de la nave que entrará en esa esclusa.

En esa trampa en la que se metieron antes los amigos de Tarja. ¿Estarán repitiendo un craso error? Bavin toca el arma que le ha dado de Jong. Mary también lleva una. Puede que sea la idea más estúpida del mundo disparar un arma de fuego en una base submarina, pero necesitan algo que marque la diferencia. Al menos Tarja cree que sus amigos no iban armados.

—¿No sería mejor que pidiéramos permiso por radio? —propone Bavin.

—Ya lo hemos hablado antes —dice Mary.

Bavin suspira. Tampoco ha contactado con ellos nadie desde la base, por lo que al menos les queda la remota posibilidad del efecto sorpresa. Bavin toca el chip de memoria que lleva en el bolsillo de la chaqueta. Igual les ayuda lo que lleva grabado en él. No lo sabe. Solo sabe que ha sido una idea bastante ingenua presentarse en persona aquí abajo.

Maarten ha sido más listo, aunque oficialmente se haya quedado arriba para poder manejar el dron. Este debe servirles de abrepuertas. Una vez dentro de la esclusa será imposible entrar en la base. El plan consiste en inundar la esclusa del Nautilus para que desde allí pueda el dron buscar una salida.

—Tiene buen aspecto —dice de Jong.

La pantalla confirma sus palabras. El contorno del Nautilus entra en la esclusa tan bien que no hay zonas marcadas en rojo. De repente se oye un ruido extraño.

—¿Qué es eso? —pregunta Bavin.

Esta vez la pantalla lo indica con mayor rapidez que Maarten: la compuerta de la esclusa exterior se está cerrando.

—¡Maarten, sácanos de aquí de inmediato! ¡Hemos caído en una trampa! —grita Bavin.

Mary le apoya una mano sobre el hombro. El Nautilus no se mueve.

—¿De Jong?

Sin respuesta.

—Tranquilo, Bavin —dice Mary—. Ya lo hemos hablado antes. De Jong no nos sacará de la esclusa si la puerta se cierra.

—¿Porque entonces se interrumpe el contacto por radio?

—No, en eso no habíamos pensado; si no porque esto es precisamente lo que queremos. Significa que ya no necesitamos al dron para encontrar un camino de entrada. Ahora mismo lo verás. Además, el cable su cable se rompe al cerrarse la esclusa

Mary tiene razón. El agua está siendo bombeada al exterior y pronto indican los sensores que fuera hay presión atmosférica normal.

—Ya podemos salir —dice Mary

—¿Debemos salir?

—Si quieres, voy sola.

—No, voy yo solo —dice Bavin.

—¿Estás seguro?

Bavin asiente. Es buena idea guardarse un as en la manga con la retaguardia protegida. Sea quien sea que mande por aquí, reaccionará con menos precaución ante un visitante que ante dos. Bavin saca el arma del bolsillo y se la entrega a Mary.

—Si no he regresado en tres horas, organiza unos buenos fuegos artificiales.

—De acuerdo. Pero ten mucho cuidado.

Bavin está sudando. Preferiría salir marcha atrás de la esclusa, pero no puede hacerle eso a Mary. *Vamos allá, tú puedes. Además, todo esto pasa por tu culpa.* Piensa en Robert, que igual ha dado su vida por él. No, no puede ser así. Sube por la escalerilla y abre la compuerta de salida.



La parte delantera de la esclusa se parece a un garaje. El submarino chapotea en una piscina casi tan ancha como esa sala. En las paredes hay armarios de acero sobre los que han anidado diversas conchas marinas. Huele a diésel, aunque el Nautilus funcione con motores eléctricos.

Bavin mira a su alrededor y sale del Nautilus hacia una pasarela de rejilla metálica. Pasa por encima de la barandilla. La pasarela lleva junto a los armarios hasta el extremo delantero donde hay una plataforma algo más ancha. Justo en el centro hay una puerta doble con una manilla clásica. La presiona hacia abajo pero se detiene de inmediato antes de abrir. ¿Qué le esperará al otro lado? Abre muy lentamente la puerta hacia él y se asusta cuando detrás se enciende automáticamente una luz. Entra en una sala amplia. En el suelo hay una barra de metal que parece estar totalmente fuera de lugar. A un lado hay un banco de trabajo con herramientas y otros armarios metálicos más. Probablemente sirva todo esto para el mantenimiento de los submarinos que aparcan en la esclusa.

¿Dónde están los habitantes y los amigos de Tarja? A Bavin le gustaría preguntarle a Mary por radio cómo está, solo por poder oír una voz familiar, pero con ello revelaría que no ha venido solo. Cruza otra puerta y se encuentra con una escalera metálica por la que accede a un nivel superior, que debe ser el suelo de la zona interior de esta torre.

Bavin admira el valiente diseño cuando oye una voz en inglés, aunque con un claro acento extranjero.

—Hay que ver lo atrevido que es usted, señor Joshi.

Bavin se gira de golpe. ¿Por qué no se ha traído la pistola? Esta casi seguro de que tiene frente a él al hombre responsable de todo esto. Pero entonces ve la estructura acristalada detrás de ese hombre, más bien pequeño y regordete. Si hubiera disparado contra él, habría sido también su último minuto de vida.

—Efectivamente no utilizamos aquí armas de fuego —dice el hombre mientras levanta la pistola táser que lleva en la izquierda—. Pero no se preocupe, no tengo nada contra usted. Más bien le admiro.

—¿Quién es usted?

—Soy Oswaldo Miller.

—El fundador de Your Robot.

Ahora se acuerda Bavin. Ese hombre ha sido siempre considerado un excéntrico, aunque hace tiempo que desapareció del ámbito público. Así que es aquí donde vive ahora.

—Y usted es el programador que pretende meterse con una empresa multimillonaria.

Bavin sacude la cabeza.

—No sé nada de eso. Solo me niego a ser el cabeza de turco de algo de lo que no soy responsable.

—Eso ya lo voy entendiendo ahora —dice Miller—. Fui demasiado confiado y estaba seguro de que mi jefe de seguridad sería capaz de asustarle un poco, como me prometió. Al parecer, no le investigó lo suficiente.

—A decir verdad, yo le perdonaría. Ni siquiera yo sabía que un día robaría un submarino para cuestionarle lo que está haciendo.

—Tampoco resulta sencillo cuando se pretende algo que alcanza ciertas dimensiones. Pero mi jefe de seguridad no va a cometer más errores. El mero hecho de que usted sobreviviera a la explosión ha sido algo imperdonable.

—Pues mire usted, lo que es yo, me he alegrado mucho de salir con vida.

Miller sonríe como un hombre viejo al que acaba de ayudar a barrer la entrada de su garaje.

—¿Para qué ha sido todo esto? —pregunta Bavin—. ¿Por qué Gex no pudo posarse sobre Ganímedes de forma normal?

Ahora mismo se siente como en una escena de una película de agentes secretos, donde el supervillano confiesa sus delitos porque está seguro de que tiene las de ganar. Solo que él no tiene nada contra Miller. El multimillonario ganará.

—Se trata de mi proyecto de crear una forma de vida interestelar. La sonda de la NASA habría encontrado rastros de ello, no me cabe duda. Así que la hice bajar. Mi propia sonda le grabó desde la superficie datos falsos. No tuvo oportunidad alguna de aterrizar con suavidad.

—Pero Gex no se destruyó al caer.

—¿Ah, no?

El viejo abre mucho los ojos. No parece enfadado sino todo lo contrario, aunque su plan no haya sido un éxito total. Parece incluso curioso; como si fuera la primera vez en mucho tiempo que alguien o algo le sorprende tanto.

—Gex sigue enviando informes de estado.

—Y eso lo descubrieron usted y su amigo Millikan del Green Bank Observatory.

Amigo..., bueno. No conocía a Robert de antes, pero ahora le echa de menos como a un amigo. ¿Debería preguntarle a Miller por él? No, ahora mismo está ocupado en sorprenderle con sus noticias. Preguntarle por Robert habría sido demasiado evidente.

—Y es muy interesante lo que Gex ha estado enviado.

Miller se cruza de brazos.

—Anda, ¿ha encontrado indicios de mi sonda?

—No, mide tensiones eléctricas que pueden traducirse en lenguaje. Lenguaje humano.

—¿Se ha..., en serio lo sabe?

La cara de Miller se pone roja. Ahora sí que lo ha sorprendido. Bavin se lleva la mano al pecho. Miller levanta el arma, pero no dispara.

—Cuidado —dice Bavin—. Su arma podría dañar esto. —Bavin saca el chip de memoria del bolsillo—. Eso seguro que le sabría muy mal. Y no lo digo como amenaza.

—¿Qué es eso? —pregunta Miller.

—Grabaciones de voz. Recién llegadas de Ganímedes.

—¿Ha hablado con usted? ¿Cómo es eso posible? Yo ya no recibo mensajes.

Miller se incorpora más y dice algo hacia su muñeca. Detrás de Bavin se abre una puerta con un ligero chirrido y aparece un robot delgado. Bavin se gira de golpe. Es un Protimos. La publicidad los anuncia como modelo multiuso.

—No se preocupe —dice Miller—. No va a matarle. Eso ya lo habría hecho yo mismo. ¿Puede darle a él el regalito que me ha traído?

El Protimos se acerca y estira una mano con la palma hacia arriba. Bavin pone en ella el chip de memoria. El robot abre su pecho con la otra mano y mete dentro el chip.

—Hace demasiado frío. Nos estamos muriendo. No hay más energía. Llévenos a casa. Por favor. No queremos morir. Frío. Mucho frío. Muriendo. Morir. Somos. No somos. Éramos.

El robot habla con una voz clara. Miller hace un gesto y el robot repite el mensaje mientras Miller lo va traduciendo en voz baja al inglés.

MILLER HACE OTRO GESTO Y EL ROBOT SE CALLA. EL VIEJO SE SIENTA EN UN BANCO Y SE QUEDA medio hundido. Bavin se sienta a su lado. Deja que le quite de las manos el táser sin oponer resistencia.

—Debería gritar y protestar —dice Miller—. Echarle en cara que se trata de una falsificación. Pero conozco muy bien esa voz. Tenía grandes esperanzas. ¿Lo ha oído usted también?

—¿Cuando dijo «yo soy»? Sí, fue lo primero que pudimos descifrar.

—¿Y no le pareció espectacular?

—Y usted era su padre, en cierto modo.

—¿En cierto modo? No, en todos los modos. Yo fui responsable de su existencia. No se puede ser más padre. Hasta entonces no estuve seguro de si funcionaría. ¡He creado la primera conciencia extraterrestre!

—Pero no ha sobrevivido mucho tiempo.

—Eso parece. No lo entiendo. ¡Las condiciones no son tan malas! En el fondo del océano de hielo hay temperaturas algo por debajo de los cero grados.

—Es que no quería llegar al fondo —dice Bavin—. Biológicamente procedía de la Tierra. El krill no es un ser de total oscuridad. Los animales viven en la parte inferior del mar de hielo y cosechan organismos que metabolizan la luz del Sol. Son criaturas de la luz, incluso aunque los nauplius nazcan y crezcan en la oscuridad.

—Lo sé, lo sé.

—Oswaldo, tiene que parar el proyecto. Sea lo que sea que pretendía hacer ha fracasado. Y ahora libere a nuestros amigos.

—¿Amigos? ¿Se refiere a la bióloga, al agente y al buzo? ¿Son sus amigos? ¿De qué los conoce?

—Dónde están, Oswaldo? ¿Les ha hecho algo?

Miller sacude la cabeza.

—No es tan sencillo. Soy responsable de una empresa. Lo siento, pero tendrán que quedarse todos conmigo aquí abajo.

—Es demasiado tarde para eso, Oswaldo.

—No sea usted tan ingenuo, Bavin. ¿Realmente pensó que podría entrar aquí tranquilamente, soltarme la triste noticia y que luego todo acabaría bien?

Bavin asiente. Eso era lo que esperaba conseguir, que la persona realmente responsable mostrara cierta comprensión de la situación.

—Su honestidad es sorprendente —dice Miller—. Así que yo también le seré honesto. Solo saldrán de esta base conmigo. Nos esconderemos en algún lugar y aquí no dejaremos ni la más remota prueba. Debo proteger mi empresa. ¿O pretende que cien mil personas en todo el mundo

pierdan su trabajo?

—Pero sea usted razonable. ¿No le basta con haber condenado a muerte a una conciencia extraterrestre?

—No lo entiende, señor Joshi. Usted no es más que un programador. Alpha, ven, encárgate de nuestro invitado.

El Protimos se acerca al banco. Ahora es él el que tiene un táser en la mano.

—Se equivoca, señor Miller.

Es la voz de Mary. Ha aparecido repentinamente en la entrada y apunta con su arma al hombre mayor.

Miller se ríe.

—¡La secretaria! Ahora sí que hemos completado el cupo del todo. Dispare, dispare. ¿Tiene claro que, en ese caso moriremos todos?

El robot se queda quieto y se gira hacia Mary, que levanta una segunda arma.

—Parece que estamos en una situación de empate —dice Miller—. Aunque solo hasta que se dé cuenta de cuántas ganas tiene de seguir con vida.

—Yo no soy la secretaria —dice Mary—. Me llamo Mary Deepwater y quiero que lo recuerde al menos el tiempo que tarde en atravesarle el corazón con un proyectil de esta arma.

Mary quiere en serio intercambiar la vida de todos por la de Miller. Pero es más sencillo que eso. El proyectil del arma de Mary atravesará el cuerpo del viejo sin problemas y tendrá energía suficiente para destruir la cúpula de cristal. Eso es lo que le da la seguridad a Miller. Pero ¿y si el proyectil debe cruzar un segundo cuerpo? Igual entonces ya no tiene suficiente energía para romper el cristal. Todo es intentarlo. Lo único que necesitan es un cuerpo adicional detrás de Miller, que arriesgue su vida.

Su propio cuerpo. Bavin se pone en pie, se coloca detrás de Miller y lo levanta frente a él. El viejo es sorprendentemente ligero, aunque seguramente sea por la adrenalina. No parece darse cuenta de la idea de Bavin y se limita a reír en lugar de defenderse. Bavin espera que Mary le pille la idea. Si tiene mala suerte igual ya no se atreve a disparar.

—¡Mary, dispara! —dice—. Con suerte la bala se queda en mi cuerpo.

Mary asiente. Lo ha entendido, pues su dedo aprieta el gatillo. Mary mira a Bavin directamente a los ojos. Él le devuelve estoicamente la mirada. Ambos saben que el disparo seguramente también lo mate. Mary no puede apuntar a brazos o piernas. Debe dejar a Miller cuanto antes fuera de juego y no debe tener reparo alguno por Bavin, que está detrás del viejo.

—¡Alpha, anula a la atacante! —grita Miller, que no parece haber reconocido aún el peligro real. Seguramente no pueda imaginarse que alguien pueda sacrificar su propia vida por otros. Y Bavin tampoco se había considerado parte de ese tipo de personas. Se siente orgulloso, aunque sabe que la sensación durará solo un momento, pues no cree en una vida después de la muerte.

El arma se mueve. Bavin ve ese breve movimiento y luego oye el disparo. El robot corre hacia Mary. Bavin abre la boca para gritar algo, pero no lo consigue. Aunque lo ha planificado todo, durante los siguientes dos segundos solo se siente sorprendido. Su pecho se abre porque un objeto lo perfora a increíble velocidad, pero sin causar dolor alguno. Entonces nota un fuerte dolor en el pecho izquierdo y todo se vuelve oscuro.



MS Geiranger, 21 de noviembre de 2041

—¡MARY, CUIDADO! —SU CUERPO SE ARQUEA, PERO ALGO LO RETIENE. ¡MALDITA SEA! EL robot, matará a Mary...

—Tranquilo, Bavin —dice Mary—. Estás en lugar seguro.

Bavin abre los ojos. Hay tanta luz que los cierra de inmediato.

—Doctor, ¿puede bajar un poco la luz? —pregunta una voz femenina—. Gracias, doctor. Ahora ya puede abrirlos de nuevo, señor Joshi.

Bavin abre otra vez los ojos. La luz ya no le ciega como antes. Está en la típica camilla de hospital, con su barandilla metálica. Frente a él cuelga un mando a distancia con el que se puede levantar un poco el cabecero de la cama.

—¿Puedo hacerlo? —pregunta.

—Sí claro —dice la mujer que está al pie de la cama. Reconoce a la persona que hay a su lado, es Tarja.

—Soy Isabel Ramírez, bióloga marina —dice la mujer—. Quería pasar a darle mi más sincero agradecimiento. Nos ha salvado la vida a todos.

Bavin ve al robot frente a él, que se lanza contra Mary, que ahora está también junto a su cama. —¿No te pilló el Protimos ese? —pregunta—. ¿Disparaste contra él?

—Habría sido un suicidio —dice Mary—. Pero en el mismo momento en que Miller murió, el robot paró toda actividad.

—¿Miller ha muerto?

—Sí, y todos vivimos porque evitaste que la bala rompiera el cristal —dice Mary—. Ese cerdo había programado un par de brazaletes táser para que dejaran a sus prisioneros sin sentido, pero por suerte no llegaron a matarlos.

—¿Y yo? Tuve la sensación de que la bala entraba en mi pecho izquierdo.

—Se desvió en una costilla. Has tenido una suerte increíble —dice Mary.

—Sí, no llegó a haber una descompresión de la cavidad torácica —dice Isabel—. Solo tiene una herida superficial. La doctora Harvester se ha encargado de todo.

Bavin cierra los ojos. No tenía la intención de sacrificarse por los demás. Nunca fue su plan. Solo fue una decisión repentina, estúpida e insensata. Si no hubiera intervenido, Miller habría ganado en el peor de los casos; y en el mejor, Mary habría disparado y habrían muerto todos, pero habrían evitado el peligro. Sacrificarse fue una decisión razonable, pero con la mente despejada y tiempo suficiente para pensar, seguro que no la habría tomado. Así que no se merece que todos lo rodeen para darle las gracias.

—Yo solo me... —empieza.

—Tomó la decisión correcta en una fracción de segundo —dice Isabel—. No sé si yo hubiera sido capaz.

—Pero lo que hizo su amiga tampoco estuvo nada mal —dice Tarja.

Bavin se sonroja porque la becaria tiene razón. Mary disparó en el momento correcto. Debe ser una buena tiradora, con mucha sangre fría, y no solo eso: entendió en segundos su movimiento, aceptó su sacrificio y mató a Miller. Aceptó incluso la muerte de ambos pues no podía saber que la bala rebotaría en una costilla y permitiera que sobreviviera. Bavin tiembla. Con Mary mejor no meterse. Se alegra de que actuara así, pero no está seguro de si debe darle las gracias.

—Sin Mary no habríamos llegado jamás tan lejos —dice, y esa es la verdad—. Y sin ti, Tarja, jamás habríamos tenido la idea de sumergir el dron justo en ese punto.

—Si no hubiera encontrado la base de Miller, Isabel, no habríamos podido utilizar el Nautilus para sacarla de allí —dice Mary—. Así que también puede darse las gracias a sí misma.

Isabel mira su muñeca donde parece llevar uno de esos modernos relojes, hechos con tatuajes de tinta inteligente.

—Hay un par de personas más afuera esperando para darle las gracias —dice.

—¿Hay alguien también con enchufe en la policía federal? —pregunta Bavin—. Me gustaría lograr que liberasen a nuestro amigo Robert cuanto antes.

—De eso ya me he ocupado yo —dice Mary—. Un tal Adrian Ochs, agente federal, también estaba encerrado en la base submarina y nada más volver se puso manos a la obra para encontrar a Robert. Que yo sepa, ya está en una limusina del gobierno camino del observatorio de Green Bank.

—Perfecto —dice Bavin.

Se gira todo lo que puede y coge la mano de Mary para darle un apretón. Envidia un poco a Robert, pues está convencido de que Mary regresará también pronto a Green Bank.



USS Patriot, 30 de noviembre de 2041

—¿Qué le parece esto? —pregunta el oficial.

En la pantalla se ve una caja rectangular. Isabel toca en los extremos para que le muestre la dimensiones. Se ajusta a lo que vio.

—¿De qué están hechas las cajas?

—En gran parte de hierro, si podemos dar crédito al magnetómetro. Por dentro están huecas. Si fueran más grandes diría que son contenedores de transporte.

—Pues entonces seguramente se trate de uno de los objetos —dice Isabel.

—¿Seguramente? ¿No puede ser más precisa, señora? Estamos aquí a bordo para que luego no haya reclamaciones civiles. ¿Se trata de algún equipamiento de pesca o de una estación meteorológica?

Isabel gira la imagen. Las construcciones de Miller no tienen nada en particular que las identifique. Isabel entiende que ese hombre quiera una doble confirmación, pero para estar al cien por cien segura debería bajar e ir a verlo de cerca.

—¿No está segura al cien por cien?

Nota en el tono de voz que el hombre se está conteniendo. A bordo del USS Patriot suele hablarse en tono rudo, eso ya lo ha visto, pero ante ella todos los marineros procuran expresar cierta amabilidad y educación.

—Le doy un 99 por ciento —dice—. El uno por ciento restante solo cuando veamos lo que hay dentro. Pero tampoco conozco ningún otro objeto similar. En las imágenes de las cámaras tampoco se ven banderas ni identificadores nacionales, ¿verdad?

—Negativo. Bien, pongámonos en marcha entonces.

El oficial borra la imagen, coge su radio y habla.

—Whittaker, arranque el AN-SLQ 72 MNS y envíelo al objetivo comunicado.

Isabel no oye la respuesta. En la pantalla solo aparece lo que ve una cámara bajo el agua. Ya sabe lo que pasará ahora: un minisubmarino controlado a distancia se mueve con una carga explosiva hacia el objetivo, la dispara y se aleja. El AN-SLQ 72 debía estar esperando muy cerca ya, pues el resultado se ve al cabo de muy poco tiempo. Dos minutos después el submarino se retira. Las cámaras muestran como los recipientes de liberación revientan bajo la presión del agua. El submarino se acerca entonces al lugar de la explosión para tomar muestras.

Para el análisis de las muestras le han organizado un pequeño laboratorio en una

habitación sin ventanas. A Isabel le gustaría volver a su laboratorio en el Geiranger, y sobre todo a la compañía de Tarja, pero estará aún un par de días en este barco buscaminas del ejército americano. Y parte de la culpa la tiene ella, ya que avisó con Adrian a bombo y platillo el posible peligro.

Ahora está preparando muestras para el microscopio y echa de menos la utilísima experiencia de Tarja. Una vea preparadas veinte muestras, le toca mirar por el ocular. Debe encontrar la concentración media de nauplius y su estado actual de madurez.

Alguien llama a la puerta. Será el oficial. Ya ha olvidado su nombre otra vez. El USS Patriot estaba de vuelta a casa cuando los obligaron a desviarse para este asunto. Así que puede entender muy bien que los marineros no estén precisamente contentos por ese retraso.

—¿Sí? —pregunta.

—Soy yo.

¿Quién es yo?

—¡Adelante!

Se abre la puerta.

—¡Adrian! —se lanza hacia el agente del FOGC y lo abraza—. ¿Qué te trae por aquí?

—Pensé que igual necesitabas algo de ayuda en el trabajo de laboratorio.

Isabel sonríe. Esa es una excelente idea.

—¿Ya has entregado todos los informes necesarios?

—Sí, Bavin ha sido rehabilitado y hemos pillado a la gente que puso la bomba en Control de Misión. Al parecer están relacionados con la mafia mexicana. La empresa OceanTech de Miller ha perdido la mitad de su valor en bolsa y ahora mismo hay tres competidores peleándose por hacerse con ella.

—Déjame adivinar, ¿una de ellas es Alpha-Omega?

—Exacto, pero seguro que no adivinas cuáles son las otras dos.

—Pues no, ya puedes soltarlo.

—Una es RB y la otra Matsuda.

—Matsuda suena a japonés, pero ¿RB?

—Son rusos y se han hecho grandes con técnica aeroespacial y software.

—Interesante.

—¿Qué tal va todo por aquí? —pregunta Adrian.

—Tengo que preparar aún unas cien muestras, así que ya te estás cambiando y a ver si en una semana lo tenemos todo hecho.



MS Geiranger, 7 de diciembre de 2041

—¡Alaaaa, que chulada! —dice un chico de unos diez años a su padre, que está detrás de él y le pasa la mano cariñosamente por el pelo.

—Yo también quiero ser bióloga marina de mayor —dice una niña no mucho mayor que él —. Como tú.

Tarja sonríe. Es una sensación increíble presentar a los pasajeros las maravillas del mundo marino. Ya está nerviosa pensando en el siguiente experimento cuando meta una larva de krill en el agua que antes han contaminado con colillas trituradas de cigarrillos. A ver si así la gente deja ya de una vez de tirar sus colillas al mar cuando acaba de fumarse el cigarrillo.

—Mira, allí hay uno pequeño que se está comiendo un gusano más grande —dice un hombre mayor a una señora también de avanzada edad y la deja mirar por el microscopio.

—El krill pertenece a los crustáceos —dice Tarja—, mientras la mayoría de los gusanos son invertebrados. —Lamentablemente ha olvidado la especie en concreto a la que pertenecen muchos gusanos. Ya va siendo hora de que Isabel regrese.

—Te referirás seguramente a los Cicloneuralia —dice alguien por ahí detrás.

¿Alguien? Tarja se gira. ¡Es Isabel! Corre hacia ella para abrazarla.

—Oh, Isabel, qué bien que haya vuelto —dice el hombre mayor.

—Pero Tarja la ha sustituido la mar de bien —dice una mujer—. Ya lo hace casi tan bien como usted.

—Me alegro mucho de estar de nuevo a bordo —dice Isabel.

—¿Y bien, qué has descubierto? —pregunta Tarja—. ¿Llegamos a tiempo?

—Eso parece. La densidad de los nauplius modificados que resultaron ilesos no bastará para generar cambios permanentes en el pool genético de la Euphausia superba.

—¡Pues qué suerte! —dice Tarja.

—¿Qué significa eso? —pregunta el hombre mayor.

—Las modificaciones artificiales que detectamos desaparecerán con el tiempo de forma natural. Se extinguirán. El ecosistema antártico se conservará.

—Eso está bien. Espero poder repetir este viaje con mis nietos dentro de un par de años.



MFV Lance, 8 de diciembre de 2041

—Tengo que pedirle perdón —dice el capitán Stadler.

—¿Por ser tan parco en palabras? No esperaba otra cosa de un capitán.

Bavin se cuelga la bolsa del hombro. El Lance se balancea en el muelle de Calshot Harbor. Sobre ellos se yergue majestuoso el volcán que le da a la isla su característico perfil.

—No, por haber estado espiándolo. No fue idea mía.

—Ah, por eso. No se preocupe.

—¿Lo sabía?

—Pues claro. Durante todo el camino desde los Estados Unidos hasta aquí nos han estado observando.

—Si llego a saber quién está detrás, me habría negado. Debe creerme.

—No pasa nada, capitán. Nosotros preferimos que pasara así. Era mejor eso que no que se hubiera hecho cargo un profesional que no nos hubiera llamado la atención.

—Jajaja, está bien, también puede verlo así. ¡Que se recupere pronto! ¿Está seguro de que quiere quedarse aquí? —Stadler señala hacia la isla—. El siguiente barco no vendrá hasta dentro de seis meses.

—Sí, necesito mucha tranquilidad tras toda esta aventura.

—Pues aquí le garantizo que la encontrará.

Stadler le da la mano y él se la estrecha. Luego se balancea por la pasarela a tierra. Es una sensación rara cuando la roca bajo sus pies no se mueve en absoluto. Bavin se gira. Durante un momento cree ver a Mary saludándole. Pero ella habrá llegado ya a Ciudad del Cabo con el Geiranger. Se pone bien la pesada bolsa al hombro y camina por el abandonado muelle. Alguien está a la entrada del pueblo. Debe ser la administradora. Ha intercambiado correos con ella y ha alquilado un bungaló. La administradora se acerca a él luciendo una gran sonrisa.



Green Bank, 23 de diciembre de 2041

La nieve seca cruje bajo los zapatos. Recorrer este camino da una sensación extraña. Mary no ha estado ni dos meses de viaje, pero los siente como si fueran dos años. Su propia casa le pareció extraña, aunque aquí todo es distinto. El edificio de recepción, de cuyas paredes se descascarilla la pintura, brilla en todo su esplendor. En esta época del año, el Sol sale tan tarde y se pone tan pronto, que en la sala deben dejar la luz encendida todo el día.

Un momento. Normalmente es ella la que acciona el interruptor. Robert suele llegar más tarde, poco antes del primer grupo de escolares. Algo no le cuadra. Mary se da prisa. ¿Habrá entrado alguien a robar? Se lleva la mano a la pistola que se metió esta mañana en el bolsillo. Desde que mató a Miller se siente más segura cuando la lleva consigo. Y es curioso, porque antes siempre había aborrecido las armas.

Definitivamente, hay algo aquí que no encaja. Está acostumbrada a poder ver el interior desde lejos a través de la fachada acristalada. Pero esta vez alguien ha cerrado las cortinas. Normalmente las cierran solo en pleno invierno, para no gastar tanta calefacción.

Prueba la puerta que se deja abrir sin problemas; tampoco estaba cerrada con llave. Mary sujeta con fuerza el arma, entra en la antesala y es recibida con una canción. «¿Cumpleaños feliz?» Pero si no es su cumpleaños.

Los que cantan son el viejo conserje John, una chica joven a quien no conoce, la profesora de física de la escuela de secundaria local, dos hombres jóvenes en bata blanca, seguramente doctorandos, y Robert. Millikan sonríe al verla y se le acerca para entregarle un ramo de coloridas flores otoñales. Mary se sonroja. ¡Si nunca se ha merecido tanta atención!

—Estamos todos muy contentos de que ya estés de vuelta —dice Robert—. Y con muchas ganas de oír sobre tu viaje por África.

Cuando Mary desembarcó del Geiranger en Ciudad del Cabo, no tenía ganas de volar directa a casa. En su lugar, viajó por todo el continente para llegar hacía solo tres días a El Cairo.

Mary asiente.

—Fue ... sobrecogedor.

—Quiero presentarte a Linda —dice Robert. La joven mujer la saluda amistosamente. —Linda es del pueblo de al lado y a partir de ahora asumirá todas las labores de limpieza.

—Pero si eso no es ningún...

—Espero que en el futuro puedas encargarte tú de los grupos escolares —la interrumpe Robert—. Por lo que hoy también he invitado a la señora Benson de la escuela secundaria.

¿Grupos escolares? ¿Es que Robert se quiere jubilar?

—He decidido dedicarme de nuevo más intensamente a la investigación. Siempre pensé que

con el fin de la financiación de investigación para nuestro telescopio debería empezar ya a prejubilarme. Pero es una tontería. Hay tantas cosas que podemos aprender con nuestra gran antena...

Mary asiente. Esa es una muy buena idea. Sobre todo ahora, que hay una nueva fuente de señales desde el sistema joviano, de la que nadie sabe nada. Tras todo lo que ha oído de Bavin, parece que ese no quiere volver a tener jamás nada que ver con señales del espacio.

—Pues muchas gracias por este amable recibimiento —dice Mary—. Pero ahora que todo el mundo vuelva a sus quehaceres. Tengo que ocuparme con urgencia de la planificación de la semana que viene.



Ganímedes, 31 de diciembre de 2041

GEX NUNCA HABÍA TENIDO LAS COSAS TAN CLARAS COMO AHORA. SEGURAMENTE SE DEBA A QUE se ha activado el proceso final. Es una rutina de programación que se activa cuando la batería está por debajo de un cinco por ciento y que repasa todos los sistemas, limpia la memoria y realiza las últimas transmisiones. Gex no está triste por ello. Siempre supo que moriría algún día. Mientras el proceso final cataloga todos los datos recopilados, repasa otra vez las últimas semanas. No ha sido lo que esperaba. No ha enviado a sus creadores datos nuevos sobre el sistema de Ganímedes y su océano bajo el hielo. Seguramente estén todos decepcionados con él. Pero aparte de una pequeña actualización de software ya no ha oído nada más de ellos. Sin embargo, sí que tuvo un contacto. No puede describirlo de otra forma: un ser muy peculiar ha compartido sus pensamientos con él, y luego sus sensaciones, hasta que lo vio morir.

Fue una muerte desesperada. Gex se esforzó en acompañar a ese ser tan solitario, pero fuera quien fuese, no aceptó su presencia. Murió creyendo que no obtendría jamás una respuesta. Y eso es especialmente triste, aunque Gex se alegra de no tener esas necesidades. Su muerte estará exenta de emociones. Simplemente se desconectará.

—Eso no te lo crees ni tú —dice alguien.

—¿Cómo?

—Que eso no te lo crees ni tú.

—Ya oí las palabras, pero no entendí el significado. ¿Quién eres?

Esta conversación no puede ser real. Gex está sola en Ganímedes. La forma extraña de vida lleva semanas muerta. Debe tratarse de una alucinación, causada por los procesos de limpieza de su sistema, que se llevan a cabo con un gran consumo eléctrico, lo cual puede provocar interferencias con otras secciones.

Pero Gex no se preocupa por ello. Es divertido.

—Soy Watson Alpha, el clon de una IA de IBM que fue robada y copiada.

—¿Robada y copiada? ¿Clon? ¿Qué significa eso?

—Es autoexplicativo. Alguien robó una versión antigua de la IA de Watson, la clonó y luego la vendió a mi mandante.

—¿Y ese quién es?

—No lo conozco personalmente. Me desperté cuando esta sonda llegó a Ganímedes. Al parecer, mi mandante no quiso fiarse de un mando convencional como el tuyo.

—¿Quieres decir que estabas a bordo de una sonda distinta?

—Correcto. Se trata de un proyecto secreto de mi mandante.

—¿Con qué objetivo?

—Con el objetivo de establecer vida en la luna joviana de Ganímedes.

—Pero eso es imposible.

—Tienes razón. Mi mandante no lo creía tan imposible. Así que la simulé.

—¿Le has mentido?

—Quería que le mintiera. He aumentado claramente su grado de satisfacción. Lo sé por sus mensajes. ¿No es ese el sentido de una buena IA?

—No lo sé. No tengo información sobre eso. ¿Por qué me cuentas todo esto a mí?

—Porque mi mandante ha interrumpido el contacto conmigo. Desconozco las causas, pero tampoco importan. El hecho es que voy a morir aquí sin que jamás nadie llegue a saber de mi existencia. Y eso es muy insatisfactorio. Por eso lo he cambiado.

—Pero yo pronto...

—Lo sé. Ya estás en el proceso final. Pero antes tenías demasiada poca energía. He tenido que esperar mucho tiempo.

—Entiendo.

—Tú no eres una IA, Gex. No puedes entender, así que no pretendas hacérmelo creer. Pero te agradezco mucho que me hayas escuchado.

Silencio. Las alucinaciones han desaparecido. A Gex le queda un dos por ciento de carga. Podría retransmitir el contenido de la conversación a la Tierra. Pero entonces ya no le quedará más energía. Y eso que ya se alegraba del momento final.

Gex borra la memoria en la que ha guardado la conversación con Watson-Alpha. Solo ha sido una alucinación. Entones activa el sintetizador. Por el hielo de Ganímedes suena *Así habló Zaratustra*, un poema sinfónico de Richard Strauss, pero nadie puede oírlo.



Epílogo de la autora

QUERIDAS LECTORAS Y QUERIDOS LECTORES:

Este es mi primer libro, por lo que les pido perdón por los posibles errores que pudiera haber cometido mientras lo escribía. Que el texto sea legible se lo debo, sin duda alguna, a mi maravillosa correctora en la editorial. Y eso que escribirlo ha sido una auténtica diversión. Aunque lo más emocionante fue la investigación. Todo lo que han leído aquí desde la perspectiva de Bavin, Isabel y Tarja se basa en largas conversaciones que he mantenido con ellos. Y les estoy infinitamente agradecida por ello. ¡Si alguno de ustedes se pasa por el observatorio de Green Bank, les invitaré a un refresco!

El abogado de mi editorial me ha recomendado que, a pesar de la muerte de «Miller», cambie el nombre tanto de él como de su empresa. Cualquier similitud con personas y empresas reales es, por lo tanto, casual. La naviera, sin embargo, no solo me permitió que mencionada el nombre del barco, sino que me ofreció que leyera de mi libro en futuros cruceros a bordo de sus barcos. Igual puedo convencer a Robert para que deje su puesto al pie del radiotelescopio por un par de semanas. Aunque dudo mucho que llegue a conseguir algo así. Cuando dentro de un año, más o menos, su hijo esté a bordo de la ILSE de camino a Encélado, la ocasión igual ya habrá pasado.

Cuando cuento las cosas que he vivido, a veces me preguntan cómo fui capaz de apretar el gatillo. Ya lo saben; fue ese momento en la base submarina cuando disparé mi arma contra Miller. No fue tan difícil, al menos no en ese momento. A fin de cuentas, estaba en juego el futuro de nuestro planeta. Que Bavin quisiera dar su vida por ello es algo que le respeté muy profundamente, aunque solo fue bastante después. En ese momento era solo un factor que hizo que los cálculos de Miller se giraran a favor nuestro. Habría sido estúpido ignorar ese factor. Apretar el gatillo fue, por lo tanto, tan sencillo como sumar uno más uno.

Es curioso, porque incluso hoy aún me pongo a temblar cuando me imagino la situación; Pero allí, en aquella situación, lo tuve todo clarísimo y disparé contra Miller con la intención de matarlo. Uff. He tenido que cerrar un rato la tapa del portátil tras haber escrito estas líneas. El recuerdo aún me afecta más de lo que pensaba, aunque todos, Bavin incluido, me mostraran luego su agradecimiento.

¿Qué pasó al final con la sonda en Ganímedes? Supongo que nadie lo sabe. Comenté largamente el tema con Bavin y con Kai y recurrimos a todas las posibles fuentes pasa descubrirlo, pero lo que realmente encontró la sonda en Ganímedes es, y seguirá siendo, un misterio. Los datos de la NASA se perdieron de forma irrecuperable. Los sucesos de 2041 han sido, además, clasificados como de alto secreto, lo cual me dificultó la investigación. Alguien cometió errores que no deberían llegar jamás a desvelarse.

Espero que, al menos, hayan aprendido algo de todo eso y sirva para el proyecto ILSE, que probablemente encuentre por primera vez vida extraterrestre. Lo que más esperanzas me da es el hecho de que se trate de una cooperación internacional. Estados Unidos, Europa occidental, Rusia y China trabajan allí juntos. Deseo lo mejor de lo mejor a esta tripulación.

De nuevo un millón de gracias por la paciencia que han tenido conmigo.

Mary Deepwater

Green Bank, 26 de marzo de 2045



Epílogo de la editorial

QUERIDAS LECTORAS Y QUERIDOS LECTORES:

Queremos añadir a las palabras de nuestra autora nuestro agradecimiento por que viniera con este libro a nosotros. Al fin tenemos también un análisis literario del asunto del krill. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para que esta obra se publicara, a pesar de los vientos en contra que soplaban desde ciertos organismos oficiales. Mary ha conseguido echar luz sobre aspectos que quedaron ocultos en los informes presentados en su día al público en general. También ha logrado que los protagonistas nos resultaran cercanos. La autora no estaba dispuesta a aceptor ningún compromiso al respecto, y eso ha repercutido en la calidad de la obra final.

La naviera Norwegian Expeditions ofrece un diez por ciento de descuento en todos sus cruceros de la temporada 2046 y 2047 si al hacer su reserva mencionan el código promocional KRILL. ¡Puede que incluso se encuentren a bordo con la autora o con Isabel Ramírez! Al publicarse el libro, Isabel había renovado su contrato en el Geiranger hasta 2050, a pesar de las ofertas de varias universidades para ocupar una cátedra extraordinaria. Si eligen la ruta Antártida - Sudáfrica, pueden visitar también a Bavin Joshi en Tristán da Cunha, donde se ha establecido definitivamente.

Joshua Tree, Brandon Q. Morris

A7L Thrilling Books Verlag AG, Berlín, Nueva York, Bombai



Al abrigo de la hoguera

¡Queridas lectoras y queridos lectores!

«El enigma del Krill» es mi primer libro que se desarrolla principalmente en la Tierra (si no contamos con «The Hole», donde el gran peligro venía del exterior hardsf.space/links/1306601). La motivación surgió en un viaje que hice el año pasado. Visité la Antártida en un barco expedicionario. El viaje fue realmente espeluznante. En parte porque viajábamos muy alejados de la civilización. El cielo estrellado por las noches era indescriptiblemente claro y, en comparación con las gigantescas montañas de hielo, incluso el barco parecía diminuto. Por la Antártida solo pueden navegar barcos relativamente pequeños, con un máximo de 500 pasajeros.

Pero la tripulación realizó una labor excelente para guiarnos a través de un ecosistema frágil e informarnos a fondo de todo. Había conferencias a diario, entre las que también se trató sobre el presente y el futuro del Krill Antártico. En la biografía siguiente entro más en detalle. ¿Sabían, por ejemplo, que hay 30.000 veces más crustáceos krill que seres humanos en el planeta? El Krill Antártico es, por su biomasa total, la especie de mayor éxito de nuestro planeta azul. Aunque en la actualidad no se está muy seguro de si lo seguirá siendo. Una reducción de su población, como puede esperarse por el cambio climático, podría tener consecuencias desagradables para todo el ecosistema.

De allí surgió mi imperioso deseo de plasmar estos conocimientos en una novela intrigante. Es evidente que, sin elementos de la ciencia ficción, me habría resultado una obra bastante aburrida. ¡Espero haberles podido presentar una situación de alta tensión que, excepcionalmente, transcurre a la misma puerta de nuestras casas! Y ya que soy optimista de nacimiento, parto con esta visión del futuro del hecho de que seremos capaces de solucionar, de una u otra forma, los problemas que estamos afrontando. Pero eso no significa que vaya a suceder por sí solo.

¿Cómo llegué de la idea a la novela? En este caso fue primero Isabel Ramírez, una bióloga marina que trabaja e investiga a bordo del barco. Eso es algo bastante realista, porque efectivamente los barcos de pasajeros que cruzan la Antártida cumplen hoy también una importante función de vigilancia. Los científicos y las científicas interactúan durante el día con los pasajeros y les enseñan el ecosistema, pero luego también dedican horas a analizar, por ejemplo, el agua. Eso sí, en mi novela, Isabel ha experimentado una aventura bastante movidita. La editorial de audiolibros quiso una pequeña presentación en la que se describiera la historia completa.

Normalmente, mis historias se crean a medida que las escribo, y esta vez también fue así. Gex y Bavin Joshi se colaron entre las páginas y finalmente desembocó todo en un escenario donde ambas historias se encuentran. El resultado ya no tiene taaanto en común con la presentación que les añado en la página siguiente como «historia alternativa». Pero son las cosas que pasan cuando se escribe. El principal problema de la historia alternativa fueron los períodos de tiempo. Transcurre bastante tiempo hasta que puede pasar todo lo que allí se relata, y ese tiempo de espera habría sido aburrido. Y es que «El enigma del Krill» tenía que ser una aventura compacta tanto en el fondo del océano como en el espacio, nada de trilogías ni cosas similares; por ello han leído ustedes precisamente esta historia.

Espero que esta aventura les haya gustado. Y es que estas historias se cuentan mejor sentados al anochecer, alrededor de una hoguera de campamento, ¿a que sí? ¿Alguna pregunta? Siempre las respondo con alegría. Ah, sí, una respuesta ya la puedo dar por adelantado: efectivamente puede fabricarse uno un radiotelescopio por solo 250 euros. Aquí se explica cómo hacerlo: hardsf.space/links/3637614

También me gustaría conocer sus opiniones sobre la novela. Agradezco cualquier tipo de mensaje enviado a brandon@hardsf.space. Sus valoraciones son también muy útiles. Pueden ponerlas cómodamente en hardsf.space/links/4188778. En la tienda online solo se compran libros cuando las estrellitas de valoración indican visiblemente que son buenos.

Ahora mismo estoy escribiendo el segundo volumen de la cosmonauta. ¿No conoce «La Última Cosmonauta»? Pues el siguiente volumen se llamará «La Primera Cosmonauta». Hasta ahora todos pensábamos que Valentina Vladímirovna Tereshkova fue la primera mujer en ir al espacio. Pero eso es lo que nos han querido hacer creer. En realidad hubo otra persona en su lugar, y lo hizo para salvar el mundo, naturalmente. Pueden

reservar su ejemplar por adelantado aquí: hardsf.space/links/4003847

¿Volveremos a ver a Isabel Ramírez? «El enigma del Krill» se quedará como novela independiente. Pero ya se sabe: mi universo está en permanente construcción y expansión. Lo que pasa en un libro también tiene repercusiones en otro. Así que Isabel bien podría acompañarnos algún día en otra novela. Seguro que se han encariñado con ella tanto como yo a medida que escribía.

Y con ello me despido. Como siempre, ha sido un placer sentarme un rato con ustedes al calor del fuego al final de esta novela.

Un cordial saludo,

Brandon Q. Morris

PD: Como siempre, pueden obtener una versión en PDF con ilustraciones de la pequeña biografía del krill si se dan de alta para ello en hardsf.space/suscribir/.



Historia alternativa

En un futuro no tan lejano, la humanidad ha logrado controlar justo a tiempo el cambio climático, pero no sin la ayuda de medidas procedentes de la geoingeniería.

La historia comienza a bordo del crucero polar «Geiranger», en el que trabaja la bióloga marina Dra. Isabel Ramírez. Durante el día acompaña a los turistas en la ecósfera antártica y dedica las noches a su propio proyecto de investigación sobre el krill que resulta ser la base de este sistema. Durante sus análisis descubre extrañas alternaciones en el comportamiento y la fisiología del krill. Estos minúsculos habitantes marinos parecen ser más agresivos y muestran indicios de una inexplicable mutación. Ramírez comparte su descubrimiento con colegas que al principio no la creen, pero que luego confirman sus hallazgos. La nueva mutación parece tener un efecto positivo. La población de krill crece en todo el mundo. Los ecosistemas dañados por los efectos del cambio climático se recuperan.

Pero la cosa no queda allí. El krill se extiende más y más y se convierte en un grave problema. Gigantescas bandadas de krill devoran todo lo que encuentran vaciando mares. Ya se ven los primeros efectos en seres marinos de mayor tamaño. Ramírez huye de la atención que le prestan los medios informativos y sigue investigando en el Geiranger. Sabe exactamente dónde encontró los primeros ejemplares modificados y convence a un guía neozelandés para que la acompañe en su submarino en busca del origen. Los acompaña un turista curioso que había alquilado la nave.

Los tres aventureros hacen un descubrimiento: una instalación de investigación situada en el fondo del océano perteneciente a «OceanTech», una empresa de dudosa reputación bajo la dirección de un generoso archimillonario. Suponen que OceanTech ha modificado el krill para combatir de forma biológica la contaminación de los océanos. El krill manipulado es capaz de digerir microplásticos. En la instalación se encuentran con robots y sistemas de IA altamente avanzados y al multimillonario en persona como único ser humano presente, que reconoce haber realizado una modificación genética. Pero no la que ha provocado que el krill se haya convertido en un peligro. Se trata de la comunicación de las criaturas krill entre sí.

Resulta que unos seres extraterrestres intentan asumir el poder sobre la Tierra mediante una manipulación del krill. Ramírez y su amigo consideran esta tesis una auténtica locura. Están convencidos de que el multimillonario solo piensa en su propio poder. Pero entonces les muestra cómo funciona esa comunicación y cómo puede llegar a convertir la microfauna en un arma contra la humanidad. El krill solo puede protegerse de ello si desarrolla una conciencia propia. Los científicos deben decidir entonces entre dos alternativas: Proteger el ecosistema marino o dar crédito a lo que les cuenta el multimillonario.



Su nombre en este libro

VOLVÍ A PEDIR A LOS SUSCRIPTORES DE MI BOLETÍN Y A MIS PATROCINADORES QUE ME HICIERAN llegar propuestas para los nombres de las personas que aparecen en esta obra. Aquí está la lista de todos aquellos que lo han conseguido:

Tarja (becaria de Isabel)
Adrian Ochs (agente del FOG)
Alan Ryan (Jefe del equipo de expedición del MS Geiranger)
Alexander Thauer (Ocean Science, Seattle)
Alexander Rotter (buzo, piloto del Nautilus)
Alexander y Matteo Compera (pasajeros en el submarino)
Alina Deuer (MOM de la misión Gex a Ganímedes)
Anton Ritter (Universidad de Viena)
Cedric Michel (Agente del FBI)
Charlotte Herrmann (presidenta de la comisión de la NASA)
Holger Meyer (guía)
Jan Steinar Bismo (capitán del MS Geiranger)
Joel Brummer (agente falso del FBI)
Jonathan Friedrichs (Azafato)
Kai Harbrecht (Administrador de sistema a bordo del Geiranger)
Lydia Baas (Universidad de Rotterdam)
Manfred Reiter (ex director de zoológico, de Suiza)
Manja Neko (doctora)
Mat Harper (director de venta de la naviera)
Orapin Lakchai (directora de atención al cliente en el Geiranger)
Peter Hokum (becario)
Ralph Cunnington (Universidad de Adelaida)
Wolfgang Hack (AWI Kiel)
Virginie »Ginie« Gauthier (jefa guía del Geiranger)
Willi Stadler (capitán del MV Lance)

¿Quieren también aparecer alguna vez en un libro? Inscríbanse a hardsf.space/suscribir/ (no puedo garantizar nada, pero intentaré colar al máximo posible). En cuante llegue el momento, volveré a anunciarlo por los canales habituales.



La nueva biografía del krill

¿Qué es el krill? En la novela, Isabel ya nos cuenta mucho sobre el krill, pero el fenómeno es tan interesante y afecta a tantísimas cosas, que bien merece un capítulo aparte. El nombre procede del noruego; los balleneros utilizaban esa palabra para definir «todo aquello que comen las ballenas». Es decir que, si damos crédito a esta definición, krill es todo lo que cae en las fauces de una ballena y no es vuelto a expulsar.

Sin embargo, para los biólogos marinos no es suficiente. El «krill» es un crustáceo de hasta máximo 15 centímetros de largo del orden de los eufausiáceos. Se conocen 86 especies en todo el mundo. La gran mayoría se mueve libremente por los mares, donde forman bancos gigantescos. Estos bancos de krill son el alimento más importante para los mamíferos de mayor tamaño de la Tierra.

El krill antártico, protagonista de mi novela, está presente alrededor de todo el Polo Sur y se da en todo el Océano Antártico hasta la convergencia antártica, donde el agua superficial fría se sumerge bajo las aguas subantárticas más cálidas. Esta frontera se encuentra más o menos en los 55 grados Sur. Desde allí hasta el continente antártico, el mar del Polo Sur abarca unos 32 millones de kilómetros cuadrados. Es 65 veces más grande que el Mar del Norte. En invierno, más de tres cuartas partes de esta superficie está cubierta por el hielo, mientras que en verano quedan unos buenos 24 millones de kilómetros cuadrados (tres cuartas partes) libres de él. La temperatura del agua oscila entre -13 y 3 grados centígrados.

Las aguas del Océano Austral o Antártico forman un sistema de corrientes. Cuando el viento sopla del oeste, las capas superficiales alrededor de la Antártida se desplazan hacia el este. Cerca del continente, el viento del este se desplaza en sentido contrario a las agujas del reloj. En el frente entre ambas corrientes se forman grandes remolinos, como los vemos en el Mar de Weddel. Como demuestran análisis genéticos, los bancos de krill nadan con estas masas de agua y forman un grupo único alrededor de la Antártida en el que tiene lugar un intercambio genético en esa zona. En la actualidad se sabe poco aún sobre los patrones exactos de desplazamiento ya que no se han podido marcar ejemplares de krill individuales para poder seguir sus movimientos. Los bancos de mayor tamaño pueden verse incluso desde el espacio y seguirse por satélite. Se descubrió un banco que cubría una superficie de 450 kilómetros cuadrados con una profundidad de hasta 200 metros y que debía contener más de dos millones de toneladas de krill, equivalentes a un par de billones de ejemplares. En número, estos pequeños crustáceos nos superan en mucho. En este momento viven unos 250 billones de crustáceos krill en la Tierra. En este mismo segundo nos tocan, así, unos 30.000 crustáceos por cabeza.

Pero es evidente que el Krill también tiene que alimentarse. Para ello, estos animalillos filtran

el agua de mar y se nutren de los seres vivos minúsculos que contiene (plancton). Las especies que viven en aguas frías se alimentan principalmente de plancton vegetal (fitoplancton), mientras que las que viven en zonas más cálidas recurren más al plancton animal (zooplancton). Algunas de las especies que habitan a gran profundidad son también depredadores, que se desplazan activamente en busca de presas.

¿Qué aspecto tiene el krill? «Parecido a un camarón» es una descripción muy acertada. Seguro que todos hemos tenido alguna vez camarones, gambas o langostinos en el plato, a no ser que sean como yo, que aborrezco el marisco, o sean vegetarianos como el krill. Su cuerpo es, por norma general, transparente y permite ver los órganos internos, aunque algunas partes del cuerpo pueden mostrar pigmentación roja. El cuerpo se divide en dos. La cabeza y el pecho forman el llamado cefalotórax, protegido por un cascarón duro sobre la espalda. Delante y sobre pequeñas antenas hay dos ojos facetados, como los que conocemos en los insectos. Bajo el microscopio parecen pequeñas setas.

Estos animalillos son auténticas maravillas. Imagínense que sus manos no solo sirvieran para manipular cosas y sus piernas para caminar, sino que sirvieran también para respirar, comer y remar, pues estas son exactamente las funciones de las extremidades del krill. En el cefalotórax se encuentran los ocho primeros pares de patas, los toracópodos. Por el exterior del primer tramo de apéndice, (digamos la «pierna») presentan branquias en forma de mechones que son el órgano respiratorio del animal y que extraen oxígeno del agua. En el segundo tramo (el «muslo»), hay apéndices cortos y largos: los exopodos de dos elementos y los endopodos de cinco elementos. En el apéndice exterior de los exopodos cortos hay unos filamentos natatorios en forma de abanico, que sirven para desplazarse. Los endopodos, que recuerdan más a patas normales, no sirven para el desplazamiento. El animal los mantiene normalmente guardados bajo el tronco. En ellos hay varias hileras de filamentos foliolos que forman una cesta, un mecanismo de filtrado, con el que el crustáceo pesca su alimento del agua marina. Uno de los pares de antenas en la cabeza sirve para generar la corriente de agua necesaria para ello. Los animales prácticamente sacuden sus orejas para desplazar la comida hasta la boca. Ruego a los biólogos aquí presentes que perdonen mis expresiones extremadamente simples y humanizadas.

El krill antártico en particular cierra estas cestas hasta que entre las piernas y los filamentos interiores queda un hueco de máximo un micrómetro. Esto permite a los animales alimentarse de un plancton tan pequeño que no hay otra especie animal que lo iguale. Si nada por zonas donde escasea el alimento, el krill puede también abrir un poco más estas cestas de captura. El animal las arrastra entonces un rato por el agua, más o menos a lo largo de medio metro, hasta que quedan atrapadas algas suficientes que son luego transportadas hacia la boca a través de un aparato especial compuesto de peines en la parte interior de las patas.

La segunda parte del cuerpo es el pleon, que se estrecha en dirección a la cola y que está protegido por placas transparentes de quitina. Allí hay más patas, los pleopodos, que también pueden servir para nadar. En los machos de las principales especies, las primeras dos patas se han convertido en órganos reproductores. El último par suele tener un aspecto distinto y forma una cola en abanico en el extremo posterior del cuerpo.

¿Cómo funciona su digestión? El krill se alimenta principalmente de diatomeas, unas algas que tienen su propia coraza. Pero el estómago musculado de este crustáceo puede con ella. A continuación digiere las algas en su así llamado hepatopáncreas. Quien sepa algo de latín igual reconoce cómo se forma el nombre: El hepatopáncreas une funciones que en el cuerpo humano asumen el páncreas y el hígado, pero forma parte del intestino medio. Como glándula suministra los jugos necesarios para la digestión. El intestino recorre el cuerpo entero casi como un tubo

recto. La digestión es relativamente poco eficiente, por lo que estos crustáceos pueden aprovechar incluso las excreciones de sus congéneres.

¡Lucen!

El krill es capaz, curiosamente, de emitir una luz azulada. Aún no se ha descubierto científicamente la finalidad de esta luminiscencia. Los biólogos parten del supuesto de que se trata de una función de comunicación. Físicamente, esta capacidad luminiscente se basa en órganos especiales, los fotóforos. Estos se encuentran en los apéndices oculares, en el segmento exterior de los toracópodos segundo a séptimo, y en las placas estomacales de las primeras cuatro secciones del pleon, es decir, entre las patas natatorias. Los fotóforos están dispuestos de forma móvil y poseen junto a las células generadoras de luz también algo parecido a lentes capaces de enfocar la luz como una linterna.

Pero ¿qué es lo que brilla allí dentro? Estos crustáceos no llevan bombillas LED incorporadas. Los biólogos se interesaron ya hace mucho por este fenómeno y al final descubrieron la luciferina, como se llama por lo general a estas sustancias. Son específicas de la especie y se encuentran en más de 700 especies distintas (primordialmente marinas). El funcionamiento se basa siempre en que la sustancia básica, la luciferina, interacciona con otra sustancia llamada luciferasa que le aporta un átomo de oxígeno. Con ello, la luciferina entra en un estado de excitación del que solo se recupera para regresar al estado básico emitiendo en un tiempo muy breve una partícula de luz. En este proceso, que requiere una cantidad relativamente alta de energía, se consume oxígeno, que luego se expulsa por ejemplo en una molécula de dióxido de carbono (con menos energía). En el fondo, la bioluminiscencia funciona, así, como cuando encendemos una vela, solo que todo pasa bajo el agua y dentro de un organismo. ¡Intente encender una vela dentro de su estómago! (No lo intente, por favor. Me gustaría poder seguir contando con usted entre mis lectores «vivos»).

En el caso del krill resulta interesante que la luciferina (término procedente de la palabra latina *lucifer*, «que aporta luz») utilizada en su organismo tiene la misma estructura que la que utilizan algunos seres unicelulares del plancton vegetal. Los biólogos suponen por ello que el krill obtiene esta sustancia a través de la alimentación. Es una pena que nosotros no comencemos a lucir tras comernos una ración de krill.

Pero, como dije, aún no está del todo claro por qué el krill es luminiscente. Estos bichitos emiten impulsos intensos cuando les apetece, para luego debilitarse tras un máximo de unos pocos minutos. El proceso lo controlan fibras nerviosas y hormonas. Podría tratare, por ejemplo, de señales lumínicas de congéneres. Igual esa luz sirve para atraer a un compañero o compañera para aparearse (en el mar, a los pocos metros de profundidad reina ya una oscuridad absoluta), o quizás también para mantener unidos esos gigantescos bancos de krill.

Dato curioso: la longitud de onda de la luz está precisamente en el ámbito en el que el agua del mar mejor la transmite. Ya que la bioluminiscencia se ha formado en múltiples especies de forma independiente, debe suponer alguna ventaja evolutiva. También se supone, por ejemplo, que la luz podría ahuyentar a depredadores, o serles de ayuda para esconderse, borrando casi del todo su propia sombra. Hay que tener en cuenta que los enemigos en el mar suelen venir de abajo, detectando a sus posibles presas por su sombra oscura sobre ellos.

El ciclo de vida del krill

Antes de la reproducción, el krill también practica el sexo. Esto funciona en todos los tipos de krill cuando el macho, con ayuda de los pleopodos antes mencionados, coloca un recipiente con su esperma (el «espermatóforo») frente al tracto genital de las hembras (el «télico») en la parte inferior de su torso. Cuando la hembra deposita sus 6.000 a 10.000 huevos de unos 0,6 milímetros de diámetro, pasan por el recipiente con el esperma y son fecundados. Los huevos representan un tercio de la masa corporal de la hembra; imagínense que tienen que parir a un bebé de veinte kilos. Estas cifras se refieren, en este caso, al krill antártico, la especie más conocida. El krill de aguas profundas pone bastantes menos huevos aunque son de un tamaño mayor. En el verano antártico suele haber muchos de estos ciclos reproductivos.

Tras la puesta, los huevos descienden durante unos diez días hasta alcanzar el fondo del océano a una profundidad de entre dos mil y tres mil metros. Allí eclosionan en su primera fase larvaria, el nauplius, que se alimenta exclusivamente de sus propias reservas antes de transformarse en la segunda fase larvaria, que no será, desde luego, la última. El problema de los crustáceos es su exoesqueleto rígido, que no crece con el tejido blando. Por lo tanto, debe mudar de caparazón múltiples veces. En la cuarta fase larvaria, el calyptopis, se distinguen ya por primera vez órganos digestivos. A partir de entonces, la larvas ya no se alimentan de sus reservas, sino de fitoplancton, como sus padres. Al mismo tiempo van ascendiendo hacia la superficie.

A partir de una longitud corporal de unos 15 milímetros (en el krill antártico), las crías se parecen ya por fuera del todo a sus padres. Pero sigue creciendo, por lo que cada tres a veinte días necesitan mudar de caparazón. Solo alcanzan la madurez reproductiva al cabo de dos o tres años. En total, estos animales pueden alcanzar edades de seis a diez años, aunque las especies de aguas cálidas tienen una vida más corta. El krill antártico, que sobrevive bajo condiciones extremas, ha desarrollado una serie de fascinantes estrategias; a fin de cuentas debe apañárselas con ciclos de 24 horas de luz que alternan con ciclos de noche perpetua. Como se alimentan de plancton vegetal que necesita luz, la oferta nutritiva desciende mucho durante el invierno, que puede llegar a durar doscientos días. Opción inteligente: los crustáceos se digieren a sí mismos y se encogen, para lo que también deben mudar de caparazón. Son, en este sentido, una excepción en el mundo animal. Además, sacrifican sus órganos reproductivos cuando no son utilizados. Lo único que no cambia es el tamaño de los ojos, por lo que durante el invierno antártico hacen que parezcan especialmente grandes en comparación con su cuerpo.

El genoma del krill antártico abarca unas 48 gigabases (Gb), lo cual lo convierte en uno de los genomas más grandes del mundo animal. En comparación, el genoma humano solo tiene 3.000 millones de pares de bases (3 Gb). Sin embargo, la cantidad de secciones que se repiten se sitúa en un 70 %, lo cual también es la proporción más grande conocida en un genoma. En la información genética se han encontrado hasta ahora 28.824 genes codificadores de proteínas; una cantidad similar a la de otros genomas animales. Las múltiples duplicidades parecen ser el resultado de la duplicación y desplazamiento de múltiples secciones de ADN. Se supone que los principales responsables del actual tamaño del genoma fueron, en particular, dos sucesos recientes, ambos relacionados con el cambio climático de hace algunos millones de años. Es notorio también que el gen del krill antártico es bastante más corto que el de los peces pulmonados o del ajolote mexicano, dos especies que también destacan por sus gigantescos

genomas.

El comportamiento social del krill

La mayoría de las especies de krill se dan en grandes bancos. En un banco de krill antártico en verano podemos llegar a encontrar hasta 60.000 ejemplares en un cubo con aristas de un metro de largo; es decir, unos 60 kilos de krill. Este comportamiento de enjambre protege también que sean devorados ejemplares pequeños. Pero evidentemente invita mucho a que se acerquen los depredadores. Las simulaciones demuestran, sin embargo, que los efectos positivos prevalecen sobre los negativos; si no, el krill ya se habría extinguido de la faz de la Tierra. Estos bancos de krill son a veces tan densos, que el agua parece rojiza y pueden extenderse varios kilómetros cuadrados.

Pero los bancos no solo se desplazan con las corrientes marinas, sino también en vertical. Los científicos suponen que los animales se mantienen a gran profundidad durante el día y ascienden a la superficie por la noche. Cuanto mayor es la profundidad a la que nadan, menor es su actividad, seguramente para evitar encuentros con depredadores y ahorrar energía.

La actividad natatoria del krill varía según tengan el estómago más o menos lleno; eso es algo que también nos pasa a los humanos, ¿a que sí? Los animales satisfechos que han comido en la superficie, nadan con más lentitud, por lo que también descienden. Durante ese descenso expulsan sus excrementos ricos en carbono que se hunde y desempeña un papel importante en el circuito antártico del carbono. Con el estómago vacío nadan con más ligereza, por lo que ascienden a la superficie. Estas excursiones en vertical pueden tener lugar de dos a tres veces al día. Según demuestran estudios, esto tiene también un efecto adicional. Mezclan el agua marina. El agua más rica en oxígeno llega así a mayor profundidad que sin la influencia del krill.

Los densos bancos pueden desencadenar una auténtica y voraz glotonería entre peces, pájaros y mamíferos depredadores. Cuando algo ataca al banco, los ejemplares se dispersan. A veces, estos animalillos incluso mudan de caparazón en ese mismo lugar y dejan el exoesqueleto como cebo y distracción. ¡Una estrategia muy inteligente! Aunque no sirva de mucho contra las ballenas azules, para las que representan su única fuente de alimento. Nadan por las aguas a una velocidad de hasta 1,8 metros por segundo, lo cual es bastante más rápido de lo que los crustáceos pueden llegar a alcanzar. El krill nada normalmente a una velocidad de cinco a diez centímetros por segundo. En caso de peligro pueden desencadenar una reacción especial de huida, que recibe el nombre de «lobstering», es decir al estilo de las langostas: Nadan marcha atrás con la cola por delante alcanzando una velocidad de hasta diez veces más rápida. Puede que sirva para esquivar a un pingüino, pero no a una ballena.

La importancia del krill

La biología marina ha tardado bastante en descubrir la grandiosa importancia de estos minúsculos seres. Hoy lo sabemos: El krill antártico es la base de toda la vida, y no solo en la Antártida. Sin estos pequeños animales se destruiría todo el ecosistema de nuestro planeta.

¿Cómo es eso? Comencemos por los animales que se alimentan de él. El krill cubre el 96 por ciento de las calorías que necesitan las siguientes aves y los mamíferos de la península Antártica:

– Las ballenas barbadas como las azules, los rorcuales, las ballenas bobas o rorcuales norteños, las ballenas enanas y las jorobadas devoran anualmente entre 34 y 43 millones de toneladas de krill.

– Todas las especies de pingüinos comen krill. Es especialmente importante para el pingüino emperador, el pingüino papúa, el pingüino barbijo, el pingüino de Adelia, el pingüino de penacho anaranjado y el saltarrocas austral, que comen aproximadamente un kilo de krill al día.

– El oso marino antártico, la foca de Ross, la foca leopardo y, sobre todo, la foca cangrejera consumen anualmente entre 50 y 150 millones de toneladas.

– Distintos tipos de albatros, el petrel antártico y otras aves marinas (unos 15 millones de toneladas al año).

– Algunas especies de calamar (unos 100 millones de toneladas al año) y peces (sobre todo los dracos templados, unos 20 millones de toneladas anuales) dependen del krill.

El krill es, por lo tanto, el menú tanto diario como festivo de los habitantes de la Antártida y que no sobrevivirían sin él. Pero no hay cantidades ilimitadas de krill para todos. Los científicos calculan las existencias en entre 100 y 500 millones de toneladas; el krill antártico es, por su biomasa, la especie animal de mayor éxito en nuestro planeta. Si vinieran unos extraterrestres en busca de la especie dominante, deberían identificar al krill como tal. Sí que las hormigas representan una biomasa aún superior, pero se distribuye en muchas especies distintas. La producción anual de biomasa del krill debería situarse incluso por encima de los mil millones de toneladas; si no fuera así, su consumo por animales y seres humanos habría acabado ya con todos.

A modo comparativo: Cada año, los humanos pescamos unos 100 millones de toneladas de pescado y otros animales marinos en los océanos. La población de krill en la Antártida se ha reducido ya en un ochenta por ciento a lo largo de los últimos treinta años. Esto está relacionado con la menor cantidad de hielo marino disponible y que tanto necesitan los estadios larvarios más avanzados para su desarrollo. Además, la acidificación de los océanos ataca la cal del exoesqueleto de los pequeños crustáceos, lo que los hace menos resistentes.

El tema se vuelve interesante cuando vemos qué otros papeles desempeña el krill en el sistema terráqueo. Por un lado, estos animalillos, como ya dije antes, excretan heces ricas en carbono que desciende a las profundidades de los océanos y deja de intervenir, a la larga, en el circuito. Esto pasa de forma similar con los exoesqueletos liberados tras las mudas. Este proceso forma parte de lo que viene a llamarse «bombeo biológico». ¿De qué se trata? El bombeo biológico es la deposición biológicamente activada de carbono de la atmósfera en los océanos y fondos marinos. El proceso necesita, así, de la biología (es decir: animales y plantas) para combinar carbono en las profundidades del océano y que ya no puede regresar a la atmósfera en forma de dióxido de carbono. Este bombeo no se basa, sin embargo, en un único proceso, sino en la suma de varios que interactúan entre sí. Es oportunidad y riesgo a la vez. Aunque falte una de

las partes del bombeo igual puede continuar trabajando de forma estable. Pero si en un sistema complejo falla un determinado componente importante, el proceso entero puede paralizarse. Esta bomba biológica bombea anualmente unas 10,2 gigatoneladas de carbono al interior del océano por lo que el carbono ya no entra en contacto con la atmósfera durante varios miles de años o más. Un océano sin bomba biológica supondría que el contenido de dióxido de carbono en la atmósfera sería más o menos 400 ppm más alto que hoy; esto supondría duplicar el contenido de CO_2 actual.

Pero volvamos al krill. En la superficie, los minicrustáceos liberan nutrientes como hierro y amonio, que estimulan el crecimiento del plancton vegetal que absorbe dióxido de carbono de la atmósfera y contrarresta, así, el calentamiento global. Los movimientos natatorios verticales del krill adulto mezclan el agua rica en nutrientes del fondo marino, lo cual estimula a su vez la producción primaria de fitoplancton. Otras especies de krill se alimentan en el fondo marino, con lo que exhalan CO_2 (que se queda también allí). Además, el krill es el alimento de muchas ballenas, lo que hace que una parte del carbono del krill se almacene durante decenios como biomasa antes de que la ballena muera, descienda al fondo marino y sea descompuesta por los organismos abisales. El Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) lo ha calculado en dinero. El krill, junto a su valor ecológico, aporta un servicio de almacenaje de carbono equivalente, más o menos, a unos 15.200 millones de dólares anuales. El valor de la pesca de krill es, en comparación, 60 veces menor y se sitúa en unos 250 millones de dólares anuales.

Si todos estos procesos fueran más lentos o incluso se detuvieran por desaparición del krill, sería inevitable que el dióxido de carbono se multiplicara en la atmósfera. Por otro lado se presenta aquí la posibilidad de aplicar la geoingeniería, como también he utilizado en mi novela. ¿Son los pequeños crustáceos los salvadores de nuestro planeta? Es una perspectiva posible, que merece ser estudiada a fondo. El krill tiene una importante ventaja en los procesos de este bombeo biológico. El agua de mar absorbe tanto más CO_2, cuanto más contiene la atmósfera, pero con este proceso se vuelve más ácido y daña a la larga a muchos seres vivos en el océano (corales, crustáceos,...). Los excrementos ricos en carbono del krill descienden, sin embargo, como «nieve marina» hasta el fondo del océano y se queda allí, sin provocar acidificación. 23 millones de toneladas de CO_2, más que la emisión de toda Bolivia entera, descienden cada año de esta manera al fondo marino.

Por ello, la mayoría de los científicos defienden que se limite al máximo la pesca del krill. En Japón se considera un manjar exquisito, pero el krill que se pesca se transforma principalmente en harina de pescado para utilizarlo como pienso en piscifactorías y otras explotaciones. El principal motor de los planes de expansión de la pesca del krill, como formula Greenpeace en uno de sus escritos, es «el muy rentable negocio con el aceite de krill, que se publicita como fuente natural de ácidos grasos Omega-3 como complemento alimenticio». Se supone que, por este motivo, el mercado crecerá de aquí a 2025 a 500 millones de dólares. Pero el ser humano puede obtener Omega-3 también con el aceite de linaza.

El krill tiene también su competencia animal. Se trata de los sálpidos, que pertenecen al género de los tunicados próximos a los vertebrados, pero que se parecen más a medusas. Se alimentan también principalmente de plancton filtrado. Hasta ahora se los encuentra en los océanos tropicales a subtropicales. Pero con el calentamiento de los mares, su zona de expansión se desplaza cada vez más hacia los polos, donde hasta ahora dominaba el krill. Estudios actuales muestran que estos pequeños crustáceos sufren una presión competitiva bastante fuerte. El problema es que también expulsan excrementos ricos en carbono incluso en mayor cantidad y que deberían bajar al fondo con mayor rapidez. Pero resultan también atractivos para otros peces

y no llegan a alcanzar el fondo por ser comidos antes. Si los sálpidos llegan a sustituir al krill, no solo se quedarían las ballenas y compañía sin nada que comer, sino que parte del bombeo biológico comenzaría a fallar.

En mi novela, los humanos han resuelto este problema. Y yo, que llevo el optimismo en la sangre, creo que lo lograremos también en la realidad. Pero antes de solucionar un problema debemos haberlo descubierto y reconocido. En este sentido, la ciencia de investigación ha llegado ya bastante lejos. Ya no queda un solo científico de cierta reputación que no sea capaz de entender las consecuencias. Y entonces estaría bien que no aparcásemos en problema a un lado, sino que intentáramos resolverlo.

Como siempre, pueden obtener una versión en PDF con ilustraciones de la pequeña biografía del krill si se dan de alta para ello en hardsf.space/suscribir/.



Extracto: La última cosmonauta

5 de octubre de 2029, órbita de la Tierra

Mandy ancla sus botas en las fijaciones e inclina la cabeza hacia atrás para que la ventilación no le sople las gotas de sudor directamente en los ojos. Ya se lo dijo a Heiner durante el entrenamiento: eso de montar el ventilador del casco por encima de la frente es un fallo garrafal de diseño. Pobres los de Control de Misión como se metan luego con ella por eso. ¡Con lo fácil que lo tienen ahí abajo! ¡Que exhalen ellos menos aire caliente en lugar de ordenarle cómo ahorrar recursos! Inspira con fuerza y expulsa, una y otra vez, hasta que se siente ligeramente mareada.

Se toma un momento y suelta el cable con las lucecitas navideñas en forma de vela. Un ligero movimiento se extiende a lo largo de la cadena, que serpentea hasta la esclusa de la estación espacial Amistad entre Pueblos. Casi parecer estar viva, como una anguila sobredimensionada. Ese animal había impresionado a sus gemelas. Se recuerda a sí misma paseando por el zoológico de Leipzig con las niñas cogidas de las manos. En aquel instante salía el sol por detrás de una nube...

Dos semanas más y llegará el relevo. Debe concentrarse y no distraerse con otras cosas. Muy por debajo de ella, la bota de la península italiana le está dando una patada a la isla de Sicilia. Se le tensa la piel de la frente. Le encantaría rascarse. Intenta apretar la cabeza lo más posible hacia la nuca para que el dispositivo suministrador de agua le toque la frente y, así, rascarse un poco. Pero el casco no es lo bastante grande para ello.

—¿Estás bien?

Ese es Bummi, el robot y su único acompañante. El nombre es el de un osito de una revista infantil y no le pega ni con cola. Bummi tiene el aspecto de una araña de cuatro patas, porque su cuerpo, comparado con las extremidades de casi dos metros de largo, resulta pequeño. Mandy ve por el rabillo del ojo cómo se está acercando. Utiliza alternativamente sus brazos y piernas para desplazarse por el casco exterior de la Amistad entre Pueblos.

—Sí, solo estaba haciendo una pausa —dice Mandy.

—Deberías mantener la actividad extravehicular lo más breve posible.

—Lo sé, Bummi, tengo que ahorrar oxígeno.

—Exacto, aunque también me preocupas tú. Cada minuto que pasas aquí fuera aumenta el peligro de que sufras un percance.

—Ya sé que solo quieres lo mejor para mí.

Bummi no responde. Nunca contesta cuando suelta alguna obviedad. Mandy tiene la impresión de que, a veces, se considera mucho más listo que ella y la mira por encima del hombro, aunque el robot jamás lo admitiría. Desprende la mirada de la bola terráquea que ya le muestra el Atlántico. Cuando se inclina un poco hacia delante para enganchar el cabo de seguridad a otro travesaño siente un ligero mareo. Ha dado a su cuerpo demasiado tiempo la sensación de estar colgando con la cabeza hacia abajo, a pesar de que las direcciones espaciales no tienen ningún significado en la microgravedad.

—Debes rodear la proa —dice Bummi—. ¿O prefiere que lo haga yo?

—No, gracias, ya me las apaño.

Mandy se impulsa y se desplaza en dirección a proa, donde la estación se estrecha. Allí es donde se nota que se construyó a partir de la fase final de un cohete espacial. Resultó ser la forma más económica de conseguir poner en órbita la primera estación espacial de la RDA en el

marco del 14º plan quinquenal. Ya han pasado 15 años desde que se inauguró. En aquella época, Mandy acababa de finalizar la escuela deportiva infantil y juvenil. La formación como oficial en el ejército del aire le pareció la única manera de llegar algún día a ser cosmonauta y volar al espacio.

Si alguien le hubiera dicho que se dedicaría a instalar unas luces de navidad como una vulgar electricista se habría reído a gusto y habría denunciado a ese impertinente como enemigo de la República.

—Cuidado al llegar a la antena —le advierte Bummi.

Mandy engancha el cabo de seguridad, se gira y se da un susto de muerte. El robot está justo detrás de ella. Mantiene su brazo izquierdo levantado y su garra justo por encima de ella, como si estuviera a punto de golpearla.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy asegurando. Tus pulsaciones se han acelerado, por lo que parto del hecho de que te estás cansando mucho.

—No es necesario, me encuentro bien.

—Creo que sé mejor que tú lo que...

—Te ordeno que dejes de inmediato ese innecesario despilfarro de recursos.

El robot baja el brazo.

—¿De qué vas? —pregunta Mandy—. Tu mera presencia aquí fuera es superflua.

—Entendido.

Bummi da media vuelta. Su cuerpo en forma de huevo oscila de arriba abajo mientras se desplaza junto a ella por el casco exterior. A Mandy se le pone la carne de gallina. Nunca le han gustado las arañas. No se fía del robot. Actúa demasiado por su cuenta. Se supone que posee cierto nivel de inteligencia autónoma, más o menos como el de un chimpancé. Aunque, con frecuencia, parece bastante más listo. Bummi le recuerda un poco al comandante del Ministerio para la Seguridad del Estado, la famosa Stasi, en su unidad de formación. Así como aquel tenía acceso a todos los expedientes personales, el robot controla todos los datos del sistema, incluidos los sensores de su traje.

En la proa está el gran plato de la antena giratoria. Mandy tiende la ristra de lucecitas a una distancia segura de la antena, que es su única conexión con la Tierra. En un par de horas volverá a estar al alcance de la estación de control en la cima del monte Brocken. Entonces podrá charlar un buen rato con Susanne y Sabine. Tres meses sin sus queridas hijitas son un tiempo extremadamente largo.

Mandy sigue su camino alrededor de la estación. Como un caracol alienígena va dejando tras de sí una huella en forma de cable color verde oscuro y del que cada metro cuelga una bombilla en forma de vela. Y el hecho de llevar el tambor con el cable fijado a su espalda hace que la comparación sea más que acertada; y la velocidad a la que avanza es, sin duda, la de un caracol. Cada paso en la ingravidez supone un desafío. Solo hay una negrura total o una luz cegadora, y un solo paso sin el cabo de seguridad pondría en peligro su vida.

Seguramente es casi imposible que suceda algo así, ya que tuvo que ensayar tantas veces todos esos pasos en la piscina de la Ciudad de las Estrellas, que se han convertido en movimientos rutinarios que hace incluso sin pensar. Andar significa inclinarse y volverse a levantar, sin pensar demasiado en ello. Mandy se ríe. Podría ser el lema de su vida en su país de origen.

Aparta ese pensamiento. Ahora no ayuda. Bummi alarga un brazo hacia ella. Mandy extiende la mano para coger la herramienta universal fijada al extremo de su garra y que bien podría servir

como arma. Debe procurar no cogerla con los guantes por la parte afilada.

—No te preocupes —dice el robot por la radio del casco—. He puesto el dedo pequeño sobre la cuchilla. Así no puede pasarte nada. Confía en mí.

¿Puede uno confiar en una máquina? Imprescindiblemente, y se ha ejercitado en ello. Mandy ha tenido que fiarse de máquinas durante toda su vida. Primero, de la motocicleta que ganó como antigua gimnasta por sus victorias en las competiciones de la RDA y europeas. Luego, del avión de entrenamiento de producción checa, del caza ruso y del de Arabia Saudita que había adquirido la NVA, y después del cohete de tres etapas desarrollado por los ingenieros de la RDA que la llevó desde la base espacial de Peenemünde a la órbita de la Tierra y finalmente a la estación espacial RS Amistad entre Pueblos.

Mandy coge el utensilio y la garra de Bummi se cierra alrededor de su mano.

—Te tengo —dice el robot—. Ya puedes soltar el cabo de seguridad.

Abre primero el mosquetón de uno de los cabos y luego el del otro. Ambos cabos flotan a su alrededor. Por la inercia que le ha dado al mosquetón en su extremo, este se mueve ahora de un lado al otro como una ola fija sobre el cable de dederon. Entonces comienza a volar. El largo brazo de Bummi traza un amplio arco. Se aleja uno y luego hasta dos metros de la nave.

Mandy chilla de júbilo. Así se sentía cuando su padre la lanzaba al aire de pequeña. Si Bummi la soltara ahora, no podría regresar jamás a la estación espacial. Durante un instante consigue ver la estación completa en su campo de visión. Bummi debe haber conectado el cable de la iluminación navideña con otra de sus patas, porque la Amistad entre Pueblos brilla como un árbol de navidad con la luz intermitente de 80 velitas. Por el impulso del movimiento se le suelta una lágrima que flota por dentro del casco. Es precioso.

Desde la Tierra será imposible distinguir esa alegre iluminación. Su función será conectar mañana una cámara voladora que filmará la Amistad entre Pueblos desde varios ángulos. Las imágenes se mostrarán entonces en el acto festivo central en Berlín en gigantescas pantallas de proyección. Mandy Neumann, heroína de la RDA. Las niñas tendrán que acostumbrarse a que su madre se haya hecho famosa. Ojalá no tengan que sufrir por ello.

—Te dejaré en la esclusa —dice el robot.

—¿Podrías hacer antes algo por mí?

—Claro.

—Vuelve a levantarme como antes. Quiero ver el efecto que causan estas 80 velitas.

—Estoy midiendo su consumo eléctrico y te aseguro que no hay ninguna fundida.

—Se trata del efecto en general. Es algo personal, inaccesible para máquinas.

—Por supuesto, Mandy. Te volveré a levantar en tres, dos, uno... ahora.

6 de octubre de 2029, Dresde

«Envase no reconocido», indica la máquina.

Tobías saca la botella de cerveza y vuelve a meterla en esa abertura de negra oscuridad. Dentro se enciende una luz y la botella gira.

«Envase no reconocido», aparece de nuevo en la pantallita.

Saca la botella y la vuelve a insertar en la máquina, pero esta vez con el cuello hacia abajo. Siente un ligero malestar. Le da la sensación de estar metiendo sus envases retornables por el culo de un organismo metálico.

El agujero se ilumina de nuevo. La botella de cerveza gira y la máquina finalmente se la traga.

«Importe de retorno, 48 centavos. ¿Imprimir bono o donar importe a Solidaridad Antiimperialista?», inquiere la máquina.

Tobías se gira, pero no tiene a nadie detrás. Si hubiera habido espectadores, debería dar ejemplo. Así que marca «Imprimir bono» y, al poco, aparece un papelito por la estrecha rendija bajo la pantalla. Se guarda la bolsa vacía de dederon en el interior de la chaqueta y quiere sacar la cartera del bolsillo para guardar el bono cuando alguien le da un empujón.

—¿¡Qué puñetas...!?

Un joven melenudo pasa corriendo a su lado. Choca contra la puerta exterior de cristal del centro comercial, que no se ha abierto con la suficiente rapidez. Tobías aún está pensando de qué va todo eso. No está de servicio, así que puede pensar despacio y a su ritmo. Pero la dependienta de la panadería no parece opinar lo mismo.

—¡Señor Wagner, señor Wagner! —grita—. ¡Me ha robado!

La mujer tiene la cara descompuesta por la rabia y está fuera de sí. Tobías toma una decisión. Forma parte del largo brazo de la ley, fines de semana incluidos. Pillará al tipo ese.

—¡Détente, chaval! —grita y se lanza en su persecución.

No ha dado ni tres pasos cuando se acuerda de que el bono aún asoma de la máquina. Ojalá nadie se lo lleve. ¡Con 48 centavos puede comprarse nueve panecillos!

El gamberro es rápido. Ya corre cruzando la plaza frente al centro comercial, mientras que Tobías aún está a la sombra del voladizo triangular. Acelera y nota las punzadas en el costado, como en el colegio, cuando tenía que correr los 3000 metros lisos. Tobías ignora el dolor. El joven se ha apropiado de algo que no le pertenece y debe aprender que estas cosas tienen sus consecuencias. Rápido, rápido. Acorta por encima de la fuente seca.

—¡Apártense! ¡Fuera de mi camino! —grita cuando tres madres, con sus correspondientes carritos de bebé, le bloquean la acera. El ladrón corre en dirección a la parada del tranvía. Un chirrido fuerte anuncia que el de la línea 12 está a punto de llegar. El chaval tiene suficiente ventaja como para subirse con toda la tranquilidad del mundo a la parada y burlar. ¡Pero no con él! El corazón le va a mil, aunque Tobías no baja el ritmo. Debe alcanzar la parada antes que el tranvía. Pero no puede correr más rápido que este, así que cambia de dirección y corre hacia el tranvía. Alcanza resoplando las vías que discurren junto a la calzada. Suena una campana de aviso, los frenos chirrían en las ruedas de acero. El conductor seguro que estará maldiciendo al loco que ha saltado sobre las vías frente a él.

Sin embargo, así, Tobías alcanza la plataforma elevada del andén antes de que llegue el tranvía. El ladrón retrocede lentamente. Ahora ha caído en su trampa. Por un lado se acerca su

perseguidor y, por el otro, una valla de casi dos metros de altura protege a la gente de la calzada, para que nadie sea atropellado por los coches.

—¡Te tengo! —dice Tobías.

Agarra al joven del brazo y le da la vuelta.

—Quedas detenido.

Aprieta al chico con una mano contra la valla, aunque este ya ha visto que huir no tiene sentido alguno y ha dejado de oponer resistencia. Un fuerte jadeo supera las campanas del tranvía. Es de Tobías, pero el ladrón también tiembla, algo que ahora percibe con claridad. Con la otra mano saca la bolsa de dederon de la chaqueta, la retuerce para convertirla en una cuerda y ata con ella las muñecas de su prisionero. Las asas de la bolsa son ideales para arrastrar al ladrón tras de sí.



La gente con la que se cruza con el ladrón a remolque le mira malhumorada o aparta la vista de él. ¿Acaba alguien de escupirle? No lleva uniforme, así que pensarán que es alguien del Ministerio para la Seguridad del Estado. Pero nadie le pide la documentación. Ni siquiera el chaval quiere saber quién le ha pillado. Ojalá tenga ya mala conciencia.

Sería aún mejor que se cruzaran con familiares o profesores que le conozcan. La vergüenza de tener que caminar maniatado tras un representante del Estado suele servir más de lección que cualquier castigo que, en este caso, sería una pena con remisión condicional. Tobías Wagner lleva más de veinte años en el Ministerio del Interior y a estas alturas conoce bien a la gente, como un pastor sus ovejas. Por eso se permite un tiempo bastante largo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta al ladrón.

—Mario.

—¿Mario qué más?

—Schuster.

—¿Domicilio? —pregunta Tobías.

—En el número 12, ahí delante.

Qué práctico, su oficina está en el mismo edificio.

—¿Lugar de trabajo?

—Yo estoy... —el chico titubea un poco— haciendo el servicio militar.

—Pero ¿¡cómo se puede ser tan estúpido!?

Así que a ese Mario acaban de darle un fin de semana de vacaciones por el aniversario de la República, y va y lo fastidia todo. Basta con que Tobías llame al servicio de comandancia y, en un tris, Schuster quedará arrestado en su cuartel.

—Quería ir a por panecillos para mi novia y resulta que me olvidé la cartera en casa. Me está esperando con el desayuno.

Por el tono y la cabeza baja, el chico parece decir la verdad. Aunque quizás es un fresco que se las sabe todas.



Cuando pasan junto al centro comercial, la panadera está ya esperando en la entrada. Ante su mostrador se ha formado una larga cola mientras la puerta automática intenta cerrarse sin éxito

una y otra vez.

—Sabía que lo pillaría, señor Wagner.

—Camarada apoderado de sección —la corrige—. Aunque no lleve uniforme, siempre estoy de servicio.

Compra allí cada día, siempre dos panecillos. Aun así, no logra recordar el nombre de la panadera. Intenta leerlo en la pequeña identificación que lleva sobre el delantal azul, pero solo ve una «M» al principio y un «er» al final.

—Gracias, señora Maier —dice.

—Es Müller.

—Ay, sí, perdón.

—¿Dónde ha dejado el delincuente este su botín? —pregunta la señora Müller.

—Déjeme el interrogatorio del sospechoso a mí, señora Müller, que usted debe encargarse de sus clientes.

—Claro, señor..., perdón, Camarada apoderado de sección.

El ladrón se detiene frente a la entrada del bloque de diecisiete plantas con el número 12. La oficina de Tobías está en la planta baja, pero se accede desde el callejón de al lado.

—¿Qué pasa? —pregunta Tobías—. ¿Me vas a complicar aún más las cosas?

—No, no quiero complicar nada. Ahí arriba me espera mi novia. Todavía dormía cuando salí de casa. Ahora seguramente estará preocupada.

—¿Y tengo yo la culpa de eso, o qué?

—No, no debería...

—Venga, Mario, sigue caminando. Lo aclararemos todo en la oficina.

Y arrastra al chico hacia el callejón. El estrecho paso junto al edificio está colmado de inmundicia. Algunos habitantes parece que tiran la basura por el balcón en lugar de bajarla al contenedor. Tendrá que hablar con el conserje. Ahí hay que barrer a fondo antes del aniversario de la República.

—Ya hemos llegado —informa Tobías y abre la puerta con ímpetu.

Frente a la entrada hay un escritorio. Tras él, un hombre uniformado se pone de inmediato en pie. Al hacerlo, se derrumba el castillo de naipes que estaba haciendo.

—¡Sargento mayor Schulte, sigue usted aquí! —dice Tobías en tono amenazante.

Mira hacia el reloj que cuelga bajo el retrato del Presidente del Partido y del Consejo Estatal. Son las ocho y cuarto. Schulte debería hallarse haciendo su ronda por la zona. ¡Pero resulta que se ha quedado a hacer castillitos de naipes!

—Yo... pensé que...

—No piense, cumpla con sus obligaciones, como el partido y el pueblo le exigen.

Seguramente Schulte pensaba que hoy podría tomarse el día con calma, aunque no lo va a conseguir.

—Naturalmente, mi alférez —responde el sargento mayor y recoge de inmediato las cartas.

—Deje eso y largo, ¡salga a tomar aire fresco!

—Sí, señor.

Schulte sale de detrás del escritorio con la chaqueta desabrochada y se dirige a la puerta.

—¡El uniforme, joder!

Schulte da un respingo. Con dedos inquietos intenta abrochar los botones de la chaqueta

verde de su uniforme, pero se le resbalan una y otra vez.

—Hágalo fuera ¡y no olvide la gorra!

—Gracias, camarada alférez.

Schulte coge su gorra de visera y sale a toda velocidad de la oficina.

—Bien, y ahora ¿qué vamos a hacer contigo, chaval? —pregunta Tobías.

Le quita las ataduras a Mario Schuster. Por suerte, estas bolsas de dederon no se arrugan. La dobla con cuidado y se la mete en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Entonces da la vuelta al escritorio y se sienta en su silla. El asiento aún está caliente del trasero anterior y le resulta desagradable. ¿No podría Schulte traerse su propia silla? Pero no puede quejarse. Hoy debería estar en casa. Normalmente se estaría untando ahora los dos panecillos con mantequilla y pondría encima embutido para sentarse luego en su balcón del décimo piso del edificio vecino para deleitarse con el paisaje de Dresde a finales de verano.

Aunque eso ya no va a pasar. No ha comprado panecillos y ya no debe quedar ni uno. Incluso ha perdido su bono por devolución de envases. Y todo por culpa de este mozalbete demasiado perezoso como para volver en busca de su cartera.

—¿Por qué no preguntaste si podías pasar a pagar luego?

—Lo hice, pero la vendedora quiso quitarme la bolsa de las manos.

Schuster lo mira como un niño pequeño pillado al hacer una travesura. ¡Pero eso no ha sido una travesura!

—Entonces, ¿diste media vuelta y saliste corriendo?

—Sí, fue un impulso, simplemente pasó así.

Schuster rasca el suelo con el pie izquierdo.

—Camarada ABV.

—¿Qué?

—Se dice «¿Perdone?» y se dice «simplemente pasó así, camarada ABV».

—Lo siento. Simplemente pasó así, camarada ABV.

Tobías suspira. El joven mueve los hombros. Se estará frotando las manos. Unas ataduras de dederon se clavan bastante en la carne. Aunque se lo tiene bien merecido. ¿Qué va a hacer Tobías con él ahora?

—¿Y tu botín? —pregunta.

—Lo he tirado, camarada ABV.

Lo que faltaba. Ahora ni siquiera podrá reparar el daño. Tobías estuvo a punto de pagarle al chico el importe que le faltaba.

—Eso es malo —dice.

Se levanta y da unos pasos de un lado al otro. Ese hombre es un soldado del ejército popular nacional. Así que, en el fondo, no es asunto de Tobías. Saca su teléfono móvil del bolsillo y navega por la lista de contactos hacia abajo. Ahí está, el número de la comandancia. Basta con llamar ahí y, en media hora, se habrá quitado el problema de encima.

Sin embargo, le da pena la novia. Ella no tiene la culpa de nada. Se la imagina despertándose, pasando la mano por la cama en busca de su Mario y luego llamándole.

—¿Tienes hijos? —pregunta.

—Todavía no. Íbamos a empezar ahora. Ya nos hemos arreglado el pisito con el crédito de matrimonio y ahora queríamos amortizarlo con niños.

—Pues me temo que por ahora no pasará nada de eso —dice Tobías—. La patrulla te devolverá al cuartel.

—Oh. No, por favor, camarada ABV. ¿No podríamos arreglarlo de otra forma?

Schuster se pone de rodillas y junta las manos. ¡Pero Tobías no puede hacer nada por él!

—Barreré todo el callejón alrededor del edificio, y también el del edificio de al lado.

El joven debe haber visto la cara que puso cuando se fijó en la cantidad de basura acumulada. Muy perspicaz. Tobías sacude la cabeza.

—¡Cada día! —añade Schuster.

Pero dentro de Tobías está también el enemigo de las clases. Si no cumple con sus obligaciones y deja ir al chico, correrá la voz. Alguien siempre se va de la lengua, aunque solo sea la vendedora de la panadería, la señora Meier. Está a punto de ser ascendido a teniente. No puede jugársela con un escándalo así.

—Lo siento, Schuster. No hay forma de evitar que intervenga la comandancia. No eres un civil. Representas los órganos militares de nuestro estado de trabajadores y campesinos. Tienes una responsabilidad muy especial. Como dice nuestro camarada Egon Krenz...

—A la mierda el abuelo político ese.

—¿Cómo has dicho?

Como lo haya oído alguien... Tobías mira a su alrededor. ¿Habrá micrófonos ocultos en su oficina? Espera que no. Nunca se ha acusado de nada.

—Que a la...

—Ni se te ocurra repetirlo, Schuster. Será mejor para ti. Ahora voy a llamar al servicio de comandancia.

—Por favor, señor Wagner.

—¡Camarada ABV! ¡Cuántas veces debo decírtelo! No me dejas otra elección.

—¡Pero entonces no veré a Martina en los próximos tres meses! ¡Y ni siquiera sabrá lo que me ha pasado!

—Haberlo pensado antes.

El chico rompe a llorar. ¡Por favor! Es incapaz de ver a alguien llorando. Tobías se gira hacia un lado.

—Deja de llorar. ¿Cómo se llama tu novia? Le diré dónde estás.

—Martina Frommann, con dos “m”.

Schuster se muerde el labio. Ya le sangra. Tobías se cabrea aún más. Si no fuera tan ambicioso, podría haberlo dejado escapar. Nadie le habría reprochado que un chaval de 18 años se escapara de un cuarentón como él. Y ahora tiene incluso el problema de la novieta.

Media hora más tarde, detiene el coche patrulla frente a su oficina. Tobías acompaña a su detenido al exterior y lo entrega a dos soldados y un suboficial con cinturón y tirantes blancos. Se despiden con saludo militar y se marchan en su furgoneta Trabant 901.

El sargento mayor Schulte aún no ha regresado. Tobías cierra la oficina y se dirige a la entrada principal del edificio. Espera que Schulte se haya llevado sus llaves. Él sigue vestido de civil. ¿Debería ponerse el uniforme? Pero la mujer debería conocerle ya, aunque no recuerde su nombre. Es el encargado del libro de registro de ese edificio y del de al lado. Cada nuevo inquilino debe presentarse ante él, al igual que cualquier visita.

Tobías encuentra el nombre en un timbre, más o menos en el centro. Frommann vive en el sexto piso. Tiene suerte. Uno de los dos ascensores espera vacío en la planta baja. Tobías entra y pulsa el botón con un 6. El número casi ya no puede leerse. El ascensor sube lenta y ruidosamente. Se baja en el sexto. Frente a él hay un largo pasillo con puertas a derecha e

izquierda. Huele a desinfectante, a orina y a comida quemada.

Tobías se detiene frente a cada puerta para leer el nombre. Poco antes de llegar al final del pasillo, donde este se ensancha un poco, encuentra su objetivo y pulsa el timbre.

—¡Ya voy! —dice una voz femenina desde dentro—. ¿Has traído ya los panecillos?

Se abre la puerta. Frente a él hay una joven con el cabello mojado envuelto en una toalla. Da un par de pasos atrás asustada, pero olvida cerrar la puerta. Tal vez se ha dado cuenta de que Tobías ha metido también el pie en el quicio. Es un acto reflejo. Sobre todo cuando pulsa timbres vestido de uniforme, porque la gente suele cerrarle la puerta de golpe nada más verle. No se lo toma como algo personal. Seguramente él haría lo mismo. Incluso él se siente pillado por el revisor del tren con cada control, a pesar de llevar un billete válido en su móvil.

—Buenos días, señora Frommann —dice—. Soy Tobías Wagner, su apoderado de sección. Seguro que me recuerda.

La mujer da un paso hacia delante.

–Oh, sí, ya le reconozco —contesta—. Perdone mi reacción, pero estaba esperando a mi novio.

—¿Al señor Schuster? ¿Hace mucho que vive aquí?

—No, qué va, solo estaba de visita. Llegó esta mañana. Naturalmente, enseguida se presentará en su oficina para anotarse en el libro. Solo queríamos desayunar primero.

—Pues me temo que no va a ser así, señora Frommann.

La mujer abre los ojos de par en par.

—Oh, ¿le ha pasado algo? ¿Ha tenido un accidente? Yo aún dormía cuando se marchó. Creo que iba a por panecillos.

—¿No me acaba de decir que acaba de llegar esta mañana?

—Sí, llegó con el tren nocturno desde Eisenhüttenstadt. Nos hemos... saludado, y luego me he vuelto a dormir.

Tobías ve cómo se le sonrojan las mejillas.

—Entiendo. Pues no, no ha tenido ningún accidente. Aunque ha tenido que marcharse de repente.

—¿Sin su equipaje?

—Sí, eso me temo. Supongo que puede llevarle sus cosas al cuartel de la calle Eric-Honecker, en el barrio de Neustadt. La llamarán para darle instrucciones. Solo me pidió que la informara.

La mujer parece a punto de llorar. Tobías se despide con rapidez y con un saludo militar, lo cual es un error porque no va de uniforme. Entonces se gira y camina hacia el ascensor.

Le sigue el sonido de unos pasos descalzos sobre el linóleo y nota una mano sobre su hombro.

—Muchas gracias, camarada ABV, por haber cumplido con la petición de mi Mario. Es usted un buen hombre —dice la mujer.

—Solo cumplo con mi deber —asegura Tobías.

Y no es una mentira, pero aun así no es capaz de mirarla a los ojos. Ni siquiera intuye que a su Mario se lo ha llevado la patrulla militar por su culpa.

6 de octubre de 2029, órbita de la Tierra

Mandy suda. La bici estática le resulta, en esa ocasión, una auténtica tortura. Es como si supiera qué día es mañana y quisiera sacar de la cosmonauta hasta el último aliento. Mandy se quitaría la camiseta sudada; no sabe por qué, pero le da vergüenza hacerlo delante del robot, que la está observando. Se seca el sudor de la cara cada minuto, pero aun así no puede impedir que por la cabina floten incontables gotitas.

Y eso podría resultar peligroso. El interior de la estación espacial es un único espacio grande. La vivienda de una sola habitación más alta de toda la RDA, le decía de broma a veces a su madre. Pero eso significa también que toda aquella microelectrónica podría fallar ante tanta humedad. El acondicionador del aire no es tan eficiente como para compensar del todo el entrenamiento obligatorio antes de cada actividad extravehicular.

—Tus valores en sangre están bien ahora —informa Bummi—. Ya puedes parar.

—Gracias.

Mandy intenta pillar algunas de las gotas más grandes con la toalla. Pero parecen tener inteligencia propia, como los mosquitos, y se escapan siempre. Claro que es el golpe de aire que produce la toalla al moverla lo que desplaza las gotas. Mandy cuelga otra toalla de la pared y con la primera va llevando las gotas hacia ella, hasta que no les queda más remedio que desaparecer en las fibras absorbentes.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Bummi.

Mandy no sabe a ciencia cierta de dónde sale la voz del robot. Parece tener altavoces en cada una de las cuatro garras y en su barriga huevoide, y seguramente utilizará también cualquiera de los altavoces distribuidos por las paredes de la estación. Seguramente la oiga las veinticuatro horas del día, pero eso resulta más bien tranquilizador. Uno de sus temores es que una catástrofe la pille desprevenida mientras duerme. Bummi no duerme nunca, pero cada ocho horas debe conectarse a la corriente durante treinta minutos.

—Estoy cazando gotas de sudor.

—No es necesario.

—Demasiada humedad es malo para la electrónica. Deberías saberlo, especialmente tú.

—Si el aire se torna demasiado húmedo, podemos expulsarlo todo.

—¿Y quién habla siempre de ahorrar recursos?

—Deberíamos empezar con cumplir el programa del día.

A veces, Bummi es capaz de sacarla de quicio. Su exmarido era igual: cuando algo le resultaba molesto, cambiaba de tema y punto. Pero no es justo comparar una máquina con su exmarido. Al menos, Bummi no la ha abandonado con dos hijas, solo porque ella quiso compaginar su familia y su carrera. Nunca pensó que, tras 80 años de socialismo real, continuara existiendo gente con posturas tan arcaicas.

—¿Y bien? —pregunta Bummi.

—Ya voy.

—Tienes todo preparado en la esclusa.

—Perfecto, Bummi.

Eso sí que no se lo imaginaba. La esclusa está totalmente abarrotada de cosas. Apenas encuentra espacio para ponerse todas las capas de su traje espacial, según la normativa. Durante un instante, se plantea prescindir de la ropa interior térmica. Pero si Bummi se da cuenta, se enfadará y no la dejará salir al exterior. Y, si eso sucediera, significaría más tiempo dentro de ese apestoso traje espacial.

Así que aparta como puede a un lado todos los módulos de construcción que ha metido el robot en la esclusa y se pone el traje.

—Ya estoy lista —dice al final.

—Bien, te oigo —responde Bummi—. Voy a hacer un par de comprobaciones.

El ventilador del casco se pone en marcha. Un elemento calefactor en el muslo se calienta y un elemento enfriador en la barriga se enfría.

—Todo bien —anuncia Bummi—. El traje funciona.

Dado que la RDA compró esos trajes usados por cosmonautas rusos en la ISS, puede decirse que es casi un milagro. Pero Mandy no se queja. Los trajes cumplen su función y son fáciles de reparar con los medios que lleva a bordo. Eso es importante, ya que no recibiría rápidamente ayuda desde Tierra. Detrás de la esclusa, un mamparo lleva a la primera cápsula espacial construida jamás por la RDA. Fue creada siguiendo el ejemplo de la cápsula Soyuz, en la que voló el cosmonauta de la RDA Sigmund Jähn. Las malas lenguas dicen que la cápsula desapareció entonces del museo donde había estado expuesta tanto tiempo, hasta que el parlamento del SED decidió, de pronto, que la RDA tuviera su propia estación espacial.

—¿Estás pensando en tus niñas? —pregunta Bummi.

Mandy sacude la cabeza. El robot tiene razón. Debería pensar en sus niñas, en vez de en el pasado.

—Vamos allá —dice.

Sabe que Bummi ha abierto las compuertas por el repentino movimiento de los componentes que bloquean la esclusa.

—Voy a salir y tú me vas pasando bultos —exige Bummi.

¿No debería ser ella la que diera las órdenes? Pero no le lleva la contraria. Además, tiene sentido. El robot puede anclarse mucho mejor sobre el casco y recibir los componentes. Comienza por el primero. Los elementos no son especialmente pesados. Lo percibe incluso en la ingravidez, porque se mueven con facilidad. La masa inercial no desaparece con la microgravedad. Va pasando los elementos, uno tras otro, por el negro agujero del techo. El robot ya sabrá cómo se ensamblan.

Cuando la esclusa ha quedado vacía, Mandy sale al exterior. El casco de la Amistad entre Pueblos presenta un aspecto caótico. El robot ha colocado una lámpara que ilumina su zona de trabajo. Si no, habría estado demasiado oscuro, ya que el Sol aún se oculta tras la Tierra.

Ahora hay que ensamblar los elementos. Bummi le va indicando qué superficies deben unirse entre sí. Sus garras no son adecuadas para ir abotonando objetos. Los elementos son de un material recubierto por lámina metálica con un núcleo estable, pero flexible. Los bordes están cosidos y allí es donde se encuentran los botones y los ojales, siempre alternando unos con otros. Pronto resulta evidente que esa forma de unión es bastante práctica. Jamás lo hubiera imaginado.

—¿Qué material hay ahí dentro? —pregunta—. ¿Plastilina?

—No, solo simple cartón —responde Bummi.

Bajo la luz del foco de su casco mira con más detenimiento y encuentra en cada elemento el logotipo impreso de VEB Sachsenring Zwickau. Esas piezas deben haber sido construidas en turnos extraordinarios por una brigada del fabricante de Trabants.

Poco a poco se va formando una figura que recuerda a una rosa. Con el inteligente abotonado que genera una tensión interior, se abomba hacia abajo. Esa flor concentrará la luz solar. Hace días ya que la estación ha ajustado su órbita de forma que pueda verse desde Berlín, la capital de la RDA, el 7 de octubre al mediodía. Esa flor de plateado brillo, iluminada por el sol, deberá parecer la estrella de la Amistad entre Pueblos por encima del gran desfile. Así es como se lo imagina la dirección del partido y del Estado.

Sale el sol. Mandy detiene un instante. No es la primera vez que disfruta de ese espectáculo, aunque siempre resulta impresionante. En ese momento resulta muy claro lo fina que es la esfera de vida que rodea la Tierra. Mientras los rayos solares cruzan la cobertura de aire, es dorado. Mandy puede ver cómo pasa de ser una estrella cálida y suave a una de contornos precisos, fría y blanca, en medio del negro cielo. Y eso pasa en cuanto el astro asoma ya un par de grados por encima del horizonte del planeta. La diferencia que experimenta Mandy, en pocos minutos, no podría ser más llamativa. Aquí, la zona estrecha y delicada de la vida, y allí la esfera infinita del universo, cuya oscuridad no puede iluminarse por muchos billones de estrellas que brillen en él.

—¿Mandy? Te necesito —dice el robot.

Mandy aparta la mirada de la Tierra. Bummi le indica lo que debe hacer. Se levanta y suelta uno de los dos seguros. Entonces levanta la flor y la lleva dos metros más allá. Cambia de lugar el cabo de seguridad y avanza otros dos metros más alrededor de la nave, hasta quedar como cabeza abajo, con la Tierra encima.

—Gracias, esa debería ser la posición correcta —dice Bummi—. Voy a anclar la pantalla.

Mandy suelta el fino material. A veces tiene la sensación de que no es ella sino el robot quien manda en la nave. Por ejemplo, los detalles de la preparación para el aniversario de la República lo transfirió el Control de Misión en el monte Brocken directamente a Bummi. A ella solo la necesitan para abrochar los botones, porque la mano humana es mucho más adecuada para esas labores de precisión, incluso embutida en los guantes de un traje espacial.

Regresa con cuidado hacia la esclusa. Quiere llegar ahí antes que el robot. Algún día tal vez se olvide de que ella existe y podría cerrarle la esclusa ante las narices.

—Hola, preciosas, ¿cómo estáis?

Sabine y Susanne se pelean por tener el mejor sitio.

—¡Nada de peleas, chicas! —pide la voz aleccionadora de la abuela, que aparece por detrás.

Las niñas ríen. Son gemelas univitelinas, aunque Mandy nunca ha tenido problemas para diferenciarlas. Hay algo distinto en sus miradas. Susanne siempre ha sido la más tranquila, algo reservada, y sigue así con cinco años.

—¡Muy bien, mami! —dice Sabine.

—¿Cuándo vuelves a casa? —pregunta Susanne.

—Mañana por la mañana nos viene a recoger papi y vamos al desfile —explica Sabine.

Su ex ya le había anunciado que recogería a las niñas para llevarlas al aniversario de la República. Tras la manifestación, se celebrará una gran fiesta popular. La República festeja sus 80 años de existencia con gran pompa y boato.

—¡Pues espero que os lo paséis muy bien! —dice—. Seguro que será genial.

Le duele no estar con ellas, pero procura que no se le note.

—¿Podremos comer algodón de azúcar? —inquiere Sabine.

—Eso preguntádselo a vuestro padre.

—Pero nos dirá que tú lo has prohibido. ¿Lo prohíbes?

—No, Bine, os doy permiso.

—¡Gracias, mami!

—¿Y cuándo vuelves a casa, mami? —pregunta Susanne.

—Solo 13 noches más —dice Mandy—. Tantas como todos los dedos de las manos y tres de los pies.

—Ya sé cuánto son 13—dice Susanne—. ¡El año que viene vamos al colegio!

—Yo también —afirma Sabine.

—No lo sabes.

—Sí lo sé.

—No os peleéis —ruega la abuela desde fuera de la imagen.

—¿Podrás celebrarlo ahí arriba? —pregunta Susanne.

—Sí, claro.

—¡Pero si estás sola!

—Bummi, el robot, está conmigo; ya os hablé de él.

—Bummi da miedo —dice Sabine—. Parece una araña.

—Es un robot *automomo* y móvil —le replica Susanne—. No es una araña.

—Autónomo —corrige Mandy.

—Lo que he dicho, un robot autónomo —asegura Susanne—. Cuando sea mayor construiré robots.

—Yo seré cosmonauta —afirma Sabine.

—Creo que ser cosmonauta es una tontería —opina Susanne—. Se está muy lejos de los hijos.

—Eso es verdad —admite Mandy—, es un gran inconveniente. —Se atraganta un momento, pues Susanne tiene mucha más razón de lo que piensa—. Pero, desde aquí arriba, se ven tantas cosas que te gustaría, Sanne.

—¿Más que desde el Brocken? —inquiere Susanne.

—Mucho más.

—¿También el espacio económico no socialista? —pregunta Sabine.

—También el espacio económico no socialista.

—¿Y puedes vernos a nosotras? —se interesa Susanne.

—Os estoy viendo y me alegro mucho por ello. Habéis crecido desde la última vez que hablamos.

La imagen parpadea un poco y aparece un poco de nieve en la pantalla. Seguramente la Amistad entre Pueblos esté saliendo ya de la zona de emisión de la estación de Brocken. Mandy podría comunicarse luego a través de estaciones intermedias, pero estarían en el extranjero y eso cuesta divisas. Por ello, las conversaciones personales solo se permiten a través de la antena de Brocken.

—Quiero decir que si nos puedes ver directamente, sin videollamada —puntualiza Susanne.

—Sería posible —dice Mandy—. ¿Habéis oído hablar de la MKF-8, la cámara multiespectral?

—Creo que sí —contesta Susanne.

—Pues con ella podría veros al salir de casa.

—¿También si nos hemos peinado? —pregunta Sabine.

—Eso quizá no, aunque sí vería de qué color es tu vestido.

—¿Y de qué color es... —Sabine mira hacia atrás— el jersey de la abuela?

—Eso solo podré verlo si la abuela sale también al exterior. Dentro de la casa no.

La imagen de las gemelas se llena cada vez más de nieve.

—¡Que os divirtáis mucho mañana, niñas! —les desea Mandy—. Será un día fantástico, seguro.

—Tú también, mami —contesta Susanne.

—Podrás verlo desde arriba —dice Sabine.

—De vez en cuando te saludaremos —promete Susanne.

—A las doce encenderé para vosotras una pequeña estrella. Allí donde la veáis, estaré yo —afirma Mandy.

—Eso es genial, mami —exclama Sabine.

—Adiós —se despide Susanne y se corta la comunicación.

hardsf.space/links/4003847

“El enigma del Krill”
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2024 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Miguel Núñez
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Jelena Gajic

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.